ENTRE LA TIERRA Y EL CIELO

FRANCISCO CÂNDIDO XAVIER - ANDRÉ LUIZ

ÍNDICE

Entre la tierra y el cielo (Emmanuel) 3

I - En tomo a la oración 4
II - En el escenario terrestre 6
III - Obsesión 9
IV - Senderos de pruebas 12
V - Valiosos apuntes 15
VI - En un hogar cristiano 18
VII - Conciencia en desequilibrio 22
VIII - Deliciosa excursión 26
IX - En el hogar de la liberación 29
X - Preciosa conversación 32
XI - Nuevos apuntes 36
XII - Estudiando siempre 40
XIII - Análisis mental 43
XIV - Entendimiento 46
XV - Más allá del sueño 50
XVI - Nuevas experiencias 54
XVII - Retrocediendo en el tiempo 57
XVIII - Confesión 60
XIX - Dolor y sorpresa 63
XX - Conflictos del alma 67
XXI - Conversación edificante 71
XXII - La hermana Clara 74
XXIII - Apelación maternal 78
XXIV - Cariño reparador 82
XXV - Reconciliación 86
XXV - Madre e hijo 89
XXVI - Preparando el regreso 92
XXVII - Retorno 96
XXIX - Ante la reencarnación 99
XXX - Lucha por renacer 103
XXXI - Nueva lucha 107
XXXII - Recapitulación 112
XXXII - Aprendizaje 117
XXXIV - En misión de auxilio 122
XXXV - Recuperación moral 127
XXXV - Corazones renovados 131
XXXVI - Reajuste 135
XXXVII- Boda feliz 139
XXXIX - Ponderaciones 143
XL - En oración 146

ENTRE LA TIERRA Y EL CIELO

De esta historia, recogida por André Luiz entre la Tierra y el Cielo, se destacan los imperativos del respeto que nos incumbe consagrar al cuerpo físico y del culto incesante al servicio del bien, para retirar de la estancia terrenal las mejores ventajas para la vida imperecedera.

En este libro, no somos sorprendidos por situaciones espectaculares. Ni ángeles encarnando virtudes difícilmente accesibles. Ni ángeles inabordables.

En cada capitulo, nos encontramos a *nosotros mismos, con nuestros viejos problemas de amor y de odio, simpatía y enemistad,* a *través del estancamiento mental en ciertas fases del camino, en la penumbra de nuestros sueños imprecisos o en la sombra de las pasiones que,* a *veces, nos arrastran* a *profundos abismos.*

En casi todas las páginas, tenemos la vida común de las almas que aspiran a *la victoria sobre* sí mismas, *valiéndose de los tesoros del tiempo, para la adquisición de luz renovadora.*

Aquí, los cuadros fundamentales de la narrativa nos son íntimamente familiares...

El corazón afligido en oración.

La mente paralizada en la ilusión y en el dolor.

El hogar asolado por pruebas.

El sendero fustigado por luchas.

El desvarío de los celos.

El engaño de la posesión.

Embates del pensamiento.

Conflictos de la emoción.

Y sobre el contexto de los hechos puros y *simples permanece como enseñanz*a *central, la necesidad de valoración de los recursos que el mundo nos ofrece para la reestructuración de nuestro destino.*

En muchas ocasiones, somos inducidos a *contemplar la amplitud celestial, incorporando energía para conquistar el futuro; sin embargo, muchas veces nos vemos limitados* a *observar el camino terrestre, con el fin de entender el pasado al que nuestro presente debe* su *origen.*

En este libro, somos forzados a *contemplamos por dentro, en el suelo de nuestras experiencias* y *de nuestras posibilidades, para que no nos falle el equilibrio en la jornada redentora, en el rumbo del porvenir.*

De él surge la voz inarticulada del Plano Divino, exhortándonos sin palabras:

–¡La Ley está viva y *la Justicia no falla! ¡Olvida el mal para siempre* y *siembra el bien cada día!... ¡Ayuda* a *los que te rodean, auxiliándote* a *ti mismo! ¡El tiempo no para,* y, *si ahora encuentras tu "ayer", no olvides que tu "hoy" será la luz* o *las tinieblas de tu "mañana"!...*

EMMANUEL

Pedro Leopoldo, 23 *de Enero de 1954.*

I

EN TORNO A LA ORACIÓN

En el Templo del socorro [1], el Ministro Clarencio, comentaba la sublimidad de la oración, y nosotros oíamos con la mejor atención.

–Todo deseo –decía, convincente– es manantial de poder. La planta que se eleva hacia lo alto, convirtiendo su energía en fruto que alimenta la vida, es un ser que ansió multiplicarse...

–Pero todo peticionario reclama quien le escuche –interrumpió uno de los compañeros–. ¿Quién habría respondido a los ruegos, sin palabras, de la planta?

El venerable orientador respondió, tranquilo:

–La Ley, como representación de nuestro Padre Celestial, se manifiesta a todo y a todos, a través de los múltiples agentes que la sirven. En el caso a que nos referimos, el Sol sustentó al vegetal, proporcionándole recursos para alcanzar los objetivos que se proponía lograr.

E, imprimiendo significativo tono a su voz, continuó:

–En el nombre de Dios, las criaturas, tanto como sea posible, atienden a las criaturas. Así como poseemos, en la electricidad, los transformadores de energía para el adecuado aprovechamiento de la fuerza, tenemos igualmente, en todos los dominios del Universo, los transformadores de la bendición, del socorro, del esclarecimiento... Las corrientes centrales de la vida parten del Todo Poderoso y descienden a chorros, transubstanciadas de forma infinita. De la luz suprema a la tiniebla total, y viceversa, tenemos el flujo y el reflujo del soplo del Creador, a través de incontables seres, escalonados en todas las fases del instinto, de la inteligencia, de la razón, de la humanidad y de la angelitud, que modifican la energía divina, de acuerdo con el grado del trabajo evolutivo, en el medio en el que se encuentran. Cada escalón de la vida está superpoblado por millones de criaturas... El camino de ascensión espiritual es como aquella escalera milagrosa de la visión de Jacob, que pasaba por la Tierra y se perdía en los cielos... La oración, cualquiera que ella sea, es acción provocando la reacción que le corresponde. Según su naturaleza, fluctúa en la región en que fue emitida o se eleva más, o menos, recibiendo la respuesta inmediata o remota, según las finalidades a que se destina. Deseos vanos encuentran realización próxima en la misma esfera en que surgen. Impulsos de expresión algo más nobles son amparados por las almas que se ennoblecieron. Ideales y peticiones de significación profunda en la inmortalidad remontan a las alturas...

El mentor generoso hizo una pequeña pausa, como dándonos tiempo para reflexionar y acentuó:

–Cada oración, así como cada emisión de fuerza, se caracteriza por determinado potencial de frecuencia y todos estamos rodeados por Inteligencias capaces de sintonizar con nuestro llamado, en forma de estaciones receptoras. Sabemos que la Humanidad Universal, en los infinitos mundos de la grandeza cósmica, está constituida

[1] Institución de la ciudad espiritual en que se encuentra el Autor. —Nota del Autor espiritual.

por las criaturas de Dios, en diversas edades y posiciones... En el Reino Espiritual, nos incumbe considerar los principios de la herencia. Cada conciencia, a medida que se perfecciona y se santifica, primorea, en sí, cualidades del Padre Celestial, armonizándose, gradualmente, con la Ley. Cuanto más elevado es el porcentaje de esas cualidades en un espíritu, más amplio es su poder de cooperar en la ejecución del Plan Divino, respondiendo a las solicitudes de la vida, en nombre de Dios, que nos creó a todos para el Infinito Amor y para la Infinita Sabiduría…

Rompiendo el silencio que se hiciera natural para nuestra reflexión, el hermano Hilario preguntó:

–Pero, ¿cómo interpretar la enseñanza, cuando estemos ante propósitos malignos? ¿Un hombre que desea cometer un crimen estará también en el servicio de la oración?

–Abstengámonos de emplear la palabra "oración", cuando se trate de desequilibrio –adujo Clarencio, bondadoso–, digamos "invocación".

Y añadió:

–Cuando alguien nutre el deseo de perpetrar una falta está invocando fuerzas inferiores y movilizando recursos por los cuales se hará responsable. A través de los impulsos infelices de nuestra alma, muchas veces descendemos a las vibraciones desvariadas de la cólera o del vicio y, de tal posición, es fácil que caigamos en el enredado pozo del crimen, en cuyas cavernas nos ligamos, de inmediato, a ciertas mentes estancadas en la ignorancia, que se hacen instrumentos de nuestras bajas ideas o de las que nos volvemos deplorables juguetes en la sombra. Todas nuestras aspiraciones movilizan energías para el bien o para el mal. Por eso mismo, su dirección permanece subordinada a nuestra responsabilidad. Analicemos con cuidado nuestra elección, en cualquier problema o situación en el camino que nos es dado a recorrer, dado que nuestro pensamiento volará, por delante de nosotros, atrayendo y formando la realización que nos proponemos alcanzar y, en cualquier sector de la existencia, la vida responde, según nuestra solicitud. Seremos sus deudores por lo que de ella hayamos recibido.

El Ministro sonrió, benevolente, y recordó:

–Estemos convencidos, que el mal es siempre un circulo cerrado sobre sí mismo, guardando temporalmente a aquellos que lo crearon, como si fuese un quiste de corta o larga duración, disolviéndose, por fin, en el bien infinito, a medida que se reeducan las Inteligencias que a él se aglutinan y se apegan. El Señor tolera la desarmonía, a fin de que por medio de sí misma se realice el reajuste moral de los espíritus que la sustentan toda vez que el mal reacciona sobre aquellos que lo practican, ayudándoles a comprender las excelencias y la inmortalidad del bien, que es el inamovible fundamento de la Ley. Todos somos señores de nuestras creaciones y, al mismo tiempo, sus esclavos afortunados o infelices tutelados. Pedimos y obtenemos, pero pagaremos por todas nuestras adquisiciones. La responsabilidad es principio divino al que nadie podrá huir.

En ese momento, una joven de semblante calmo penetró en el recinto y, dirigiéndose a nuestro orientador, dijo algo afligida:

–Hermano Clarencio, una de nuestras pupilas del cuadro de reencarnaciones, bajo sus directrices, pide socorro con insistencia...

–¿Es una llamada individual, urgente? –indagó el Ministro, preocupado.

–Es asunto inquietante, pero en una oración refractada.

El abnegado instructor nos invitó a acompañarle y le seguimos, atentamente.

II

EN EL ESCENARIO TERRESTRE

En una amplia sala, en la que numerosas entidades trabajaban solícitas, Clarencio recibió, de la joven, un pequeño gráfico que pasó a examinar, cauteloso.

A continuación, comentó, espontáneo:

–Hace un momento, hablábamos de responsabilidad. He aquí un hecho que nos ilustra los conceptos.

Y, exhibiendo el documento que tenia en las manos, explicó:

–Tenemos aquí una oración conmovedora que superó las líneas vibratorias comunes del plano de materia más densa. Procede de una devota servidora que se ausentó de nuestra ciudad espiritual, hace precisamente quince años terrestres, para determinadas tareas en la reencarnación. Sin embargo, no siguió desasistida. Permanece bajo nuestra orientación. El nacimiento y el renacimiento, en el mundo, bajo el punto de vista físico, están confiados a leyes biológicas en cuya ejecución se incumben Inteligencias especializadas, no obstante, en sus características morales, se subordinan a ciertos ascendientes del espíritu.

El Ministro se detuvo algunos instantes, analizando la pequeña y complicada ficha, pero, como si provocase la continuidad de la lección que recibíamos, mi compañero consideró:

–Indiscutiblemente, en la reencarnación hay un programa de servicio a realizar...

–Sí sin duda –aclaró el instructor–, cuanto más vastos, son los recursos espirituales de quien regresa a la carne, más complejo es el mapa de trabajo a ser obedecido. Casi todos tenemos, del pretérito, expresivo monto de deudas a rescatar y todos somos. Desafiados por las adquisiciones por hacer. En eso está el programa, significando en sí una especie de fatalidad relativa en el ciclo de experiencias que nos cabe atender, entretanto, la conducta es siempre nuestra y, dentro de ella, podemos generar circunstancias en nuestro beneficio o en nuestro perjuicio. Reconocemos, así, que el libre albedrío, también relativo, es una realidad incontestable en todas las esferas de evolución de la conciencia. Tampoco podemos olvidar, que, en todos los planos, marchamos en verdadera interdependencia. En las filas de la experiencia física, hasta cierto punto, los hijos necesitan de los padres, los enfermos necesitan a los médicos y los jóvenes no prescinden del aviso de los más viejos. Aquí, la habilitación depende de los educadores, el amparo eficiente exige quien sepa distribuirlo, y el cambio de domicilio para trabajo ennoblecedor, cuando se trata de Espíritus sin méritos absolutos, reclama el endoso de autoridades competentes.

–Pero, ¿qué viene a ser una oración refractada? –indagó mi colega, mordido por la curiosidad.

Hilario fuera igualmente médico en el mundo y, al igual que yo, permanecía en tareas ligadas a la responsabilidad de Clarencio, adquiriendo conocimientos especializados.

–La oración refractada es aquella cuyo impulso luminoso tuvo su dirección desviada, pasando a otro objetivo.

Nos disponíamos a proferir nuevas preguntas, cuando el orientador nos sosegó,

esclareciendo:

–Esperen. Reconocerán conmigo que nos encontramos todos imantados unos a los otros.

A continuación, dijo a la joven que lo observaba, respetuosa: –Llame a la hermana Eulalia.

Algunos momentos pasaron, rápidos, y la cooperadora mencionada apareció irradiando bondad y simpatía.

–Hermana –dijo Clarencio, preciso–, este gráfico registra aflictivo llamado de Evelina, cuyo regreso al aprendizaje en la carne fue garantizado por nuestra organización. Me parece que la pobrecita está en extremas dificultades...

–Sí –concordó la interpelada–, Evelina, a pesar de la fragilidad del nuevo cuerpo, viene sosteniendo inmensa lucha moral. El padre, sobrecargado de cuestiones íntimas, tiene la salud en peligro y la madrastra viene sufriendo obstinada persecución, por parte de nuestra desventurada Odila.

–¿La madre de Evelina?

–Sí, ella misma. Aún no se resignó a perder la primada femenina en el hogar. Hace dos años empeño energía y buena voluntad para disuadirla. Pero vive, enmadejada en los lazos oscuros de los celos y no nos escucha. El egoísmo desbordante la hace olvidar los compromisos que abrazó. Zulmira, a su vez, la segunda esposa de Amaro, desde la muerte del pequeño Julio cayó en profundo abatimiento. Como no ignoramos, el pequeño desencarnó ahogado, en consonancia con las pruebas a que se hizo acreedor. Y la madrastra, que llegó a desear su desaparición por no amarle, encontrándose bajo las sugestiones de la mujer que la precedió, en las atenciones del marido, se cree culpable... Evelina, después de perder al hermano en trágicas circunstancias, se halla desorientada, entre el padre afligido y la segunda madre, en desesperación... Aún anteayer, pude verla. Lloraba, conmovedoramente, ante la fotografía de la madrecita desencarnada, suplicándole protección. Pero, Odila, envuelta en las telas de sus propias creaciones mentales, no se muestra capaz de corresponder a la confianza y a la ternura de la muchacha. Ella, entretanto, ha insistido con tal vigor en la obtención de socorro espiritual que sus ruegos, cambiando de dirección, llegan hasta aquí, de tal modo...

Contemplábamos el pequeño gráfico en silencio:

Sosteniendo la larga pausa, el Ministro miró a Hilario e indagó:

–¿Comprenden ahora lo que es una oración refractada? Evelina recurre al espíritu materno que no se encuentra en condiciones de escucharla, pero la solicitud no se pierde... Proferida en elevada frecuencia, la súplica de nuestra hermanita traspasa los círculos inferiores y procura el apoyo que no le faltará.

Posando sobre nosotros la mirada lúcida, concluyó:

–¿Desearían cooperar con nosotros en la tarea asistencial?

Sin duda, el caso fascinaba nuestra atención.

El orientador, sin embargo, recomendó que esperásemos dos días. Deseaba enterarse, a solas, de todas las ocurrencias, para instruirnos con seguridad, cuando estuviésemos disfrutando de su compañía.

Nuestra excursión, entretanto, fue fijada y en el momento preciso, nos encontrábamos en nuestro puesto.

Sin demoras en el viaje, Clarencio, Eulalia, Hilario y yo nos encontramos en morada modesta, pero confortable, en uno de los barrios de Río de Janeiro.

El reloj de la ciudad señalaba exactamente las veintiuna horas entramos.

En estrecho compartimiento, a modo de gabinete de trabajo y biblioteca, un hombre

de treinta y cinco años presumiblemente, leía, con visibles señales de preocupación, un manual de mecánica.

En el sencillo escritorio, se abrían diversas publicaciones denunciando sus estudios.

Clarencio, asumiendo con más propiedad el papel de mentor de nuestro grupo, informó, gentil:

–Este es Amaro, el jefe de la casa. Tiene, en el largo pretérito, complicados compromisos. En muchas ocasiones, utilizó proyectiles y navajas para el mal. Hoy, es servidor de categoría en el ferrocarril...

A continuación, pasamos a graciosa habitación cercana. Encantadora adolescente de catorce años bordaba iniciales en un pañuelo de lino.

Delgada y triste, parecía concentrar la mente en los ojos grandes y serenos. No nos percibió la presencia, pero, al contacto de las manos espirituales del Ministro, reveló indefinible contentamiento interno.

Instintivamente, desvió la mirada del albo paño y la fijó en un retrato de mujer que colgaba de la pared. Sonrió, con éxtasis, como si conversase con la imagen, mientras Clarencio nos decía:

–Esta es nuestra Evelina, cuya reencarnación fue organizada por nosotros, hace algunos años. La fotografía es un recuerdo de la madrecita que ya partió. Evelina está ligada a los padres, a través de inmenso amor, desde siglos remotos. Vino al encuentro de criaturas y de situaciones de las cuales necesita para la garantía de su ascensión, pero trajo también consigo la tarea de auxiliar a sus progenitores. En estos momentos, se cree amparada por su madrecita, sin embargo, por los méritos ya acumulados en la vida espiritual, es ella misma quien continúa socorriendo el corazón materno, aún en lucha...

Abracé, conmovido, a la mocita estática, que se guardaba en luminoso halo de tranquilidad y, por algunos instantes, medité en la grandeza del amor y en lo sublime de la oración.

III

OBSESIÓN

Penetramos en el aposento más espacioso de la casa, donde una señora de aspecto juvenil reposaba abatida e insomne.

Joven de veinticinco años, aproximadamente, mostraba en el semblante torturado, armoniosa belleza. El rostro delicado parecía haber salido de una tela preciosa, sin embargo, con la suavidad de las líneas fisonómicas contrastaban la inquietud y el pavor de los ojos oscuros y el abandono de los cabellos desaliñados.

A su lado, descansaba otra mujer, sin el vehículo físico. Recostada en una almohada de grandes dimensiones, daba la impresión de proteger a la señora indiscutiblemente enferma, no obstante, la vaguedad de la mirada y el halo oscuro de que se rodeaba, no nos dejaban dudas en cuanto a su posición de desequilibrio interior. Mantenía la diestra sobre la médula estirada de la señora vencida y enferma, como si quisiese controlarle las impresiones nerviosas, e hilos grisáceos que le f1uran de la cabeza, como tentáculos de un pulpo, le envolvían el centro coronario, obstruyéndole los núcleos de fuerza.

Indiferentes ambas a nuestra presencia, nos fue posible observarías atentamente, identificándoles la situación de verdugo y víctima.

Arrancándonos de la indagación silenciosa en que nos manteníamos, Clarencio explicó:

La joven señora es Zulmira, la segunda orientadora de este hogar, y la hermana desencarnada, que actualmente le vampiriza el cuerpo, es Odila, la primera esposa de Amaro y madre de Evelina, dolorosamente transfigurada por los celos a que se acogió. Empeñada en combatir a aquella que considera enemiga, se imanta a ella, a través del vehículo periespiritual, en la región cerebral, dominando la complicada red de estímulos nerviosos e influenciando los centros metabólicos, con lo que le altera profundamente el paisaje orgánico.

–Pero, ¿por qué no hay reacción por parte de la perseguida? inquirí, perplejo.

–Porque Zulmira, nuestra amiga encarnada, cayó en el mismo patrón vibratorio –aclaró el instructor. –Ella también acaparó egoístamente al marido. Amaro siempre fue un padre afectuoso. El matrimonio anterior le dejó una pareja de hijos, pero el pequeño Julio, hermoso niño de ocho años, perdió la vida en el mar. La segunda mujer nunca soportó, sin pena, el cariño del padre para con los huérfanos de madre. Se rebelaba, lloriqueaba y se dolía constantemente, ante las menores manifestaciones de ternura paternal, entrelazándose, por eso mismo, con las desvariadas energías de la irresignada compañera de Amaro arrebatada por la muerte. En sus preocupaciones enfermizas, Zulmira llegó a desear la muerte de una de las criaturas. Pretendía poseer el corazón del hombre amado, con total exclusividad. Y como las atenciones de Amaro se concentraban particularmente sobre el niño, muchas veces emitió silenciosamente el deseo de verlo ahogarse en la playa en que se bañaban. Cierta mañana, custodiando a los hijastros, separó a Evelina del hermano, permitiendo al pequeño más amplia incursión en las aguas. El blanco fue alcanzado. Una ola rápida sorprendió el pequeño bañista, arrojándolo al fondo. Incapaz de reequilibrarse, Julio volvió cadáver a la superficie. El sufrimiento familiar fue enorme. El ferroviario se sintió psíquicamente distanciado de la segunda esposa, catalogándola como descuidada y cruel con los hijos.

Zulmira, a su vez, entristecida por el suceso y guardando consigo la responsabilidad indirecta por el desastre acaecido, cayó obsesionada ante la influencia perniciosa de la rival que la subyugaba desde el plano invisible.

Clarencio hizo ligero intervalo y continuó:

El sentimiento de culpa es siempre un colapso de la conciencia y, a través de él, fuerzas sombrías se insinúan... Zulmira, por el remordimiento destructivo, cayó en el mismo nivel emocional de Odila y ambas luchan, en un conflicto a muerte, inaccesible a los ojos humanos comunes. Es un caso en el que la medicina terrestre no consigue interferir.

Callara el ministro Clarencio

Como si registrase nuestra presencia por intuición, Odila se movió y, sujetándose a la pobre señora con más fuerza, gritó

–¡Nadie te liberará! Soy una infeliz madre expoliada... ¡Haré justicia con mis propias manos!...

Y contemplando a la enferma con expresión terrible, añadía:

–¡Asesina! ¡Asesina!... ¡Mataste a mi hijito! ¡Morirás tú también!

–Aquí, el cuadro es diverso. En la esfera carnal, la cápsula física es precioso aislante de las energías desequilibradas de nuestra mente, sin embargo, en nuestro plano de acción, en el problema que observamos, esas fuerzas desbordan amenazadoras sobre la infortunada mujer, cuyo cuerpo puede ser comparado a una lámpara de floja receptividad, sobre la cual sería peligroso arrojar una corriente superior a la capacidad de resistencia en que se encuentra. La inutilización sería completa.

La enferma abrió desmesuradamente los ojos. Extrema palidez le cubría el rostro.

No ora las palabras de la adversaria que le resultaba invisible, pero envuelta en la onda magnética que la enlazaba, se sentía morir.

Clarencio la acarició la frente y dijo, calmo: –¡Pobre señora!...

Hilario y yo, instintivamente, nos acercamos a Odila para alejarla con la presteza posible, pero el instructor generoso nos detuvo con un gesto, advirtiendo:

–La violencia en nada ayuda. Las dos se encuentran ligadas una a la otra. Separarlas a la fuerza sería una dilaceración de consecuencias imprevisibles. La exasperación de la mujer desencarnada pesaría demasiado sobre los centros cerebrales de Zulmira y la lipotimia podría acarrear la parálisis o incluso la muerte del cuerpo.

–Pero, entonces –exclamó Hilario, contrariado–, ¿cómo extinguir esa unión indebida? ¿No será justo apartar al verdugo de la víctima?

Clarencio sonrió y ponderó:

–Aquí, el cuadro es diverso. En la esfera carnal, la cápsula física es precioso aislante de las energías desequilibradas de nuestra mente, sin embargo, en nuestro plano de acción, en el problema que observamos, esas fuerzas desbordan amenazadoras sobre la infortunada mujer, cuyo cuerpo puede ser comparado a una lámpara de floja receptividad, sobre la cual sería peligroso arrojar una corriente superior a la capacidad de resistencia en que se encuentra. La inutilización sería completa.

–¿Qué podríamos hacer? –indagó Hilario, desconcertado.

–Necesitamos actuar en la elaboración de los pensamientos de la desafortunada hermana que tomó la iniciativa de la persecución. Es imprescindible dar otro rumbo a su voluntad, desplazándole el centro mental y otorgándole otros intereses y diferentes aspiraciones.

–¿Y no podemos empezar, persuadiéndola? El Ministro, sereno, asintió sin alterarse:

–Quizás, aunque por el momento, no pudiésemos o no supiésemos. La preparación

es indispensable.

–Nada cuesta una conversación de censura... –alegó mi compañero, admirado.

–Sí, un adoctrinamiento puro y simples sería posible; sin embargo, no podemos olvidar que la organización cerebral de la víctima permanece excesivamente amartillada. Nuestra intervención en el campo espiritual de Odila debe ser envolvente y segura para evitar choques y contrachoques, que repercutirían desastrosamente sobre la otra. Ni dulzura perjudicial, ni energía contundente...

El instructor dirigió piadosa mirada a las dos mujeres y prosiguió:

–El problema en esta casa surge realmente melindroso. Es necesario buscar a alguien que ya tenga atesorado en el alma bastante amor y bastante entendimiento para hablar con el poder creador de la renovación.

Reflexionó algunos instantes y expuso:

–Contamos entre nuestras relaciones con la hermana Clara.

Solicitaremos su concurso. Modificaré a Odila con su verbo coronado de luz, inclinándola al servicio de su propia conversión. Por ahora, por nuestra parte, solamente nos es posible dispensarle algún alivio y nada mes.

Recomendó a Eulalia que asistiese a Evelina para la recuperación psíquica que la niña necesitaba y, a continuación, aplicó recursos magnéticos sobre Zulmira, en pases calmantes, de largo curso.

Como si fuese suavemente anestesiada, la enferma pasó de la irritación a la serenidad y pareció dormir a los ojos del esposo, que llegara, de puntillas, acomodándole la almohada.

IV

SENDERO DE PRUEBAS

Zulmira se ausentara del cuerpo, pero no disfrutaba de la paz que se le estampara en la máscara física.

Enlazada por Odila, ante cuya mirada dominadora se inclinaba, sumisa, no identificó nuestra presencia.

Con evidentes señales de terror, escuchaba las censuras de la rival que la acusaba, exclamando:

–¿Qué hiciste de mi hijito? ¡Asesina! ¡asesina! ¡Pagarás muy caro la intromisión en el hogar que es solamente mío! … Destrozaré tu vida, no me robarás el afecto de Amaro … ¡Armaré el corazón de Evelina contra ti!…

–¡No, no!... –respondía la víctima. –¡No maté! ¡no fui yo quien mató!…

–¡Hipócrita! acompañé tus pensamientos, tus deseos, tus votos…

Zulmira se desembarazó, de súbito, de los brazos que la envolvían y corrió hacia fuera, seguida por la otra.

Esclareciéndonos, bondadoso, Clarencio observó:

–Cuando la pobrecita consigue tranquilizar el cuerpo, cae en la pesadilla agitada. Acompañémoslas. Se dirigen, a la playa, donde sucedió la muerte del pequeño. Apremiada por el asedio de nuestra hermana desequilibrada, Zulmira aún no se liberó de las aflictivas reminiscencias de que se ve poseída.

Nos pusimos en dirección al mar, anticipándolas en el trayecto. Y, mientras nos alejábamos, la conversación se hizo activa.

–No puedo comprender porqué la infeliz se declaró inocente... –comentó Hilario, pensativo.

–¿Por qué semejante prueba si no es ella la autora del crimen? –pregunté a mi vez.

El Ministro, informó, con precisión:

–Según las notas que ya recogimos de la hermana Eulalia, Zulmira no es propiamente la autora, pero, con los locos celos del marido, deseó ardientemente la muerte del niño, llegando incluso a favorecerla. Para no repetir esclarecimientos a los cuales ya nos reportamos, haremos ligero retroceso, tan minucioso como posible, examinando el problema aflictivo del matrimonio.

Después de breve pausa, prosiguió:

–Amaro sentía inmensa devoción afectiva por el hijito. Cuando Julio enfermaba, se desvelaba a la cabecera del pequeño con ilimitada ternura. Sabiéndole sin el cariño materno y reconociendo que la madrastra no se destacaba por el amor, junto a sus adoptados, pasaba a dormir al lado del benjamín, rodeándole de mimos. Cuando volvía a casa, cada día, se dedicaba a largas conversaciones con el hijo, leyéndole historias o escuchándole, atentamente, las narrativas infantiles. Se parecían a dos viejos amigos, bastándose uno al otro. Zulmira, por ese motivo, consumida por el despecho, pasó a ver en el muchacho un adversario para su felicidad doméstica. La dedicación de Evelina para con el padre no le dolía tanto. La hija mayor era más dulce y más reservada. Comedida en sus manifestaciones, sabia dividir gentilezas, sin olvidar a la segunda madre en su culto de amistad. La madrastra, nada sentía contra ella, pero el pequeño la exasperaba. Julio, en el extremado apego al padre, solía pasarse en travesu-

ras y caprichos que Amaro disculpaba siempre, con benevolente sonrisa. Zulmira, poco a poco, permitió que el odio le ocupase el corazón y dejó que los celos la cegaran hasta el punto de suspirar por la desaparición del alegre muchachito. Se despreocupaba intencionadamente de la asistencia que le debía y lo abandonaba a las extravagancias, características de su edad, alimentando el secreto deseo de presenciar su fin. Llegaba incluso a estimularle para indebidas excursiones en la vía pública, admitiendo que algún vehículo podría hacer lo que no tenía valor de realizar con sus propias manos... Fue en esa disposición de espíritu que acompañó a la familia al baño matinal, en clara mañana dominical. Entregados al contentamiento de la excursión, Amaro y la hija se alejaron, de cierto modo, en una pequeña lancha, mientras Zulmira asumía la guardia del niño. Fue entonces que el cerebro de la joven dejó nacer oscuras divagaciones. ¿No sería aquél el momento adecuado para consumar el viejo propósito? ¿Y si relegase al niño a sí mismo? Ciertamente, Julio, en su curiosidad infantil, no se resistiría a la atracción del seno de las aguas... Nadie podría culparla. Pasó del proyecto a la acción y de pronto se alejó. Viéndose a solas, el benjamín de Amaro se interesó más vivamente por las conchas multicolores que se multiplicaban en la arena, persiguiéndolas, encantado, mar adentro, hasta que una ola veloz le fustigó el cuerpo tierno, obligándole a sumergirse. El niño gritó, pidiéndole amparo... Realmente, podría haber retrocedido algunos pasos, salvándole, pero, vencida por los siniestros pensamientos que le dominaba la cabeza, esperó que el mar concluyese el horrible trabajo que no tuviera valor de ejecutar. Cuando notó que el adoptado había desaparecido, comenzó a clamar por socorro, con el alma repentinamente doblada por el remordimiento, pero era tarde... Amaro acudió, rápidamente, y, con el auxilio de compañeros, retiró el cuerpecito inerte. Torturado, lloró amargamente la pérdida del hijito, recriminando a la mujer. Fue entonces que Zulmira, dominaba por el arrepentimiento y atormentada por la sensación de culpa, descendió, en espíritu, al estado vibratorio de Odila que la seguía, en silencio, revoltosa. Mientras se mantenía con la paz de conciencia, se defendía naturalmente contra la persecución invisible, como si viviese en un castillo fortificado, pero, condenándose a sí misma, cayó en deplorable perturbación, a la manera de alguien que desertase de una casa iluminada, adentrándose en un bosque de sombras.

El Ministro hizo ligera pausa de reposo y prosiguió:

–La pobre señora, desde ese día, perdió la ventura doméstica y, la tranquilidad. Ella y el marido respiran ahora bajo el mismo techo, como si fuesen extraños entre sí.

–Pero, ante la Ley, ¿Zulmira es culpable? –pregunté con interés.

El sabio mentor sonrió, significativamente, y consideró:

–No, en el sentido real de la Ley, Zulmira no es culpable.

No obstante, echándonos una mirada más expresiva que de costumbre, continuó:

–Pero, ¿quién de nosotros no es responsable por las ideas que arroja de sí mismo? Nuestras intenciones son atenuantes o agravantes de las faltas que cometemos. Nuestros deseos son fuerzas mentales coagulantes, materializándonos las acciones que, en el fondo, constituyen el verdadero campo en que nuestra vida se mueve. Los frutos hablan por los árboles que los producen. Nuestras obras, en la esfera viva de nuestra conciencia, son la expresión gritante de nosotros mismos. La forma de nuestro pensamiento da forma a nuestro destino.

Hilario y yo escuchábamos, extasiados, sin pestañear. Clarencio, entretanto, guardando la intuición clara del servicio inmediato a realizar, para no demorarse en desviaciones filosóficas retomó el hilo central del tema, esclareciendo:

–Julio, traía consigo la muerte prematura en el cuadro de pruebas. Era un suicida

reencarnado... La segunda esposa de Amaro, mientras tanto, sufre el resultado de las infelices deliberaciones que albergó en el espíritu. Padece el retorno de las vibraciones envenenadas que arrojó en dirección del niño. Por los celos, creó en torno a sí misma un ambiente pestilente, en el que sus propios pensamientos malignos consiguieron prosperar, así como un fruto podrido desarrolla en sí mismo los gusanos que lo devoran.

Suponiéndose responsable por la muerte del niño, toda vez que asiló el delictivo plan al que nos referimos, Zulmira se abandonó al mal que traía consigo, imantándose, además, al mal que su adversaria es portadora, y se volvió, por eso, enferma y demente.

–¿Y el pequeño, en toda esta historia? –inquirí, admirado.

–Julio fue conducido a la región que le es apropiada.

–Pero, ¿Odila no podría verlo, cerciorándose de toda la verdad?

–Infelizmente –explicó el venerable instructor– la infortunada criatura tiene el centro genésico plenamente descontrolado y eso le impide una visión más amplia. No consigue querer más que al marido en vista al apego enloquecedor a los vínculos del sexo, que la pasión nada hace sino desvirtuar. Odila posee admirables cualidades morales que yacen, por el momento, eclipsadas... Desencarnó en el gran vigor de su idealismo femenino, sin una fe religiosa capaz de reeducarle los impulsos, justificándose, de ese modo, la superexcitación en la que se encuentra. Sin embargo, semejante estado es transitorio y esperamos que se someta, de buena voluntad, al tratamiento de reajuste que le será dispensado, en breve. Mejorada su situación, creo que el problema tendrá inmediata y constructiva solución.

Iba a preguntar algo nuevamente, pero alcanzáramos la playa y Clarencio determinó que nos pusiésemos a observar.

V

VALIOSOS APUNTES

Alcanzáramos la orilla del mar, en plena noche.

El movimiento de la vida espiritual era muy intenso. Desencarnados de diversas procedencias reencontraban a amigos que aún se hallaban en la Tierra, momentáneamente desligados del cuerpo por la anestesia del sueño y entre ellos, sobresalía gran número de enfermos.

Ancianos, mujeres y niños, de muchos aspectos diferentes, comparecían allí, sostenidos por los brazos de numerosas entidades que los asistían.

Conversaciones edificantes y lamentos dolorosos llegaban hasta nosotros.

Servicios magnéticos de socorro urgente eran improvisados aquí y allá … Y el aire, efectivamente comparado al que respirábamos en el área de la ciudad, era muy diferente.

Brisas refrescantes soplaban desde lejos, acarreando principios regeneradores e insuflando en nosotros delicioso bienestar.

–El océano es milagrosa reserva de fuerzas –elucidó Clarencio, de forma expresiva–, hasta aquí, muchos compañeros de nuestro plano traen a los hermanos enfermos, ligados aún al cuerpo de la Tierra, para que encuentren recuperación y descanso. Enfermeros y amigos desencarnados se desvelan en la reconstitución de las energías de sus tutelados. Como ocurre en la montaña arbolada, la atmósfera marina permanece impregnada por infinitos recursos de vitalidad de la Naturaleza. El oxígeno sin mácula, unido a las emanaciones del planeta, se convierte en precioso alimento de nuestra organización espiritual, principalmente cuando todavía nos encontramos directa o indirectamente asociados a los fluidos de la materia más densa.

Pasábamos ahora por la cercanía de una dama extremamente abatida, casi que en decúbito dorsal frente a las aguas, recibiendo el auxilio magnético de un bienhechor que se iluminaba en el servicio y en la oración.

Clarencio nos dejó por unos momentos, conversó algo con un amigo, a corta distancia, y regresó informando:

–Se trata de una hermana de nuestro círculo personal, asediada por el cáncer. Fue retirada del vehículo físico, a través de la hipnosis, con el fin de obtener la asistencia que le es necesaria.

–Pero –objeté, curioso– este tipo de tratamiento, ¿puede contrarrestar el desequilibrio de las células orgánicas? ¿La enferma conseguirá curarse de forma positiva?

El Ministro sonrió y aclaró:

–Realmente, en la obra asistencial de los espíritus amigos, que interfieren en los tejidos sutiles del alma, es posible, cuando la criatura se desprende parcialmente de la carne, la realización de maravillas. Actuando en los centros del periespíritu, a veces efectuamos alteraciones profundas en la salud de los pacientes, alteraciones esas que se fijan en el cuerpo somático, de forma gradual. Grandes males son así corregidos, enormes renovaciones son así realizadas. Mayormente cuando encontramos el servicio de la oración en la mente enriquecida por la fe transformadora, facilitándonos la intervención por la pasividad del campo en el que debemos operar, la tarea de socorro

concretiza verdaderos milagros. El cuerpo físico es mantenido por el cuerpo espiritual a cuyo molde se ajusta y, de ese modo, la influencia sobre el organismo sutil es decisiva para la envoltura de carne, en la que la mente se manifiesta.

Sin embargo, en ese punto de las explicaciones, el Ministro movió la cabeza y añadió:

–Nuestra acción, con todo, está subordinada a la ley que nos rige. En el problema de nuestra hermana, el concurso de nuestro plano conseguirá, tan sólo, proporcionarle fuerzas. La molestia, razón de las pruebas que le señalan la ruta personal, alcanzó incontenible extensión.

–¿Quiere decir que ella, ahora, solamente se prepara para la muerte tranquila? –indagó Hilario, atento.

–Justamente –confirmó el orientador– Con la colaboración en curso, despertará en el cuerpo desfalleciente más serena y más confortada. Repitiendo las excursiones hasta aquí, noche tras noche, se habituará, con entendimiento superior, a la idea de la partida, transmitiendo a sus familiares resignación y valor para el trance de la separación; aprenderá a contribuir con su esfuerzo, en el sentido de aliviarles las aflicciones por la humildad que edificará dentro de sí misma... poco a poco; se desligará de la carne enfermiza, acentuando la luz interior de su conciencia, a fin de separarse del ambiente que le es querido, como quien encuentra en la muerte física valiosa liberación para un servicio más ennoblecido. Y, así, en algunas semanas, se mostrará admirablemente preparada ante el nuevo camino...

Clarencio silenciara.

El asunto me impulsaba a nuevas observaciones.

–En este caso… empecé a decir, titubeante.

Pero el Ministro, sonrió comprensivo y atajó, esclareciendo:

–Ya conozco tu conclusión. Es eso mismo. La larga enfermedad es una bendición desconocida entre los hombres, constituye valioso curso preparatorio del alma para la gran liberación. Sin la molestia dilatada, es muy difícil el éxito rápido en el trabajo de la muerte.

En ese momento, todavía, Zulmira y Odila llegaban a la playa, en lugar no lejano a nosotros.

Clarencio nos recomendó atención.

Las rodeamos, rápidamente, como si fuesen hermanas enfermas bajo nuestros cuidados.

Ni una ni otra notaban nuestra presencia. Tampoco parecían interesadas por el movimiento en el paseo público.

La primera esposa de Amaro centralizaba la mirada sobre la presa, mientras que la víctima revelaba en la expresión facial el intraducible terror de los que se acercan al extremo desequilibrio.

Zulmira ensayaba el gesto de quien se proponía regresar precipitadamente a casa, pero, contenida por la compañera, avanzaba, entre la aflicción y el pavor.

Y repitiendo las mismas acusaciones que ya oyéramos, Odila martillaba el cerebro de la otra, reiterando, despiadadamente:

–¡Recuerda el crimen, infeliz! ¡acuérdate de la horrible mañana en la que te hiciste asesina! ¿Dónde colocaste a mi hijo? ¿Por qué ahogaste a un inocente?

–¡No, no! –gritaba la pobre demente –¡no fui yo! ¡juro que no fui yo! Julio fue tragado por las olas...

–¿Y por qué no velaste por el niño que mi marido irresponsablemente confió a tus

manos infieles? ¿Acaso, no te acusa tu propia conciencia? ¿Dónde sitúas el sentido de mujer? Me pagarás caro el relajamiento delictivo... ¡No permitiré que Amaro te ame, alimentaré su antipatía contra ti, atormentaré a las personas que deseen socorrerte, destruiré la misma casa de la que te posesionastes y que me pertenece!... –¡Impostora! ¡impostora!...

–Sí, sí... –accedía Zulmira, aterrorizada–, ¡no maté, pero no hice lo que me competía para salvarle! ¡Perdóname! ¡Perdóname! prometo empeñarme en el restablecimiento de la paz de todos… Seré una esclava de tu marido y lo restituiré a tus brazos; me convertiré en sierva de tu hijita, cuyos pasos orientaré para el bien, pero, por piedad, ¡déjame vivir! ¡Libérame! ¡Compadécete de mí!...

¡Nunca! ¡nunca! –bramaba la interlocutora fríamente– tu falta es imperdonable. ¡Mataste! ¡Debes confesar el delito perpetrado, ante la policía!... ¡He de doblarte la cabeza! ¡Serás recogida en la cárcel, para que te mezcles en las delincuentes de tu calaña!...

–¡No! ¡no! –suplicaba Zulmira, con señales conmovedoras de angustia.

–Si no aniquilaste a mi hijo –gritaba la otra, cruel–, ¡devuélvelo a mis brazos! ¡devuélvelo! ¡devuélvelo!

En ese momento, ambas se encontraban frente a determinada zona de la playa.

Los ojos de la pobre obsesionada adquirieron extraño fulgor.

¡Fue aquí –rugió la perseguidora, rudamente– aquí consumaste el siniestro plan de extinción de nuestra felicidad...

Como si fuera tocada por secretos impulsos, la segunda mujer de Amaro se desprendió de los brazos que la oprimían y, penetrando en las aguas, gritaba, afligida:

–¡Julio! ¡Julio!...

Odila, entretanto, perturbada y enloquecida, empezó a perseguirla.

Sintiendo su proximidad, Zulmira giró sobre sus talones y corrió de regreso al hogar.

Acompañábamos a las dos, en la carrera a que se entregaban sin perderlas de vista.

Llegando a la casa, inmediatamente, dando la impresión de que el cuerpo adormecido era poderoso imán atrayéndola, Zulmira despertó, anegada de sudor, conservando en el cerebro de carne la sensación de que vagara en terrible pesadilla.

Intentó gritar, pero no lo consiguió.

Desfallecían sus fuerzas en colapso nervioso, inevitable. La dificultad de respirar la castigaba con violencia, mientras que las coronarias se mostraban entumecidas.

Clarencio se aproximó y le aplicó fluidos saludables y reposantes.

Se le tranquilizó el corazón; lentamente, el campo circulatorio volvió al estado normal. Fue entonces que la desventurada señora consiguió gemir, clamando socorro.

VI

EN UN HOGAR CRISTIANO

Nos proponíamos seguir el caso de Zulmira, no sólo para cooperar, en favor de su mejora, sino también para recibir las enseñanzas posibles, y. solicitando el concurso de Clarencio, de él escuchamos juiciosas ponderaciones.

–Sí –dijo–, para auxiliar en procesos de esa naturaleza, es preciso marchar hacia delante, pero para comprender el servicio que nos incumbe y avanzar con seguridad, es necesario volver a la retaguardia, armándonos de lecciones que nos esclarezcan.

No sabíamos como interpretarle las palabras, sin embargo, él mismo nos socorrió, explicando, después de ligera pausa:

–Para que realicemos un estudio general de la situación, nos conviene el contacto con otros personajes del drama que se desarrolla. Nos será interesante, para eso, una visita al pequeño Julio, en el domicilio espiritual en que se encuentra.

–¡Oh! ¡Será un placer! – exclamé, contento.

–¿Podríamos ir ahora? –preguntó Hilario, encantado.

El Ministro reflexionó por algunos segundos y observó:

–En las responsabilidades que asumimos, no es aconsejable Indagar por Indagar. Busquemos el objetivo, la utilidad y la colaboración en el bien. No nos encontramos en vacaciones y sí en trabajo activo.

Pensó, pensó... y añadió:

–Sé que mañana, por la noche, Eulalia debe acompañar a dos de nuestras hermanas encarnadas en la visita a los hijitos que las precedieron en el gran viaje de la muerte y que se encuentran en el mismo lugar en el que Julio se halla asilado. Podremos sustituir a nuestra colaboradora en el servicio a realizar. Iremos en su lugar. Prestaremos asistencia a nuestras amigas y examinaremos la situación del niño.

Anotando la preciosa lección de trabajo que aquellas palabras encerraban, esperamos a la noche siguiente, con verdadera ansiedad.

A la hora acordada, descendimos a la materia densa, en busca de las hermanas que vendrían con nosotros.

Nos dejó el Ministro en una casita sencilla de remota zona de suburbios, después de informarnos:

–Aquí reside nuestra hermana Antonina, con tres de los cuatro hijos que el Señor le confió. Incapaz de vencer las tentaciones de su naturaleza, el marido la abandonó, hace cuatro años, para comprometerse en delictivas aventuras. Sin embargo, la dueña de la casa no se desanimó. Trabaja con diligencia en una fábrica de tejidos y educa a los retoños del hogar con acentuado amor al Evangelio de Nuestro Señor Jesús. Ha sabido rescatar con valor las deudas que trajo del pretérito cercano. Perdió, hace meses, al pequeño Marcos, de ocho años, atacado por fulminante pulmonía, y con él se encontrará, después de la oración que efectuará con los pequeños. Traeré conmigo a la otra compañera de nuestro viaje. En cuanto a vosotros, auxiliad en las oraciones y en los estudios de Antonina, hasta que yo vuelva, para que sigamos todos juntos.

Hilario y yo penetramos en la sala destartalada y estrecha.

Una señora aún joven, pero extremadamente abatida, se encontraba de pie, junto a

tres lindas criaturas, dos muchachitos entre once y doce años y una rubia pequeña, ciertamente la benjamina de la familia, que ponía sobre la madrecita sus bellos ojos azules.

En un rincón del humilde compartimiento, triste viejecito desencarnado, como que se mantenía a la escucha.

Doña Antonina colocó sobre el mantel muy blanco dos vasos con agua pura, tomó un ejemplar del Nuevo Testamento y se sentó.

A continuación, dijo cariñosamente:

–Si no me falla la memoria, creo que la oración de hoy debe ser hecha por Lisbela.

La pequeña llevó sus minúsculas manos al rostro, apoyó graciosamente los codos sobre la mesa y, cerrando los ojos, recitó:

–Padre Nuestro que estás en el Cielo, santificado sea tu nombre, venga a nosotros tu Reino, hágase tu voluntad así en la Tierra como en el Cielo, el pan nuestro de cada día dánoslo hoy, perdona nuestras deudas, así como perdonamos a nuestros deudores, no nos dejes caer en la tentación y líbranos de todo el mal, porque tuyo es el Reino, el poder y la gloria para siempre. Así sea.

Lisbela abrió los ojos, nuevamente, y buscó, en silencio, la aprobación materna.

Doña Antonina sonrió, satisfecha, y exclamó:

–Rezaste muy bien, hija mía.

Y dividiendo ahora la atención con los dos muchachos, entregó el Evangelio a uno de ellos, invitando:

–Abre, Enrique. Veamos el mensaje cristiano para nuestros estudios de esta noche.

El muchachito eligió el tema, al azar, restituyendo el libro a las manos maternas.

La madre, emocionada, leyó los versículos veintiuno y veintidós del capítulo dieciocho de las anotaciones del apóstol Mateo:

–"Entonces, Pedro se aproximó a Él, y dijo: –Señor, ¿hasta cuántas veces pecará mi hermano contra mí y yo le perdonaré? ¿Hasta siete? Jesús le dijo: –No te digo que hasta siete, sino que hasta setenta veces siete."

Se calló doña Antonina, como si aguardase la manifestación de curiosidad de los jóvenes aprendices.

El pequeño Enrique, iniciando la conversación, preguntó, con sencillez:

–Mamaíta, ¿por qué Jesús recomendaba un perdón, así tan grande?

Demostrando amplio conocimiento evangélico, la señora respondió:

–Somos llevados a creer, hijos míos, que el Divino Maestro, enseñándonos a disculpar todas las faltas del prójimo, nos inclinaba al mejor proceso de vivir en paz. Quien no sabe deshacerse de los contratiempos de la vida, no puede separarse del mal. Una persona que esté detenida en recuerdos desagradables camina siempre con la irritación permanente. Imaginémonos a vosotros en la escuela. Si no conseguís olvidar los pequeños aburrimientos en los estudios, no podréis aprovechar las lecciones. Hoy es un compañero poco amigo preparando lamentable jugarreta, mañana es una incorrección del guardián enfadado en razón de algún equívoco. Si vosotros in movilizáis el pensamiento en la impaciencia o en la rebeldía, podréis hacer cosas peores, afligiendo a la profesora, desmoralizando la escuela y perjudicando el nombre y la salud. Una persona que no sabe disculpar vive normalmente aislada. Nadie estima la compañera de aquellos que solamente derraman de sí mismos el vinagre de la queja o de la censura.

A esa altura de la enseñanza, doña Antonina miró al primogénito y preguntó:

–Tú. Haroldo, cuando tienes sed preferirías beber el agua oscura de un cántaro

relleno de lodo?

–¡Ah! eso no –replicó el muchachito muy serio– elegiré agua pura, cristalina...

–Así somos también, tratándose de nuestras necesidades espirituales. El alma que no perdona, reteniendo al mal consigo, se asemeja al vaso lleno de barro y de la hiel. No es corazón que pueda reconfortar al nuestro. No es alguien capaz de ayudarnos a vencer en las dificultades de la vida. Si presentamos nuestra pena a un compañero de esa especie, casi siempre nuestra pena queda mayor. Por eso mismo. Jesús nos aconsejaba perdonar infinitamente, para que el amor, en nuestro espíritu, sea como el Sol brillando en casa limpia.

Expresivo intervalo se hizo notar.

El joven Haroldo, con semblante atormentado, intervino, indagando:

–¿Pero tú crees, mamaíta, que debemos perdonar siempre?

–¿Cómo no, hijo mío?

–¿Aunque la ofensa sea la peor de todas?

–Aun así.

Y, observándolo, inquieto, doña Antonina acentuó:

–¿Por qué tratas de este asunto con semejante preocupación?

–Me refiero a papá –dijo el niño algo triste–, papá nos abandonó cuando más le necesitábamos. ¿Serra justo olvidar el mal que nos hizo?

–¡Oh! ¡hijo mío! –comentó la noble mujer– no te detengas en ese problema. ¿Por qué alimentar rencor contra el hombre que te dio la vida? ¿Cómo condenarte si no sabemos todo lo que le sucedió? Sería realmente mejor para nuestro bienestar si él estuviese con nosotros, pero, si debemos soportar su ausencia, que nuestros mejores pensamientos le acompañen. Tu padre, hijo mío, con el permiso del Cielo, te dio el cuerpo en el que aprendes a servir a Dios. Por ese motivo es acreedor de tu mayor cariño. Hay servicios que no podemos pagar sino con amor. Nuestra deuda para nuestros padres es de esa naturaleza…

Recordando quizás que la familia se hallaba en un curso de formación cristiana, la dueña de la casa añadió:

–Un día, cuando Moisés, el gran profeta, fue al monte para recibir la revelación divina, una de las más importantes determinaciones por él escuchadas del Cielo fue aquella en que la Eterna Bondad nos recomienda: –"Honrarás a tu padre y a tu madre". La Ley enviada al mundo no establece que debamos analizar de qué especie son nuestros padres, pero sí, indica que nos cabe la obligación de honrarles con nuestro amoroso respeto, sean ellos como sean.

La reducida asamblea recogía las explicaciones, con ojos felices e iluminados.

Haroldo se mostró conforme, no obstante, ponderó, aún:

–Comprendo, mamaíta, lo que quieres decir. Sin embargo, si papá estuviese junto a nosotros, quizás Marcos no hubiese muerto. Tendríamos el dinero suficiente para tratarle.

Doña Antonina, secó, apresurada, las lágrimas que le brotaron, espontáneas, con la evocación del hijo, y continuó:

–Seria un error permitir decaer nuestra confianza en el Padre Celestial. Marcos partió al encuentro de Jesús, porque Jesús le llamaba. Nada le faltó. Os ruego no demos curso a ningún pensamiento triste en torno a la memoria del ángel que nos precedió. Nuestros pensamientos acompañan en el Más Allá a aquellos que amamos.

En ese punto de la conversación, Lisbela preguntó, con gracia:

–Mamaíta, ¿Marcos nos ve?

–Sí, hija mía –esclareció Doña Antonina, emocionada– él nos ayuda en espíritu, pidiendo a Jesús fuerzas y bendiciones para nosotros. Por nuestra parte, deseamos auxiliarle con nuestras oraciones y con nuestros mejores recuerdos.

Doña Antonina, sin embargo, pareció asfixiada por enormes recuerdos. Mientras los niños comentaban con interés las enseñanzas de la noche, se mantenía absorta, mentalizando la figura del pequeñín...

Cuando el reloj señaló el fin del culto, pidió a Enrique que hiciese la oración que cerraba el acto.

El muchacho repitió la oración dominical, rogando al Señor que bendijese a la madrecita, y el trabajo terminó.

La dueña de la casa compartió con los pequeños algunos vasos del agua cristalina que Hilario y yo magnetizáramos y, a continuación pensativa y nostálgica, se retiró con los hijitos a la habitación en la que se recogerían todos juntos.

VII

CONCIENCIA EN DESEQUILIBRIO

En consonancia con las recomendaciones que habíamos recibido, esperamos a Doña Antonina en el estrecho recinto en que se desarrollara el culto familiar.

Ahora, conseguíamos observar al anciano desencarnado con más atención. Conservando íntegra reminiscencia de la vida física, abatido y trémulo, parecía inquieto, demente…

Intentamos, en vano, una aproximación.

No nos veía.

Recordé a mi compañero que podríamos densificar nuestro vehículo, por la concentración de la voluntad, y nos apresuramos a ello.

En breves momentos ofreciendo la sensación de recién llegados, atrajimos su interés.

El viejecito se precipitó hacia nosotros, exclamando:

–¿Son oficiales o tropa? ¿Están en pro o en contra?

–Aquella mirada sesgada era efectivamente la de un loco

Hilario y yo cambiamos impresiones de curiosidad y de espanto.

Y antes de que nos pronunciásemos, empezó a llorar, convulsivamente, resaltando:

–¿Quién trajo aquí la idea de perdonar? ¿En qué punto me situaría en el asunto? ¿Debo perdonar o ser perdonado? No entiendo la necesidad de discusión en torno de un tema como ése entre una débil mujer y tres niños… Comentarios de esa naturaleza deben de estar reservados a personas afligidas como yo, que tienen un volcán en el centro del cráneo...

Diciendo así, se le alteraron las facciones fisonómicas.

Se nos figuró más distante de la realidad, más inconsciente.

Gritando casi, continuó:

–Todo habría sido modificado si me hubiesen facilitado el encuentro con el nuevo Generalísimo... Su Alteza comprendería mi situación. Era propósito del Mariscal el requerirme para su servicio exclusivo, sin embargo, por influencia de mi miserable perseguidor, sufrí injusto traslado...

Nuestro inesperado amigo escudriñó con los ojos los rincones de la sala, como si temiese la presencia de algún testigo invisible, y prosiguió:

–¡Pero escuchen, lo que les digo! Él no sólo pretendía apartarme de los favores del Mariscal enfermo, también planeaba robarme la mujer... ¡Lola Ibarruri! ¿cómo no habría de quererla con la pasión que me inspiró? ¿Por qué tendría yo que seguir hacia Fecho dos Morros? El intento de perjudicarme era evidente. Sin duda, fui obligado a partir, pero no fui más allá de Tacuaral. El General Polidoro no me abandonaría... Debía regresar a Luque y regresé... El infame Esteves, a pesar de todo, actuara sin descanso... Además de usurparme los derechos de enfermero en el Cuartel General, desviara la atención de Lola... La hermosa Ibarruri ya no me pertenecía. Se entregara al amigo desleal... Nuestra pequeña huerta de naranjos y nuestro jardín estaban olvidados... ¿Quién dijo que no me sacrifiqué en la adquisición de la encantadora casita, por mi confiada a la pérfida mujer? Durante un mes largo y terrible, suspiré por

el retorno a sus caricias... Cuando regresé al hogar, en aquella estrellada noche de mayo, la encontré en los brazos del traidor... Lola intentó disculparse, pero les sorprendí juntos... Quise vengarme, de inmediato, clavándole mi puñal, sin embargo, las tropas abandonarían la ciudad, después de tres días, y mi enemigo, que se deslizara en la sombra, ante mi aproximación se dio prisa en viajar, en :servicio, rumbo a Itaguá... El odio pasó a dominarme, cegándome... Le encontraría en algún lugar, le abrazaría con la misma cordialidad fingida con que me abrazara por primera vez y le arrancaría la vida... Así hice... Simulé ignorar la realidad y le busqué, sonriendo… y, sonriendo, le envenené... Pero, crean que solamente me lancé a semejante acto, porque él era descarado, libertino, cruel... Me asesinaría, si yo no tuviese el valor de liquidarle...

Hizo breve pausa y, a continuación, arrodillándose frente a nosotros, pasó a clamar, de nuevo, en voz alta:

–¡Oh!... para mí, estoy seguro que practiqué la justicia, ¡pero este hombre realmente no me abandona! ¡Luché tanto!... Me casé y organicé una gran familia!... Me consagré a la religión, disfruté de los beneficios de los santos sacramentados y admití que todo estuviese ampliamente solucionado, sin embargo, después de retirarme del cuerpo físico por imposición de la vejez y de la enfermedad, lejos de encontrar el cielo que parece cada vez más distante de mí, ¡reconozco que ese hombre continúa persiguiéndome por dentro!... ¡Hace muchos años que me despedí de los huesos fatigados y deambulo afligido e infeliz, llevando el infierno, dentro de mí... Al principio, busqué el sepulcro, en la esperanza de levantar mis despojos y, escondiéndome en ellos, olvidar... olvidar... Comprendiendo, todavía, que mi deseo era del todo frustrado, huí para siempre del lugar que asila mis restos y devoro calles y plazas, buscando autoridades que me socorran...

Después de pasarse las manos por el rostro, secándose las lágrimas, continuó:

–¡Oh señores, quien quiera que seáis!… –aunque mi error fuese tan clamoroso, ¿tanto tiempo de convivencia con este monstruo mirándome, imperturbable, no bastaría para la expiación que me cabe para el rescate? ¿Si yo confesase el crimen y me demorase por menos tiempo en la cárcel, no estaría redimido, ante los tribunales?

Sintiendo que algo nos cabría decir a guisa de consuelo, le acaricié la cabeza blanca y dije, intentando ser amable:

–¡Tranquilícese, hermano mío! ¿Quién de nosotros no habrá desacertado en el camino de la vida? su dolor no es único... También nosotros traemos el espíritu repleto de aflictivos recuerdos. Las lágrimas de desesperación no ayudan el alma...

Por las citas que escucháramos, percibí que nuestro interlocutor se reportaba al tiempo de la Guerra del Paraguay y, buscando penetrar en el laberinto de sus palabras que establecían unión del pasado con el presente, indagué:

–¿A qué nuevo Generalísimo se refiere?

–¡Ah! ¿lo ignoran?

Y dándonos la impresión de quien vivía profundamente arraigado a las particularidades del pretérito, añadió:

–Me acuerdo con precisión… Sí, su proclamación era del 16 de Abril… El Príncipe D. Gastón de Orleans era el nuevo comandante en jefe, pero mucho me pesaba el alejamiento del Mariscal...

–¿Cuál de ellos? –pregunté, reavivándole la memoria.

–El Mariscal Guilherme Xavier de Souza. Era mi amigo, mi protector… Enfermo, cansado, necesitaba de mí... sin embargo, me apartaron de él... Esteves, el perro infiel...

Pero, en ese instante, la voz se le extinguió en la garganta. Se le desorbitaron los ojos y, como si estuviese atenazado en su interior por fuerzas terribles, insondables a nuestra observación, empezó a quejarse, desesperado:

–¡Ah! ¡no puedo continuar!... ¡Él, nuevamente él, creciendo dentro de mí. Me observa con asco y aún le escucho las últimas palabras en el estertor de la muerte... ¡No! ¡No! –bramaba, ahora, con evidentes señales de angustia –¡he de liberarme! ¡he de liberarme! ¡Tengo fe!...

Conmovido, me acerqué al pobrecito y consideré:

–Sí, amigo mío, la fe representa el milagroso salvavidas de todos los náufragos. ¿Tú has orado? ¿Has pedido a Jesús amparo y asistencia?

–¡Sí, sí... !

–¿Y todavía no te llegó ninguna señal del socorro celeste?

El desafortunado centró en mí la mirada inquieta e informó:

–Hace algunos días, fui a la Iglesia del Rosario, recordando, como siempre, la visita que hice hasta allí, en la víspera de mi partida a la guerra y tanto recé que tuve la felicidad de ver al Mariscal, que se me apareció, de súbito... Estaba más joven e incomprensiblemente recuperado... Le rogué protección, a lo que me contestó, informando que mi caso seria tomado en consideración, que yo descansase, pues a pesar de que nuestros errores sean grandes, mayor es la comprensión de Dios que nunca nos desampara...

Y, exhibiendo un gesto de profundo abatimiento, añadió:

–Pero, hasta ahora, no tuve la menor señal de renovación del camino...

Le acaricié la nevada cabeza y consideré, conmovidamente:

–Convéncete, entretanto, que la bondad de Jesús no nos faltará.

–¡Prometa ayudarme! ¡compadézcase de mí! –gritó el infeliz. Con el corazón, íntimamente tocado por semejante súplica, le hipotequé la decisión de colaborar en su paz y elevación.

Cuando el infortunado anciano trataba de abrazarme, Clarencio llegó, guiando a otra pupila que nos acompañaría en la excursión.

Simpática y humilde, después de saludamos, se mantuvo a distancia. El mentor, en un instante, comprendió lo que pasaba. Le vimos concentrarse por momentos, densificándose para auxiliar con más presteza.

Saludado por el viejecito, le acarició la frente y nos avisó:

–Permanece en estado demente. Su mente se fijó en recuerdos que le obcecan.

Con mayor experiencia que nosotros, le guardó en sus brazos con paternal cariño, conquistándole la confianza y preguntó:

–¿Qué buscas, hermano mío?

–Vengo a suplicar el socorro de Antonina, mi nieta. Es la única persona que se acuerda de mí con amor... Entre los numerosos miembros de mi familia, sólo ella me ofrece asilo en la oración...

Y, como reiniciase las referencias lamentosas, el Ministro colocó la diestra sobre la cabeza de nuestro interlocutor, como sondeándole la intimidad en minuciosa investigación y, a continuación, informó:

–Tenemos aquí a nuestro hermano Leonardo Pires, desencarnado hace casi veinte años... Siendo joven, fue empleado del Mariscal Guilherme Xavier de Souza y hoy conserva la mente detenida en un crimen por envenenamiento en el que se vio envuelto, cuando integraba las fuerzas brasileñas acampadas en Piraju, en el Paraguay. Podemos conocer el delito, en sus particularidades, en el telón de los recuerdos que le

atormentan... Es un domingo de fiesta en campaña... 11 de Julio de 1869... La misa es celebrada en pleno campo por un monje capuchino... El Conde d'Eu, con la brillante oficialidad de su Cuartel General, está presente... Nuestro amigo, muy joven aún, aparece en el cuerpo de infantería. No se muestra, sin embargo, interesado en las graves advertencias del sacerdote, en el acto religioso, ni el llamado ardiente y patriótico del Generalísimo, que pronuncia una brillante e inspirada alocución a los comandados... Mira con impertinencia a un compañero recién llegado de Itanguá, enfermero en servicios especiales... Es José Esteves, inquieto brasileño de ojos oscuros e inteligentes, de garboso porte, con sus treinta años bien cumplidos... Comparte con nuestro amigo el afecto de una linda muchacha divorciada, que abandonó al marido y al hijo por el placer de la aventura... Pires, el hermano que observamos, inconforme con los favores de la mujer amada hacia el patricio que odia, finge ignorar la situación y se insinúa amablemente y gentil… Terminada la fiesta, convida a Esteves a una comida íntima… Y, juntos, comentan entusiasmados las noches de Río de Janeiro, ansiosos por retornar a las seducciones de retaguardia... Esteves se compenetra con las impresiones de Leonardo, contra en él y conversa, locuaz, hasta que el vengativo colega, en la taberna improvisada, le ofrece un vaso de vino con el veneno fatal... El compañero bebe, sufre extraños vértigos y muere maldiciendo... El acontecimiento es recibido con admiración… Un médico argentino es llamado a opinar y verifica el envenenamiento, sin embargo, las autoridades consideran el silencio como lo más acertado... Las tropas deberían seguir rumbo a Paraguari y el caso es cerrado sin mayor investigación... Leonardo acompaña al Ejército hacia la vanguardia e intenta olvidar lo ocurrido... Convive aún con la solicitada mujer, por algún tiempo más, pero, de regreso a la tierra natal, se desinteresa de ella y se casa en el Brasil, dejando varios descendientes... Desencarna, enfermizo; todavía, en el lecho de muerte, reconoce que el recuerdo del crimen le castiga el mundo interior… Olvida casi todos los demás episodios de su existencia para centrarse solamente en ese… José Esteves ya reencarnó, encontrándose ahora en otros sectores de lucha, pero, Leonardo Pires vive con la imagen del asesinado que se revitaliza, cada día, en su memoria, bajo el influjo de las sugestiones de su propia conciencia que se considera culpable … Como *vemos,* es la Ley de causa y efecto cumpliéndose, natural...

Pero en ese instante Antonina en su vehículo sutil, surgió a la puerta de la habitación en que su cuerpo dormía, viniendo a nuestro encuentro.

VIII

DELICIOSA EXCURSIÓN

El viejecito desencarnado demostraba absoluta indiferencia, ante la descripción de nuestro orientador, pero, como si la presencia de la noble señora le despertase nuevo interés, la miró, con ojos súbitamente iluminados, y gritó:

–¡Antonina! ¡Antonina!... Socórreme. ¡Tengo miedo! ¡mucho miedo!...

La interpelada, que fuera del cuerpo denso se mostraba mucho más delicada y más bella, le miró, triste, y preguntó con amargado semblante:

–Abuelo, ¿qué haces?

El anciano se curvó e imploró:

–¡Ayúdame! Todos en la familia me olvidaron, a excepción de ti. ¡No me abandones!... El, mi feroz enemigo, me tortura por dentro. Se asemeja a un demonio, viviendo en mi conciencia".

Intentaba ahora abrazarla, afligido, pero Clarencio intervino, indicando:

–¡Escuche, amigo! Nuestros hermanos prometieron ampararle y, ciertamente, cumplirán la palabra. Nuestra abnegada Antonina, por el momento, necesita ausentarse, en nuestra compañía, por algunas horas.

Y abrazándole paternalmente, recomendó:

–Tú puedes igualmente auxiliarla. Guárdale la casa mientras los niños descansan. Mañana recibirás, a tu vez, el socorro que necesitas.

El viejo sonrió conformado y se tranquilizó.

Dejándole a solas, en la estrecha sala, salimos hacia la noche. Enlazando las manos, y conservando a nuestras hermanas en el circuito cerrado de nuestras fuerzas, emprendimos la hermosa romería.

¿Quién en la Tierra podrá imaginar las deliciosas sensaciones del alma libre?

Viajando con la rapidez del pensamiento, avanzamos al frente de la sombra nocturna. Dejando atrás el deslumbramiento de la aurora, en colorido y cantarino amanecer...

Alcanzando hermoso paisaje, bañado por suave luz, en que un parque imponente y acogedor se extendía, miré el semblante de nuestras compañeras, que se mostraban extáticas y felices.

Doña Antonina, amparándose en Clarencio como si fuera una hija apoyada en los brazos paternos, preguntó, maravillada:

–¿Por qué no transformar esta excursión en transferencia definitiva? Pesa el cuerpo, como insoportable cruz de carne, cuando conseguimos sentir la Tierra, a lo lejos…

–Es verdad –concordó la otra hermana, que se apoyaba en nosotros–. ¿Por qué no nos es dado permanecer, olvidando los pesares y los sinsabores del mundo?

–Comprendemos–añadió el Ministro, generoso-, comprendemos cuánta inquietud aflige al espíritu reencarnado, mayormente cuando está despierto para la belleza de la vida superior, entretanto, es indispensable sepamos bendecir la oportunidad de servir, sin desmerecerla jamás. Nos encontramos aún distantes de la redención total y todos nosotros, con alternativas más o menos largas, debemos abrazar la lucha en la carne, para solventar con dignidad nuestros viejos compromisos. Somos viajeros en los milenios incesantes. Ayer fuimos auxiliados, hoy nos toca auxiliar.

A medida que avanzábamos, oleadas de perfume se acentuaban, en torno a

nosotros, reconfortándonos las energías e induciéndonos a respirar a largos sorbos.

Flores de contextura delicada colgaban de los árboles vigorosos, embalsamando la ligera brisa que susurraba encantadoras melodías...

Como si tuviese ahora todo el busto engalanado de luz, Clarencio sonreía, bondadoso.

Se le enmudeciera la palabra.

Nos sentíamos todos magnetizados y enternecidos ante la belleza del cuadro que nos prendía la admiración.

Antonina, como si estuviese irradiando incontenible curiosidad, mezclada de alegría, volvió a exclamar:

¡Ah! ¡si muriésemos hoy!... ¡si la carne no nos pesase más!... Pero el Ministro, imprimiendo más grave tono a su voz, y sin perder la dulzura que le era peculiar, consideró, rápidamente:

–Si hoy abandonasen el vehículo de materia densa, ¿quién dice que serían felices? ¿Quién de nosotros obtendrá la suprema ventura, sin la perfecta sublimación personal?

Y, contemplando a Antonina con bondad combinada de compasión, observó:

–Ahora, visitareis a vuestros hijitos benditos que la muerte os arrebató temporalmente a la convivencia terrestre. Vosotros os sentís como en un palacio dorado, en pleno paraíso de amor, pero, ¿y los hijos que se quedan? ¿Habrá Cielo sin la presencia de aquellos a quienes amamos? ¿Tendremos paz sin alegría para los que viven en nuestro corazón? Imaginemos que las cadenas de la cárcel física se partiesen ahora … El atormentado hogar humano aumentaría de volumen con los recuerdos que os tomarían al asalto … El recuerdo de los hijos prisioneros en el Planeta os encadenaría al mundo carnal, al modo de fuerte raíz reteniendo el árbol en la tierra oscura. Los ruegos y los gemidos, las luchas y las pruebas de los retoños menos felices de la existencia os hablarían al espíritu más imperiosamente que los cánticos de bienaventuranzas de los hijos afortunados y, naturalmente, bajaríais del Cielo a la Tierra, prefiriendo la posición de angustiadas siervas invisibles, cambiando la resplandeciente gloria de la libertad por los dolorosos padecimientos de la prisión, dado que la ventura mayor de quien ama reside en dar de sí mismo, en favor de las criaturas amadas...

Las dos mujeres escucharon las sensatas ponderaciones sin decir una palabra.

Terminada la ligera pausa, el instructor continuó:

–¡Somos deudores unos de los otros!... Mil lazos nos unen los corazones. Por el momento, no hay paraíso perfecto para quien vuelve de la Tierra, así como no existe purgatorio integral para quien regresa al remolino humano! el amor es la fuerza divina, alimentándonos en todos los sectores de la vida y nuestro mejor patrimonio es el trabajo con el que nos compite ayudarnos, mutuamente.

En el paisaje bañado de luz, experimenté más alta veneración por la Naturaleza, que, en todas las esferas, es siempre un libro revelador de la Eterna Sabiduría...

Nuestras hermanas, tocadas por inexpresable júbilo, se me figuraron hermosas madonas de ensueño, repentinamente vivificadas, ante nosotros.

–Es por el trabajo –prosiguió el orientador– que nos despojamos, poco a poco, de nuestras imperfecciones. La Tierra, en su vieja expresión física, no es más que energía condensada en época inmemorial, agitada y transformada por el trabajo incesante, y nosotros, las criaturas de Dios, en los más diversos escalones de la etapa evolutiva, primoreamos facultades y crecemos en conocimiento y sublimación a través del servicio... La lombriz, arrastrándose, trabaja en beneficio del terreno y de sí misma; el vegetal, respirando y dando frutos, ayuda a la atmósfera y se auxilia. El animal, en

lucha perenne, es útil al sitio en que se desenvuelve, adquiriendo experiencias que le son valiosas, y nuestra alma, en constantes peregrinaciones, a través de formas diversas, conquista los valores indispensables para el sublime ascenso... ¡Somos hijos de la eternidad, en movimiento hacia la gloria de la verdadera vida y sólo por el trabajo, ajustado a la Ley Divina, alcanzaremos el objetivo real de nuestra marcha!

Antonina, que parecía más despierta que su compañera, para la contemplación del excelso cuadro que nos circundaba, preguntó, con encanto:

–¿Por qué no guardamos el vivo recuerdo de nuestras existencias anteriores? ¿No sería bendita felicidad el reencuentro consciente con aquellos que más amamos?...

–Sí, sí... –confirmaba Clarencio, mientras nuestra deliciosa *ex*cursión proseguía, veloz– pero, en la condición espiritual en que todavía nos encontramos, no sabemos orientar nuestros deseos para lo mejor. Nuestro amor es aún insignificante migaja de luz, sepultada en las tinieblas de nuestro egoísmo, como oro que se encuentra en el suelo, en porciones infinitesimales, en el cuerpo gigantesco de la escoria. Así como las fibras del cerebro son las últimas en consolidarse en el vehículo físico en que encarnamos en la Tierra, la memoria perfecta es el último altar que instalamos, en definitiva, en el templo de nuestra alma, que en el Planeta, aún se encuentra en fases iniciales de desenvolvimiento. Es por eso que nuestros recuerdos son fragmentarios... Sin embargo, de existencia en existencia, de ascensión en ascensión, nuestra memoria gradualmente se convierte en visión imperecedera, al servicio de nuestro espíritu inmortal....

–Pero si pudiésemos reconocer en el mundo a nuestros antiguos afectos, si pudiésemos volver a ver los semblantes amigos de otras eras, identificándonos... –aventuró Antonina, reverente.

–Recuperar el contacto con los mejores, sería recuperar igualmente a los peores –atajó Clarencio, bondadoso– e, indiscutiblemente, no poseemos, por ahora, el amor equilibrado y puro, que se consagra a los designios superiores, sin pasión. Todavía, no sabemos querer sin despreciar, amparar sin mal servir. Nuestra afectividad, por el momento, padece deplorables inclinaciones. Sin el olvido transitorio, no sabríamos recibir en el corazón al adversario de ayer para regenerarnos, regenerándole. La Ley es sabia. Pero, de todas formas, no olvidemos que nuestro espíritu apunta todos los pasos de jornada archivando en sí mismo todos los lances de la vida, para formar con ellos el mapa del destino, de acuerdo con los principios de causa y efecto que nos gobiernan el sendero, pero solamente más tarde, cuando el amor y la sabiduría sublimen la química de nuestros pensamientos, será que conquistaremos la soberana serenidad, capaz de abarcar el pasado en su hechura total...

El Ministro hizo ligero intervalo, sonrió paternalmente hacia nosotros y remató:

–Sin embargo, la Leyes invariablemente la Ley. Viviremos en cualquier parte, con los resultados de nuestras acciones, así como el árbol, en cualquier tipo de terreno, producirá conforme a la especie a que esté subordinado.

El firmamento parecía responder a las sugestiones de la conversación admirable.

Bandadas de aves mansas descansaban entre las ramas que brillaban no lejos de nosotros.

El Sol presentaba perceptibles rayos diferentes, hasta ahora desconocidos a la apreciación común en la Tierra, provocando indefinibles combinaciones de color y de luz.

Como bendita y colorida colmena de amor, armonioso caserío surgió ante nuestra mirada.

Centenares de alegres niños jugaban entre fuentes y flores de maravilloso jardín.

IX

EN EL HOGAR DE LA BENDICIÓN

Clarencio movió la diestra, indicándonos el cuadro sublime que se extendía bajo nuestra vista.

Dulce melodía que enorme grupo de niños acompañaba, cantando un himno delicado de exaltación al amor materno, vibraba en el aire.

Aquí y allá, bajo mantos de vegetación verde claro, muchas señoras sostenían a lindas criaturas entre los brazos.

–Es el Hogar de la Bendición –informó el instructor, satisfecho.

–A esta hora, muchas hermanas de la Tierra llegan a visitar sus hijitos desencarnados. Tenemos aquí una importante colonia educativa, mezcla de escuela de madres y residencia de los pequeños que regresan de la esfera carnal.

El Ministro se interrumpió, de improviso.

Nuestras compañeras parecían, ahora, tomadas de jubilosa aflicción.

Las vimos desviarse, de súbito, como si fuesen atraídas por fuerzas irresistibles, precipitándose hacia los angelitos que canturreaban alegremente. Mientras la que nos era menos conocida abrazaba a un rubio pequeño, con infinita alegría, expresándose en lágrimas, doña Antonina abrazó a un pequeño de hermoso semblante, gritando, feliz:

–¡Marcos! ¡Marcos!...

–¡Madrecita! ¡Madrecita!… –respondió el niño, pegándosele al pecho.

Clarencio hizo señas a las hermanas vigilantes, responsables de los entretenimientos en el parque, como si solicitase protección y cariño para nuestras compañeras de excursión, y nos dijo, a continuación:

–El pequeño Julio no se encuentra en el grupo. Todavía sufre anormalidades que no le permiten la convivencia con los niños felices. Se encuentra en el hogar de la hermana Blandina. Encaminémonos hacia allá.

En pocos minutos, llegábamos ante diminuto castillo, muy blanco, en el que se destacaban las cúpulas azules, coronadas de enredaderas en flor.

Atravesamos extenso jardín, embalsamado de aromas.

Rosas opalinas, ignoradas en la Tierra, mezcladas con otras flores, despuntaban profusamente.

La hermana Blandina nos recibió sonriente, presentándonos a una simpática señora que fuera su abuela en el mundo.

Mariana, nuestra nueva amiga, nos saludó, bondadosa. Terminados los saludos usuales, Clarencio entró, directo, en el tema.

Deseábamos ver al pequeño Julio, que había desencarnado ahogado.

Blandina, que en plena juventud traía en los ojos las características de sublima madurez de espíritu, respondió gentilmente:

–¡Ah! ¡Con mucho gusto!

Y, encaminándonos a iluminada habitación, ornamentada de rosáceos adornos, donde un niño reposaba en un lecho muy blanco, explicó, sin afectación:

–Nuestro Julio, hasta hoy, aún no se ha recuperado completamente. Aún grita bajo pesadillas inquietantes, como si estuviese sufriendo bajo las aguas. Llama al padre

constantemente, a pesar de parecer más receptivo a nuestro cariño. Insiste en volver a casa, todos los días.

Nos acercamos a la larga cuna en la que descansaba.

El niño nos lanzó una mirada de atormentada desconfianza, pero, contenido por la ternura de la hermana que lo asistía, permaneció mudo e impasible.

–¿Aún no se mostró en condiciones de compartir los estudios con los otros? –preguntó el Ministro, interesado.

–No –informó la interpelada, solícita–, por cierto, nuestros bienhechores Augusto y Cornelio, que nos amparan frecuentemente, son del parecer que él no conseguirá, aquí, adquirir ninguna mejoría real, antes de la reencarnación que le aguarda. Tiene la mente desorganizada por gran indisciplina.

De buen humor, añadió:

–Es un paciente difícil. Felizmente, disponemos de la colaboración de nuestra consagrada Mariana, que lo adoptó como hijo espiritual, hasta que regrese al hogar terrestre. Fue preciso separarlo en esta habitación, debido al griterío a que a *veces* se entrega.

–Pero, ¿no *viene* recibiendo el tratamiento magnético aconsejable? –indagó Clarencio, atento.

–Diariamente recibe el auxilio necesario –esclareció Blandina, con humildad–, yo misma soy la enfermera. Pases y medicinas no le faltan.

–¿Y la hermana conoce el caso en sus particularidades?

–Sí, lo conozco. Eulalia ha venido hasta nosotros. Siento que la madrecita de nuestro enfermo no esté en condiciones de ampararlo. Creo que su concurso podría insuflarle nuevas fuerzas. Sin embargo, a excepción de su hermanita que se acuerda de él en las oraciones, nadie más de la familia le ayuda.

–¡Mamaíta! ¡Mamaíta!... gritó el pequeño, con voz ronca, irguiéndose y abrazando a Blandina, pálido e inquieto.

–¿Qué te molesta, hijo mío?

–Me duele la garganta... –se lamentó el muchachito.

La joven bienhechora lo abrazó, besándole los cabellos, y recomendó:

–No te aflijas. ¿Cómo es que un muchacho con tu valor puede llorar, así, por nada? ¡Figúrate! Tenemos a tres médicos en casa. Es imposible que el dolor no huya apresurado.

A continuación, lo sentó en un sillón y solicitó la colaboración de Clarencio.

El Ministro, cuidadoso, le pidió que abriese la boca y, sorprendidos, notamos que la glotis, principalmente en la región de los cartílagos aritenoides, presentaba una extensa herida.

El orientador le aplicó recursos magnéticos especiales y, en pocos instantes, Julio volvió a la tranquilidad.

–¿Y entonces? –dijo Blandina, amparándole, afectuosa– ¿dónde está ahora la garganta dolorida?

Y, visiblemente satisfecha, añadió:

–¿Ya agradeciste a nuestro bienhechor, hijo mío?

El niño, titubeante, caminó hacia el Ministro, le besó la diestra con respetuoso cariño y balbució:

–Muy agradecido.

Blandina iba a decir algo, pero Julio corrió hacia sus brazos, lloriqueando:

–Mamaíta, tengo sueño...

La abnegada joven lo acogió, con ternura, reconduciéndole al descanso.

Cuando regresó a la sala, Clarencio informó que donara al enfermo energías anestesiantes. Lo notara fatigado, decidiendo, por eso, inducirle al descanso.

Y, quizás porque nos percibiese el cerebro espoleado de indagaciones, en lo referente a aquella minúscula garganta herida, después de la muerte del cuerpo, el Ministro explicó:

–Es una pena. Julio se envolvió en compromisos graves. Desentendiéndose con algunos lazos afectivos del camino, en el siglo pasado, se confió a extremada rebeldía, aniquilando el vehículo físico que le fuera prestado como valiosa bendición. Rindiéndose a la pasión, absorbió gran cantidad de corrosivo. Salvado, a tiempo, sobrevivió a la intoxicación, pero perdió la voz, en razón de las úlceras que se le abrieron en la hendidura glótica. Aún así, no conformándose con el auxilio de los compañeros que le pusieron fuera de peligro, alimentó la idea de suicidio, sin retroceder. Fue así que, a pesar de su enfermedad, burló la vigilancia los compañeros que le cuidaban y se arrojó a la profunda corriente de un río, encontrando en ella la asfixia que le separó del envoltorio carnal. En la vida espiritual, sufrió mucho, cargando consigo las molestias que él mismo infligiera a su propia garganta y las pesadillas de la asfixia, hasta que reencarnó, junto a las almas con las que se mantiene asociado para la regeneración del pretérito. Desgraciadamente, encuentra dificultades naturales para recuperarse. Luchará mucho, antes de incorporarse al nuevo patrimonio físico.

Recibíamos aquellos informes con dolorosa admiración. Un niño enfermo es siempre un espectáculo conmovedor.

No nos atrevíamos a manifestar nuestros pensamientos de extrañeza, sin embargo, el servicial amigo, notándonos ciertamente las dudas, acentuó:

–Hace poco, comentábamos la sublimidad de la Ley. Nadie puede traicionarle los principios. La Bondad Divina nos asiste, de múltiples maneras, amparándonos el reajuste, pero, en todos los lugares viviremos atados a las consecuencias de nuestros propios actos, toda vez que somos los herederos de nuestras propias obras.

El tema constituía preciosa sugerencia para interesantes estudios, pero, antes de formular cualquier pregunta, traté de respirar, a grandes sorbos, las ráfagas frescas de viento, que transportaban, hacia el recinto, olas sucesivas de agradable perfume.

X

PRECIOSA CONVERSACIÓN

Blandina, que parecía bastante versada en las cuestiones de la infancia, uniéndose a la conversación que Clarencio desarrollaba, consideró, con interés:

–Efectivamente, la Leyes invariable, sin embargo, el niño desencarnado muchas veces es problema aflictivo. Casi siempre dispone de amigos que le siguen, de cerca, amparándole el destino, sin embargo he observado a millares de niños que, por la naturaleza de las pruebas en que se envolvieron, sufren muchísimo, a la espera de oportunidades favorables para la adquisición de los valores que necesitan.

Y sonriendo, bondadoso, añadió:

–El caso de Julio no es para mí de los más dolorosos. He visitado departamentos de reajuste en los que se demoran hermanos nuestros, arrancados de la carne, violentamente como frutos verdes del árbol en que se desarrollan... Procesos de mente enfermiza que sólo benditas estancias regeneradoras en la carne consiguen curarlo.

–¿Podríamos recibir de su experiencia algunos ejemplos objetivos? –indagó Hilario, curioso.

–¡Ah! ¡Son muchos!... –ponderó nuestra interlocutora, gentil tenemos para demostración más práctica los absurdos de la megalomanía intelectual. Hay personas, en la Tierra, que no se cuidan contra los desvaríos de la inteligencia y hacen de la astucia y de la vanidad el clima en el que respiran. Insisten en la inercia del corazón, abominan el sentimiento elevado que interpretan como ridículo y transforman la cabeza en un laboratorio de perversión de los valores de la vida. No procuran más que sus propios intereses, no aman más que a sí mismos. Sin embargo, no notan que se resecan interiormente y ni imaginan los resultados crueles de su actividad intelectual volcada para el mal. Frecuentemente, en la lucha mundana, sobresalen en la condición de dominadores poderosos, con vastísimo potencial de influencia sobre amigos y adversarios, conocidos y desconocidos. Pero, ese éxito es ilusorio. Caen bajo el guante de la muerte con gran alivio de sus contemporáneos y pasan a recibirles las vibraciones de repulsa. Semejantes criaturas naturalmente son víctimas de sí mismas y sufren los más complicados desequilibrios mentales. Después de periodos más o menos largos de purgación; después de la transición de la muerte, vuelven a la carne, necesitados de silencio y soledad para desprenderse de las envolturas inferiores en las que se enredaron, así como la semilla necesita el aislamiento en la cueva oscura para desintegrar los elementos pesados que la envuelven, para un nuevo despuntar.

La muchacha esbozó inteligente sonrisa y continuó:

–Imaginemos que la tierra se negase a auxiliar a las semillas que esperan revivir. El suelo las expulsaría, y, en lugar de gérmenes liberados para la victoria de la plantación, tendríamos solamente pepitas secas, en afligida inquietud, desorientando la labranza. En verdad, la mayoría de las madres están formadas por sublime falange de almas en las más bellas experiencias de amor y sacrificio, cariño y renuncia, dispuestas a sufrir y a morir por el bienestar de los retoños que la Providencia Divina les confió a las manos tiernas y devotas, sin embargo, hay mujeres cuyo corazón aún se encuentra en plena sombra. Más hembras que madres, permanecen obcecadas por la idea del placer y de la

posesión y, despreocupándose de los hijitos, les favorecen la muerte. El infanticidio inconsciente e indirecto es ampliamente practicado en el mundo. Y como la deuda reclama rescate, las demoras en la solución de los compromisos asumidos acarrean enormes padecimientos en las criaturas que se someten a los choques biológicos de la reencarnación y ven perjudicadas sus esperanzas de saldo con la Ley.

Ante la pausa que se hiciera natural, inquirí:

–¿Pero, la Ley no trazará principios inamovibles? ¿Pretende la hermana decir que un niño puede desencarnar, fuera del día indicado para su liberación?

–Sí, sin duda –intervino el Ministro, que nos escuchaba–, hay un programa estructurado en la Espiritualidad para nuestras tareas humanas, sin embargo, nos pertenece la conducción de los impulsos dentro de ellas. Por la regla general, multitud de criaturas se alejan temprano del vehículo carnal, atendiendo a servicios de socorro y sublimación, pero, en numerosas circunstancias, la negligencia y la irreflexión de los padres son responsables por el fracaso de los hijos.

–Aquí–explicó Blandina, dulcemente-, recibimos muchas solicitudes de asistencia, en beneficio de pequeños amenazados de frustración. Tenemos hermanas que, por nutrir pensamientos infelices envenenan la leche materna, comprometiendo la estabilidad orgánica de los recién nacidos; vemos a matrimonios que, a través de riñas continuas, proyectan rayos magnéticos de naturaleza mortal sobre sus tiernos hijos, arruinándoles la salud, y encontramos mujeres descuidadas que confían el hogar a personas aún animalizadas, que, a la búsqueda de satisfacciones enfermizas, no se avergüenzan de administrar hipnóticos a seres frágiles, que reclaman desvelado cariño... En algunas ocasiones, conseguimos restablecer la armonía, con la deseable recuperación, sin embargo, muchas veces somos obligadas a asistir al malogro de nuestros mejores propósitos.

–En esos casos… –intervine, buscando mayores esclarecimientos.

Sin embargo, Blandina, comprendiéndome la interrogación íntima, se adelantó:

–En esos casos, aún y siempre, la Ley es invariable. Las pruebas y tareas sufren dilación en el tiempo, pero serán cumplidas, al fin. Aquello que no se realiza en un siglo, puede efectuarse en otro. Nuestra buena voluntad y nuestra aplicación a los Designios Divinos pueden abreviar cualquier tipo de servicio. Quien persiste en la dirección del bien alcanza antes la victoria.

Y con la hermosa sonrisa que le bailaba en el semblante juvenil, añadió:

–No vale huir a las responsabilidades, porque el tiempo es inflexible y porque el trabajo que nos incumbe no será transferido a otros.

Hilario, que seguía la conversación con extremo interés, consideró:

–Antiguamente, en la Tierra, conforme a la teología, clásica, suponíamos que los inocentes, después de la muerte, permanecían recogidos al descanso del limbo, sin la gloria del Cielo y sin el tormento del infierno, y, en los últimos tiempos, con los nuevos conceptos del Espiritualismo, creíamos que el niño desencarnado retornase, de inmediato, a su personalidad de adulto…

–En muchas situaciones, es lo que sucede –aclaró Blandina, afectuosa–; cuando el Espíritu ya alcanzó elevada posición evolutiva, asumiendo el control mental de sí mismo, adquiere el poder para desprenderse fácilmente de las imposiciones de la forma, superando las dificultades de la desencarnación prematura. Conocemos grandes almas que renacieron en la Tierra por brevísimo plazo, simplemente con el objetivo de despertar a corazones queridos para la adquisición de valores morales, recobrando, poco después de llevado a cabo el servicio, la respectiva presencia que le era

acostumbrada. Sin embargo, para la gran mayoría de los niños que desencarnan, el camino no es el mismo. Almas aún encarceladas en el automatismo inconsciente, se encuentran lejos del autogobierno. Son conducidas por la Naturaleza, como criaturas en el regazo materno. No saben desatar los lazos que las aprisionan a los rígidos principios que orientan el mundo de las formas y, por eso, exigen tiempo para renovarse en el justo desenvolvimiento. Es por ese motivo que no podemos prescindir de los periodos de recuperación para quien se aparta del vehículo físico, en la fase infantil, toda vez que, después del conflicto biológico de la reencarnación o de la desencarnación, para cuantos se encuentran en los primeros peldaños de la conquista de poder mental, el tiempo debe actuar como elemento indispensable de restauración. Y la variación de ese tiempo dependerá de la aplicación personal del aprendiz en la adquisición de luz interior, a través del perfeccionamiento moral propio.

Nos encantaba la exposición clara y sencilla de nuestra interlocutora, cuyas palabras tocaban con tanta facilidad graves problemas de la vida.

En sus fórmulas verbales sencillas y accesibles, penetrábamos en inquietantes enigmas de la puericultura.

Blandina sabía asociar la comprensión y la gracia, instruyéndonos con discernimiento.

Conmovido, ante los apuntes que le definían la valiosa posición cultural, ponderé:

–Utilizando semejantes informes, podemos comprender, con más seguridad, los procesos dolorosos de las enfermedades congénitas y de las molestias insidiosas que asaltan a la infancia en el mundo. Siempre estuve poseído de afligido asombro, ante el mongolismo y la epilepsia, la encefalitis letárgica y la meningitis, la lepra y el cáncer, en la tierna organización infantil...

–¿Y qué decir de los desastres irremediables –consideró Hilario, con emoción–, de los desastres que arrebatan adorables flores del hogar, dejando inconsolables a padres y madres? Numerosas veces, procuré respuestas a las terribles interrogantes que nos atormentan, ante cuerpecitos dilacerados, en los hospitales de sangre, sin conseguir ausentarme del oscuro laberinto.

–Sí –esclareció la enfermera bondadosa–, las reparaciones nos martirizan en la carne, pero, sin ellas, no alcanzaremos el reajuste.

–Cada uno de nosotros renace en la Tierra –apreció el Ministro– expresando en la materia densa el patrimonio de los bienes o males que incorporamos a los tejidos sutiles del alma. La patogenia, en esencia, envuelve estudios que se remontan al cuerpo espiritual, para que no sea un cuadro de conclusiones fallidas o del todo irreales. Volviendo a la Tierra, atraemos los acontecimientos agradables o desagradables, según los títulos de trabajo que ya conquistamos o de acuerdo a nuestras necesidades de redención.

De buen humor, acentuó:

–La carne, de cierto modo, en muchas circunstancias no es apenas un tiesto divino para el crecimiento de nuestras potencias, sino también una especie de carbón milagroso, absorbiéndonos los tóxicos y residuos de sombra que traemos en el cuerpo substancial.

Contemplé, entonces, con más insistencia, la figura suave de Blandina. ¿Por qué se dedicara ella, así, a trabajos tan complejos? ¿No sería más justo escuchar aquella conversación de los labios de la simpática Mariana, que allí se encontraba, junto a nosotros, por su situación de matrona respetable? Exterioricé mis pensamientos, preguntando, con discreción, a la joven el porqué de la grave tarea en la que se

incumbía.

Blandina apagó la luz de la sonrisa que le adornaba el semblante, como abierta flor que se cerrase, de súbito.

Pesado silencio reinó en el recinto.

Pero generosa y sencilla, endulzó la expresión fisionómica y habló, en tono aconsejador:

–Estuve casada en mi última existencia y solamente desde hace tres años terrestres me veo, de nuevo, en la vida espiritual. No pude acariciar a un hijito, en mis sueños recientes de mujer, pero hoy sé que necesito reeducarme en el amor de madre, conforme a las deudas que contraje en el pasado. Realmente, siento un gran afecto por los niños, sin embargo, tengo igualmente enormes deudas morales para con ellos…

El tema se inclinaba hacia un círculo particular, que debía ser sagrado para nuestros ojos.

Por eso mismo, Clarencio mi hizo una muda señal y la conversación fue canalizada hacia otro rumbo.

XI

NUEVOS APUNTES

Hilario, uniéndose a la renovación de la charla, preguntó a la hermana Blandina si ella era la dirigente del parque en que nos hallábamos, a lo que ella informó, con humildad:

–No me atribuya semejante autoridad. Tengo tareas diversas aquí y allá, sin embargo soy simple servidora. Nuestro centro educativo cobija a más de dos mil niños, pero, bajo mis cuidados, permanecen solamente doce. Somos un gran conjunto de hogares, en los cuales muchas almas femeninas se reajustan para la venerable misión de la maternidad y con nosotras, multitudes de niños encuentran abrigo para el desenvolvimiento que les es necesario, resaltando que casi todos se destinan al regreso a la Tierra para su reintegración en el aprendizaje que les corresponde.

–¿Y la dirección central? –inquirió mi compañero, detallista.

–No reside aquí. El parque es una de las varias dependencias de amplio establecimiento de asistencia y de educación, del que somos hoy tutelados. En el fondo, nuestra casa es una gran escuela, dotada 'con todos los recursos indispensables para nuestro aprovechamiento. Los mejores procesos de habilitación espiritual ocurren con nosotros, en beneficio de los que van a renacer en la carne y de los que se dirigirán, más tarde, a las Esferas Superiores.

–¿Pero, tienen aquí incluso los cursos primarios de alfabetización?

–¿Cómo no? –dijo nuestra joven amiga– necesitamos movilizar todas las medidas a nuestro alcance, para lograr que despierten espiritualmente. La cultura intelectual puede no ser condición básica para nuestra felicidad, sin embargo, es imperativo para el engrandecimiento del alma. Quien no sabe leer, no sabe ver como debe.

Y. sonriendo, añadió:

–La evolución, la competencia, el perfeccionamiento y la sublimación resultan del trabajo incesante. Cuanto mayor se nos hace el conocimiento, más nos sentimos distanciados del descanso. La inercia produce la coagulación de nuestras fuerzas mentales, en los planos más bajos de la vida. El servicio es nuestra bendición.

En ese instante, con referencias tan sublimes al trabajo, nos volvimos instintivamente hacia la devota Mariana, que se mantenía silenciosa, a nuestro lado…

–¿Estaría ella ligada a los compromisos de protección a la infancia?

A la pregunta que Hilario lanzó, con fraternal delicadeza, respondió cortésmente:

–En cuanto a mí, colaboro con mi nieta en los servicios que le fueron encomendados aquí, sin embargo, mi tarea personal más importante se realiza en un templo católico, al que me vinculé profundamente, durante mi última encarnación.

Aquella afirmación nos excitaba la curiosidad. La alusión a un “templo católico” denunciaba afiliación sectaria.

Mariana, efectivamente enmudeciera, mientras que Blandina se confiaba a preciosa exteriorización de sus elevadas emociones. ¿Estarían, allí, espiritualmente divorciadas una de la otra?

La venerable hermana, que mostraba el halo de simpatía de las mujeres admirables cuando alcanzan la madurez sonrió. Benevolente, y señaló:

–No se extrañen. Comparto con Blandina el estudio de las Leyes Divinas para

renovarme en espíritu, con vistas al gran futuro, pero el amor que conservo por viejos compañeros de lucha humana me obligan a larga demora, en servicio de cooperación, en la antigua casa de fe religiosa a la que me consagré.

–Además –ponderó el Ministro, sensato-, el auxilio divino es como el Sol, irradiándose para todos. Las instituciones y las almas que se vuelven hacia el Padre Celestial reciben el suministro de los recursos que necesitan, según las posibilidades de recepción que demuestren.

Interesado, en los apuntes que surgían, cada vez más valiosos, Hilario indagó:

–¿En qué base se formará el proceso de auxilio en las Iglesias?

Con el impedimento de nuestra comunicación directa, ¿cómo será posible cooperar en favor de nuestros hermanos católicos romanos?

–Muy sencillamente –esclareció Mariana, servicial–, el culto de la oración es el medio más seguro para nuestra influencia. La mente que se coloca en oración establece un hilo de intercambio natural con nosotros…

–Pero no de forma ostensiva –alegó nuestro compañero, estudiosa.

–Por el pensamiento –explicó la interlocutora, respetuosa.– La intuición beneficia en todas partes, y, cuanto más alto es el tenor de cualidades nobles en la criatura, más amplia es la zona lúcida de que se sirve para registrar el socorro espiritual. El culto público, indiscutiblemente, como viene siendo llevado a efecto, en los tiempos modernos, no favorece el contacto de las fuerzas superiores con la mente popular. Los intereses rastreros, conducidos a la iglesia, constituyen sólida traba contra el auxilio celestial. Y la preocupación de riqueza y pompa, casi siempre mantenida por el sacerdocio en los oficios, inutiliza a veces nuestros mejores esfuerzos, porque, mientras la atención del alma se prende a exterioridades, las fuerzas contrarias al bien y a la luz encuentran facilidades positivas para el culto del fanatismo y la discordia. Aun así, superando tales obstáculos, siempre es posible hacer algo en beneficio del prójimo.

–Durante la misa, por ejemplo –prosiguió Hilario, observador–, ¿es viable su trabajo de cooperación?

Mariana mantuvo una expresión facial de buen humor y señaló: –Somos grandes falanges de aprendices *de* la fraternidad, en acción. Por más desagradables que se nos muestren los cuadros de lucha, nuestra obligación es servir.

Terminada ligera pausa, continuó:

–Cuando la misa obedece a puro convencionalismo social, funcionando como exhibición de vanidad o de poder, nuestra colaboración resulta invariablemente nula.

Y, sonriendo:

–¿Qué podríamos hacer en un acto de adulación, en el que los devotos de la fortuna material o de la perversidad elogian la irregular conducta de persona sin escrúpulos? Hay misas solemnes de consagración de astutos políticos y de magnates del oro que, en verdad, son auténticos sacrilegios, en nombre del Cristo. Por otra parte, hay misas de almas que constituyen escarnio al dolor de los que fueron recibidos por la muerte, como las que son pedidas celebrar por parientes ambiciosos que, a veces, hasta se alegran, incluso, con la ausencia del fallecido, ávidos como se muestran de saquearle los despojos, en la carrera a los testamentos y notarios. Esas misas fuertemente aromatizadas por el dinero están para ellos tan frías, como las tumbas en que se les asiló la carne desfigurada. Pero, si el acto religioso es sencillo, compartido por mentes y corazones sinceros, inclinados hacia la caridad evangélica y centrados en la luz de la oración, con los mejores sentimientos que poseen, el culto se reviste de gran valor, por las vibraciones de paz y cariño que arroja en dirección de aquél a quien está enco-

mendado. Frecuentemente, las misas humildes, realizadas a los primeros cánticos de la mañana, son las más favorables a nuestra participación. Podemos, con más seguridad articular las posibilidades a nuestro alcance y ambientarlas en beneficio de aquellos que esperan de nosotros el amparo necesario.

Hilario pensó algunos instantes, valiéndose del intervalo que surgiera en la conversación y expuso:

–Tenemos en las iglesias el tema del patrocinio. Imaginemos que determinado templo fue levantado a la memoria de Gerardo Majela. ¿Ello expresa una obligación para el gran místico europeo?

–Ciertamente no se trata de una obligación esclavizante, sino de un servicio que le honra el nombre y que merecerá de él cierto reconocimiento mezclado de responsabilidad. Sin embargo, debemos reconocer, que el trabajo del bien, cualquiera que sea, permanece unido a Jesús. Entretanto, si algún siervo del Señor está ligado a la obra por realizar, tanto como le sea posible se desdoblará para enriquecerla de bendiciones.

–Pero... ¿y en el supuesto de que algún santuario surgiera, dedicado a un supuesto héroe de la virtud? Figurémonos a alguien de la Tierra siendo conducido al altar por imposición de la autoridad humana, sin mérito suficiente, ante el Señor... Los creyentes encarnados le atribuirían un poder del que no podría disponer... ¿En qué situación estaría el templo, que le fuese consagrado?

Mariana registró la pregunta, cortésmente, y explicó:

–Ante una situación como esa, mensajeros de Jesús se responsabilizarían de la institución, distribuyendo allí los beneficios adecuados a los merecimientos y necesidades de cada uno.

–¿Y el tipo de asistencia? ¿Es de renovación espiritual o de simple socorro a los creyentes encarnados?

–¡Ah! –comentó Mariana, sincera– el trabajo es complejo y se divide en múltiples sectores. No está limitado a la esfera de la existencia física. Innumerables son las almas que, desligadas del cuerpo, recurren a los altares, suplicando esclarecimiento... Otras, después de la muerte, se confían a desequilibradas emociones, invocando la protección de Espíritus santificados... Es necesario corregir aquí y ayudar allá... Ahora debemos inyectar un pensamiento reconstructivo en esta o en aquella mente extraviada, después, es imprescindible armonizar circunstancias, en favor de este o de aquel necesitado... La mayoría de las personas acepta la religión, pero no se preocupa de practicarla. De ahí nace terrible aumento de las aflicciones y de los enigmas.

La lógica de Mariana nos encantaba.

Hilario, sin embargo, continuó indagando, investigador:

–Pero, a pesar de estar consciente de la verdad, que la separación del vehículo físico nos impone, ¿cree la hermana que la organización católica es suficiente para conducir al mundo moderno?

Ella sonrió con tristeza y respondió:

–Amigo mío, entre cooperar y aprobar, hay sensible diferencia.

La sociedad ayuda a los niños sin infantilismo. Las iglesias nacidas del Cristianismo caminan hacía una gran renovación. El progreso así lo exige. Las ideas del cielo y del infierno y los excesos de naturaleza política, en la jerarquía eclesiástica, establecieron grandes perturbaciones en el alma popular. Entretanto, nos cabe considerar a las religiones que envejecen como frutos fuertemente maduros. La pulpa alterada por el tiempo debe ser colocada al margen, sin embargo, las semillas son indispensables para la producción del futuro. Auxiliemos a las iglesias antiguas, en lugar de acusarlas.

Todos somos hijos del Padre Celestial y donde hubiere el más mínimo germen de Cristianismo ahí surgirán recursos de recuperación del hombre y de la colectividad para Cristo, Nuestro Señor.

La conversación era fascinante y las preguntas parecían brillar aún, en los ojos de Hilario, maravillado tanto como nosotros, ante las elucidaciones que recibía, pero el tiempo se agotara.

Una señal de Clarencio nos hizo comprender que habíamos llegado al momento del regreso.

XII

ESTUDIANDO SIEMPRE

Tras las despedidas, recogimos a las excursionistas bajo nuestra tutela y, al poco tiempo, nos encontrábamos, de nuevo, en el camino terrestre.

De la zona de luz solar, volvimos a la inmersión en las sombras nocturnas, pero el espectáculo del cielo no disminuyera en belleza, porque los primeros colores del amanecer teñían el lejano horizonte.

Clarencio restituyó a la compañera de Antonina a su hogar, después de afectuoso adiós. Y, sin mayores demoras, buscamos el nido doméstico de nuestra amiga.

Antonina estaba callada, entristecida...

Se diría que insistía en permanecer, para siempre, junto al pequeño que la precediera en el largo viaje de la muerte. Sin embargo, al penetrar en el pequeño santuario familiar, se dirigió apresuradamente a la habitación, con el corazón nuevamente atraído hacia los otros hijitos.

El Ministro, paternal, la hizo acostarse y le aplicó pases magnéticos sobre los centros corticales.

La madrecita de Marcos experimentó ligero y dulce vértigo... Atendiendo al orientador, nos mantuvimos en observación, notando que la Antonina de nuestro maravilloso viaje se uniera al cuerpo denso, como si fuera, por el, succionada a modo de hermosa mujer, de forma sutil y semilúcida, repentinamente tragada por profunda vaina de sombra. Yuxtaponiéndose al cerebro físico, perdiera la perspicacia con la que se caracterizaba junto a nosotros. Con la fisonomía calma y feliz, despertó en el vehículo pesado...

Sin embargo, Antonina ya no nos vio.

Era ahora simplemente la mujer humana, entre las mantas acogedoras del lecho, acomodada a la oscuridad del recinto.

Recordaba, eso sí, el paseo al Hogar de la Bendición, pero a través de impresiones que se esfumaban, rápidas.

Solamente la imagen del hijito, tema central de su amor, le persistía clara y animada en la memoria...

Nuestra presencia y todas las demás particularidades del vuelo sublime le acudían a la memoria como accesorios fantásticos perdiéndose en los oscuros escondrijos de su imaginación.

Como quien seleccionara preciosidades, la consolada madrecita buscaba, ansiosa, en los archivos de su mente, todas las palabras que escuchara del hijo bendito, procurando retenerlas en el joyero del corazón. Por eso, de las valiosas observaciones de Clarencio, en pocos minutos no le quedaba en el alma ninguna reminiscencia.

Antonina se movió, encendió la luz y la oímos pensar, vibrante: –"¡Oh! ¡Dios mío, que alegría! ¡Pude verle perfectamente! ¡Quiero guardar el recuerdo de este sueño divino!... Marcos, Marcos, ¡cuánta nostalgia, hijo mío!...

El Ministro se acercó a ella, le acarició la cabeza, como si la envolviese en fluidos calmantes y la simpática señora restableció la oscuridad en el recinto.

Abrazando a la benjamina, que descansaba a su lado, nuevamente se durmió.

–Nuestra amiga no podrá conservar recuerdos positivos –nos informó Clarencio, con atención.

–Pero, ¿por qué? –indagó Hilario, admirado.

–Escasos Espíritus están habilitados para vivir en la Tierra, con las visiones de la vida eterna. La penumbra interior es el clima que les es necesario. El recuerdo completo redundaría, para ella, en nostalgia mortal.

–¡Pero eso es lamentable! –alegó mi compañero, apenado. El Ministro, sin embargo, explicó, paciente:

–Cada etapa de la vida se caracteriza por fines especiales. La miel es como sabroso néctar para el niño, pero no debe ser administrada indiscriminadamente. Reclama dosificación para no llegar a ser inoportuno laxante. El contacto con el reino espiritual, mientras nos encontramos en la envoltura terrestre, no puede ser dilatado en toda la extensión, para que el alma no decaiga al interés de luchar dignamente, hasta el fin del cuerpo. Antonina se acordará de nuestra excursión, pero de forma vaga, como quien tiene en el terreno vivo del alma un bello cuadro de atenuados contornos. Se recordará, aún así, del hijito más vivamente, lo bastante para sentirse reconfortada y convencida de que Marcos la espera en la vida mayor. Semejante certeza le resultará dulce alimento al corazón.

El silencio pasó a dominar el recinto, pero Clarencio lo rompió, casi de inmediato, convidándonos a socorrer al viejecito que nos esperaba.

Dormitaba el anciano en una vieja silla.

–¿Será sueño? –preguntó Hilario, más nuevo que yo en la vida del Más Allá.

–Sí –confirmó el instructor, benevolente–, en la fase en que se encuentra, Leonardo se subordina a todos los fenómenos de la existencia vulgar. No prescinde, así, del descanso para recuperarse.

Lo examinamos con más detenimiento.

Sin duda, el anciano tenía un vehículo semejante al nuestro, según los principios organogenéticos que presiden a la constitución del cuerpo espiritual, sin embargo, parecía tan pesado y tan denso como si aún portase la túnica de carne,

Dejé a Hilario con el prurito de curiosidad que, en otros tiempos, me asaltaban de súbito,

Tras observarle el aspecto desagradable, mi compañero inquirió sobre los motivos de tal oscurecimiento.

El Ministro no se hizo de rogar y explicó:

–El psicosoma [1] o el periespíritu de la definición espírita no es idéntico de forma absoluta en todos nosotros, así como, en la realidad, no existen dos cuerpos físicos totalmente iguales. Cada criatura vive en un vehículo celular diferente, a pesar de las piezas semejantes, impuestas por la ley de las formas. En el círculo de materia densa, sufre el alma encarnada los efectos de la herencia recibida de los padres, entretanto, en la esencia, la ley de la herencia funciona invariablemente del individuo hacia él mismo. Retenemos tan sólo lo que sea exclusivamente nuestro o aquello que buscamos. Renacemos en la Tierra, junto a aquellos que son afines a nuestra forma de ser. El alcohólico no adquiere la costumbre irregular de los padres, más bien, casi siempre, él mismo ya se confiaba al vicio del alcohol, antes de renacer. Y hay borrachos desencarnados que se atan a aquellos que se vuelven instrumentos de ellos mismos.

E, imprimiendo grave tono a la voz, ponderó:

[1] Del griego: psykhé, alma, espíritu, y soma, cuerpo. –(Nota de la Editora).

–El carácter es dirigido por principios de naturaleza espiritual. Si los hijos encuentran a los padres que necesitan, los padres reciben de la vida los hijos que buscan.

Me acordé repentinamente de algunos de los grandes genios de la Humanidad, que tuvieron hijos monstruosos o mediocres. Pero, saliendo al encuentro de mi pensamiento, el orientador observó:

–En el campo de las grandes virtudes, los padres utilizan, a veces, la compasión reedificante, empeñándose en tareas de sacrificio. Tenemos en el mundo a mujeres y hombres admirables que, consolidando cualidades superiores en la propia alma, se disponen a buscar afectos que permanecen a distancia, en el pasado, en intentos heroicos de auxilio y de reajuste.

Y, sonriendo, añadió:

–En la familia consanguínea o en la familia humana, obtenemos lo que buscamos. Quien ya ajustó sus propias cuentas con la justicia, puede confiarse a los sublimes rasgos del amor.

A continuación, Clarencio se detuvo en la contemplación del viejecito que descansaba y continuó comentando, en especial para Hilario:

–Según la vida de nuestra mente, así vive nuestro cuerpo espiritual. Nuestro amigo se entregó, en demasía, a las creaciones interiores del tedio, odio, desencanto, aflicción y condensó semejantes fuerzas en sí mismo, coagulándolas, de ese modo, en el vehículo que le sirve para las manifestaciones. De ahí, ese aspecto oscuro y pastoso que presenta. Nuestras obras permanecen con nosotros. Somos nuestros propios herederos.

–Pero... ¿y si nuestro hermano trabajase? ¿si después de la muerte tratase de conjugar el verbo servir? –preguntó mi compañero, preocupado.

–¡Ah! indiscutiblemente el trabajo renueva cualquier posición mental. Generando nuevos motivos de elevación y nuevos factores de auxilio, el servicio establece otros caminos que realmente funcionan como recursos de liberación. Por eso mismo, el constante llamado del Señor a la acción y a la fraternidad se extiende, junto a nosotros, diariamente, a través de mil maneras... Sin embargo, cuando no nos consagramos al trabajo, mientras nos encontramos en la vestimenta terrestre, más difícil se hace para nosotros la superación de los obstáculos mentales, porque la indolencia traída del mundo es tóxico entorpecedor de nuestras ideas, fijándolas, a veces, por tiempo indefinible. Si pretendemos poseer un psicosoma sutilizado, capaz de retener la luz de nuestros mejores ideales, es imprescindible descondensarlo, por la sublimación incesante de nuestra mente, que necesitará, entonces, centrarse en el esfuerzo infatigable del bien. Es con ese fin que el Padre Celestial nos concede el dolor y la lucha, las pruebas y el sufrimiento, únicos elementos reparadores, susceptibles de producir en nosotros el reajuste necesario, cuando nos ponemos en desacuerdo con la Ley.

Afuera, las aves matutinas anunciaban el nuevo día...

La tenue claridad de la mañana penetraba en el recinto.

Clarencio recordó que para socorrer al anciano enloquecido no prescindiríamos de algún trabajo de análisis de la mente, y, como semejante *servicio* demandaría, quizás, la cooperación de compañeros encarnados, que no debían ser molestados en la etapa diurna, el Ministro nos invitó a retiramos.

La continuación de la tarea asistencial, de ese modo, fue fijada para la noche siguiente.

XIII

ANÁLISIS MENTAL

El reloj marcaba la una menos cuarto de la noche, cuando volvimos al sencillo domicilio de Antonina.

La casita dormía, tranquila.

Agachado en un rincón, el viejo Leonardo se mantenía en el salón, pensando... pensando...

Nos hicimos densos para su visión y, reconociéndonos, se levantó y comenzó a gritar:

–¡Ayudadme, por el amor de Dios! ¡Estoy prisionero! ¡prisionero!...

Clarencio, bondadoso, le invitó a acomodarse en la sencilla butaca y le indujo a la oración.

Pero el viejecito, alegó olvido total de las oraciones que formulara en el mundo, creyendo que de nada le servirían las palabras memorizadas, sin embargo, el orientador, elevando la voz, con el propósito evidente de tranquilizarle en la confianza íntima, pronunció conmovedora súplica a la Divina Providencia, implorando su protección y seguridad hacia quien se mostraba tan abatido y tan infeliz.

Emocionados con aquella petición que nos renovaba igualmente las disposiciones interiores, observamos que el abuelo de Antonina se tranquilizara, resignado.

Clarencio, después de la oración, empezó a aplicarle fuerzas magnéticas en el campo cerebral.

El paciente se reveló más intensamente abatido.

La cabeza le colgó sobre el pecho, in controlada y somnolienta. Mirándonos de forma significativa, el Ministro ponderó:

–El fluido de fuerzas debidamente dinamizadas en el pase magnético le arrancará de la sombra anestesiante de la amnesia. Podremos, entonces, sondearle la intimidad con más seguridad. Asistido por nuestros recursos, su memoria retrocederá en el tiempo, informándonos en cuanto a la causa que le retiene junto a la nieta, aclarándonos, además, sobre probables lazos que nos conducirán a la llave del socorro, en su propio beneficio.

–Pero ¿el retroceso de los recuerdos podrá efectuarse de improviso? –preguntó Hilario, perplejo.

–Sin duda –respondió el instructor–, la memoria puede ser comparada a la placa sensible que, bajo la influencia de la luz, guarda para siempre las imágenes recibidas por el espíritu, en el curso de los innumerables aprendizajes, dentro de la vida. Cada existencia de nuestra alma, en determinada expresión de la forma, es una suma de experiencia, conservada en prodigioso archivo de imágenes que, superponiéndose unas a otras, jamás se confunden. En obras de asistencia, como la que deseamos realizar, es necesario recurrir a los archivos mentales, para producir ciertos tipos de vibraciones, no sólo para atraer la presencia de compañeros ligados al hermano sufridor que nos proponemos socorrer, sino también para descubrir los rincones de la mente, en las fibras recónditas en que ella retiene sus aflicciones y heridas invisibles.

–Quiere decir entonces que...

La frase de Hilario, se apagó en los labios, por que el Ministro le atajó, completándole el concepto:

–La mente, tanto como el cuerpo físico, puede y debe sufrir operaciones para reequilibrarse. Más tarde, la ciencia humana evolucionará hacia la cirugía psíquica, tanto como hoy va avanzando en técnica operatoria, con vista a las necesidades del vehículo de materia carnal. En el gran futuro, el médico terrestre desentrañará un laberinto mental, con la misma facilidad con que actualmente extirpa un apéndice condenado.

Hilario desorbitó los ojos, admirado, feliz. Y exclamó, con voz casi chillona:

–¡Ah! ¡Freud cómo viste la verdad!... ¡cómo poseías la razón!... El orientador le miró, paternalmente, y expuso:

–Freud vislumbró la verdad, pero toda verdad sin amor es como luz estéril y fría. No bastará conocer e interpretar. Es indispensable sublimar y servir. El gran científico observó aspectos de nuestra lucha espiritual en el camino evolutivo y catalogó los problemas del alma, aún encarcelada en las mallas de la vida inferior. Señaló la presencia de las llagas dolorosas del ser humano, pero no les extendió eficiente bálsamo curativo. Hizo mucho, pero no lo bastante. El médico del porvenir, para sanar las desarmonías del espíritu, necesitará movilizar el remedio saludable de la comprensión y del amor, retirándolo de su propio corazón. Sin mano que ayude, la palabra erudita muere en el aire.

El Ministro, con todo, se calló, dándonos a entender que el momento no era oportuno para discusiones filosóficas.

Acarició, aún, por algunos instantes, la cabeza del anciano y, a continuación, le llamó, suavemente:

–¡Leonardo! ¡recuerda! ¡Vuelve al Paraguay, donde adquiriste el remordimiento que hoy te destroza el corazón! El dolor casi siempre, es culpa sepultada dentro de nosotros... ¡Retrocedamos al punto inicial de tu sufrimiento!… ¡Recuerda! ¡recuerda!...

El anciano, ante nuestro intraducible asombro, despertó con los ojos trastornados.

Irguió la frente, pero su rostro se alterara de manera sensible. Mantenía, ineludiblemente, los rasgos fundamentales, pero se hiciera más joven.

Percibiendo la sorprendente transfiguración, Hilario intervino, preguntando:

–¡Oh! ¿Qué fuerza mágica será esta?

Nuestro orientador lo miró, sereno, y esclareció:

–No nos olvidemos que tenemos ante nosotros al vehículo espiritual, por excelencia vibrátil. El cuerpo del alma se modifica, profundamente, según el tipo de emoción que le fluye de lo íntimo. Eso, por cierto, no es novedad. En la misma Tierra, la máscara física se altera en la alegría o en el sufrimiento, en la simpatía o en la aversión. En nuestro piano, semejantes transformaciones son más rápidas y exteriorizan aspectos íntimos del ser, con facilidad y seguridad, porque las moléculas del periespíritu giran en más alto patrón vibratorio, con movimientos más intensos que las moléculas del cuerpo carnal. La *conciencia*, como punto de apoyo anímico, se expresa, de ese modo, en la materia sutil con poderes plásticos más avanzados.

Clarencio paseó la mirada por el recinto y añadió:

–Sin embargo, no descuidemos el servicio a realizar. En ese interin, Leonardo se incorporara.

Parecía animado por una extraña energía.

El cuerpo, no obstante continuaba oscuro y pasioso, se revelaba recio.

Repentinamente recuperado, vigoroso y movedizo, exclamó:

–¡Lola! ¡Lola! ¿estás aquí? Siento tu presencia... ¿Dónde te ocultas? ¡Escúchame!

¡escúchame!

Con inesperado espanto, vimos a doña Antonina escapar del aposento, en el cuerpo espiritual en el que la divisáramos la víspera.

Avanzó a nuestro encuentro, extremadamente sorprendida, y, descubriendo al abuelo transfigurado, como si fuese tocada en lo más Intimo de su personalidad por misteriosa influencia, expresó súbita alteración facial, renovándose igualmente a nuestros ojos.

Las líneas de su semblante se modificaron, de súbito, y la vimos realmente más bella, aun que, menos serena y espiritualizada.

Favoreciéndonos el máximo provecho en las observaciones, el Ministro dijo en voz baja:

–Nuestra hermana requiere tan sólo ligero auxilio magnético para recordar. Le basta la emotividad anormal del reencuentro para caer en la posición vibratoria del pasado, dado que todavía no se encuentra en paz con la Ley.

Aterrada, Antonina se postró de rodillas a los pies del anciano que rejuveneciera bajo el influjo de los pases de Clarencio y gritó:

–¡Leonardo!... ¡Leonardo!...

Él, entretanto, irradiando, en la mirada odio, y padecimiento intraducibles, bramó:

–¡Al fin!... ¡Al fin!...

Y cayó en llanto convulsivo.

Estupefactos, oímos a Clarencio que nos informaba, generoso: –¿Comprendieron? Antonina es Lola Ibarruri reencarnada. Leonardo está vinculado a ella por lazos de inmenso amor. Ambos proceden de luchas enormes, en la trama infinita del tiempo. La mujer irresponsable de ayer, hoy es madre amorosa y digna, en busca de su propia regeneración. Habiendo abandonado antaño al marido, inducida a desposar a un hombre animalizado, con quien se encuentra igualmente enlazada por lazos del pretérito y que, al no entenderla ahora, la relegó al olvido. Sin embargo, recibió a antiguos socios de destino como a hijos del corazón, a los que conduce para el bien. En contraposición a las facilidades delictivas del pasado, atraviesa actualmente aflictivos obstáculo para vivir.

Simpatía irreprimible nos inclinó hacia aquella mujer en pruebas tan ásperas.

La enseñanza que la vida allí nos ofrecía era efectivamente sublime.

Pero la voz del orientador, era clara y segura al recomendar:

–Ayudemos. El momento determina el auxilio.

XIV

ENTENDIMIENTO

Antonina, modificada, se restregaba los ojos, como quien no deseara creer en lo que veía, pero, resignándose a la evidencia, continuó:

–¡Compadécete de mí compadécete!...

–Lola ¿de dónde vienes? –preguntó el infeliz.

–¡No me obligues a recordar!...

–¿No recordar? ¿Qué condenado en el tormento de la expiación será capaz de olvidar? La culpabilidad es un fuego consumiéndonos por dentro".

–¡No me reconduzcas al pasado!...

–Para mí es como si el tiempo fuese el mismo. El infierno no tiene horas diferentes... El dolor paraliza la vida dentro de nosotros...

–Es necesario olvidar...

–¡Nunca! El remordimiento es un monstruo invisible que alimenta las llamaradas de la culpa... La conciencia no duerme...

–¡No me rompas el corazón!

–¿Y acaso el mío no vive destrozado?

El diálogo proseguía conmovedor y Antonina, arrodillada, explotando en angustiosa crisis de lágrimas, imploró con más fuerza:

–¡No golpees mis heridas mal cicatrizadas! ¡No se roba al deudor la oportunidad de pagar!

–Sin embargo, por ti –gimió el interlocutor– me enredé en el crimen... Te amé y me perdí. Traías en los ojos la traición disfrazada... ¡Oh! Lola, ¿por qué, por qué?...

Y, ante el doloroso acento con que esas palabras eran pronunciadas, la pobre mujer suplicó, más triste:

–¡Leonardo, perdóname!... Sufrí mucho... Enloqueciste, ¡es verdad! ¡Pero, la perturbación que me atacó era más lastimosa, más amarga!... ¿Sabes lo que es el camino de la mujer envilecida, entre el arrepentimiento y la aflicción? ¿Meditaste, alguna vez, en el martirio del corazón femenino, relegado a la penuria y al abandono? ¿Reflexionaste, alguna vez, en la desilusión y en el hambre de la meretriz despreciada y enferma? ¿Acaso, podrás percibir lo que es la flagelación de quien espera la muerte, bajo el sarcasmo de todos, entre la sed y el sudor? ¡Todo eso lo conocí!...

–Maté, entretanto, por tu causa... –tartamudeó el mísero, infundiendo compasión.

–En aquel tiempo –alegó la infortunada– hice peor. Exterminé mi alma... Esposa, cambié el altar doméstico por el engañoso palco del gozo fácil; madre, envilecí el mandato que Dios me concediera, quemando todas las flores de mi felicidad...

–Pudiste, realizar el regimiento, que aún no conseguí... ¡Fuiste, en suma, feliz!...

–¿Feliz? –clamó Antonina, medio desesperada– ¡me acusas de infiel, cuando, como tantos otros, te cansaste de mí, buscando otras novedades y otros rumbos!... Me vi sola, enferma, aniquilada... En vano busqué ahogar en el vino del placer la horrible sensación del abismo en el que me precipitara, porque, cuando el desencanto y la enfermedad me relegaron al margen de la vida, se me despertó la conciencia, culpándome, despiadadamente... La muerte me recogió en la fosa común de la miseria, como un camión del servicio público

reclama la basura de la alcantarilla... ¿¡Estarás capacitado para comprenderme el sufrimiento en toda su dimensión?!... Durante muchos años, vagué afligida, como ave sin nido, refugiada en el espinar de dolor que cultivara en mí misma... Supliqué protección, junto a aquellos que me habían sido amistades estimulantes de la juventud… Nadie se acordaba de mí... No me cabía recoger una gratitud que yo no sembrara... Hasta que un día...

Antonina pasó la diestra sobre su frente pálida, como si evocase viejos recuerdos fuertemente encerrados en la memoria. Su mirada adquiriera la asustadiza expresión de los enfermos que la fiebre vuelve dementes.

Pasados algunos instantes, exhibió en el rostro la sorpresa de quien se baña en un relámpago de luz.

Pareciendo haber encontrado la imagen que ansiosamente buscara, continuó:

–... hasta que un día, sentí que me llamabas con pensamientos de cariño y de paz... Recordaba algunos momentos elogiables de nuestra vida, recomponiendo en la memoria las fiestas que organizábamos en favor de los combatientes mutilados... Tus divagaciones, arrancando al pretérito las raras reminiscencias felices que podríamos identificar, cayeron sobre mí como bálsamo refrescante... Lloré aliviada y adormecí en tu casa, al amparo de la familia que tuviste la ventura de constituir...

Se interrumpió Antonina, pareciéndonos incapaz de proseguir recordando. Se vera que topara con insuperables impedimentos íntimos.

Enmudeciera, torturada por la incapacidad mnemónica que la asaltara de improviso, sin embargo, nuestro orientador se acercó a ella y le acarició la cabeza, dejando ver que la auxiliaba magnéticamente en la recuperación de sus propias fuerzas.

–¡No puedo saberlo! –gritaba Leonardo– ¡no puedo saberlo!

Desde que mi espíritu fue ocupado por "él", no consigo coordinar las ideas... sí, ciertamente soy culpable... Tienes razón... Podrías haber recibido mi concurso... No me cabía pensar en ti como si fueses tan solo una mujer...

Más tranquila, la pobre interlocutora suplicó, triste:

–Ahora, que te das cuentas de mis dificultades, ¡perdóname!... ¡No me mueve otro deseo sino el de renovarme! ¡Sufrí mucho, aprendí duramente!... ¡Pido la protección de la Divina Bondad para todos aquellos que no me comprendieron y trato sinceramente de olvidar las ofensas que otros me hicieron, así como deseo sean olvidadas las ofensas que practiqué contra los demás!... ¡No me reconduzcas, pues, al pasado!... ¡Compadécete de mí!...

Contemplábamos, con asombro, que Leonardo y Antonina, bajo el control paternal de Clarencio, se mantenían detenidos en la posición vibratoria en que habían súbitamente caído.

¿Por qué no se acordaban, los dos, del parentesco que los reunía?

El instructor, notando la interrogación, vino en nuestro socorro, esclareciendo:

–Se encuentran ambos inmovilizados en cierto momento del pretérito, en un encuentro provocado por influencia magnética. En tales recursos utilizados por nuestro plano, en el tratamiento saludable de las molestias del alma, determinados centros de la memoria se reavivan, al paso que otros empalidecen. Las sensaciones del presente dan paso a las sensaciones del pasado, para efectos de reajuste ante el futuro. Pero, el fenómeno, es momentáneo. En breves minutos, regresarán a la conciencia normal, mejorados para la buena lucha.

La explicación no podía ser más satisfactoria, ni más simple.

El Ministro segura prestando asistencia a nuestra amiga, como si Antonina no debiese avanzar en la escala de recuerdos.

Aceptándole las súplicas, Leonardo como que arreciara el ímpetu inicial de deses-

peración.

La miraba, ahora, casi que piadosamente, pero lejos de albergar cualquier sentimiento positivo de orden superior, arrancó de su íntimo nueva ola de cólera, que le tiñó la máscara fisonómica.

Cerrando los puños, bramó, enloquecido:

–Sí, sí, te entiendo... Fuiste suficientemente infeliz... Pero, ¿por qué traigo conmigo el fantasma "de él"? ¿Se habrá convertido en un demonio intangible para destrozarme la existencia? ¿Estaremos en el infierno, sin saberlo, agarrados uno al otro? ¿Viviré dentro de él, como él vive dentro de mí? ¿Por qué no me permite el verdadero reposo? si procuro dormir, me despierta, cruel; si intento olvidar, ¡se me agiganta en el pensamiento!...

Desequilibrado, Pires irguió hacia el techo los puños crispados, ensayó algunos pasos por el estrecho recinto y pasó a clamar:

–Esteves, hombre o diablo, donde estés, en mí o fuera de mí, ¡corporifícate y ven!... ¡Estoy listo! ¡ajustemos nuestras diferencias!...

Víctima o verdugo, ¡aparece! ¡que mi pensamiento te encuentre y te traiga!... ¡Que las fuerzas de nuestro destino nos reúnan, al fin, cuerpo a cuerpo!...

Algunos momentos pasaron, cuando fuimos sorprendidos por la entrada de un nuevo personaje en la sala.

Era un hombre en sus treinta y cinco años presumibles, que se acercaba a nosotros, igualmente fuera de la envoltura física.

Paseó por el recinto una sesgada mirada, dándonos la impresión de que no notaba nuestra presencia y, jadeante y contrariado, como si estuviese ingresando allí, obligado, se detuvo solamente al contemplar a Leonardo y Antonina, reconociéndoles, aterrado y angustiado.

Clarencio, junto a nosotros, informó servicial:

–Bajo la positiva invocación de Leonardo, Esteves, parcialmente liberado por el sueño, acude al desafío. El descanso nocturno favorece tales entendimientos, por la atracción magnética, facilitada más intensamente cuando la envoltura de materia densa exige recuperación.

Notamos que los tres protagonistas de la escena que se improvisara se encontraban repentinamente hipnotizados por vibraciones de asombro y desespero.

Leonardo, con todo, dando un salto hacia atrás, bramó:

–¡Ahora! ¡ahora, sí!... ¡Viniste! Te veo, fuera de mi cabeza, te veo como eres!... Liquidemos nuestra cuenta... ¡Bórrame de entre los vivos o yo te borraré a ti!...

–¡Piedad! ¡piedad!... –suplicaba Antonina, entre lágrimas.

Pires, entretanto, parecía no oírla, bajo la mirada de Estévez que lo observaba, con visible repugnancia.

Medio aterrorizado y poniéndose en guardia, sacudido por sus propios recuerdos, el recién llegado respondió, agresivo:

–¡Te conozco y te odio!... ¡Asesino, asesino!...

Se enzarzarían, sin duda, como animales enfurecidos, pero nuestro orientador intervino, de inmediato, inmovilizándolos rápidamente.

Tocado por el Ministro, Estévez nos vio y, sorprendido, se tranquilizó.

Clarencio lo confió a nuestra vigilancia y, dirigiéndose a Leonardo, con voz segura, invitó:

–Amigo mío, extirpa de la mente la idea del crimen. Te encuentras cansado, enfermo. Recibirás la medicación que necesitas.

En un instante, se ausentó y regresó trayendo al recinto a dos amigos de nuestro

plano, que transportaron a Leonardo, medio inconsciente, a un santuario de reajuste, en el que más tarde recibiría nuestra asistencia.

A continuación, nuestro instructor acomodó a Estévez en la sencilla butaca, recomendándole que nos esperara.

El nuevo compañero, asustado, obedeció automáticamente. Después, amparando a Antonina, tratamos de restituirla a su habitación particular.

Consideramos, entonces, que si grande fuera la ventura de la pobre señora en la víspera, en esta noche se asemejaba, desdichada, a un harapo de sufrimiento.

Encontramos gran dificultad para recomponerla en espíritu y para religarla a la vestimenta carnal, casi inerte.

Se mostraba inmensamente torturada.

Por más de dos horas nos mereció especial atención. Solamente después de considerable esfuerzo de Clarencio, consiguió rehacerse. La vimos despertar, exhausta y aturdida.

Algo aliviada, Antonina se creyó liberada de extraña pesadilla.

Aun así, sin saber explicar el motivo, torturada y aprensiva, continuaba sollozando.

XV

MÁS ALLÁ DEL SUEÑO

Volviendo a Estévez, Clarencio le ofreció el brazo amigo, pero el joven prorrumpió en súplicas:

–¡No me arresten! ¡No me arresten! ¡Soy la víctima!

El Ministro se abstuvo de continuar en su afectuosa manifestación.

Con el paso lento de quien transporta un fardo de aflicción, el enemigo de Leonardo se dirigió a la vía pública, regresando al amparo doméstico.

Lo seguimos a corta distancia. Se renovaba el día.

Peatones caminaban diligentes, en dirección al trabajo.

Tranvías chirriaban, somnolientos, y los automóviles, aquí y allá, empiezan a transitar por las calles.

En breve tiempo, el joven, seguido por nuestro grupo, estacionó frente a vasto conjunto residencial.

Gran reloj cercano exhibía la pantalla. Las cinco horas y treinta minutos.

Silencioso, el joven se volvió hacia nosotros, y, a continuación, desapareció en el interior.

Entramos.

En rápidos instantes, nos encontrábamos ante él, que se esforzaba en recuperar el cuerpo físico.

El Ministro, sin molestarle, le amparó afectuosamente, y Estévez, poco a poco, recuperó la tranquilidad natural.

Se mantenía en suave modorra, cuando el despertador sonó, faltando quince minutos para las seis.

El muchacho se restregó los ojos, con el semblante apretado, conservando la impresión de un mal sueño.

Vistiéndose, apresurado, notamos que pequeña tarjeta de visita cayó de su bolsillo, proporcionándonos la lectura de un nombre: –"Mario Silva, Enfermero".

Y nuestro instructor confirmó:

–Nuestro amigo, ayer Estévez, hoy es Mario Silva, prosiguiendo en su vocación de enfermero. Oigámosle por algunos instantes.

El muchacho atendió a las obligaciones de higiene y, a continuación, fue recibido en una pequeña sala del apartamento por simpática viejecita, en cuyo mirar adivinamos la ternura de madre.

Después de saludos cariñosos, la señora indagó bien humorada: –¿Dónde estuviste esta noche, hijo mío? Tu semblante cargado no me engaña.

–Un sueño horrible, mamá.

Y haciendo gestos expresivos, entre sorbos de café comunicó:

–Soñé que alguien me llamaba, a distancia, en voz alta, y, creyendo tratarse de algún enfermo en estado grave, no vacilé. Acudí a la llamada, pero, en lugar de encontrar una habitación de enfermo, me vi, de súbito, en una celda mal iluminada y húmeda...

Y, con los recursos de imaginación de que disponía para corresponder a los

requisitos de la mente, el joven continuó:

–Era un perfecto cubículo de prisión, en el que me vi encarcelado, de repente, junto a un criminal de mal aspecto y a una infortunada mujer en llanto... Sentí tanta simpatía por la muchacha desventurada, como aversión por el reo de horrendo semblante. Tuve, la impresión nítida de que nos conocíamos. Una mezclada de odio y sufrimiento me tomó por asalto, junto a ellos, principalmente al lado del infeliz, cuya mirada se me figuraba cruel... Me preguntaba, a mí mismo, por qué no me alejaba de tan detestable presencia, pero, mientras el hombre me repelía, la mujer me provocaba la mayor ternura... Por más extraño que parezca, sentía el deseo de agredirla y de acariciarla, al mismo tiempo. Me llamaba a la expectativa, cuando el criminal avanzó hacia mí, con propósito evidente de aniquilarme, al tiempo que la pobrecita procuraba defenderme. ¡Estaba atónito, ignorando si el condenado pretendía asesinarme, allí mismo, cuando intenté una reacción a la altura! Cegado por incomprensible rencor, iba a precipitarme sobre él, cuando, veloz, apareció un comisario de policía, seguido por dos agentes, que intervinieron en la contienda, impidiéndonos el mal impulso. El jefe, según aprecié, de un sólo golpe contuvo a mi agresor, obligándole a sentarse, vencido, conquistándome un respeto tan grande que, realmente, a pesar del deseo de escuchar a la mujer arrodillada, en sollozos, no moví un pie del lugar en que me apoyaba. Después de unas palabras enérgicas y rápidas, el comisario trajo, entonces, a la celda a otros ayudantes que se llevaron a mi adversario hacia afuera... A continuación, acomodándome en una vieja silla, acompañó a la joven al interior de la cárcel...

Estampó en la fisonomía la expresión de quien se proponía, inútilmente, acordarse y, pasados largos instantes de reticencia, remató:

–Después... después, no consigo precisar los recuerdos… Sólo sé que empecé a correr, en fuga hacia nuestra casa, dado que los policías parecían igualmente dispuestos a detenerme. Temiendo la cárcel, desperté entristecido y abatido...

La anciana, que escuchaba, atenta, comentó, tranquila: –Hay sueños que valen por terribles pesadillas…

–Es lo que sentí –concordó Mario, preocupado.

La madre le contempló, bondadosa, y añadió:

–Hijo mío, ¿el sueño no tendrá alguna relación con nuestra Zulmira? ¿La mujer con quien simpatizaste no sería, acaso, nuestra vieja amiga, y el hombre que te inspiró tanta repugnancia no podría ser interpretado como su esposo?

El muchacho se cubrió de ligera palidez, se mostró más taciturno y dijo, triste:

–¿Quién sabe?

–¿Tú nunca volviste a tener noticias de nuestra antigua compañera?

–No. Apenas tengo noticias de que vive aquí mismo, y que el marido es ferroviario importante.

–¡Nunca pude entender su actitud. Tantos años de convivencia, tantos proyectos de felicidad!... ¡Cambiar todo, así, por un viudo, acompañado por dos hijos!...

El joven hizo un gesto de amargura y dijo:

–Vamos, mamá, evitemos recuerdos sin provecho. Zulmira no debe reaparecer en mi memoria y ese Amaro que ella desposó es un punto negro en mi corazón. Creo que el mejor sentimiento para ellos dos, en mi vida íntima, es el odio con que los reúno en mis recuerdos. No deseo volver a verlos y, francamente, si yo supiese que residían aquí, en nuestra vecindad, decidiría nuestro traslado a otro lugar...

Y, pasados algunos instantes, añadió:

–Mi sueño fue una simple pesadilla. Alguna preocupación imprecisa o alguna into-

xicación alimenticia...

La señora sonrió, disconforme, y adujo:

–Por mi parte, estoy segura de que, por la noche, reencontramos a las personas que amamos o detestamos. Nuestro espíritu, durante el sueño, busca a los afectos o desafectos del camino para ajustar sus propias cuentas. De eso no me cabe la menor duda.

El hijo, indiscutiblemente enfadado, se levantó, abrazó a la madre, le besó la blanca cabeza y concluyó:

–El reloj es inflexible. El sueño pasó y, ahora, es la realidad lo que me espera.

Debo colaborar en el servicio operatorio de dos niños, a las ocho en punto. No me puedo retrasar. El hospital no entiende de pesadillas.

Mostró una sonrisa forzada y se despidió.

La madre le acompañó cariñosamente hasta la puerta, retornando a las tareas caseras, pensativa...

Preparándonos para la retirada, tenía mi cerebro castigado por obsesionantes interrogaciones.

¿Encontráramos un nuevo capítulo en la historia de la oración de Evelina?

Amaro y Zulmira, mencionados por el enfermero, ¿serían los mismos personajes que habíamos visitado anteriormente?

Me disponía a la pregunta, cuando la mirada de Clarencio se cruzó con la mía. Notándome la extrañeza, informó:

–Ya sé el tono de tus interrogantes. Realmente, nuestro nuevo amigo fue novio de Zulmira, la señora obsesionada que conocemos. Pretendía desposarla, pero fue relegado en el corazón de ella por Amaro, que le debe asistencia y cariño. El pasado habla en el presente. Se encuentran enredados en una tela de compromisos que les reclama el rescate.

–¿Y se reencontrarán para el desdoblamiento de las luchas redentoras en que se envuelven? –preguntó Hilario, admirado.

–Inevitablemente –acentuó el instructor con voz segura.

La dueña de la casa, madre dedicada y sensible, meditando en el sueño del hijo, y a pesar de mover automáticamente la escoba, rezaba por él, rogando a Jesús que le diese su bendición.

Notábamos sus reflexiones en la mente preocupada. Sabía cuanto le costara al joven renunciar a la mujer elegida. Conocía su temperamento enigmático y temía volver a verlo atormentado y vencido...

El pensamiento en oración le escapaba de la cabeza, con tenue rayo de luz.

Clarencio se acercó a ella y le transmitió fuerzas calmantes, que le tranquilizaron el corazón.

A continuación, el orientador nos la presentó, generoso:

–Nuestra hermana Minervina es vieja conocida. Recibió en sus brazos a media docena de hijos que ha sabido conducir, admirablemente. Corazón abnegado, alma rica de fe.

La abrazamos, cariñosamente, en la despedida.

De regreso, notando que estábamos deseosos de seguir a Mario Silva para obtener mayores informes, en el desarrollo de nuestra historia que empezaba a ser fascinante, el Ministro recomendó:

–No conviene importunar a nuestros amigos en el curso de las obligaciones diurnas, provocando elucidaciones que serían desagradables y fuera de ocasión. Aguardemos la noche, porque mientras el cuerpo físico se rehace, el alma, invariablemente, busca el

lugar o el objeto al que imanta el corazón.

Oímos al orientador y nos tranquilizamos.

Nos tocaba aguardar a la noche, cuando se extenderían nuestras experiencias.

XVI

NUEVAS EXPERIENCIAS

Cerca de la media noche, volvimos al domicilio del enfermero, acompañados por Clarencio, que actuaba, como siempre, junto a nosotros, como mentor diligente y amigo.

Mario Silva, estirado entre las sábanas, en balde procuraba dormir.

El sueño de víspera le castigaba el pensamiento.

Rumiando las impresiones de la mañana, reflexionaba para sí mismo: –"¿sería realmente Amaro, el rival, el que se le apareciera en la figura de un criminal? Y aquella mujer llorosa y entristecida ¿sería, por ventura, Zulmira, la compañera de infancia, que aún le hería los recuerdos? ¿Cuál era el motivo de semejante reencuentro? Persistía en apartar lejos las reminiscencias de la juventud... por eso mismo, no creía estuviese en sí mismo la causa de la extraña pesadilla. Permanecía convencido de que alguien le llamaba, nítidamente, pronunciando palabras que le obligaban a acudir... ¿Estaría Zulmira en apuros? Y ella, ¿acaso se acordaría de él? Y si sus conjeturas expresasen la verdad, tendría el derecho de reaproximarse? No imaginaba eso posible. La llaga del pundonor destrozado aún le sangraba en el corazón. No sería justo ir a su encuentro, ni siquiera con el pretexto del auxilio. Conocía a su esposo someramente, pero lo suficiente para detestarle, con todas las reservas de odio de que se sentía capaz. Incluso si la mujer, en otros tiempos, querida, le suplicase asistencia, le cabía permanecer sordo a sus ruegos...

Hipótesis inquietantes y preguntas sin respuestas asediaban el cerebro cubierto de aprensión y de rencor.

La antigua aversión por el rival preponderaba, dominándole.

¿Por qué no volver al sueño de la noche anterior, para intentar una solución?

La figura de Amaro le crecía en el campo mental.

"Si las almas podían efectivamente reencontrarse, fuera del cuerpo –continuaba divagando–, ciertamente conseguiría volver a ver al adversario y responder... Si fuera invocado en sueños, era lícito invocar a quien quisiese… Llamaría al renegado esposo de Zulmira para que se explicase. Concentraría en él el poder del pensamiento. Le buscaría allí donde estuviese."

El Ministro le contemplaba, compadecido.

Valiéndose de los minutos para enseñarnos algo de provecho, observó:

–La pasión ciega siempre. Nuestra vida mental es nuestra vida verdadera y, por eso, cuando la pasión nos ocupa la fortaleza íntima, nada vemos y nada notamos sino la perturbación.

A continuación, aplicó pases tranquilizadores sobre el joven, que se volvía, desordenado, en el lecho.

Mario, como si hubiera sorbido suave anestésico, relajó los nervios y descansó el vehículo físico, pero, resurgiendo en nuestro plano, empezó a derramar los sentimientos que le dominaban el espíritu.

No notaba nuestra presencia, pero, continuaba bajo nuestra observación, en sus más íntimos movimientos.

Espantadizo y vacilante, vagó por las esquinas de la habitación en el vehículo

periespiritual, extremadamente condensado.

Entretanto, poco a poco, se le dilataron lo ojos, dándonos la impresión de alguien que se detenía en aflictivos cuadros íntimos.

Notándonos el silencioso asombro, el instructor nos socorrió, explicando:

–Como sucede con nuestro amigo Leonardo, el nuevo compañero sufre angustioso complejo de fijación. A pesar de tener un caso particular, algo suavizado por las luchas de la carne, que, a veces, constituyen bendito entretenimiento, no consigue diluir el obcecante recuerdo del enemigo. El enojo le es como inquietante herida mental. Mientras se distrae en las tareas comunes, aleja, de cierta forma, al tormento oculto que lleva consigo, pero, viéndose espiritualmente a solas, da curso al odio coagulado, desde hace mucho, en el corazón. ¡Observémosle!

Mario bajó a la calle, como un loco, e inhalando el aire refrescante de la noche, dio la impresión de alguien que se fortalece, de súbito, pasando a gritar, con voz estridente:

–!Amaro, ladrón! ¡Amaro, usurpador! ¡aparece! ¡Si tienes dignidad, afronta mi venganza!... ¡No temblaré!... ¿Dónde ocultaste a la mujer que yo amo? ¡Responde, responde!...

Silva caminaba medio embriagado, sin dirección, arrojando las palabras al aire, con vehemencia y seguridad.

Habíamos torcido varias esquinas y he aquí cuando menos lo esperábamos, surge alguien a su encuentro, en plena vía pública.

Copiando el impulso del hierro atraído por el imán, el esposo de Zulmira, en su cuerpo sutil, correspondía a la extraña llamada del enemigo, desligado parcialmente de la carne.

Se enfrentaron, al principio, altivamente, pero poco después, con los modales del hombre más educado, Amaro inició delicado retroceso, mostrándose preocupado por evitar conflictos y problemas.

El enfermero, todavía, con ánimo rebelde, bramó, desconcertante: –¡No te acobardes, bandido! ¡No huyas!... ¡Tenemos cuentas que ajustar!...

El ferroviario, con todo, se alejaba, veloz.

El adversario, entretanto, sin arreciar el ímpetu, le seguía, inflexible, lejos de renunciar al oscuro propósito de agresión.

Acompañábamos a ambos, manzana tras manzana, hasta que llegamos a la entrada del refugio doméstico que ya conocíamos, en el que Amaro se dispuso al arreglo pacifico.

Mostrándose interesado en defender la tranquilidad familiar, el dueño de casa se paró en la puerta, esperando al provocador.

–Entonces –gritó Silva, exasperado– ¿es aquí el nido de las serpientes?

Levantando los puños contra el rival humilde, continuó, pendenciero:

–¡Me pagarás muy caro la intromisión! infame engañador, ¿dónde pusiste a la mujer que era mi felicidad y mi vida? ¡Me rompiste los sueños, me aniquilaste los ideales!... Hombre terrible, ¿qué hiciste de mí? ¡Soy apenas una máquina de trabajar, sin fe y sin esperanza!...

–¡Yo no sabía, no sabía!... –alegó Amaro, desconcertado ¡Nunca tuve la intención de ofenderte!

–¡Maldito! ¡cómo sabes disimular! ¿Dónde está Zulmira? ¿debo exterminarte para restituirle la independencia?

Y sorprendido por la serenidad del otro, el enfermero resaltó: –¿Acaso no me reconoces?

–Sí, te reconozco –dijo el interlocutor en un suspiro–, eres Mario Silva, persona a

quien dedico consideración y respeto.

–¿Consideración y respeto? ¡Qué descarado fingimiento! ¿Dónde está la prueba de afecto, si me arrancaste la novia, engañándola con mentirosas promesas?

–Solamente supe de tu viejo afecto por ella cuando mis compromisos de matrimonio no admitían ningún retroceso. Pero si alguien hubiese comunicado lealmente cuanto sucedía, en torno a mi preferencia, habría renunciado en tu favor. Desearía realmente servirte, pero, ahora...

–¡Hipócrita! –respondió Mario, enfurecido– no creo en tus palabras de lobo disfrazado. ¡Me robaste la única felicidad que yo esperaba del mundo! ¡la única felicidad que era mía!...

Amaro dibujó triste sonrisa y ponderó:

–¿Y crees que yo soy feliz? ¿Admites en el matrimonio apenas la exaltación de los sentidos inferiores? ¿Crees que el hombre casado debe encontrar en la mujer simplemente una esclava? Amo, en Zulmira, a la compañera y a la hermana que me incumbe proteger. Ni ella ni yo encontramos en la experiencia conyugal la ventura de los afectos color de rosa, en que el deseo satisfecho es como flor que muere en un día... Hemos padecido mucho, Mario. No ignoras que me casé en segundas nupcias. Zulmira, por eso mismo, no habrá recibido de mí la perfecta alegría que le sería lícito esperar. Nuestra aproximación comenzó por una serie de desajustes, que desde entonces, nuestra casa es un espinar de sufrimiento... Mi esposa enfermó gravemente y yo mismo, hasta ahora, sigo apenado y desfallecido... ¿Sabrás, por ventura, lo que es la desdicha de un padre que llora sin lágrimas, mortalmente herido? Si deudas poseo para con la Divina Providencia, puedes creer que no he sufrido poco, con el fin de resarcirlas... La muerte para mí no pasaría de bendición liberadora. Como puedes observar, ¡no me encuentro en condiciones para aceptarte el desafío! Estoy destrozado y, más que destrozado, vencido...

Con enternecedor tono de súplica, resaltó:

–Si aún consagras amor a la criatura que desposé, ¡ayúdanos con tu comprensión!... Si algún mal te hice, inconscientemente, ¡perdóname! Perdóname por las angustias de mi existencia de condenado a horribles pruebas morales!...

Mario Silva, para espanto nuestro, respondió con escandalosa carcajada.

–¿Disculpar? ¡Nunca! –exclamó jactancioso– Por el tono de la conversación, concluyo que la justicia comenzó a manifestarse, debidamente, pero la abreviaré con mis propias manos,… ¡Mi desquite es seguro, mi odio es inexorable!...

Amaro ya no respondió.

Le vimos curvar la cabeza en fervorosa oración. Suaves irradiaciones de luz esmeralda le brotaban de la frente. Las palabras inarticuladas de que se servía, para implorar socorro, nos alcanzaban el espíritu, como si fuesen ondas caloríficas y armoniosas de humildad y confianza.

Silva, incapaz de sensibilizarse, ante la rendición conmovedora, continuaba gritando:

–¿Por qué callas, cobarde? ¡Habla, habla! ¡Explícate!... ¡Reacciona! ¡Dominaste a Zulmira, pero no me doblarás un milímetro!... ¡Criminales de tu calaña no merecen compasión!…

A esa altura del diálogo, Clarencio nos convocó, paternal:

–Respondamos a la oración de·Amaro, con el auxilio fraterno. Arrastrados por la simpatía y por la emoción, acompañamos a nuestro orientador, sin vacilar.

XVII

RETROCEDIENDO EN EL TIEMPO

Después de nuestro esfuerzo de autocondensación, para el necesario ajuste vibratorio, Clarencio se acercó a los dos amigos, con el amoroso poder que le era característico y, al reconocemos, Mario asoció nuestra presencia a la pesadilla de la víspera y empezó a gritar:

–¡Mi asunto no es con la policía!... ¡No necesitamos de ningún comisario aquí!...

–¡Tranquilízate, amigo! –respondió el Ministro, atento– No somos quien crees. Estamos aquí para que recuerdes... Es indispensable que recuerdes.

Y, situando la mano derecha en la frente del enfermero, notamos que Mario Silva se calmaba, de repente.

Su semblante acusó una extraña metamorfosis. Nos pareció más elegante, más joven.

Abrió desmesuradamente los ojos, después de algunos momentos, y exclamó, semiaterrorizado:

–¡Ah! ¡ahora!... ¡ahora me acuerdo!... Mi agresor de ayer es Leonardo Pires... ¿Cómo podía olvidarlo así tan infantilmente? ¿cómo no recordar? Disputábamos por la misma mujer... Nos encontrábamos en Luque, cuando conocí a una cantante y bailarina admirable... ¡Lola Ibarruri! ¡¿Quién, sino ella, podría ofrecerme el bálsamo del olvido?! Realmente hice todo para separarles… ¡Él no era el tipo de hombre capaz de hacerla feliz! Lola tenía consigo la belleza, la juventud y el arte reunidos y yo llevaba en el pecho el ataúd de los sueños amargos… Me dio el reposo que mi alma necesitaba… me restauró. Pero… ¡qué domingo terrible aquel de la plaza embanderada, en Pirajú!... Se desplazaba el ejército para la caza del enemigo… Pensaba, todavía, en la mejor manera de reencontrar a la mujer querida y, en aquella mañana de terrible recuerdo, con seguí la simpatía de Fray Fidelis, antes de la misa… el caritativo capuchino me auxiliaría, abogando por mi causa… Lola no debería moverse, entretanto, podría, a mi vez, volver a la retaguardia… ¡Los jefes eran mis amigos!... ¡Obtendría, por eso, el favor del Príncipe!... Construía mis planes, cuando encontré a Leonardo… No suponía que conociese la deserción de la compañera y traté de agradarle, aceptando su compañía… La suculenta comida exigía algunos vasos de vino y Pires no titubeó, ¡suministrándome el veneno que tenía escondido!... ¡Ah! ¡bandido! ¡bandido!...

Mario se llevó las manos a la garganta, como si allí sintiese enorme sufrimiento y cayó, desamparado, gimiendo de dolor.

El Ministro, paciente, le aplicó recursos magnéticos reconstituyentes y el muchacho se levantó, aturdido.

Amaro, que se mostraba igualmente trastornado, seguía la escena con manifiesta aflicción.

Clarencio ayudó al enfermero a afirmarse nuevamente sobre los pies y preguntó, incitándole a recordar:

– ¿Por qué razón te aficionaste a la cantante, con semejante desvarío? ¿por qué no atendiste a los avisos de la conciencia, que, ciertamente, te rogaba no despertar el odio en aquel que te aniquilaría el cuerpo físico?

Presentando el aspecto de un loco, Mario profirió desconcertante carcajada y gritó:

– ¿Por qué amé a Lola Ibarruri? ¿por qué no tuve escrúpulos en arrebatarla al compañero que la retenía en sus brazos?

Nuestro instructor le acariciaba la cabeza en el evidente intento de reavivarle la memoria.

–¡Ah! ¡Sí... –continuó Mario Silva, alarmado– me ausenté de Asunción con el espíritu irremediablemente desilusionado…

Con la mirada vaga, como si sorprendiese el pasado a lo lejos, en los confines de la noche, continuó:

–En los alrededores de la hermosa capital paraguaya, edificara mi casa y era feliz... Una era el tesoro de mi corazón... Mi amiga y mi esposa, mi esperanza y mi razón de ser... Descendiente de una de las familias de Mato Grosso apresadas por el enemigo, en la invasión de diciembre de 1864, la encontré sin familiares, acogida por respetable familia, que la adoptara como hija estremecida... ¡Ah! Cuando la miraba a los ojos claros y dulces, me sentía transportado a cielos inmensos... Era todo lo que la juventud ideara de más lindo para mi corazón... En ella encontraba la divina novedad de cada día y, a pesar de las vicisitudes de la guerra, nos sumergíamos ambos en la rosácea corriente de los más bellos sueños... El mismo Marqués de Caxias la conoció y nos animó a unimos… Fue así que, en enero de 1869, cuando la tregua nos alcanzó, un sacerdote consagró nuestro matrimonio... El Consejero Paranhos prometió ayudamos, así que regresásemos al Brasil, para que nuestra boda fuese debidamente festejada... Vivíamos tranquilos, como dos pájaros entrelazados en el mismo nido, cuando tuve la desgracia de llevar a nuestro templo doméstico a dos compañeros de trabajo e ideal... Armando y Julio... sí, ¿serían ellos amigos o buitres? Sólo sé que una y ellos se hicieron íntimos en poco tiempo... Con el pretexto de aliviar los sufrimientos de la campaña, los dos empezaron a pasar, en nuestro pequeño santuario de felicidad, todo el tiempo que les era disponible. Descansaba mi alma en la confianza sincera, hasta que un día...

El semblante del narrador se alteró, de súbito. Rasgos de amargura le modificaron las facciones.

Imprimiendo a la voz un lúgubre acento, continuó, atormentado:

–Hasta que, un día encontré a una y Julio abrazados uno al otro, como si el tálamo conyugal les perteneciese.

Clavó en nosotros la mirada ahora centelleante y terrible y añadió.

–¿Comprenderán, acaso, el dolor del hombre que se ve irremisiblemente traicionado por la mujer en la que se apoya para vivir? ¿Entenderán el incendio que arde en el espíritu flagelado de quien, en un minuto, ve destruidas las esperanzas de toda la vida? ¡Todo es tiniebla para quien carga consigo mismo el carbón de los engaños muertos! No quise creer en lo que veía e interpelé a la mujer amada... Lina, sin embargo, me lanzó a la cara el más frío desprecio... Afirmó, duramente, que no podía amarme, sino como hermana que se compadece de un compañero necesitado, que me desposara solamente para huir de las humillaciones que padecía en una tierra extranjera y que yo, efectivamente, debería desaparecer... Avergonzado, invoqué la protección de superiores amigos y huí de Asunción... Yo era, por entonces, un hombre diferente... La firmeza de carácter que cultivaba, brioso, fuera destruida en los cimientos... Me entregué al vicio... Me confié al alcohol y al juego... De militar responsable, descendí a la condición de aventurero infeliz... Fue así que encontré a Lola y a Leonardo y no vacilé en aniquilarle la felicidad… Es muy difícil guardar respeto a los demás, cuando no fuimos respetados.

Valiéndose de la pausa que se evidenciaba, espontánea, Clarencio indagó:

–¿Nunca recibiste noticias de tu esposa?

Mario Silva, reconducido a la personalidad de Estévez por la influencia magnética, exhibió sarcástica sonrisa e informó:

–Lina, a quien pasé a odiar, era demasiado cruel. Me hallaba no lejos de Asunción, tres meses después del terrible disgusto que me había ocurrido, cuando vine a conocer que Julio fuera igualmente escarnecido por ella. Cierto día, de regreso al hogar, la encontró en los brazos de Armando, el otro amigo que parecía consagramos estima fraternal. Menos fuerte que yo, Julio se olvidó del golpe con que me destrozara, semanas antes, y, cegado por absorbente aflicción, ingirió gran dosis de corrosivo... Socorrido a tiempo, en el cuartel, logró sobrevivir, pero, incapaz de soportar los males corporales en consecuencia de la intoxicación, algunos días más tarde se emborrachó deliberadamente y se arrojó a las aguas del Paraguay, aniquilándose, al fin... Después de eso, nada más supe. La muerte me aguardaba en Pirajú... El destino me marcara, sin piedad...

Mario hizo una desagradable mueca y acentuó:

–Soy un pozo de hiel. No puedo modificarme... ¿Habrá paz sin justicia y habrá justicia sin venganza?

Nuestro orientador alzó la *voz* calmante y consideró, generoso: –Es necesario olvidar el mal, amigo mío. Sin esa actitud de perdón, recomendada por Cristo, seremos viajeros perdidos en la maraña de las tinieblas de nosotros mismos. Sin amor en el corazón, no tendremos ojos para la luz.

Silva se disponía a responder, entretanto, Amaro hiciera ligero movimiento y se nos mostró singularmente renovado. Su vehículo espiritual parecía haber regresado en el tiempo. Se revelaba más liviano y más ágil y su rostro impresionaba por los rasgos juveniles...

Procuró aproximarse al enfermero en un gesto natural de cordialidad, sin embargo, observándole el rostro metamorfoseado, el antagonista bramó entre el odio y la angustia:

–¡Armando! ¡Armando!... Entonces ¿eres tú el Amaro que hoy detesto es el mismo Armando del ayer? ¿Dónde me encuentro? ¿¡Enloquecí, acaso!?...

Instruyéndonos, cuidadoso, Clarencio habló, rápido:

–No necesité emplear gran esfuerzo para que la memoria de Amaro volviese al pretérito. El sufrimiento reparador le confirió a la mente y a la sensibilidad recursos nuevos. Me bastó tocarle ligeramente, para que aprovechase el relato del antiguo compañero, recuperando los recuerdos de la época en estudio...

El esposo de Zulmira procuraba extender brazos amigos al adversario que le contemplaba, galvanizado de asombro, sin embargo, retrocediendo, de repente, como animal herido, Mario gritó, desesperado:

–¡No, no! ¡no te acerques a mí ¡no me provoques, no me provoques!...

Entretanto, el Ministro, situándose entre los dos, rogó, conmovedoramente:

–¡Tengamos calma! ¡Respetémonos los unos a los otros!

Y, dirigiéndose especialmente al enfermero, determinó, sin afectación:

–Ahora, es el turno de nuestro amigo. Comentaste el pretérito a tu voluntad. Es indispensable que Amaro hable a su vez. La justicia, en cualquier solución, debe apreciar a todas las partes interesadas.

Retenido por la fuerza moral de la advertencia, Mario calló y, vueltos entonces hacia el ferroviario, que se hiciera más simpático por la serenidad con que se revistiera, continuamos a la escucha.

XVIII

CONFESIÓN

Amaro, cuyo semblante exhibía los signos de renovación a que nos reportamos, empezó a decir, conmovido:

–Sí, me acuerdo perfectamente… La madrugada del Año Nuevo de 1869 quedó marcada para siempre en nuestra memoria... Llegaríamos a Asunción, procedentes de San Antonio, en angustiosa expectativa... La curiosidad apagaba el cansancio... Recuerdo que, adelantándose al desembarque, Estévez nos buscó, solicitándonos al concurso fraterno para la solución de un problema que consideraba importante para el futuro que le aguardaba... Éramos tres amigos inseparables en el cuartel y nos hallábamos los tres juntos... Él, Julio y yo... En la incertidumbre de los sucesos que nos esperaban, nos pedía, que en el caso de fallecer en combate, notificáramos su muerte a la joven Lina Flores, que conociera, días antes, en Villeta... Se refirió, entusiasmado al amor que les unía y a los proyectos que formaban, considerando el porvenir... Preocupados con la inquietud del compañero, le reconfortamos con palabras de comprensión y esperanza, colocándonos en guardia... La capital paraguaya, se revelaba fatigada y desprevenida. Jamás olvidaré el griterío de los nuestros, triunfantes viéndose seguro; sobre la presa, creando aflictivos problemas a las autoridades veo aún, la fisonomía risueña de Estévez, cuando se sintió sano y salvo... En breve, nos comunicaba el matrimonio. Nadie realmente podía casarse en campaña, pero el enlace se efectuó a escondidas, bajo la bendición de un sacerdote y con la tolerancia de los dirigentes de la ocupación, atendiéndose a la circunstancia de que la novia era una pobre muchacha brasileña, desde hacía mucho prisionera...

Amaro hizo pequeña pausa, recobrando energías, y continuó:

–Me acuerdo que Julio y yo fuimos de visita al hogar de Estévez, por primera vez, en febrero del mismo año, y, una vez ante Lina, ambos nos sentimos incomprensiblemente ligados a aquella joven, bella y sencilla, cuya presencia ejerció, de inmediato, sobre nosotros, intraducible atracción... Guardé conmigo la sorpresa que me poseía, pero Julio, impulsivo e intranquilo, vino a mí derramando el corazón... La esposa de Estévez le dominara la mente, de súbito... Si pudiese haber llegado, antes que el compañero –acentuaba enamorado–, no le cedería la plaza... Mantenía la impresión de que Lina ya se le había aparecido en sueños... Y, de ese modo, varias veces repitió confidencias que me tocaban las fibras más íntimas. Notándole el estado del alma y reconociendo el derecho de Estévez sobre la mujer que desposara, traté de reprimirme... Aparté el sentimiento, y busqué el olvido necesario… La pasión de Julio era demasiado fuerte para resignarse. Se insinuó a la recién casada, la cubrió de gentilezas y, probablemente, ¿quién sabe? en las vicisitudes de la guerra y casi una niña para conservarse, como era necesario, en las responsabilidades del matrimonio, Lina se envolvió en las atenciones del joven, haciéndole concesiones... Me acuerdo del día en que Estévez me buscó, desolado, comentando el golpe que recibiera… L1oró apoyado sobre mis hombros. Deseaba desaparecer, aniquilarse... Le hice observar, la inutilidad de cualquier violencia... Enfermero bien conceptuado y protegido del Consejero Silva

Paranhos, nuestro embajador en misión extraordinaria, en las Repúblicas del Plata, no le sería difícil la retirada de Asunción... así sucedió. Estévez se alejó, primeramente río abajo, en dirección de Villeta, de donde había traído a la esposa y en donde se encontraban, retrasados, algunos camaradas enfermos, a los que prestaría asistencia... Nada más supe de él, a no ser que había muerto misteriosamente en Pirajú...

Evidenciando enorme padecimiento moral, ante semejantes evocaciones, Silva se estremeció y, aprovechando el intervalo que se hiciera, gritó, angustiado:

–¿Y tu participación en el infortunio de mi casa? ¿Quién me convencerá de que también no estabas de acuerdo con Julio, en la destrucción de mi felicidad? ¡Infames!...

Clarencio, afectuoso, acomodó al enfermero irritado, recomendándole esperar la narración, hasta el final.

Amaro no perdiera la calma.

Recibió la censura del adversario, mostrando triste sonrisa, y continuó:

–Sí, mi confesión debe ser exacta y completa... Entendiendo que Lina y Julio se habían entendido para la vida en común, intenté distanciarme... Temía por mí mismo. Pero Lina, parecía notarme la inclinación inmanifiesta... Me lanzaba miradas que me despertaban, simultáneamente, la alegría y el dolor. Quería aproximarme y huir de ella, al mismo tiempo... Al principio, intenté evitarla; sin embargo, la lejanía del Marqués de Caxias dejaba a las tropas una gran cantidad de tiempo para las diversiones... A instancias quizás de la compañera, Julio me obligaba a frecuentar su casa. El juego alegre y el té sabroso nos reunía a los tres, noche tras noche... Asustado, ante el sentimiento que la joven despertaba en mi corazón, no sólo porque no debía perturbarle la armonía doméstica, sino también porque tenía novia en el Brasil, procuré aislarme, nuevamente… Percibiendo, todavía, el asedio de Lina, decidí asilarme en el trabajo más intenso y conseguí la designación para servir en la vigilancia nocturna del Palacete Resquín, en el que la ocupación concentraba todos los asuntos y documentos de interés a nuestro País... Pero ella, no desistió del propósito que la animaba. Cierta noche, me buscó, disfrazada de mujer del pueblo... A solas conmigo, se confesó... Se declaraba atormentada, afligida... Se sintiera amada por Estévez y se veía ardientemente querida por Julio, pero no pudiera interesarse por la felicidad junto a ellos, odiándoles al fin...

Amaro se confió a larga pausa y continuó:

–¿Quién podrá explicar los enigmas del corazón humano? ¿Quién tendrá bastante visión para comprender los caminos del alma? Incapaz de dominarme, cometí la falta de asumir un compromiso espiritual que no me competía... Lina se agarró a mi afecto con el vigor de la hiedra en una construcción sin defensa... Y fue así que, en cierta mañana de mayo, mi compañero nos encontró juntos... Desesperado, Julio ingirió gran cantidad de corrosivo, pero, auxiliado suficientemente, fue salvado... En balde, se sometió a tratamiento en el cuartel. Adquirió extraños padecimientos en la garganta y en el esófago y, no sabiendo como soportar las pruebas físicas y morales, se arrastró, un día, hasta las aguas del Paraguay, suponiendo encontrar, en la muerte, la paz que buscaba... Padeciendo pesados remordimientos, a mi vez perdí el afecto que me ataba a la mujer que nos atrajera y que nos desgraciara y huí de ella, huí incorporándome a las tropas que combatían a los últimos remanentes de Solano López, en la cordillera... le prometí regresar; sin embargo, terminada la lucha, volví a la patria por otros caminos, decidido a jamás reencontrarla...

Amaro, más conmovido, pasó su diestra por el rostro y continuó, después de breve pausa:

–Diez años transcurrieron, a prisa... De nuevo en Río me casé y fui feliz... En una

noche de fuerte lluvia, mi esposa y yo volvíamos del teatro, cuando los caballos disparados atropellaron a una pobre mujer ebria en la vía pública... El cochero detuvo a los animales y bajé para socorrerla... Y mientras mi compañera continuaba el trayecto hacia, la casa, providencié internar a la mísera criatura para asistencia inmediata... Guardias y paisanos me auxiliaron en la empresa, pero con inolvidable asombro, cuando la mujer fue recogida al lecho, con el vientre abierto vaciándose de sangre, en ella identifiqué a Lina Flores... Durante dos días luchó contra la muerte... La infeliz me reconoció, relató las desdichas que sufriera, desde que se vio a solas en el Paraguay, aclaró que viniera a Rió en mi busca y me emocionó con la narración del drama angustioso en que vivía, intentando la recuperación de la felicidad que perdiera para siempre... Murió rebelde y sufridora, maldiciendo al mundo y a las criaturas...

Amaro se interrumpió, titubeante.

Mario Silva, estupefacto, lo miraba, entre el desespero y el pánico.

Se notaba que el ferroviario se esforzaba, en vano, para recuperar nuevas etapas de la memoria.

Nuestro instructor, le acarició la frente, envolviéndolo en renovadas fuerzas magnéticas, y preguntó:

–¿Dónde volviste a verla?

El interpelado esbozó la sonrisa del que recibiera la respuesta de sí mismo e informó:

–¡Ah! sí... la reencontré en la vida espiritual. Se hallaba unida a Julio en aflictivas condiciones de sufrimiento depurador... Comprendí la extensión de mi deuda y prometí resarcirla... Les ampararía... Auxiliaría a los dos en el sendero terrestre... Lucharíamos hombro a hombro para conquistar la corona de la redención... Sí, sí ¡el destino!... ¡Es necesario que solventemos los compromisos del pasado conquistando el futuro!...

Se calló el esposo de Zulmira, visiblemente fatigado, pero el enfermero, a pesar de estar contenido por la fuerza paternal de Clarencio empezó a llamar a Julio, emitiendo terribles bramidos.

XIX

DOLOR Y SORPRESA

–¡Julio! ¡Julio! ¡Comparece, cobarde!... –gritaba el enfermero, enloquecido.

Y observando tal vez la simpatía que Amaro nos despertara, en vista de la serenidad con que soportaba la situación, prosiguió, invocando, rebelde:

–¡Comparece para desenmascarar al bribón que trata de conmovemos! ¡Julio, te odio! ¡Pero es necesario que aparezcas! ¡Acusa a tu desalmado asesino!...

El Ministro procuraba contenerle, bondadoso, pero Silva, como potro sin domesticar, gesticulaba sin sentido y continuaba, voceando:

–¡Julio!... ¡Julio!...

Sí, Julio no respondió a llamada, pero alguien surgió, sorprendiéndonos la atención.

La hermana Blandina, en persona, como si fuera nominalmente invitada, se paró junto a nosotros.

Envueltos por la dulce luz que nos bañó, de improviso, nos aquietamos, perplejos, a excepción de Clarencio que se mantenía tranquilo, como si aguardase semejante visita.

Después de saludarnos, Blandina rogó, humilde:

–¡Hermanos, por amor a Jesús, atended!... Tenemos a Julio bajo nuestros cuidados. Se encuentra enfermo, afligido... Vuestras llamadas individuales le alteran la forma de ser... Podría situarse mentalmente a vuestro encuentro, sin embargo, atraviesa ahora difíciles pruebas de reajuste... ¡Vengo a imploraros caridad!... ¡Compadeceros de quien hoy se esfuerza en olvidar, al que fue ayer, para regenerarse mañana, con eficiencia!...

Había tanta aflicción y tanta ternura en aquella súplica que la vibración del ambiente se modificó, de súbito.

Empecé a entender con más claridad la trama oscura del romance vivo en que abordábamos. Julio, el niño enfermo, era el compañero que volvía en la condición de hijo del amigo con el que antaño se desaviniera...

No pude, todavía, prolongar mis divagaciones, porque Silva, probablemente rebelado contra la emoción que nos señoreaba el espíritu, pasó a reclamar, de nuevo:

–Ángel o mujer, ¡no lucharé contra el sortilegio! ¡No lucharé! ¡pero necesito arrojar a este bandido al abismo que se merece por sus descaradas mentiras!... Que Julio permanezca en el cielo o en el infierno,... bajo la custodia de los arcángeles o de los demonios, sin embargo, ¡exijo que la verdad surja, entera!... ¡Recurro al testimonio de Lina! ¡que Lina comparezca! ¡que ella declare! Si nos encontramos aquí, convocados por el destino que nos ata unos a los otros, que la pérfida mujer sea oída igualmente...

Nuestro instructor, asumiendo la jefatura espiritual del grupo, invitó con energía y dulzura:

Lina se encuentra no lejos de nosotros. Entremos.

La determinación fue obedecida.

En la penumbra de la habitación que ya conocíamos, la segunda esposa de Amaro yacía subyugada por la otra.

. Mientras que Odila se nos figuraba más rencorosa y más dura, Zulmira se revelaba más abatida.

Clarencio enlazó a Mario, como un padre que recoge a un hijo, cariñosamente, y,

señalando a la enferma, esclareció, generoso:

–Amigo, ¡tranquilízate! Lina Flores, actualmente, padece en la fragua de la lucha y del sacrificio, a fin de recuperarse. ¡Apaga las llamaradas de odio que te queman el corazón! ¡Deja que nueva comprensión te beneficie el alma ulcerada!... No nos cabe perjudicar el camino de quien busca la regeneración que le es necesaria!...

Ante la mirada de Mario, espantado y angustiado, el Ministro consideró:

–Una, hoy, con inmensas dificultades, intenta alcanzar la altura del matrimonio digno y, superando tremendos obstáculos, construye los cimientos de la misión de maternidad hacia la que se encamina... Ayudémosla con nuestras vibraciones de comprensión y de cariño. Cuando amamos realmente, antes de todo es la felicidad del ser amado lo que nos interesa...

Nuestro grupo avanzó un poco más.

Junto a nosotros, Blandina se mantenía en oración.

El orientador se acercó a la enferma, con atención respetuosa, y le mostró el rostro delgado y triste al enfermero que, al reconocerla, gritó, aterrado:

–¡Zulmira! Zulmira, entonces, ¿es Lina que vuelve? El Ministro le acarició la cabeza e informó, conciso:

–sí, regresó en compañía de Armando, en dolorosas reparaciones. El matrimonio, para ellos, no fue el castillo de flores de naranjos, pero sí, una asociación de intereses espirituales para el trabajo regenerador. Armando, en lucha en el plano de la vida real para reerguirse, aceptó el compromiso de reconducirla a la dignidad femenina, amparándole las angustias silenciosas...

Estupefacto, Silva exclamó, tambaleante:

–¿Quiere decir entonces que Zulmira me traicionó dos veces?

–No te refieras a la traición –corrigió Clarencio, sin alterarse–,

¡Es imprescindible comprender! Armando, ayer, escuchó llamados inferiores, incompatibles con las responsabilidades de que se vera depositario. Hoy, es llevado a responder, a pesar suyo, a requisitos de naturaleza edificantes, a los cuales, en verdad, no le sería lícito rehuir. Lina Flores exige alguien que la modifique para el servicio renovador, a fin de que se prepare para auxiliar a Julio, debidamente. Todos somos deudores unos de otros. Las almas se perfeccionan, grupo a grupo, al modo de pequeñas constelaciones, gravitando en torno al Sol Magno, ¡Jesús Cristo!... Como un astro que se distancia del núcleo en el que se integra abandonaste la órbita de viejos compañeros de evolución, cayendo, por las vibraciones de afectividad y de odio, en el centro de fuerza en que Leonardo Pires y Lola Ibarruri te aguardan la precisa cooperación, de forma a liberarse ante la Ley. Amaro, en otros tiempos, separó a Zulmira y a Julio, estableciendo espinas dilacerantes entre los dos... Ahora, le toca reunirles en el cariño familiar, para que en la condición de madre e hijo se reajusten en el afecto santificador... Antiguamente, separaste a Leonardo de la afectuosa asistencia de Lola, creando embarazos asfixiantes a tu propia marcha... Prepárate en la fe para reunirlos, de nuevo, en el templo doméstico, igualmente en la condición de hijo y de madre, de forma que os redimáis para la bendición del amor puro... Nuestras acciones son pesadas por la Justicia Divina… No podemos engañar al Supremo Señor. Nuestras deudas, por eso mismo, deben de ser rescatadas, ceitil a ceitil... [1].

La ligera lección nos proporcionara enorme provecho.

---

[1] Ceitil –Antigua moneda portuguesa que valía un sexto de real. (Nota del traductor).

Amaro agachara la cabeza, revelándose dispuesto a obedecer a los dictados de naturaleza superior, fuesen cuales fuesen.

Sin embargo, Silva no parecía despierto para las verdades que Clarencio pronunciara.

Hipnotizado en la contemplación de la mujer querida, se mostraba indiferente.

Después de mirarla, absorto, entre el cariño y la aversión, rompió la quietud que envolviera el aposento, rugiendo, desesperado:

–No puedo cambiar, ¡desgraciado de mí... odiaré! ¡odiaré a la infame que volvió!... Solamente la venganza me conviene, ¡no quiero perdonar! ¡no quiero perdonar!...

Nuevamente enfurecido e inquieto, como fiera suelta, erguía los puños cerrados contra la desdichada mujer que yacía en el lecho, en lastimosa postración. Su vehículo espiritual se rodeaba de un halo ceniza oscura, que despedía rayos desagradables y perturbadores.

Nuestro orientador lo liberó de la influencia magnética que le tullía las energías.

Tan pronto se sintió sin el control que le impedía el movimiento, Silva retrocedió, exclamando:

–¡No lo soporto más! ¡no lo soporto más!... y corrió hacia el seno de la noche.

Clarencio nos recomendó seguirle los pasos, mientras que él prestaría asistencia al ferroviario y a, la esposa, en colaboración con Blandina. El enfermero, ciertamente – informó el Ministro atento– retornaría al cuerpo denso en aflictivas condiciones de salud. Pases anestesiantes debían favorecerlo. No podía recordar la grave experiencia de aquel momento. La aventura provocada por su propia insistencia mental era susceptible de peligrosas consecuencias.

En un instante, Hilario y yo nos hallábamos al lado de Silva, que se unía a la envoltura de carne con el automatismo de la molécula de hierro, atraída por el imán.

Lo examinamos, atentamente.

El pecho respiraba difícilmente, sibilante.

El corazón se mostraba sin gobierno, bajo el imperio de incontrolable arritmia.

De inmediato entramos en acción, tranquilizándole el campo mental, tanto como era posible, a través de sedantes magnéticos.

Aun así, a pesar de los pases, por los cuales fue completamente envuelto de energías revigorizadoras, el muchacho despertó angustiado, titubeante y tembloroso, como si estuviese huyendo de horrendas tempestades en el mundo íntimo.

Semi-inconsciente, tardó varios minutos en identificarse. El pensamiento le surgía atormentado, nebuloso...

Intentó moverse, pero no lo consiguió. Se sentía lastrado a la cama, casi en la situación de un cadáver repentinamente despierto.

Buscó ordenar recuerdos, pero, no pudo.

Sabía tan sólo que atravesara gran pesadilla cuyas dimensiones no le cabían en la memoria.

Sudoroso, afligido, se sentía morir...

Instintivamente rezó, suplicando la Protección Divina.

Bastó esa actitud del alma para ligarse, con más facilidad, a los fluidos restauradores que le administrábamos.

Poco a poco, readquirió los movimientos libres y se levantó ingiriendo una pastilla calmante.

Asustado, se sentó en el lecho y, apoyando la cabeza en las manos, dijo sin palabras, para sí mismo: –"Estoy evidentemente perturbado. Mañana, consultaré a un

psiquiatra. Es mi única solución".

Sí –concordé conmigo mismo– el odio genera la locura Quien se debate contra el bien, cae en las garras de la perturbación y de la muerte.

Con semejante pensamiento, me aparté. Clarencio nos aguardaba.

Era necesario continuar la lección.

XX

CONFLICTOS DEL ALMA

Volviendo a la residencia de Amaro, aún conseguimos observarle, fuera del vehículo denso, en conversación con Odila, bajo el amparo directo de nuestro orientador.

La primera esposa del ferroviario, identificando al marido, probablemente con el auxilio de Clarencio, abandonara a Zulmira por momentos y se arrodillara a sus pies, rogando, suplicante:

–Amaro, ¡expulsa! ¡Echa a esta mujer de nuestra casa! Ella robó nuestra paz... ¡Mató a nuestro hijo, perjudica a Evelina y te trastorna!...

Y señalando a la enferma con terrible mirada, acentuaba: –¿Por qué retienes a semejante intrusa?

El interpelado, muy triste, se esforzaba en dirigir la atención hacia nuestro instructor, pero quizás torturado por el reencuentro con la primera esposa, malhumorada y enfurecida, perdiera la serenidad que le caracterizaba, habitualmente, el semblante.

Mientras que junto a nosotros, versando los problemas de orden moral que le absorbían la mente, sostuviera calma envidiable, con aristocrática penetración en los problemas de la vida, allí, ante la mujer que le dominaba los sentimientos, se revelaba más accesible al desequilibrio y a la perturbación.

Se mostraba interesado en responder a las acusaciones que ora, sin embargo, extrema palidez fisonómica le denunciaba ahora la inhibidora emoción.

–Situado entre Odila y Zulmira, parecía dividirse entre el amor y la piedad.

La progenitora de Evelina proseguía gritando, con inflexión enternecedora, mientras, inmóvil, el marido se asemejaba a una estatua viva, de duda y sufrimiento.

Esperaba que nuestro orientador, como sucediera minutos antes con el ferroviario, recondujera la mente de Odila a las impresiones del pretérito, a fin de calmarle el corazón, y llegué a hablarle en ese sentido, pero Clarencio informó, bondadoso:

–No, no conviene. Nuestra historia crecería demasiado por extenderse excesivamente en el tiempo. Es aconsejable que nos conservemos en la línea de trabajo nacida en la oración de Evelina.

Observando que el ferroviario manifestaba extraña aflicción, el Ministro se acercó a él y paternalmente le alejó de Odila, transportándole al lecho en que su vehículo físico reposaba.

La pobre desencarnada intentaba asirse a él gritando en desconsuelo:

–¡Amaro! ¡Amaro! no me abandones así

El reloj carrillón de la familia señalaba las tres de la mañana. El dueño de la casa despertó, abatido.

Se restregó lo ojos, somnoliento, conservando la impresión de seguir aun oyendo el llamado que vibraba en el aire:

–¡Amaro! ¡Amaro!

El golpe del reencuentro fuera en él muy fuerte.

En la pantalla mnemónica permanecía tan solo la fase última de su incursión espiritual –la imagen de Odila, que se le figuraba implorando socorro...

De la charla que mantuviera con nosotros no restaba huella alguna.

Dejándole entregado con los recuerdos fragmentarios que le asomaban a la conciencia como simple sueño, partimos.

La hermana Blandina solicitaba nuestro concurso inmediato, en favor del pequeño Julio, que confiara a los cuidados de Mariana, mientras nos buscaba la compañía.

Valiéndome de la excursión al Hogar de la Bendición, indagué al Ministro en cuanto a cierto enigma que me hería la imaginación.

Estévez, en tiempos de la guerra del Paraguay, sufriera tanto como Julio el suplicio del veneno. ¿Por qué surgían, en ambos, efectos tan dispares? El niño aún tenía la garganta enferma, mientras que el enfermero, víctima de Leonardo, no parecía haber conocido cualquier consecuencia más grave...

Clarencio, sonriendo explicó afectuoso:

–No tomaste en consideración el examen de las causas. Estévez fue envenenado, mientras que Julio se envenenó. Hay mucha diferencia. El suicidio acarrea vasto complejo de culpa. La fijación mental del remordimiento opera inapreciables desequilibrios en el cuerpo espiritual. El mal se instala en los rincones de la conciencia que lo construye y concreta. Vimos a Leonardo Pires con la imagen de Estévez atormentándole la imaginación y observamos a Julio, enfermo hasta ahora, a consecuencia de errores deliberados a los que se entregó hace casi ochenta años. El pensamiento que desencadena el mal se encarcela en los resultados de él, porque sufre fatalmente los choques de retorno, en el vehículo en que se manifiesta.

Y, al frente de las silenciosas reflexiones que me absorbían, añadió:

–Es natural que así sea.

Alcanzáramos la graciosa residencia de Blandina. Entramos.

El llanto de Julio infundía compasión.

Después de saludar a la dedicada Mariana, que le asistía con desvelo maternal, el Ministro le examinó y notificó a la hermana Blandina, algo inquieta:

–Estemos tranquilos. Espero conducirle a la reencarnación en breves días.

–Sí, esa providencia no debe tardar –consideró nuestra amiga, atenta.

Notándonos ciertamente la curiosidad, dado que también percibía a Hilario interesado en adquirir informaciones y conocimientos en torno a los problemas que seguíamos de cerca, el instructor nos convidó a observar al infortunado, comunicando:

–Como conocéis, nuestro cuerpo de materia menos densa está íntimamente regido por siete centros de fuerza, que se conjugan en las ramificaciones de los plexos y que, vibrando en sintonía unos con los otros, al influjo del poder directriz de la mente, establecen, para nuestro uso, un vehículo de células eléctricas, que podemos definir como un campo electromagnético, en el cual el pensamiento vibra en circuito cerrado. Nuestra posición mental determina el peso específico de nuestra envoltura espiritual y, consecuentemente, el "hábitat" que le compite. Simple problema de patrón vibratorio. Cada uno de nosotros respira en determinado tipo de onda. Cuanto más primitiva se revela la condición de la mente, más flojo es el influjo vibratorio del pensamiento, induciendo la compulsoria aglutinación del ser a las regiones de la conciencia embrionaria o torturada, donde se reúnen las vidas inferiores que le son afines. El crecimiento del influjo mental, en el vehículo electromagnético en que nos movemos, tras abandonar el cuerpo terrestre, está en la medida de la experiencia adquirida y archivada en nuestro propio espíritu. Atentos a semejante realidad, es fácil comprender que sublimamos o desequilibramos el delicado agente de nuestras manifestaciones, según el tipo de pensamiento que nos fluye de la vida íntima. Cuanto más nos avecinamos de la esfera animal, mayor es la condensación oscurecedora de nuestra

organización, y cuanto más nos elevamos, al precio del esfuerzo propio, rumbo de las gloriosas construcciones del espíritu, mayor es la sutileza de nuestra envoltura, que pasa a combinarse fácilmente con la belleza, con la armonía y con la luz reinante en la Creación Divina.

Escuchábamos las preciosas explicaciones, extasiados, pero Clarencio, observando que no nos cabía huir de aquel cuadro ambiental, se volvió hacia la garganta enferma de Julio y continuó:

–No nos apartemos de las observaciones prácticas, para estudiar con claridad los conflictos del alma. Como los vicios del pensamiento, así será la desarmonía en el centro de fuerza, que reacciona en nuestro cuerpo a esta o aquella clase de influjos mentales. Apliquemos en nuestra clase rápida, tanto como nos sea posible, la terminología traída del mundo, para que vosotros podáis asimilar con más seguridad nuestros apuntes. Analizando la fisiología del periespíritu, clasifiquemos a sus centros de fuerza, aprovechando los recuerdos de las regiones más importantes del cuerpo terrestre. Tenemos, así, por expresión máxima del vehículo que nos sirve presentemente, el centro coronario, que en la Tierra, es considerado por la filosofía hindú como el loto de mil pétalos por ser el más significativo en razón de su alto potencial de radiaciones dado que en él se asienta la unión con la mente, fulgurante sede de la conciencia. Ese centro recibe en primer lugar los estímulos del espíritu, comandando a los demás, vibrando así mismo con ellos, en justo régimen de interdependencia. Considerando en nuestra exposición los fenómenos del cuerpo físico, y satisfaciendo a los impositivos de simplicidad en nuestras definiciones, debemos decir que de él emanan las energías de sostenimiento del sistema nervioso y sus subdivisiones, siendo el responsable por la alimentación de las células del pensamiento y el proveedor de todos los recursos electromagnéticos indispensables a la estabilidad orgánica. Es, por eso, el gran asimilador de las energías solares y de los rayos de la Espiritualidad Superior capaces de favorecer la sublimación del alma. A continuación, anotamos el “centro cerebral”, contiguo al “centro coronario”, que ordena las percepciones de variada especie, percepciones esas que, en la vestimenta carnal, constituyen la visión, la audición, el tacto y la vasta red de procesos de la inteligencia con relación a la Palabra, a la Cultura, al Arte, al Saber. Es en el “centro cerebral” que poseemos el comando del núcleo endocrínico, referente a los poderes psíquicos. A continuación tenemos el “centro laríngeo”, que preside a los fenómenos bocales, Incluso, las actividades del timo, de la tiroides, y de las paratiroides. Después, identificamos el “centro cardíaco”, que sostenía los servicios de la emoción y del equilibrio general. Continuando en nuestras observaciones, señalamos el “centro esplénico” que, en el cuerpo denso, está situado en el bazo, regulando la distribución y la circulación adecuada de los recursos vitales por todos los rincones del vehículo que nos servimos. Continuando, identificamos el “centro gástrico”, que se responsabiliza por la penetración de alimentos y fluidos en nuestra organización y, por fin, tenemos el “centro genésico”, en el que se localiza el santuario del sexo, como templo modelador de formas y estímulos.

El instructor hizo pequeña pausa de reposo y continuó:

–No podemos olvidar, que nuestro vehículo sutil, así como el cuerpo de carne, es creación mental en el camino evolutivo, tejido con recursos tomados transitoriamente por nosotros de los graneros del Universo, medio del que nos servimos para ambientar, en nuestra individualidad eterna, la divina luz de la sublimación, con la que nos cabe demandar las esferas del Espíritu Puro. Todo es trabajo de la mente en el espacio y en el tiempo, valiéndose de millares de formas, a fin de purificarse y santificarse para la Gloria Divina.

Clarencio acarició la garganta enferma del niño, dándonos la impresión de que en ella fijaba el objeto de nuestras lecciones, y adujo:

–Cuando nuestra mente, por actos contrarios a la Ley Divina, perjudica la armonía de cualquiera de esos focos de fuerza de nuestra alma, naturalmente se esclaviza a los efectos de la acción desequilibrante, obligándose al trabajo de reajuste. En el caso de Julio, lo observamos como autor de la perturbación en el "centro laríngeo", alteración que se expresa como enfermedad o desequilibrio, acompañándole, fatalmente, en la reencarnación.

–¿Y cómo eliminará él semejante deficiencia? –pregunté, edificado con los esclarecimientos escuchados.

Con la serenidad envidiable de siempre, el Ministro ponderó:

–Nuestro Julio, con la atención encadenada al dolor de la garganta, constreñido a pensar en ella y padeciéndolo, se recuperará mentalmente para rectificar el tono vibratorio del "centro laríngeo", restableciéndole la normalidad en su propio favor.

Y ciertamente, para fijar, con más firmeza, la elucidación, concluyó:

–Julio renacerá con un equipo fisiológico deficitario que, de algún modo, le reproducirá la zona lesionada a la que nos reportamos. Sufrirá intensamente del órgano vocal que, sin duda, se caracterizará por débil resistencia a los asaltos microbianos, y, en virtud de que nuestro amigo haya menospreciado la bendición del cuerpo físico, se verá enfrentado a luchas terribles, en las que aprenderá a valorizarlo.

A continuación, el instructor realizó varias operaciones magnéticas, en beneficio del pequeño enfermo, que se mantenía tranquilo, y, con los agradecimientos de las dos solicitas hermanas que nos oían, atentamente, nos despedimos de regreso a nuestro domicilio espiritual.

XXI
CONVERSACIÓN EDIFICANTE

Mientras regresábamos a nuestro círculo, de trabajo y de estudio, para establecer nuevas providencias de auxilio en favor de los protagonistas de la historia que la vida estaba escribiendo, comprendí que no me cabía perder la oportunidad de más amplio entendimiento con nuestro orientador, con alusión a los esclarecimientos que nos proporcionara, sobre el periespíritu.

Así como el hombre común conoce el vehículo en el que se mueve, ignorando la mayor parte de los procesos vitales de los que se beneficia y utilizando el cuerpo de carne a la manera de un inquilino extraño a la casa en que reside, también nosotros, los desencarnados, somos compelidos a meticulosas meditaciones para analizar la vestimenta de que nos servimos para conocerle la intimidad.

Efectivamente, en nuevas condiciones en la vida espiritual, pasamos a apreciar, con más firmeza, el cuerpo abandonado a la Tierra, penetrando en los secretos de su formación y desarrollo, conservación y desintegración, pero somos desafiados por los enigmas del nuevo instrumento que pasamos a utilizar. Lidiamos, en la Vida Mayor, con el vehículo sutil de la mente, al menos en la esfera en que nos situamos, intensificando, poco a poco, nuestros conocimientos, en cuanto a las peculiaridades que le atañen.

Percibí que Hilario, por la expresión de sus ojos, demostraba no menor ansiedad de saber. Y, animado por la actitud del compañero, disparé la primera pregunta, considerando:

–Innegablemente, será difícil alcanzar el gran equilibrio que os proporcionará el paso definitivo hacia las eminencias del Espíritu Puro.

–¡Ah! sí –concordó el Ministro, con grave entonación–, para que tuviésemos en la Costra Planetaria un recipiente tan primoroso y tan bello, como el cuerpo humano, la Sabiduría Divina invirtió miles de siglos, utilizando los multiformes recursos de la Naturaleza, en el campo inmensurable de las formas... Para que lleguemos a poseer el sublime instrumento de la mente en planos más elevados, no podemos olvidar que el Supremo Padre se vale del tiempo infinito para perfeccionar y sublimar la belleza y la precisión del cuerpo espiritual que nos conferirá los valores imprescindibles para nuestra adaptación a la Vida Superior.

–Nos incumbe, entonces –observó Hilario, atentamente–, atribuir importante papel a las enfermedades en la esfera humana. Casi todas estarán en el mundo, desempeñando expresivo papel en la regeneración de las almas.

–Exactamente.

–Cada "centro de fuerzas" –ponderé– exigirá absoluta armonía, ante las Leyes Divinas que nos rigen, a fin de que podamos ascender en el camino del Perfecto Equilibrio...

–Sí –confirmó Clarencio–, nuestros deslices de orden moral establecen la condensación de fluidos inferiores de naturaleza gravitante, en el campo electromagnético de nuestra organización, empujándonos a natural cautiverio alrededor de las vidas principiantes a las que nos imantamos.

Hilario, conduciendo más lejos sus propias divagaciones preguntó:

–Imaginemos, a un hombre puramente salvaje, situado en la plena ignorancia de los

Designios Superiores, que se confía a delitos indiscriminados... ¿Tendrá en los tejidos sutiles del alma las lesiones correspondientes a un europeo supercivilizado, que se entrega a la industria del crimen?

Clarencio sonrió, comprensivo, y señaló:

Continuemos despacio. Comentábamos, hace poco, el problema de la evolución. Así como el perfeccionado vehículo del hombre nació de las formas primarias de la Naturaleza, el cuerpo espiritual fue iniciado, también, en los principios rudimentarios de la inteligencia. Es necesario no confundir la semilla con árbol o al niño con el adulto, a pesar de que surjan en el mismo paisaje de vida. El instrumento periespiritual del salvaje debe de ser clasificado como plataforma humana, extremadamente condensado por su integración con la materia más densa. Está para el organismo primoreado de los espíritus algo ennoblecidos, como un mono antropomorfo está para el hombre bien situado de las ciudades modernas. En criaturas de esa especie, la vida moral está empezando a aparecer y el periespíritu en ellas aún se encuentra enormemente pastoso. Por este motivo, permanecerán tiempo en la escuela de la experiencia, como el bloque de piedra ruda bajo martillazos, antes de ofrecer, de sí mismo, la obra prima... Pasarán siglos y siglos para sublimarse, utilizando múltiples formas, de manera que conquisten las cualidades superiores que, sutilizándoles la organización, les proporcionará nuevas posibilidades de crecimiento a la conciencia. El instinto y la inteligencia poco a poco se transforman en conocimiento y responsabilidad y semejante renovación proporciona, al ser, más avanzadas posibilidades de manifestación... El prodigioso cuerpo del hombre en la Costra Terrestre fue erigido pacientemente, en el transcurso de los siglos, y el delicado vehículo del Espíritu, en los planos más elevados, viene siendo construido, célula a célula, en la estela de los milenios incesantes...

Y, con mirada significativa, Clarencio concluyó:

–... hasta que nos cambiemos de residencia, aptos para dejar, definitivamente, el camino de las formas, colocándonos en dirección de las esferas del Espíritu Puro, donde nos aguardan los inconcebibles, los inimaginables recursos de la suprema sublimación.

Callara el instructor, pero el tema era demasiado importante para que yo me desinteresase de él, apresuradamente.

Recordé los innumerables casos de molestias oscuras de mi trato personal y añadí:

– Ciertamente la Medicina escribiría gloriosos capítulos en la Tierra, sondeando con más firmeza los problemas y las angustias del alma...

–Lo hará más adelante –confirmó Clarencio, seguro de sí–. Un día, el hombre enseñará al hombre, en consonancia con las instrucciones del Divino Médico, que la cura de todos los males reside en sí mismo. El porcentaje casi total de las enfermedades humanas tiene origen en el psiquismo.

Sonriente, añadió:

–Orgullo, vanidad, tiranía, egoísmo, pereza y crueldad son vicios de la mente, ocasionando perturbaciones y enfermedades en sus instrumentos de expresión.

Con el objetivo de aprender, observé:

–Es por eso que tenemos los valles purgatorios, después de la tumba... la muerte no es redención...

–Nunca lo fue –esclareció el Ministro, bondadoso–. El pájaro enfermo no se aleja de su condición de enfermo, tan sólo porque se le rompa la jaula. El infierno es una creación de almas desequilibradas que se juntan así como la ciénaga es una colección de núcleos fangosos, que se congregan unos con otros. Cuando, con conciencia incli-

nada para el bien o para el mal perpetramos este o aquel delito en el mundo, realmente podemos herir o perjudicar a alguien, pero, antes de todo, herimos y perjudicamos a nosotros mismos. Si eliminamos la vida del prójimo, nuestra víctima recibirá, de los demás, tanta simpatía que, en breve, se restablecerá, en las leyes de equilibrio que nos gobiernan, viniendo, muchas veces, en nuestro auxilio, mucho antes de que podamos recomponer los hilos dilacerados de nuestra conciencia. Cuando ofendemos a esta o aquella persona dañamos primeramente a nuestra propia alma, dado que rebajamos nuestra dignidad de espíritus eternos, retrasando, en nosotros, sagradas oportunidades de crecimiento.

–Sí –concordé–, he visto aquí aflictivos paisajes de pruebas que me obligan a meditar...

–La enfermedad, como desarmonía espiritual –atajó el instructor–, sobrevive en el periespíritu. Las molestias conocidas en el mundo y otras que todavía se escapan al diagnóstico humano, por mucho tiempo persistirán en las esferas torturadas del alma, conduciéndonos al reajuste. El dolor es el gran y bendito remedio. Nos reeduca la actividad mental, reestructurando las piezas de nuestro mecanismo y puliendo los apoyos anímicos de los que se sirve nuestra inteligencia para desenvolverse en la jornada hacia la vida eterna. Después del poder de Dios, es la única fuerza capaz de alterar el rumbo de nuestros pensamientos, obligándonos a indispensables modificaciones, con vistas al Plano Divino, a nuestro respecto, y de cuya ejecución no podremos huir sin graves perjuicios para nosotros mismos.

Nuestro domicilio, todavía, estaba ahora a la vista.

Los rayos dorados de la mañana barrían el horizonte lejano. Se despidió el Ministro, paternal.

Aquél era uno de los momentos en que, desde hada mucho, se dedicaba a la oración.

XXII

LA HERMANA CLARA

La noche siguiente a las experiencias que describimos, el Ministro nos invitó a visitar a la Hermana Clara, a quien pediría auxilio en favor del esclarecimiento de Odila.

Yo me sentía cada vez más atraído hacia el romance vivo de aquel grupo de almas que el destino ligara en sus telas.

Si me fuese permitido, volvería de inmediato junto a Mario Silva rebelde, o junto a Amaro paciente, con el fin de observar el desdoblamiento de la historia, cuyos capítulos permanecían grabados en las páginas vivas de sus corazones.

Sin embargo, era necesario esperar.

Mientras buscábamos la intimidad de Clara, bajaba la luz de la luna en plateados chorros sobre el paisaje tapizado de flores.

Con el cerebro preso a las preocupaciones resultantes del trabajo que requería nuestra atención, algo indagué de Clarencio en cuanto a la cooperación que pretendíamos solicitar.

¿Por qué motivo rogaría él, el concurso de otro, cuando se dirigiera con tanto éxito a las mentes de Estévez y de Armando, reencarnados? ¿No les favoreciera el retroceso de la memoria, hasta los lejanos días de lucha en el Paraguay? ¿Por qué no conseguiría adoctrinar también a la desdichada hermana enferma?

El Ministro me oía, tolerante, y replicó:

–Te equivocas. No siempre adoctrinar será transformar. Efectivamente, tengo alguna fuerza magnética suficientemente desarrollada, capaz de actuar sobre la mente de nuestros compañeros en recuperación, sin embargo, aún no dispongo del sentimiento sublimado, susceptible de garantizar la renovación del alma. Sin duda, dentro de mis limitaciones, estoy habilitado para hablar a la inteligencia, pero no me siento a la altura de redimir corazones. Para este fin, para descifrar los complicados laberintos del sufrimiento moral, es imprescindible haber alcanzado más elevados grados en la comprensión humana.

Me disponía a iniciar un nuevo interrogatorio, pero, nuestro orientador nos indicó una bella edificación cercana.

Rodeada de arboleda, que servía de adorno a espaciosos jardines floridos, la residencia de Clara se nos figuró un pequeño colegio o un internado para muchachas.

Hasta cierto punto, no nos equivocamos.

Nuestra anfitriona no vivía en un establecimiento de enseñanza, sin embargo, mantenía en su casa un verdadero centro educativo, tan grandes y esplendorosas eran las asambleas instructivas que sabia organizar.

Nos recibió en un amplio salón, en el que era atentamente escuchada por cuatro decenas de alumnos de diversas condiciones, que se instalaban a voluntad, en variados grupos, sin ninguna idea de escuela dominando el ambiente en su forma externa.

Con los ojos rasgados y lúcidos marcándole magnéticamente el semblante, con los rasgos aristocráticos del rostro, en marcados por la amplia cabellera, Clara parecía una joven madona, detenida entre los mejores dones de la juventud y de la madurez. Nos

extendió las manos pequeñas y finas, respondiéndonos a los saludos con alegría sincera.

Nuestro orientador rogó excusas, por nuestra interferencia en el trabajo.

–No se preocupen –acentuó nuestra interlocutora, encantadoramente natural–, nos encontramos en curso rápido, sobre la importancia de la voz al servicio de la palabra. Pueden compartirlo con nosotros. Nuestra clase es una simple conversación...

Mirando bondadosamente al Ministro, resaltó:

–Siéntense. Soy yo quien pide perdón por hacerles esperar un rato más. En breves instantes, entraremos en contacto más directo.

Y, volviendo al sillón que nada tenía de cátedra, sin cualquier actitud profesoral, tan grande era el dulce ambiente de maternidad que sabía irradiar de sí, empezó a decir a los aprendices:

–Según estudiamos en la noche de hoy, la palabra, cualquiera que sea, surge invariablemente dotada de energías eléctricas específicas, liberando rayos de naturaleza dinámica. La mente, como no ignoramos, es el incesante generador de fuerza, a través de los hilos positivos y negativos del sentimiento y del pensamiento, produciendo el verbo que es siempre una descarga electromagnética, regulada por la voz. Por eso mismo, en todos nuestros campos de actividad, la voz nos entona la exteriorización, reclamando apuro de vida interior, toda vez que la palabra, después del impulso mental, vive en la base de la creación; es por ella que los hombres se aproximan y se ajustan para el servicio que les incumbe y, por la voz, el trabajo puede ser favorecido o retardado, en el espacio y en el tiempo.

Dentro de la pausa ligera que se hiciera espontáneamente, la simpática señora interrogó:

–Pero, para que tengamos la solución del problema, ¿es indispensable jamás encolerizamos?

–Sí –aclaró la instructora, tranquila–, indiscutiblemente, la cólera no beneficia a nadie, no pasa de ser peligroso cortocircuito nuestras fuerzas mentales por defectos en la instalación de nuestro mundo emotivo, arrojando rayos destructivos, alrededor de nuestros pasos...

Sonriendo bienhumorada, añadió:

–En tales ocasiones, si no encontramos, junto a nosotros, a alguien con el material aislante de la oración o de la paciencia, el súbito desequilibrio de nuestras energías establece los más altos perjuicios a nuestra vida, porque los pensamientos desvariados, interiormente, provocan la temporal ceguera de nuestra mente, arrojándola en sensaciones de lejano pasado, en las que descendemos, casi sin percibir, a infelices experiencias de la animalidad inferior. La cólera, según reconocemos, no puede ni debe comparecer en nuestras observaciones, relativas a la voz. La criatura enfurecida es una dinamo en descontrol cuyo contacto puede generar las más extrañas perturbaciones.

Un muchacho, con evidente interés en las lecciones, argumentó: –¿Y si sustituyésemos el término “cólera”, por el término “indignación”?

La Hermana Clara pensó durante un momento y respondió:

–Efectivamente, no podríamos completar nuestra enseñanza, sin analizar la indignación como estado del alma, a veces necesario. Naturalmente es imprescindible rehuir a los excesos. Contrariarse alguien a causa de bagatelas y en todos los instantes del día será menospreciar los dones de la vida, desperdiciándolos, de modo inconsecuente, sin el más mínimo provecho para sí mismo o para los demás. Imaginemos a la indignación como subida de tensión en la fábrica de nuestros recursos orgánicos, creando efectos

especiales a la eficiencia de nuestras tareas. En los casos de excepción, en que semejante diferencia de potencial ocurre en nuestra vida íntima, no podemos olvidar el control del tono vocal. Así como la administración de la energía eléctrica reclama atención hacia el voltaje, necesitamos vigilar nuestra indignación principalmente cuando sea imperioso verterla a través de la palabra, cargando nuestra voz tan solo con la fuerza susceptible de ser aprovechada por aquellos a quien dirigimos la carga de nuestros sentimientos. Es indispensable modular la expresión de la frase, como se gradúa la emisión eléctrica...

Y, ante la asamblea que le recibía las enseñanzas con justificable respeto, prosiguió, después de corto intervalo:

–Nuestra vida puede ser comparada a gran curso educativo, en cuyas clases innumerables damos y recibimos, ayudamos y somos ayudados. La serenidad, en todas las circunstancias, seré siempre la mejor consejera, pero, en algunos aspectos de nuestra lucha, la indignación es necesaria para señalar nuestra repulsa contra los actos deliberados de rebelión ante las Leyes del Señor. Pero, esa elevada tensión del espíritu, nunca debe arrojarse a la violencia y jamás debe perder la dignidad de que fuimos investidos, recibiendo de la Divina Confianza la gracia del conocimiento superior. Basta, dentro de ella, nuestra abstención de los actos que íntimamente reprobamos, porque nuestra actitud es una corriente de inducción magnética. Alrededor de nosotros, quien simpatiza con nosotros generalmente hace aquello que nos ve hacer. Nuestro ejemplo, por esa razón, es un foco de atracción. Necesitamos, por eso, de mucha cautela con la palabra, en los momentos de tensión alta de nuestro mundo emotivo, con el fin de que nuestra voz no se desmande con gritos salvajes o con consideraciones crueles que no pasan de golpes mortíferos que infligimos a los demás, sembrando espinares de antipatía y revuelta que nos perjudicarán la tarea.

Un amigo que seguía las enseñanzas con creciente interés preguntó, respetuoso:

–Hermana Clara, ¿cómo debemos interpretar las perturbaciones de la voz, como, por ejemplo, el tartamudeo o la duplofonía?

–Sin duda –informó la instructora, solícita–, los órganos vocales experimentan igualmente luchas y pruebas cuando requieren reajuste. Por medio de la voz practicamos varios delitos de tiranía mental y, a través de ella, nos cabe reparar las deudas contraídas. Las enfermedades de este tipo nos impulsan a trabajo de recuperación en el silencio, toda vez que sufriendo la observación ajena, aprendemos poco a poco a gobernar nuestros impulsos, apegándonos al bien.

La orientadora, que hablaba con total sencillez y a la manera de un ángel maternal dirigiéndose a los hijitos, comentó, aún por algunos minutos, el tema singular con sorprendente primor de definición.

Después, terminada la clase, permanecieron en el bello domicilio solamente algunas jóvenes que encontraban en nuestra anfitriona desvelada bienhechora.

Clara nos invitó a pequeña sala contigua y el Ministro le hizo conocer el objetivo de nuestra visita. Alguien en la Tierra necesitaba oírla, con el fin de modificarse. La Interlocutora preguntó, con cariño, sobre las características del servicio que pretendíamos realizar.

Clarencio resumió el drama que nos atraía la atención.

Cuando se enteró que una angustiada mujer debía renunciar al compañero que permanecía en la Tierra, vimos gran compasión estamparse en su rostro. Sus ojos se nublaron de lágrimas que no llegaron a derramarse...

Comprendí que la noble instructora, aureolada de soberanos valores morales,

llevaba consigo profunda tristeza que no manifestaba. Seguramente, buscábamos consuelo para un corazón infeliz, en un corazón que quizás estuviese padecimiento aún más...

–¡Pobre criatura! –dijo la orientadora, conmovida.

Y, afirmándose con tiempo suficiente para ausentarse, nos aceptó la petición y se dispuso a seguimos generosamente.

XXIII

APELACIÓN MATERNAL

El paisaje doméstico, en la residencia de Amaro, no presentaba ninguna alteración.

Zulmira, atormentada por Odila, que realmente le vampirizaba las fuerzas, yacía en el lecho, apática y desolada, como estatua viva de angustia y miedo, escuchando el viento que rugía, afuera...

Más delgada y más abatida, mostraba conmovedoramente su propia extenuación.

La Hermana Clara, después de expresivo entendimiento con nuestro orientador, solicitó que nos mantuviésemos a corta distancia, y, acercándose a la madre de Evelina, que así como la enferma no nos percibía la presencia, extendió los brazos en oración.

Bajo fuerte emoción, acompañé el hermoso cuadro que se desarrolló, divino, ante nuestra mirada.

Gradualmente, el recinto fue invadido por vasto círculo de luz, del cual se hiciera la instructora el núcleo irradiante. Se asemejaba nuestra amiga a una estrella repentinamente traída a la Tierra, con los dos brazos desplegados en forma de alas, listos para iniciar excelso vuelo.

La rodeaba enorme halo de dorado esplendor, como si oro eterizado y luminiscente le envolviese la forma leve y sublime... De los reflejos de esa naturaleza, pasaban las irradiaciones a tonalidades diferentes; en círculos cerrados sobre sí mismos, pasando de los reflejos de oro y opal al rosáceo vivo, del rosáceo vivo al azul celeste, del azul celeste al verde claro y del verde claro al violeta suave, que se transfundía en otros tonos que escapaban de mi apreciación…

Sentí la impresión de que la hermana Clara se convirtiera en el centro de milagroso arco iris, cuya existencia jamás pudiera vislumbrar.

Se hiciera la casa excesivamente estrecha para aquella fuente de rayos sublimes e indefinibles.

Noté que la misma Odila se tranquilizara como dominada por dulce coacción.

Extasiado, apenas conseguí pronunciar algunas palabras, buscando esclarecimiento en nuestro instructor.

–La hermana Clara –informó el Ministro, igualmente maravillado, ya alcanzó el total equilibrio de los centros de fuerza que irradian ondas luminosas y distinguidas. En oración, bajo el influjo de la mente enaltecida, emite las vibraciones de su sentimiento purificado, que constituyen proyecciones de armonía y belleza fluyéndole del ser. Si compartiésemos con ella la misma posición evolutiva, entraríamos ahora en contacto directo con el elevado plano de conciencia en el que exterioriza y, entonces, en vez de observar solamente este deslumbramiento de luz y de color, percibiríamos el mensaje glorificado que le nace del corazón, toda vez que las radiaciones ante nuestros ojos son música y palabra, sabiduría y amor del pensamiento, expresándose maravilloso y vivo... Sin embargo, la sintonía espiritual perfecta sólo es posible entre aquellos unidos por la afinidad completa...

La mensajera, transfigurada, parecía más bella.

Avanzó hacia la primera esposa de Amaro y le cubrió los ojos con la diestra

liriácea.

–Observen –dijo Clarencio, feliz–: ella tiene el poder de ampliar la visión. Odila le identificará la presencia, tal como nosotros la vemos.

En efecto, vimos como la progenitora de Evelina, tocada por aquellos dedos celestiales, profirió un grito de encantamiento salvaje y cayó de rodillas.

Naturalmente ofuscada por el brillo que envolvía a la visitante inesperada, empezó a llorar, suplicando:

–¡Ángel de Dios, auxíliame! ¡auxíliame!...

–Odila, ¿qué haces? interrogó la emisaria con inolvidable tono de ternura.

–Estoy aquí, vengándome por amor...

–¿Habrá algún punto de contacto entre amor y venganza?

Indicando tímidamente a la triste compañera que yacía encadenada al lecho, Odila intentó conservar la actitud que le era característica, exclamando cruel:

–¡Debo deshacerme de la intrusa que me asaltó la casa! ¡Esta miserable mujer me arrebató el marido y me mató el hijito!... ¡Quien ama hace justicia con sus propias manos!...

–¡Pobre hija! –respondió Clara, abrazándola.– Quien ama siembra la vida y la alegría, combatiendo el sufrimiento y la muerte... Cuando nuestro culto afectivo se convierte en flagelación hacia los que siguen a nuestro lado, no abrigamos otro sentimiento que no sea el del desvariado apego a nosotros mismos, en la centralización del egoísmo envilecedor. Nos encontramos al frente de infortunada hermana, lanzada a dolorosa prueba. ¿No te duele verla derrotada e infeliz?

–¡Ella desposó al hombre que amo!... –sollozó Odila, más dominada por la influencia magnética de la mensajera que impresionada por sus bellas palabras.

–¿No sería más justo –ponderó Clara sin afectación –considerar que él la desposó?

Y, acariciándole la cabeza ahora temblorosa, la instructora añadió:

–Odila, los celos que no destruimos, mientras disponemos de la oportunidad de trabajar en el cuerpo denso, se transforman en aflictiva hoguera a calcinarnos el corazón, después de la muerte. ¡Tranquilízate! La mujer de carne, que eras, necesita ahora dejar paso a la mujer de luz que debes ser. La puerta del hogar terrestre, en el que te creías reina de pequeño imperio sin fin, se cerró con tus ojos materiales! El paso por la Tierra es un día en la escuela... Todos los bienes que disfrutábamos en el mundo de donde venimos constituían recursos del Señor que nos los concedía a título de préstamo. Allí, raramente nos acordamos de que el tesoro del cariño doméstico es algo semejante a semillero precioso, cuyos valores debemos aumentar...

Iniciamos la obra de amor en el hogar, pero es necesario desarrollarlo en el rumbo de la Humanidad entera. Tenemos un solo Padre que es el Señor de la Bondad Infinita, que nos centraliza las esperanzas... Somos, por ello, todos hermanos, partes integrantes de una sola familia... ¿Ya te imaginaste en el lugar de Zulmira, experimentando sus dificultades y aflicciones? ¿Ya te situaste en la condición del esposo que afirmas amar? Si te vieses en el mundo, sin su compañía, con los hijos necesitados de consuelo y sustento, ¿no sentirías agradecimiento por alguien que te ayudase a protegerlo? Consideras solamente tus problemas... Entretanto, el hombre amado permanece en la cárcel de oscuros padecimientos íntimos luchando con enigmas inquietantes, sin que te dispongas a auxiliarle...

–¡No me hables así –imprecó la interpelada, con evidentes signos de angustia–odio a la infame que nos robó la felicidad...

–Odila, ¡reflexiona! ¿Te olvidas de que la mujer siempre es madre? La sepultura no

te restituirá el cuerpo que la Tierra consumió, y, si deseas recuperar la ternura y la confianza del compañero que dejaste en la retaguardia, es necesario saber amarle con el espíritu. ¡Modifica los impulsos del corazón! No supongas a Amaro capaz de quererte, trastornada como te encuentras, entre las zarpas envenenadas del despecho, en caso que llegase, de repente, hasta nosotros...

–Ella, sin embargo, ¡mató a mi hijo!...

–¿Cómo puedes probar semejante acusación?

–La intrusa le envidiaba la posición en el cariño de Amaro.

–Sí –concordó Clara, afectuosa–, admito que Zulmira así se portara. Es inexperta aún y la ignorancia mientras nos encontramos en la Tierra puede impedirnos la visión, pero no sería justo, tan sólo por eso, atribuirle la muerte del pequeño... ¡Medita! La verdadera fraternidad te ayudará a sentir en aquella que te sucedió en el hogar una hija susceptible de recibirle el afecto y la orientación... En vez de forjar una enemiga en el siniestro yunque de la crueldad, edificarás una dedicación noble y leal para enriquecerte la vida. Retirando la luz de tu amor de las llamas combustibles del infierno de celos en que padeces por propia voluntad, ¡serás, realmente, para el hombre querido y para la hija que clama por tu asistencia, una inspiración y una bendición!...

Quizás porque Odila, casi vencida, simplemente llorase, la mensajera le acariciaba el cabello, añadiendo:

–Sé que sufres igualmente como madre atormentada... Recuerda, que nuestros hijos pertenecen a Dios... Y si la muerte recibió a la criatura que sufre, separándola de los brazos paternales, es que la voluntad Divina determinó el alejamiento...

La mensajera le acariciaba la frente, dándonos la impresión de que la sometía a suaves operaciones magnéticas.

Después de algunos instantes en que apenas oramos los sollozos de Odila transformada, la venerable amiga acentuó:

–¿Por qué no te dispones a iluminar tu camino, a fin de que reencuentres a tu ángel y lo mezas, de nuevo en tus brazos, en lugar de consagrarte inútilmente a la venganza que te ciega los ojos e hiela el corazón?

Clara, ciertamente, alcanzara el punto sensible de aquella alma atribulada, porque la infortunada madre de Evelina, como si arrojase hacia afuera de sí misma todos los pesares que le dominaban los sentimientos, gritó, como fiera yugulada por el dolor:

–¡Hijo mío!... ¡Hijo mío!...

Y su llanto convulsivo se hizo más angustioso, más conmovedor.

La emisaria del bien la abrazó con maternal caricia y le habló al oído:

–¡Alégrate, hermana querida! ¡Grande es tu felicidad! Puedes ayudar y eso representa la mayor ventura, nada te impide auxiliar al compañero de la experiencia humana, al alcance de tus manos, y basta una oración de amor puro, con el testimonio de tu comprensión y de tu piedad, para que superes la reducida distancia entre tus sufrimientos y el hijito idolatrado… Hace veintidós siglos que espero por un minuto igual a este para mi nostálgico y agobiado corazón, dado que mis amados aún no se inclinaron hacia mí...

La voz de Clara parecía mezclada de lágrimas que no llegaban a brotar.

Dominada por las vibraciones de la mensajera celeste, Odila se asió a ella, prosiguiendo en llanto copioso, mientras la instructora repetía con desvelos de madre:

–¡Vamos, hija! ¡Vamos en busca de nuestra renovación con Jesús!...

Amparándola, Clara la condujo hacía fuera, estrechándola contra su pecho.

Junto a nosotros, Clarencio informó:

–Ahora, Zulmira podrá recuperarse. La adversaria se retiró sin la violencia que le perjudicaría el campo mental.

Y, acompañando a nuestro orientador, nos alejamos, sí bien conservando la atención presa a la continuación de nuestra edificante aventura.

XXIV

CARIÑO REPARADOR

Odila, bajo el patrocinio de la hermana Clara, fue ingresada en una institución de tratamiento, por algunos días, y, durante siete noches consecutivas, visitamos a Zulmira, en compañía de nuestro orientador, a fin de auxiliar en su recuperación.

La segunda esposa de Amaro se mostraba mejor. Más silenciosa. Más tranquila.

Pero, no saliera de la inercia a la que se retirara.

Aliviara la excitación a que se sentía objeto, pero proseguía entregada a extrema postración.

Malnutrida, apática, se mantenía en el más absoluto desánimo. Atendiendo al interrogatorio habitual, Clarencio observó, servicial.

–Se encuentra ahora liberada, pero, reclama estímulo para vencer el desánimo. Le falta la voluntad de luchar y de vivir. Confiemos, sin embargo. La propia Odila le favorecerá la recuperación. En la medida que se le restaure la visión espiritual, la primera esposa de Amaro aceptará el imperativo de renuncia y fraternidad para construir el futuro que le interesa.

Zulmira, en efecto, continuaba libre y tranquila.

Las partes del cuerpo funcionaban con irreprensible armonía, pero, efectivamente, algo seguía faltando...

La máquina se mostraba reequilibrada, no obstante, se mantenía perezosa, exigiendo adecuadas providencias.

Transcurrida una semana, la Hermana Clara nos convidó a breve conversación.

Nos comunicó que Odila revelaba gran transformación. Sometida a la asistencia magnética, a fin de sondear su pasado, reconociera el imperativo de su colaboración con el marido para que alcanzaran ambos la victoria real en los planos del espíritu.

Suspiraba por el reencuentro con el hijito, se disponía a hacer todo lo posible para ser útil al esposo y a la hijita...

Y, para eso, combatiría la repulsión espontánea que sentía hacia Zulmira, a la que auxiliaría como hermana, reajustándose debidamente para fortalecerla y ampararla.

La bienhechora se mostraba satisfecha.

Nos recomendaba trajésemos a Amaro, tan pronto como pudiese ausentarse del vehículo físico, a la noche siguiente, hasta la casa espiritual de recuperación en que Odila se encontraba.

Del entendimiento entre ambos, resultarían ciertamente los mejores efectos.

La madre de Evelina estaba reformada y daría pruebas del reajuste, efectuando el primer esfuerzo para la reconciliación.

La solicitud de Clara fue alegremente atendida.

Después de media noche, cuando el ferroviario se rindió a la dulce influencia del sueño, le guiamos al sitio indicado.

En el aposento claro y florido del santuario de recuperación en que Odila se encontraba, nos aguardaba la instructora junto a ella.

El padre de Julio, que segura menos consciente a nuestro lado, reconociendo la presencia de la mujer que amaba, se arrodilló, recuperó la lucidez que le era posible, en

tales circunstancias, y exclamó extasiado:

¡Odila!... ¡Odila!...

–¡Amaro! –respondió la antigua compañera, entonces completamente transfigurada –¡Soy yo! ¡soy yo! quien te pide coraje y fe, serenidad y valor en la tarea a realizar!...

–Estoy harto, harto... –gritó él–, ahora con lágrimas brotándole, copiosas.

Odila, sostenida por la venerable amiga, se levantó con alguna dificultad y, alisándole el cabello, preguntó, con voz conmovida:

–¿Harto de qué?

–Me siento aburrido de la vida... Me casé, de nuevo, como debes saber, creyendo garantizar la seguridad de nuestros hijos para el futuro, sin embargo, la mujer que desposé ni de lejos llega a tus pies... ¡Fui engañado! En vez de la felicidad, encontré el desencanto que no sé disimular!...

Y, mirándola con enternecedora expresión, comentó triste:

–Nuestro Julio murió en un accidente, cuando guardaba para mí las mejores aspiraciones, nuestra hija se debilita en una habitación sin alegría y la madrastra que le impuse se pudre en el lecho... ¡Ah! Odila, ¿podrás comprender lo que sufro? He rogado la muerte al Cielo para que nos reunamos en la eternidad, pero la muerte no viene...

La esposa, comprensiblemente más bella por los pensamientos redentores que ahora le manaban del ser, con los ojos nublados por el llanto, le habló con tono inolvidable:

–Sí, Amaro, ¡comprendo! También yo padecí mucho, sin embargo, hoy reconozco que nuestro dolor es agravado por nosotros mismos... ¿Por qué hemos de convertir la distancia en rebelión y la nostalgia en venenosa hiel? ¿Por qué no reconocer la Majestad Suprema de Dios, en la orientación de nuestros destinos? No hemos sabido cultivar el amor que es sacrificio en la Tierra para la edificación de nuestro paraíso espiritual... Hemos exigido cuando debemos dar, dilacerado cuando nos toca recomponer... Amaro, es necesario tranquilizar el corazón para que la vida nos ayude a entenderla, es indispensable ceder de nosotros, a fin recibir de los demás el auxilio que necesitamos... ¡En la aspereza de mis sentimientos mal educados, venia yo abonando el espinar de los celos, atormentándote el pensamiento y perturbando nuestra casa! Pero, en algunos días, adquirí más amplia penetración en nuestros problemas, utilizando la llave de la buena voluntad... Quiero mejorarme, progresar, revivir…

El ferroviario la contempló, cariñoso y reverente, y acentuó, desalentado:

–Eso no impide la terrible realidad. Nos encontramos en dos mundos diferentes... ¡Infortunado que soy! ¡me siento desamparado e infeliz!...

–Me hallaba igualmente así, sin embargo, busqué en el silencio y en la oración el sendero renovador.

–¿Qué hacer con Zulmira, colocada entre nosotros como obstáculos a nuestra verdadera unión?

–¡No pienses de ese modo! Ella no permanecería en tu camino sin un motivo justo.

En ese instante, Clarencio se acercó al ferroviario y, tocándole la frente con la diestra, le ofreció, al campo mental, el retorno inmediato a los recuerdos de las deudas contraídas por él en Paraguay.

Amaro se estremeció y siguió escuchando.

–Si Zulmira fue situada en el templo de nuestro amor –prosiguió Odila, Admirablemente inspirada–, es que nuestro amor le debe la bendición de la felicidad de que nos sentimos poseídos...

–Sí... sí... –aprobaba ahora el interlocutor, en posesión de las reminiscencias fragmentarias que le surgían del corazón.

–Interpretémosla como nuestra hija, como hermana de Evelina, cuyos pasos nos

incumbe encaminar hacia el bien. El hogar no es apenas el domicilio de los cuerpos... Es el nido de las almas, en cuyo dulce amparo desarrollamos las alas que nos transportarán a las cumbres de la gloria eterna. Aceptemos las pruebas y el dolor, como benditas instructoras de nuestra romería hacia Dios...

–Aun así –ponderó el muchacho, triste–, ¡sabes cuánto te amo!...

–No ignoras, a tu vez, que tu corazón constituye para mí el tesoro mayor de la vida, sin embargo, hoy veo el horizonte más amplio... ¿Valdría realmente el brillo de los Oasis cerrados? ¿Serviría la construcción de un palacio, en pleno desierto, donde estaríamos humillando con nuestra saciedad a los viajeros que pasasen por nosotros, mortificados de sed y de hambre? ¿Cómo definir el cariño que se pervirtiese en el aislamiento, con el pretexto de conservar la ventura sólo para sí?

–¡Renovémonos, Amaro! Nunca es tarde para recomenzar el bien... ¡Trabajemos, valorizando el tiempo y la vida!...

Tocado quizás en las fibras más íntimas, el padre de Evelina lloraba convulsivamente, infundiendo piedad.

Odila le abrazó con más ternura y Clara nos invitó a una excursión a través del gran jardín cercano.

En breves instantes, nos encontramos en plena contemplación del cielo...

Los dos cónyuges se instalaron en perfumado rincón para la conversación solitaria.

Notamos que la orientadora se preocupaba en dejarlos entregados uno al otro, para un más seguro ajuste espiritual. Y, mientras ambos se recogían a confortadoras confidencias, nos alejamos, de cierto modo, admirando la belleza de la noche.

Maravilloso, el firmamento brillaba.

Lejanas constelaciones como si nos saludaban, indicando glorioso futuro...

Suave brisa se deslizaba, dulcemente, como si fuese cariñosas e intangibles manos del viento, acariciándonos la cabeza.

Flores de rara belleza vertían rayos de claridad diurna, como diminutos y graciosos depósitos del esplendor solar.

La hermana Clara nos fascinaba con su palabra brillante. Con sencillez encantadora, comentaba sus viajes a otras esferas de trabajo y realización, exaltando, en cada narración, el amor y la sabiduría del Padre Celestial.

Por largo tiempo, entusiasmados, cambiamos impresiones sobre la excelsitud de la vida que se nos revela siempre más sorprendente y más bella, en cada plano de la Creación.

Se avecinaba el nuevo día...

Volvimos a la presencia de la pareja para devolver el compañero al hogar terrestre. Ambos, al final del gran entendimiento, presentaban el rostro pacificado y radiante.

La hermana Clara conservó a la pupila en los brazos y los dos nos siguieron en el camino de vuelta.

En casa, Amaro se despidió de nosotros, risueño y tranquilo. Nos disponíamos a la retirada, cuando la instructora nos advirtió:

–Esperemos. Odila retomará hoy la tarea.

El reloj señalaba las seis de la mañana.

Al modo de colegial en día de examen, la transfigurada madre de Julio nos miraba con extrema expectación...

Amaro recuperó el cuerpo físico, abriendo los ojos con excelentes disposiciones.

No consiguiera relacionar los aspectos particulares de la excursión, pero conservaba en el cerebro la indefinible certeza de que estuviera con la primera esposa en “algún

lugar" y que la viera reanimada y feliz.

Estiró los brazos con la deliciosa tranquilidad de quien encuentra el final de larga y aflictiva tensión nerviosa.

Se levantó, notando que el día empezaba alegre y lindo, sin darse cuenta de que la alegría y la belleza habían renacido en él mismo.

Sentía ganas de reír y de cantar...

Y, después de dirigirse al baño, donde tatareó bajito una canción que le recordaba el tiempo en que se casara por primera vez, volvió, sonriente, al dormitorio...

Fue entonces que Odila le abrazó cariñosamente y exclamó:

–¡Vamos, querido! ¡Extendamos nuestra felicidad! Zulmira espera por nuestro amor...

XXV

RECONCILIACIÓN

Amaro no registró la invitación de la compañera desencarnada, en forma de palabras oídas, pero la recibió como silenciosa apelación a la vida mental.

Se dirigió a la pequeña habitación, pensando en Zulmira, con el inevitable deseo de comunicarle el extraño regocijo del que se veía poseído.

¿No seria justo envolver a la esposa enferma en la ola de alegría en que se bañaba?

Vimos que Odila tembló un instante, al notarle la súbita felicidad con la perspectiva de restauración del cariño para con la segunda mujer. Comprendí el esfuerzo que la iniciativa le reclamaba el corazón femenino y, una vez más, reconocí que la muerte del cuerpo no exonera al Espíritu de la obligación de renovarse. En el fondo, no podía sentir, de pronto, plena ausencia de celos, sin embargo, aceptaba el ideal de sublimación que se le implantara en el sentimiento y no parecía dispuesta a perder la oportunidad de reajuste.

Notándole la pérdida de fuerzas, Clara se acercó a ella y habló, maternal:

–Continuemos firmes. Todo el bien que hagas a Zulmira redundará en favor de ti misma. No desfallezcas. Ayúdate. La voluntad, en busca del bien, realiza milagros en nosotros mismos. El sacrificio es el precio de la verdadera felicidad.

El abrazo afectuoso de la bienhechora le infundió nuevas energías.

Sus ojos brillaban otra vez.

Abrazada al marido, le impilió dulcemente al lecho en que la pobre enferma descansaba.

La enferma, por cierto, desde hacía mucho perdiera el contacto con cualquier manifestación afectiva por parte del compañero, y, así, al ver el semblante cariñoso y feliz, manifestó larga expresión de asombro.

–¡Zulmira! –preguntó él, inclinándose hacia su rostro huesudo y desconsolado– ¿estás realmente mejor?

–Sí... sí... –suspiró la interpelada, titubeante.

–¡Escucha! Hoy, amanecí pensando en nosotros, en nuestra felicidad... ¿No juzgas que sea el momento de que reaccionemos contra el sufrimiento que nos rodea? me preocupo por ti encamada y abatida, desde la muerte de Julio...

Noté que el tórax de Amaro emanaba largo flujo de energía radiante, así como un chorro de luz verde-plateada que envolvió el busto de Zulmira, despertándole emotividad irreprimible.

La desventurada señora empezó a llorar, dándonos la impresión de que los fluidos arrojados sobre ella le lavaban el corazón.

Clarencio, tranquilo, informó:

–Como vemos, la sinceridad dispone de recursos característicos. Emite fuerzas que no dejan lugar a engaños. El sentimiento puro que Amaro dirige ahora a la esposa es factor decisivo para que ella se levante y se cure.

El ferroviario, auxiliado por Odila, secó las lágrimas que brotaban copiosas de aquellos ojos demacrados y tristes y continuó:

–¡Pido que confíes en mí! A fin de cuentas, somos compañeros uno del otro...

¿cómo podré ser feliz sin tu concurso? No nos casamos para llorar...

–¡Amaro! –exclamó la interlocutora angustiada, conservando aún los últimos residuos mentales del complejo de culpa en que se torturaba –¡cómo te agradezco la alegría de este momento!... Sin embargo, la imagen de Julio no me sale del pensamiento... Siento que el remordimiento me persigue. ¡No hice todo lo que debía para salvar al hijito que me confiaste!...

–Olvidemos el pasado –afirmó el esposo, decidido–, todos pertenecemos a Dios y creo que la Divina Voluntad vive con nosotros, en todas partes. Indiscutiblemente, Julio nos hace mucha falta, pero no podemos renunciar a la vida que el Cielo nos concedió. Es imprescindible luchar, buscando la victoria.

Ligado a la mente de la primera esposa, que todo haría por ayudarle, continuó con enternecedor tono de voz:

–No olvides que pertenecemos a los compromisos morales que asumimos... El cariño de mi benjamín significaba muchísimo para mi corazón, sin embargo, ¡no puedes ser más importante que nuestro amor!... ¡Recupérate! ¡Vivamos nuestra vida!... Tenemos a Evelina y a nuestra felicidad!...

La enferma se sentó, con ojos reanimados y diferentes.

Y, mientras el esposo se acomodaba a su lado, vimos a Odila, con aspecto satisfecho, dirigirse a la habitación de la hija.

Instintivamente, la acompañamos, de forma a asistirla en cualquier dificultad. Ella, sin embargo, con inefable sorpresa para nosotros, colocó la diestra sobre la frente de la chiquilla, solicitándole la presencia.

Pasados algunos instantes, Evelina, en Espíritu, regresó al aposento en el que su cuerpo descansaba.

Viendo a su madrecita, corrió a abrazarla.

Se fundieron ambas en un abrazo largo y conmovedor, mezclándose las lágrimas.

–¡Al fin! ¡Al fin!... –clamó la joven maravillada.

–¡Hija mía! ¡Hija mía!

Y, a continuación, la madre descansó en ella los ojos inflamados de esperanza, pidiendo, suplicante:

–¡Evelina, ayúdanos! Si no nos unimos bajo la luz de la comprensión y del trabajo nuestra casa desaparecerá... Tu padre y yo no podemos dispensar tu ayuda. De la salud y de la paz de Zulmira depende la feliz continuación de nuestra tarea... ¡Dios no nos reúne para la indiferencia o para el egoísmo y sí para el servicio saludable de unos por los otros!...

–Mamaíta –explicó la joven extática–, he orado, he pedido que tu corazón nos auxilie...

–Sí Evelina, sé que en tu abnegación no te descuidas de la oración. Jesús habrá recibido tus ruegos... Me encontraba sorda, víctima del ruido destructor de mi propia incomprensión. Siento, todavía, que mi alma despierta hoy... y veo que nos incumbe hacer algo para restaurar el valor de tu padre y la alegría de nuestra casa...

–Continuaré orando...

–No olvides la oración, querida, pero la súplica que no actúa puede ser una flor sin aroma. Pidamos el socorro del Señor, realizando algo para su apostolado divino... Comencemos por refundir la confianza en tu nueva madre. Hazte mejor para ella... Búscala, desdóblate en el trabajo de preservación de la tranquilidad doméstica a fin de que Zulmira se sienta segura de tu afecto y de tu entendimiento filial... Una rosa sobre la mesa, una escoba diligente, una prenda de ropa cuidadosamente guardada, un cepillo

en el lugar que le corresponde, son servicios de Jesús, en el santuario de la familia, con los que debemos valorizar el pensamiento religioso... No te detengas tan sólo en las buenas intenciones. Muévete en el trabajo alentador de la armonía. ¡Sé el ángel del servicio en nuestra sencilla casa! ¡Zulmira necesita de una hermana, de una hija!... ¡Aprovecha la oportunidad y haz lo mejor!...

Evelina, con indefinible alegría iluminándole el rostro, abrazó a la madre con gran ternura y la besó muchas veces.

A continuación, obedeciendo a la mensajera, retornó al cuerpo carnal y despertó deslumbrada.

Tan grande se le figuraba la ventura, que tenía la sensación de estar bajando de la esfera celestial.

La imagen de Odila, cariñosa y bella, le ocupaba ahora, todo el espejo de la mente.

Extendió las manos, como si aún pudiese tocar a la madre con los dedos de carne, conservando perfecto recuerdo de la inolvidable entrevista.

Intensamente feliz, se levantó de un salto y se vistió.

Terminado rápido aseo, vemos a Odila tomarla en sus brazos, conduciéndola igualmente hasta Zulmira.

Inducida por la influencia materna, pasó por la cocina y llegó junto a la madrastra, ofreciéndole pequeña bandeja con el ligero desayuno de la mañana.

Amaro y la compañera la recibieron, encantados.

–Dios mío –dijo la enferma, sonriendo–, tengo la impresión de que un ángel penetró en nuestra casa. ¡Todo hoy amaneció alegre y de buen ánimo!...

Evelina alcanzó el lecho, reunió a los dos cónyuges en un solo abrazo y dijo, jubilosa:

–¡Soñé con mamá! La vi tan nítida, como si aún estuviese con nosotros. Afirmó que necesitamos de amor y me recomendó sea para Zulmira la hija que ella no tiene!... ¡Ah! ¡que felicidad!... ¡Mamá escuchó mis oraciones!...

El ferroviario registró, satisfecho, la información, guardando, consigo mismo los recuerdos de la noche para no herir las susceptibilidades de la compañera, y Zulmira, a su vez, a pesar de acordarse de las pesadillas que sufriera, sintiéndose atormentada por los celos de Odila, ahogó sus propias reminiscencias, para adherirse con toda su alma al optimismo de aquel bendito momento de paz y renovación.

Mirando a la madrastra, absorta, la muchacha añadió:

–¡Quiero ser mejor, más diligente y más amiga!... Papá, tú y yo seremos en adelante más felices.

La pobre señora suspiró reconfortada y dijo:

–Sin duda alguna, Odila debe ser nuestro genio protector... ¡Es mucha la alegría en esta mañana para que nuestra ventura sea simple sueño o coincidencia!

Aquel testimonio de gratitud, partido con la mejor espontaneidad de la mujer considerada, hasta entonces, como enemiga, tocó las íntimas fibras de la primera esposa de Amaro que, incapaz de soportar la emoción, empezó a llorar entre el reconocimiento y el regocijo.

La hermana Clara la abrazó y habló, humilde:

¡Llora, hija mía! ¡Llora de júbilo! En verdad, cuando el amor sublime penetra en nuestro corazón, la luz del Señor pasa a regir los pasos de nuestra vida.

XXVI

MADRE E HIJO

La alegría plena coronara al trío doméstico.

Mostrando la expectativa de una colegiala preocupada en recibir la aprobación de los mentores, Odila irguió los ojos lacrimosos hacia la hermana Clara, preguntando:

–¿Habré actuado correctamente?

Se le leía en el rostro la necesidad de una frase estimulante. La venerable amiga la abrazó de corazón a corazón.

–Venciste, valerosa –dijo, dulce–; comprendiste el santo deber del amor. Bendecirás para siempre este maravilloso día de renuncia y donación de ti misma.

Vimos a Odila arrimarse a ella, como una niña en los brazos maternos, llorando copiosamente.

–¡No te conmuevas tanto! –apeló la bienhechora, besándole los cabellos.

Sensibilizándonos igualmente, la primera esposa de Amaro respondió con dificultad:

–Mi llanto no es de sufrimiento... Me siento ahora ligera y feliz... ¿cómo no lo comprendía así, antes?...

–Sí –aclaró Clara, de forma significativa–, perdiste peso espiritual, proporcionándote elevación de nivel. Nuestras pasiones inferiores nos imantan a la Tierra, como el visco prende el pájaro a distancia de las alturas...

Y, acariciándola, acentuó, cariñosa:

–¡Vamos! Diste ahora el amor puro y, por eso, el amor puro no te faltará. De ahora en adelante, serás aquí bien-aventurada mensajera, toda vez que tu corazón permanecerá en servicio de los ángeles guardianes de nuestros destinos, que velan por nosotros, abnegadamente, esperándonos en la Vida Más Alta. Cediendo el cariño de tu compañero a otra mujer, de cuya colaboración necesita él para redimirse, conquistaste, en él, nuevo patrimonio de afectividad, y, aproximando a la hijita a aquella a quien debemos querer como hermana, adquiriste el merecimiento indispensable para recuperar al hijo, cuyo futuro podrás orientar... Hoy mismo estarás al lado de tu Julio...

Odila, transfigurada, estampó en el semblante la luz de la felicidad que le fluía del mundo interior.

El Sol inundaba la Tierra de rayos vivificantes, cuando la llevamos al hospital, con la promesa de volver más tarde, para el viaje al Hogar de la Bendición.

En efecto, pasadas algunas horas, cuando la pausa de nuestros compromisos de trabajo nos ofreció la oportunidad necesaria, la convocamos para el reencuentro.

Sostenida en los brazos de Clara, la madre de Julio revelaba mucha alegría.

Era la primera vez, después de la muerte física, que se confiaba a romería tan linda, prorrumpiendo en exclamaciones admirativas, ante los sorprendentes juegos de luz.

En la vecindad del sitio al que nos dirigíamos, respiraba el aire tonificante en largas inhalaciones, deslumbrándose en la visión de la Naturaleza saturada de aromas y adornada de flores.

Se extasió en la contemplación de centenares de pequeños, que jugaban festivamente. Muy pálida, con la atención prendida a la multitud infantil, en la búsqueda

ansiosa del hijo, se encontraba mentalmente muy distanciada de nuestro grupo. Por eso mismo, se dejaba conducir como si fuera un autómata.

Acompañando a Clarencio, alcanzamos la residencia de Blandina, que nos recibió con la gentileza habitual.

Entramos.

No hubo necesidad de muchas palabras.

Atraída por la gran cuna que se erguía ante nuestra vista, Odila se precipitó sobre el niño enfermo, gritando, alarmada:

–¡Hijo mío! ¡Julio! ¡Hijo mío!...

Indiscutiblemente, la Sabiduría Universal colocó inescrutables secretos en el cariño materno. Algo de milagroso y divino existe en los lazos que unen madres e hijos que, por el momento, no podemos comprender.

El niño enfermo se transformó, súbitamente.

Indefinible expresión de felicidad le cubrió el semblante. –¡Madre! ¡Madre!... – gritó, contestando.

Y extendió los brazos, agarrándosele al busto.

En lágrimas, Odila lo retiró instintivamente del lecho, besándole enternecida.

Cuando se le serenó la desbordante emotividad, se sentó a nuestro lado, teniendo el hijo en el regazo.

Julio, completamente modificado, le contaba cuánto le dolía la garganta, mostrándole la laringe extensamente herida.

Y terminado que fue el momento conmovedor que nos embargara a todos, Blandina abrió la conversación general, acentuando, contenta:

–Sabíamos que la Divina Bondad no dejaría a nuestro enfermo sin la ternura maternal.

Julio ahora tendrá junto a él a la insustituible dedicación.

Odila, que se mostraba comprensiblemente perturbada, ante la posición orgánica del muchacho, nada respondió; sin embargo, Clara consideró, afectuosa:

–Esperamos localizar a nuestra amiga en el Parque, por algún tiempo, y, ciertamente, sentirá placer en ocuparse del pequeño.

–Sí, la Escuela de Las Madres presenta vastas disponibilidades –informó Blandina, servicial–. Odila podrá dedicarse con seguridad a la tarea asistencial que Julio requiere. Recibirá todos los recursos...

–Me aflige encontrarle así –alegó la madre, preocupada, señalando al pequeño enfermo– no puedo atinar con la razón de una úlcera tan grande, sin el cuerpo de carne... no poseo bases para entender de una sola vez todo lo que veo, quizás porque también yo andaba loca, incapaz de razonar...

Observé que el Ministro y la hermana Clara se entremiraron, de forma expresiva, dándome la impresión de que hablaban, a través del pensamiento.

Percibiendo las dolorosas referencias maternas, la instructora señaló con la diestra a nuestro orientador, añadiendo de buen humor:

–Clarencio tiene la palabra elucidativa.

–Sí –ponderó el Ministro, cauteloso–, nuestra hermana, como es natural, encontrará, por delante, varios problemas ligados al sendero de elevación que le es propio. Nos encontramos todos infinitamente lejos del Cielo que fantaseábamos en la Tierra y cada uno de nosotros tiene consigo deficiencias que será necesario superar. El pasado se refleja en el presente.

Sonriendo, añadió:

–Nuestro destino es como un río. Por más diferente que se encuentre, a la distancia

del nacimiento de origen, está siempre ligado a él por la corriente en acción continua...

–Intentaré comprender –dijo Odila más segura de sí–, soy madre y no puedo desembarazarme de la obligación de amparar a mi hijito. Le dispensaré todos los cuidados imprescindibles para su bienestar. Siento que la felicidad puede ser conquistada en el mundo al que fuimos traídos por la renovación... Trabajaré cuanto esté a mi alcance para ver a Julio íntegramente recuperado. Hoy, nuevos ideales me bañan el corazón. Es imperioso el esforzarme. Todos a los que amamos vendrán con nosotros, antes o después... Esperanzas diferentes me animan el espíritu. Mañana, en el porvenir quizás cercano, tendré a mis familiares aquí, de nuevo, y no puedo olvidar la necesidad de hacer algo para conseguir el amparo que necesitamos...

Paseó la mirada vaga y preocupada por el recinto como si estuviese contemplando remotos horizontes y concluyó:

–Un hogar... la felicidad restaurada... la bendición del reencuentro…

Por largo tiempo, el comentario edificante brilló en la sala, caldeando la llama de amistad y de la confianza en nuestros corazones.

Blandina y Mariana prometieron cooperar, insistiendo para que Odila permaneciese junto a ellas, hasta situarse, definitivamente, en el centro educativo al que sería destinada.

La renovada señora aceptó, agradecida. Nos despedimos, felices.

Después de separarnos de Clara, retomando el camino de vuelta a nuestro domicilio espiritual, consideré conveniente interpelar al instructor, sobre los problemas que me hervían en el cerebro.

¿Por qué no esclarecer a Odila, en lo referente al pasado de Julio? ¿Serra aconsejable dejarla entregada a informaciones deficientes, cuando le conocíamos extensamente los enigmas de la organización familiar? ¿Por qué no explicarle francamente el impositivo de la reencarnación del chiquillo?

Clarencio, como en otras ocasiones, escuchó sereno y generoso. Cuando terminé el interrogatorio, replicó, sin alterarse:

–A primera vista, sería efectivamente ese el camino a seguir, sin embargo, los recuerdos del pasado no deben de ser totalmente despertados, para que ansiedades inútiles no nos dilaceren el presente. La verdad para el alma es como el pan para el cuerpo que no puede traspasar la ración necesaria para cada día. Toda precipitación genera desastres. Además, no nos cabe la vanidad de cualquier anticipación a providencias que serán agradables y constructivas al amor de nuestra hermana. Sintiéndose aún plenamente integrada en el cariño materno, ella misma asumirá la responsabilidad del trabajo alusivo a la reencarnación del pequeño. Defendiendo ella misma esa medida y destinándose el niño a su antiguo hogar, encontrará, en el caso bendito, servicio de fraternidad, al mismo tiempo que se sentirá más responsable. Si moviésemos las decisiones, Odila se notaría anulada en su capacidad, de actuar, al paso que, confiándole las decisiones que el tema reclama, adquirirá nuevo interés en ayudar a Zulmira, toda vez que la segunda esposa de Amaro la sustituirá en la condición de madre, ofreciendo nuevo cuerpo al hijito...

Admirado con los razonamientos escuchados, me vi satisfecho en mis dudas.

Clarencio, todavía, con la sonrisa natural que le marcaba habitualmente el semblante, adujo, tranquilo:

–La vida es una escuela y cada criatura, dentro de ella, debe dar su propia lección. Esperemos, ahora, por algunos días. Interesada en auxiliar al hijo enfermo, la propia Odila vendrá hasta nosotros, recordando para él la felicidad del regreso a la Tierra.

XXVII

PREPARANDO EL REGRESO

Cuatro semanas pasaron veloces, cuando fuimos efectivamente buscados por Odila, en el Templo del Socorro, para una conversación particular.

Clarencio, Hilario y yo la recibimos casi sin sorpresa. Venía algo triste y preocupada.

Con respetuosa delicadeza, nos contó la experiencia inquietante por la que atravesaba.

Julio seguía presentando en el orificio glótico la misma herida. Se instalara con él en aposentos adecuados en la Escuela de las Madres y al hijito dispensaba todo el cuidado susceptible de levantarle las energías, sin embargo, la lucha continuaba... Recursos medicinales y pases magnéticos no faltaban, pero, no surtían efecto.

Daría todo para verle fuerte y feliz.

Esperaba el descubrimiento de algún milagro, capaz de atenderle la ansiedad de madre, entretanto, visitara, en compañía de Blandina, otros sectores de asistencia a la infancia torturada; viera a numerosos niños infelices, portadores de problemas quizás más dolorosos que aquellos del hijo bienamado.

Se asustara.

Jamás supusiera la existencia de tantas enfermedades después de la muerte.

Intentara obtener los buenos oficios de varios amigos, para esclarecerse convenientemente, y todos, al unísono, repetían siempre que los compromisos morales adquiridos conscientemente en la carne solamente en la carne deberían ser resueltos, y que, por eso mismo, la reencarnación de Julio era el único camino a seguir.

El cuerpo físico actuaría como atenuador de la conciencia del alma, sanándola, poco a poco...

¿Qué hiciera el pequeño, en el pasado, para recibir semejante castigo?

La pobre señora secaba las lágrimas que le caían espontáneas. Clarencio, profundo conocedor del sufrimiento humano, habló, como sacerdote:

–Odila, el pasado ahora no es la medicina apropiada. Atendamos al momento que pasa. Tenemos a Julio extremamente necesitado ante nosotros y su alivio es nuestro objetivo más inmediato.

La madrecita resignada concordó en un gesto silencioso.

–También creo –continuó nuestro instructor, imperturbable– que la reencarnación del pequeño es urgente medida si deseamos observarle en el camino de su recuperación.

–La hermana Clara me recomendó viniese a rogarle el auxilio. ¡Ayúdeme, abnegado amigo!...

–Somos todos hermanos –añadió Clarencio, generoso– y nos encontramos unos frente a los otros para la prestación del servicio mutuo. Nuestro Julio no es una criatura común y, por ese motivo, no sería justo renacer en el mundo al azar, como planta incultivada germinando en balde en el bosque de la vida inferior. Siendo así, analicemos el cuadro de tus relaciones afectivas...

Después de ligera pausa, añadió:

–¿Tienes gran sembrado de amistades puras en la Tierra? En asuntos de auxilio, no podemos perder a nuestros sentimientos de vista. Tanto para entrar en el reino del espíritu, como para entrar en el reino de la carne, en mejores condiciones, no podemos prescindir de la cooperación de amigos sinceros que nos conozcan y que nos amen.

–¡Ah! sí, comprendo... –exclamó la interlocutora con algo de desencanto–. Siempre ocupada con nuestra casa y con nuestra familia, nunca pude efectivamente cultivar tantas amistades, como sería de desear. Amaro, sin embargo...

–Perfectamente –atajó el Ministro, completándole la frase–, estoy seguro de que Amaro continuará siendo para el muchacho un admirable compañero, entretanto, no podemos dispensar en el acometimiento el concurso de Zulmira. La necesitamos en el trabajo maternal. Para eso es imprescindible te hagas más abnegada, más amiga... Un esfuerzo pide otro. Sin el lubrificante de la cooperación, la máquina de la vida no funciona.

Los ojos de Odila centellearon de esperanza.

–Todo haré para ayudarla, auxiliándome a mí misma –dijo, conmovida–, entiendo así mismo, en ese imperativo de fraternidad, la dulce determinación del Señor, Constriñéndome a operativa buena voluntad para con ella. Realmente –acentuó, sonriendo–, noto cuán sublime es la Infinita Bondad del Cielo. Al principio, luché contra Zulmira, deseando ser amada por mi esposo, ahora debo luchar en favor de nuestra hermana por amor a mi hijo. Mucho erramos, disputando el amor de los demás, sin embargo, corregimos y acertamos el paso, cuando procuramos amar...

–Sin duda, tus conclusiones son luminosa enseñanza –concordó el Ministro, de buen humor– en todo vemos a la Eterna Sabiduría.

–¿Debo seguir alguna regla específica?

–Creo –ponderó nuestro orientador– que tus visitas afectuosas al antiguo hogar, consolidándole la armonía, son la providencia básica para que Julio encuentre un clima de confianza. Admito que nuestro pequeño reclama especiales atenciones, considerando su posición de enfermo, para quien la reencarnación presenta obstáculos justos.

El entendimiento se prolongó por más tiempo, entre los consejos paternales del Ministro y la sincera humildad de la visitante.

Cuando Odila se despidió, descargamos sobre el instructor algunas preguntas que nos fustigaban la cabeza.

¿La reencarnación como ley exigía el concurso de la amistad para cumplirse? ¿Los adversarios de la vida influían en nuestro futuro? ¿El trabajo reencarnatorio no sería una imposición natural?

Clarencio escuchó, atento, las indagaciones y respondió, satisfecho:

–La ley es siempre la ley. Nos cabe tan sólo respetarla y cumplirla. Pero, nuestra actitud, puede favorecerle o contrariarle el curso, a favor o en perjuicio de nosotros mismos. El renacimiento en la carne ocurre en condiciones idénticas para todos, sin embargo, en la medida que se nos desenvuelve el conocimiento y el amor, conseguimos colaborar en todos los servicios del perfeccionamiento moral en nuestras recapitulaciones. El alma, como la planta, puede resurgir en cualquier tipo de suelo, pero no sería justo relegar semillas seleccionadas a terrenos sin cultivar. La reencarnación, por sí, así como sucede en los reinos inferiores a la evolución humana, obedece a principios embriogenéticos automáticos, con bases en la sintonía magnética; sin embargo, tratándose de criaturas con algunos pasos por delante de la multitud común, es posible concertar providencias que favorezcan la ejecución de la tarea a cumplir. En esos casos, la siembra de simpatía es factor decisivo en la obtención de los

recursos de que necesitamos... Quien cultiva la amistad solamente en la familia consanguínea, difícilmente encuentra medios para desempeñar ciertas misiones fuera de ella. Cuanto más extenso es nuestro radio de trabajo y de amor, más amplia se hace la colaboración ajena en nuestro beneficio.

–¿Y cuándo, desprevenidos, dejamos que la antipatía crezca en torno a nosotros? – preguntó Hilario, con interés.

–Toda antipatía conservada es pérdida de tiempo, en muchas ocasiones, aumentada de lamentables compromisos. El espinar de la aversión exige largos trabajos dé reajuste. En varias circunstancias, para curar las llagas de un enemigo, desperdiciamos muchos años, perdiendo el contacto con admirables compañeros de nuestra jornada espiritual hacia la Gran Luz.

La palabra de Clarencio nos imponía graves reflexiones y, quizás por eso, la quietud bajó sobre nosotros.

Supimos, más tarde, que la madre de Evelina pasó a dispensar envolvente cariño al ferroviario y a la compañera enferma, que, a costa de mucho esfuerzo de ella, restableció, al fin, la salud orgánica.

Preparando el retorno del hijito, Odila se unió de corazón, a la tarea de restaurarles la armonía conyugal y la alegría de vivir.

Fue así que, pasadas algunas semanas, recibimos una invitación de la hermana Clara para una visita al Hogar de la Bendición.

En noche cercana, Odila conduciría a la segunda esposa de Amaro al encuentro de Julio, como definitivo preliminar del trabajo reencarnatorio.

En el momento concertado, nos encontrábamos en nuestros puestos.

Blandina, Mariana, Clarencio, Hilario y yo, conversando animadamente en aposentos reservados en la Escuela de las Madres, rodeábamos la blanca cuna en la que el enfermito gemía de cuando en cuando.

Asistida por la hermana Clara, Odila demandara el antiguo nido doméstico, con el propósito de acompañar a Zulmira hasta nosotros.

Pasado algún tiempo de expectación, las tres llegaron, envueltas en luminosa onda de paz.

Enlazada por los brazos de las dos protectoras, la ex-obsesionada parecía feliz, no obstante la impresión de miedo e inseguridad que se le transparentaba en la mirada.

Nos respondió los saludos con la extrañeza de casi todos los encarnados que alcanzan las esferas superiores de la vida espiritual, antes de la muerte física, y, a continuación, sostenida por las compañeras, se aproximó al pequeño enfermo, identificándole, asustada.

–Dios mío, ¿será Julio?

–¡Es verdaderamente Julio! –confirmó Odila, fraternal– ¡para él te rogamos auxilio! ¡nuestro pequeño necesita renacer, Zulmira! ¿podrás auxiliarle, ofreciéndole tus brazos de madre?

Vimos a la interpelada en lágrimas de alegría.

Se inclinó sobre el niño, acariciándole con indescriptible ternura, y habló con voz casi sofocada por la emoción:

–¡Estoy lista! Debo a Julio cuidados que le negué... ¡Alabo reconocidamente a Dios por esta gracia! ¡Siento que así nunca más seré asaltada por el remordimiento de no haber hecho por él todo lo que me incumbía!… ¡Será mi hijo, sí!... ¡Le agasajaré junto a mi pecho! ¡Oh Señor, ampárame!...

Abrazó al pequeño enfermo y se nos figuró, desde entonces, incapaz de cualquier

sintonía con nosotros.

Quizás relegada, de súbito, a inquietantes recuerdos de la fijación mental que atravesara, nos pareció ciega y sorda, bajo el imperio de inesperada introversión.

El Ministro, atendiendo al llamado de Clara, se acercó a ella y amparándola, recomendó:

–Conviene sea nuestra hermana restituida al hogar terrestre. El choque repetido será perjuicio grave. Mañana, reconduciremos a nuestro pequeño al santuario doméstico de donde vino, confiándole, en fin, a la tarea del recomienzo.

La sugerencia fue obedecida.

Y mientras Zulmira volvía al templo familiar, archivábamos nuestra expectación, en espera del día siguiente.

XXVIII

RETORNO

Preocupados con el caso de Julio, al día siguiente, indagamos al orientador sobre la planificación del servicio reencarnatorio, a lo que Clarencio respondió, conciso:

–El problema es doloroso, pero es sencillo. Se trata tan sólo de ligera prueba necesaria. Julio sufrirá el aflictivo deseo de permanecer en la Tierra, con el préstamo del cuerpo físico a largo plazo, sin embargo como fue suicida, con dos intentos de autoaniquilamiento, por dos veces deberá experimentar la frustración para valorizar con más seguridad la bendición de la vida terrestre. Después de estacionar por muchos años en las regiones inferiores de nuestro plano, confiándose inútilmente a la rebeldía y a la inercia, ya pasó por la asfixia y ahora se enfrentará a la intoxicación. Todo esto es lastimoso, pero...

Y mostrando significativa expresión fisonómica, añadió:

–¿Quién aprenderá sin la cooperación del sufrimiento?

–Pienso, entretanto, en el martirio de los padres... –consideró Hilario, titubeante.

–Amigos míos –habló el Ministro, generoso–**,** la justicia es inalienable. No podemos eludirla. Con el desequilibrio emocional de Amaro y Zulmira, en el pretérito, Julio se arrojó a oscuro despeñadero de compromisos morales y, en la actualidad, se recuperará con la cooperación de ellos. Ayer, la pareja, por olvidarle, le inclinó a la carda, hoy por amarle, le garantizará la recuperación.

La charla languideció, quizás porque el tema nos obligase a severa meditación.

Hilario y yo, reflexionando en la absoluta armonía de la Ley, nos callamos preocupados, en espera de la noche, cuando integraríamos la caravana de amistad que restituiría al niño enfermo al antiguo nido.

En efecto, se avecinaba la madrugada, cuando alcanzamos la residencia del ferroviario, envuelta en sombras.

Odila traía en los brazos al hijo intranquilo y gimiente, mientras el Ministro, la hermana Clara, Blandina, Mariana, Hilario y yo, rodeábamos a ambos, en silencio.

Penetramos en la humilde sala.

Como si hubiera tomado invisible anestesia, el niño enmudeció. Junto a nosotros, el orientador, solícito, explicó:

–El enfermito encuentra gran alivio en contacto con los fluidos domésticos. El reequilibrio del alma en el ambiente que le es familiar, en el mundo, constituye base firme para el éxito de la reencarnación.

No continuó, con todo.

La hermana Clara le hizo expresivo gesto y nuestro instructor penetró, solo, en la cámara conyugal, sin duda para cerciorarse en cuanto a la conveniencia de que confiáramos el pequeño a su futura madre.

Pasados algunos minutos, Clarencio vino a nuestro encuentro, invitándonos a entrar.

Enternecedor espectáculo se desdobló a nuestra vista.

Zulmira, en Espíritu, nos extendió sus brazos fraternos. Estaba bella, radiante de alegría… Y, cuando recibió a Julio, abrazándole contra su pecho, me pareció sublime

madona, aureolada con la maternidad victoriosa.

Odila lloraba.

Clarencio irguió los ojos hacia lo Alto y rezó, con voz conmovedora:

–¡Señor, bendícenos!... ¡Con almas entrelazadas en la esperanza de tu infinito amor y en el júbilo que nace de la obediencia a tus designios, aquí nos encontramos, acompañando a un amigo que vuelve a la recapitulación! ¡Dale fuerzas para someterse, resignado, a la cruz que será su salvación!... ¡Oh Padre susténtanos en el gran camino redentor en que el obstáculo y el dolor deben ser nuestros guías, fortalécenos el buen ánimo y la serenidad y modéranos el corazón para que sepamos servirte en cualquier circunstancia!... ¡Sobre todo, Señor, te rogamos auxilies a nuestra hermana que enviste sus sagradas aspiraciones femeninas en el apostolado maternal! ¡Santifícale los deseos, multiplícale las energías para que ella se honre contigo en la divina tarea de crear!...

La palabra del Ministro, saturada de paternal amor, de ese amor que nos alcanza el espíritu hasta la fuente oculta de las lágrimas, nos llevaba hasta la conmoción.

Zulmira, sin embargo, nos sensibilizó aún más. Atraída por el poder magnético de la oración, avanzó con el niño pegado al pecho hasta nuestro orientador, y se arrodilló:

Aquella humildad ingenua me recordaba la narración evangélica de la viuda de Naín con el hijo muerto a los pies de Cristo y no pude contener el llanto que me salía del corazón.

Igualmente tocado por aquel gesto espontáneo de confianza y de fe, el Ministro se volvió hacia ella y le acarició la cabeza, transfigurado.

Algo de sublime debía haber sucedido en el alma de aquel misionero de la abnegación que me acostumbrara a querer con extremado cariño.

Un chorro estelar descendía de lo Alto, i1uminándole la frente y de la diestra que acariciaba a la hermana arrodillada se proyectaban rayos de zafirina luz...

Maravillosos instantes de expectación transcurrieron sobre nosotros.

A continuación, sosteniéndola en los brazos, Clarencio la levantó, conduciéndola al lecho con el niño.

Zulmira, desde entonces, se nos figuró integralmente concentrada en el hijito, que se abrazó a ella, instintivamente, al modo de un molusco al acomodarse en su propia concha.

Julio se durmió plácidamente, al fin.

Abrazado al regazo materno, parecía fundirse en él.

Otras veces, acompañara a trabajos preparatorios de reencarnación, que exigían el concurso activo de técnicos en el asunto y de bienhechores de la vida superior, pero allí el fenómeno era demasiado simple. El cuerpo sutil del niño como que se yuxtaponía a los delicados tejidos del periespíritu materno, disminuyendo gradualmente ante nuestros ojos.

La hermana Clara y sus compañeras besaron a la futura madre, que intentaba recuperar el cuerpo denso, conduciendo consigo al pequeño confortado y desfalleciente y nos retiramos, tomados por la alegría que nace, pura, de la obligación bien cumplida.

Odila se encargó de la asistencia a Zulmira, y Clarencio prometió seguir, de cerca, los servicios naturales de aquel embarazo incipiente.

Cuando nos vimos, de nuevo, a solas, las preguntas surgieron, imperiosas.

El Ministro, con la paciencia admirable de todos los días, tomó la palabra y aclaró:

–La reencarnación en el caso de Julio no requiere de nuestra esfera cuidados especiales. Es un descenso experimental al terreno de la materia densa, con interés tan sólo para él mismo y para los familiares que le rodean. Sin embargo, si la existencia

del hijo de Amaro estuviese destinada, en estos momentos, a influenciar a la comunidad, si él fuese portador de méritos indiscutibles, con responsabilidades justas en los caminos ajenos, el problema sería efectivamente otro. Fuerzas de orden superior serian fatalmente movilizadas para la interferencia en los cromosomas, garantizando, al embrión del vehículo físico, forma adecuada a la misión que le incumbiese...

–¿Y si el reencarnado fuese un hombre de gran intelectualidad?

–preguntó Hilario, estudioso.

–Nos merecería cautelosa atención en la estructura cerebral, para que no le faltase un instrumento a la altura de sus deberes en la materialización del pensamiento.

–¿Y si fuese un médico? ¿Un gran cirujano, por ejemplo? –pregunté a mi vez.

–Recibiría asistencia primorosa en la formación del sistema nervioso, asegurándosele pleno dominio de las emociones.

Como nada más indagásemos específicamente, el instructor continuó:

–Sin embargo, en millares de renacimientos, en la Tierra, los principios embriogénicos funcionan, automáticamente, cada día La ley de causa y efecto se ejecuta sin necesidad de fiscalización por nuestra parte. En la reencarnación, basta el magnetismo de los padres, aliado al fuerte deseo de aquél que regresa al campo de las formas físicas. De vuelta al cuerpo físico, estamos invariablemente animados de un propósito firme... como sea el ansia de aliviar el dolor que nos atormenta, la aspiración de conquistas espirituales que nos faciliten el acceso a la Vida Superior, el voto de recapitular servicios mal hechos o el ideal de realizar grandes tareas de amor entre aquellos a quien nos aficionamos en el mundo. De modo general, la mayoría de las almas que reencarnan satisfacen el hambre inquietante del recomienzo. Quien no atendió con exactitud al trabajo que la vida le delegó, de prisa se rinde al imperativo de repetición de la experiencia y el resurgimiento en la lucha física aparece como bendición salvadora. Millones de destinos se reestructuran de esa forma, como se rehace un gran bosque. La semilla crece, estimulada por el magnetismo del suelo; la existencia corporal germina de nuevo, incentivada por el magnetismo de la carne...

Ante la pausa ligera del Ministro, Hilario preguntó, respetuoso: –El seno materno, de ese modo...

Nuestro Mentor le completó la definición, respondiendo:

–Es un vaso anímico de elevado poder magnético o un molde vivo destinado a la fundición y refundición de las formas, al soplo creador de la Bondad Divina, que, en todas partes, nos ofrece recursos al desarrollo para la Sabiduría y para el Amor. Ese vaso atrae al alma sedienta de renacimiento y que le es aún, reproduciéndole el cuerpo denso, en el tiempo y en el espacio, como la tierra traga a la semilla para donarle nueva germinación, de acuerdo con los principios que encierra. La maternidad es sagrada servicio espiritual en el que el alma se pasa siglos, en la mayoría de los casos perfeccionando cualidades del sentimiento.

La charla proseguía valiosa, pero el tiempo nos llamaba a otros menesteres y, en razón de eso, fuimos obligados a interrumpir nuestro entendimiento, acerca de lo que habíamos visto.

XXIX

ANTE LA REENCARNACIÓN

La noche siguiente, atendiendo a nuestra petición, Clarencio nos condujo al domicilio del ferroviario, para observaciones.

Penetramos respetuosamente en la habitación en que Odila nos recibió contenta y gentil.

Todo le parecía desarrollarse con seguridad. Julio dormía.

No despertara, informó la guardiana, feliz. Tenía la sensación de que el reencarnante desaparecía, poco a poco, en la constitución orgánica de Zulmira, como si la futura madre fuese un filtro milagroso absorbiéndolo.

La madre desencarnada se mostraba satisfecha y esperanzada.

Prefería ver al hijito confiado al sueño profundo. Las aflicciones y los gemidos de él le habían dilacerado el corazón.

El renacimiento, por ese motivo, representaba una bendición para las inquietantes responsabilidades maternales de que se veía detentora.

Observamos que Julio se caracterizaba por enorme diferencia. El cuerpo sutil del niño denotaba espantosa transformación.

Adelgazaba de forma sorprendente.

Tuve la idea de que él y Zulmira, alma con alma, se fundían uno en el otro. La señora ganaba en plenitud física y en vivacidad espiritual lo que perdía el niño en la presentación exterior. Julio se adormecía aliviado, al paso que la joven señora demostraba admirable despertar para la vida. La segunda esposa de Amaro se modificara de forma sensible. Como las personas reconfortadas por nuevos títulos de confianza en el trabajo, se revelaba más alegre y más consciente de las obligaciones que le competían.

La transfusión fluídica era evidente allí.

El organismo materno se parecía a un alambique destinado a sutilizar las energías del reencarnante para restituirlas, ciertamente, a él mismo, en la formación del nuevo envoltorio.

Registrándonos el asombro, el instructor explicó con su acostumbrada gentileza:

–La reencarnación, tanto como la desencarnación, es un choque biológico de los más apreciables. Unido a la matriz generadora del santuario materno, en busca de nueva forma, el periespíritu sufre las influencias de fuertes corrientes Electromagnéticas que le imponen la reducción automática. Constituido a base de principios químicos semejantes, en sus propiedades, al hidrógeno, expresándose a través de moléculas significativamente distanciadas unas de otras, cuando es ligado al centro genésico femenino experimenta expresiva contracción al modo de la vestimenta de carne bajo carga eléctrica de elevado poder. Se observa, entonces, la reducción volumétrica del vehículo sutil por la disminución de los espacios intermoleculares. Toda la materia que no sirve al trabajo fundamental de refundición de la forma es devuelta al plano etéreo, ofreciéndonos el periespíritu ese aspecto de desgaste o de mayor fluidez.

–Quiere decir, entonces... –aventuró Hilario, en su curiosidad constructiva.

–Quiero decir que los principios organogénicos esenciales del periespíritu de Julio ya se encuentran reducidos en la intimidad del altar materno, y, al modo de un imán,

van aglutinando, sobre sí, los recursos para la formación del nuevo vestido de carne que le será recipiente próximo de manifestación.

–¿Y la forma a deshacerse bajo nuestro ojos? –preguntó mi compañero, espantado.

–Está en activo proceso de disolución.

Y con la bella serenidad que le señala el espíritu, continuó elucidando:

–También el cuerpo físico parece dormir en la desencarnación, cuando, en realidad, empieza a restituir las unidades químicas que lo componen a la Naturaleza que se los prestó a título precario, apenas con la diferencia de que el alma desencarnada, aun cuando esté en deploraciones de sufrimiento e inferioridad, avanza hacia la liberación relativa, al paso que al reencarnarnos, sufrimos el proceso del regreso a las redes de materia densa, no obstante ser orientados por nobles objetivos de evolución. Es por eso que, conducidos a la reconstitución orgánica, revivimos, en los primeros tiempos de la organización fetal, aunque apresuradamente, todo nuestro pasado biológico. Cada ser que retoma el envoltorio físico revive, automáticamente, en la reconstrucción de la forma en que se expresará en la Tierra, todo el pasado que le corresponde, estacionándose en la más alta configuración típica que ya conquistó, para el trabajo que le incumbe, de acuerdo con el grado evolutivo en el que se encuentra.

El modo sencillo por el que Clarencio explicaba problemas tan complejos, nos inducía a sublimes pensamientos, en cuanto a la magnitud de las Leyes Universales.

Allí, ante un caso común de reencarnación, auxiliado apenas por nuestras oraciones en el culto a la fraternidad, obteníamos vastas elucidaciones sobre el plano general de la existencia.

Inspirado, quizás, en la misma franja de reflexiones que me preocupaban el espíritu, Hilario preguntó:

–¿Los principios que analizamos funcionan en igualdad de condiciones para los animales?

–¿Cómo no? –respondió nuestro orientador, paciente– todos nos encontramos en la gran marcha de crecimiento hacia la inmortalidad. En las líneas infinitas del destino, de la inteligencia, de la razón y de la sublimación, permanecemos todos vinculados a la ley del renacimiento como inalienable condición de progreso. Emprendemos experiencias múltiples y las recapitulamos, tantas veces como se hicieran necesarias, en la gran jornada hacia Dios. Crisálidas de inteligencia en los sectores más oscuros de la Naturaleza evolucionan hacia el plano de las inteligencias fragmentarias, en el que se localizan los animales de orden superior que, a su vez, se dirigen hacia el reino de la conciencia humana, así como los hombres, poco a poco, se encaminan hacia las gloriosas esferas de los ángeles.

El instructor, entretanto, se volvió hacia el lecho en el que madre e hijo yacían, íntimamente asociados, y sentenció:

–Preocupémonos, sin embargo, por el servicio del momento presente. Estudiemos el caso bajo nuestra observación para que nuestro deber de solidaridad sea bien cumplido.

La indicación nos reajustó.

Hilario que, tanto como yo, se mostraba interesado en aprovechar la lección, contemplando el cuadro ante nuestros ojos, pidió una explicación tan sencilla como fuese posible sobre la comunión fisiopsíquica de Zulmira y Julio en aquél instante, a lo que Clarencio respondió, después de reflexionar algunos momentos:

–Imaginemos a un melocotón maduro, lanzado a oscura cueva, con el fin de renacer. Descompuesto en su estructura, restituirá a los depósitos de la Naturaleza todos los elementos de la pulpa y de los demás envoltorios que le recubren los principios vitales,

reduciéndose en las entrañas del suelo al embrión minúsculo que se transformará, en el espacio y en el tiempo, en nuevo melocotonero.

La enseñanza no podía ser más lógica, más precisa.

–Entonces, por eso –añadió Hilario, estudioso– es que los niños desencarnados reclaman un periodo de tiempo más o menos largo para demostrar crecimiento mental, como ocurre en la existencia común...

–Eso sucede con la mayoría –informó el Ministro–, dado que hay excepciones en la regla. En muchas circunstancias, semejante imposición no existe. Cuando la mente ya desarrolló ciertas cualidades, perfeccionándose en los más altos grados de sublimación espiritual, puede arrojar de sí misma los elementos indispensables para la composición de los medios de exteriorización que necesita en planos que le sean inferiores. En esos casos, el Espíritu ya domina plenamente las leyes de aglutinación de la materia, en el campo de lucha que nos es conocido y, por ese motivo, gobierna el fenómeno de su reencarnación sin subordinarse a él.

Contemplábamos el semblante tranquilo de Zulmira, que respiraba serena, feliz.

–El problema de Julio, –consideré– se nos figura bastante doloroso...

–Doloroso pero educativo, como el de millares de criaturas, cada día, en la Tierra –ponderó Clarencio, imperturbable–. Nuestro compañero vencido y enfermo, a causa de los compromisos adquiridos en la carne, en la carne encontrará el camino de su reajuste.

–¿Y la cuestión hereditable? –indagó mi compañero, reverente.

–Julio, perdiendo el cuerpo sutil en el que lloraba atormentado, ¿resurgirá en la existencia física sin la molestia que le consumía, por heredar fatalmente las características biológicas de los padres?

El orientador sonrió, de forma expresiva, y resaltó:

–La hereditariedad, tal como es aceptada en los conocimientos científicos del mundo, tiene sus límites. Hijos y padres, indudablemente, aun cuando se encuentran distanciados unos de otros, bajo el punto de vista moral, guardan siempre afinidad magnética entre sí; de ese modo, los padres proporcionan determinados recursos al Espíritu reencarnante, pero esos recursos están condicionados a las necesidades del alma que aprovecha su colaboración, porque, en el fondo, somos herederos de nosotros mismos. Asimilamos las energías de nuestros padres terrestres, en la medida de nuestras cualidades buenas o malas, para el destino ennoblecido o torturado al que somos merecedores, por nuestras conquistas o deudas que vuelven a la Tierra con nosotros, surgiendo de nuestras anteriores experiencias.

–Debemos entonces creer que Julio llevará consigo la enfermedad que sufría en nuestro plano, del mismo modo que alguien que cambiando de domicilio, no modifica el cuadro orgánico... –observó Hilario, con sensatez.

–Así mismo –aclaró el Ministro, satisfecho–, el problema es de naturaleza espiritual. Durante el embarazo de Zulmira, la mente de Julio permanecerá asociada a la mente materna, influenciando, como es justo, la formación del embrión. Todo el cosmos celular del nuevo organismo estará impregnado por las fuerzas del pensamiento enfermizo de nuestro hermano que regresa al mundo. Siendo así, Julio renacerá con las deficiencias de que aún es portador, pero favorecido por el material genético que recibirá de los padres, en los límites de la ley de herencia genética, para la constitución de su nueva envoltura.

Después de breve pausa, concluyó:

–Como vemos, en la mente reside el comando. La conciencia traza el destino, el

cuerpo refleja el alma. Toda agregación de materia obedece a impulsos del espíritu. Nuestros pensamientos fabrican las formas de las que nos servimos en la vida.

Se calló el instructor.

Odila tomó la palabra comentando sus esperanzas para el futuro.

Conversamos, de nuevo, animadamente.

Y, poco después, una oración del Ministro cerraba para nosotros la deliciosa reunión.

XXX

LUCHA POR RENACER

Un mes pasara veloz sobre los acontecimientos que acabamos de narrar, cuando Odila nos buscó, suplicando ayuda.

Venía triste y atormentada.

Zulmira, incomprensiblemente para ella, había contraído peligrosa amigdalitis.

Sufría mucho.

Por seis días consecutivos, informó nuestra amiga inquieta, se encontraba en el trabajo de vigilante.

Se esforzaba, cuanto le era posible, para liberarla de semejante malestar físico, sin embargo, veía malogrados todos los cuidados.

Desolada, influenciara a Amaro para traer un médico, en lo que fue obedecida, pero el facultativo no acertaba con la causa íntima de la enfermedad e, ignorando la verdadera situación de la paciente, podría amenazarle la misión materna con la aplicación de recursos inapropiados.

Por eso, nos rogaba socorro inmediato.

Clarencio no se demoró en la asistencia necesaria.

Era de noche, cuando alcanzamos el nido doméstico que ya nos era familiar.

Zulmira, en el lecho, se mantenía en aflictiva postración. Cabellos en desorden, ojeras enrojecidas y mejillas coloradas de fiebre, parecía esperar la llegada de alguien que la auxiliase en el vencimiento de la crisis.

La supuración de las amígdalas le polucionaba el aliento y le imponía dolores atroces.

La pobre señora apenas gemía, semi asfixiada, exhausta...

El esposo y la hija se desdoblaban en cariño, procurando reanimarla, pero Zulmira, a quien dejáramos, treinta días antes, fuerte y bien dispuesta, se mostraba ahora profundamente abatida.

Medicinas diversas se alienaban en una estantería cercana. Nuestro instructor las examinó cuidadosamente, y, percibiendo nuestra admiración, dijo conmovido:

–Zulmira reclama nuestro concurso diligente. Tenemos que garantizarle el éxito en la misión emprendida.

Cariñosamente, le aplicó recursos magnéticos, deteniéndose de modo particular en la zona del cerebro y en la hendidura glótica.

La enferma acusó mejoras inmediatas. Se rehabilitó el movimiento circulatorio.

La fiebre decreció, proporcionándole reposo, y el sueño reparador apareció por fin, favoreciendo la recuperación.

Hilario indagó sobre la causa de la molestia insidiosa, que tan violenta se presentara, a lo que Clarencio respondió, seguro:

–La cuestión es sutil. La mujer embarazada, además de la prestación de servicio orgánico a la entidad que se reencarna, es igualmente obligada a soportarle el contacto espiritual, que siempre constituye un sacrificio cuando se trata se alguien con oscuras deudas de conciencia. La organización femenina, durante la gestación, sufre verdadero injerto mental. Los pensamientos del ser que se acoge al santuario íntimo, la envuelven

totalmente, determinando significativas alteraciones en su cosmos biológico. Si el hijo es señor de larga evolución y dueño de elogiables cualidades morales, consigue auxiliar el campo materno, prodigándole sublimes emociones y convirtiendo la maternidad, normalmente dolorosa, en estado de esperanza y alegrías indescriptibles, pero en el proceso de Julio observamos a dos almas que se ajustan en las mismas deudas y en la misma posición evolutiva. Se inf1uencian, mutuamente.

El Ministro hizo una larga pausa, volviendo a los pases, en beneficio de la enferma.

Odila lo acompañaba, atenta.

De todos nosotros, parecía ella la más preocupada con las lecciones ordas. Se le notaba el interés por aprender todo para volverse más útil allí.

Pasados algunos instantes, Clarencio continuó:

–Si Zulmira actúa de forma decisiva, en la formación del nuevo vehículo del niño, el niño actúa vigorosamente en ella, estableciendo fenómenos perturbadores en su constitución de mujer. El cambio de impresiones entre ambos es inevitable y los padecimientos que Julio traía en la garganta fueron impresos en la mente materna, que los reproduce en el cuerpo en que se manifiesta. La corriente de cambio entre madre e hijo no se circunscribe a la alimentación de naturaleza material; se extiende al intercambio constante de las sensaciones diversas. Los pensamientos de Zulmira guardan inmensa fuerza sobre Julio, tanto como los de Julio revelan expresivo poder sobre la nueva madre. Las mentes de uno y de otro como que se yuxtaponen, manteniéndose en permanente comunión, hasta que la Naturaleza complete la misión que le incumbe en el tiempo. De semejante asociación, proceden las llamadas "señales de nacimiento". Ciertos estados íntimos de la mujer alcanzan, de algún modo, el principio fetal, marcándolo para toda la existencia. Y es que el trabajo de la maternidad se asemeja al delicado proceso de modelado, requiriendo, por eso, mucha cautela y armonía para que la tarea sea perfecta.

A continuación, el Ministro, con devoción paternal, llevó a cabo diversas operaciones magnéticas de auxilio a la cavidad pélvica, afirmando la necesidad de socorro al útero, en vista del complicado y difícil desarrollo de Julio, reencarnante.

Mi colega, avanzando más lejos, quizás intentando convertir aquella hora de fraternidad, tanto como fuese posible, en momento de estudio, recordó de algunas de sus experiencias médicas, añadiendo:

–Es común la verificación de exagerada sensibilidad en la mujer embarazada. La transformación del sistema nervioso, en esas circunstancias, es indiscutible. Muchas veces, la gestante revela disminución de vivacidad mental y, no raramente, anuncia propósitos de la más rematada extravagancia. Hay mujeres que adquieren antipatías súbitas, otras que se recogen a fantasías tan inesperadas como injustificables. En muchas ocasiones en la Tierra, me pregunté a mí mismo si el embarazo, en la mayoría de los casos, no acarrea temporal locura...

El orientador sonrió y consideró:

–La explicación es muy clara. La gestante es una criatura hipnotizada a largo plazo. Tiene el campo psíquico invadido por las sensaciones y vibraciones del Espíritu que le ocupa las posibilidades para el servicio de reincorporación en el mundo. Cuando el futuro hijo no se encuentra suficientemente equilibrado ante la Ley, y eso sucede casi siempre, la mente materna es susceptible de registrar los más extraños desequilibrios, porque, como un médium, estará transmitiendo opiniones y sensaciones de la entidad que la ocupa.

–Me afligía observar –recordó Hilario, con interés– la repentina aversión de muchas

gestantes contra sus propios maridos...

–Sí, eso sucede siempre que un enemigo del pretérito vuelve a la carne, a fin de rescatar deudas contraídas con el que le servirá de padre.

–Tenemos, así mismo, los casos –consideré, curioso– en que en el escenario del mundo vemos a hijas que fueron evidentemente enemigas de las madres en un pasado remoto o cercano, tal es la animosidad que caracteriza sus relaciones. Notamos que, en tales ocasiones, las hijas son mucho más afines a los padres, viviendo psíquicamente en armoniosa asociación con ellos y distanciadas espiritualmente de las madres que, a veces, todo hacen en vano para romper las barreras de separación. En uniones de esa naturaleza, ¿surgirán obstáculos a la reencarnación?

Clarencio me miró de forma significativa y respondió:

–De ningún modo. La esposa, por devoción al compañero, cede fácilmente a la necesidad del alma que vuelve al reducto doméstico con fines regeneradores y, tratándose de alguien con intensa afinidad junto al jefe del hogar, el marido se ve dulcemente impulsado a ofrecer mayor coeficiente afectivo a la compañera, dado que se siente envuelto por fuerzas dobles de atracción. Bajo la doble carga de simpatía, da mucho más de sí mismo en atención y cariño, facilitando la tarea maternal de la mujer.

La explicación clara y lógica nos satisfizo plenamente. Conversamos aún durante algunos minutos, durante los cuales nuestro orientador proporcionó diversas instrucciones a Odila, habilitándola para socorros de emergencia.

Regresamos, edificados, a nuestro círculo de trabajo común, sin embargo, pasados algunos días, la primera esposa del ferroviario vino hasta nosotros, solicitando nueva intervención.

Zulmira informó preocupada, pasaba por aterradora crisis orgánica.

Vómitos irreprimibles la perturbaban, cruelmente. No toleraba la más ligera alimentación.

El sistema digestivo presentaba alteraciones profundas.

El médico actuaba sin resultados, dado que el estómago de la enferma se burlaba de todos los recursos.

No perdimos el tiempo para la ejecución del trabajo asistencial. Se mostraba la gestante, efectivamente, en condiciones amenazadoras.

Las náuseas repetidas provocaban la gradual aparición de la anemia.

Clarencio la sometió a pases magnéticos de largo curso, prometiendo que la medida se haría seguir de las mejoras necesarias.

Deberes diversos requerían nuestra presencia, en otros sectores.

Aun así, después de las despedidas, Hilario preguntó por el motivo de semejante fenómeno, que, declaró él, en toda su experiencia médica en la Tierra no consiguiera explicar.

–Estamos seguros de que la ciencia del porvenir ayudará a la mujer en la defensa contra ese tipo de perturbación orgánica –afirmó el Ministro con seguridad–, encontrando definiciones de tipo fisiológico para tales conflictos, pero, en el fondo, el desequilibrio es de esencia espiritual. El organismo materno, absorbiendo las emanaciones de la entidad reencarnante, funciona como un ex tractor de fluidos en desintegración, fluidos estos que no siempre son apacibles o fácilmente soportables por la sensibilidad femenina. Ahí está, la razón de las frecuentes náuseas, de tratamiento hasta ahora muy difícil.

Semejante observación nos ofrecía valioso material de meditación.

El tiempo pasó semana tras semana.

Insistimos en las visitas al domicilio de Amaro, de tiempo en tiempo, convocados o no para el trabajo, hasta que cierta mañana, Odila vino hasta nosotros con el júbilo de un niño feliz, anunciando que el chiquillo volviera a la luz terrestre.

De conformidad con la aprobación de la pequeña familia, se llamaría nuevamente Julio.

Participamos de su profunda alegría y, con la solidaridad de los amigos sinceros, volvimos para abrazarle.

XXXI

NUEVA LUCHA

El pequeño Julio se desenvolvía como flor de esperanza en el jardín del hogar, sin embargo, siempre delgado, enfermizo.

Los padres se desvivían por atenderle convenientemente, con todo, por más adecuados que se categorizasen los tratamientos recalcificantes, traía doloroso estigma en la garganta.

Extensa herida en la glotis le dificultaba la nutrición.

Harinas suculentas, concurrían con la leche materna para fortalecerle, pero en vano.

Sin embargo, a pesar de los cuidados que requería, era una bendición de felicidad para los padres y para la hermanita, que sentían en su tierna carita un punto vivo de entrelazamiento espiritual.

Muchas veces, le acercamos al corazón, rememorando los trabajos que habían precedido su regreso al mundo, percibiendo la ternura optimista con que Odila, transformada en generosa protectora de la familia, acompañaba su despertar.

El pequeño ya empezaba a hablar con monosílabos, en vísperas del primer año del renacimiento, cuando nueva lucha surgió.

El invierno llegara riguroso y extensa epidemia de gripe se esparcía amenazadora.

La tos y la gripe aparecían pertinaces, en todos los rincones, cuando, en un día de gran trabajo para nosotros, la madre de Evelina vino, nuevamente, a nuestro encuentro.

Anteriormente, buscaba asistencia para Zulmira, ahora solicitaba auxilio para Julio.

El niño, asaltado por tozuda amigdalitis, yacía postrado, febril. Nos dirigimos velozmente hacia el hogar del ferroviario.

En efecto, el viento soplaba, húmedo, sobre el espejo de la bahía de Guanabara. Las calles, por las vestimentas pesadas de los transeúntes, daban a Río el aspecto de una ciudad fría.

Alcanzamos, sin detenemos, el domicilio de Amaro.

El cuadro, a nuestra vista, era indudablemente constreñidor. Penetramos en el aposento en que el chiquillo gemía semi asfixiado, en el instante en que el médico de la familia efectuaba meticuloso examen.

Clarencio pasó a observarle todos los movimientos.

La minúscula garganta presentaba extensa placa blanquecina y la respiración se hacía angustiosa, sibilante.

El instructor movió la cabeza, como si fuera enfrentado por insoluble enigma, y colocó su diestra sobre la frente del facultativo, induciéndole a reflexionar con mayor atención.

Zulmira y Evelina, sin notar nuestra presencia, miraban al médico, preocupadas.

Tras un largo silencio, el clínico se volvió hacia la dueña de la casa, afirmando:

–Creo debamos llamar a un colega inmediatamente. Mientras usted telefonea a su marido, llamándole a la oficina, traeré a un pediatra.

La torturada madre contuvo costosamente las lágrimas que le brotaban de los ojos.

El médico volvió, pensativo, a la vía pública, y, mientras Evelina rápida, corría hasta la tienda cercana para informar al padre de lo que sucedía, Zulmira, creyéndose sola, se abrazó al enfermito y, llorando libremente, murmuró:

–¡Oh! ¡Dios mío! ¡Con tanto amor recibí al hijo que me enviaste!... ¡No me dejes ahora sin él, Señor!...

El llanto que corría en su rostro me quemaba el corazón.

Nada pude indagar, en vista de la emotividad que me tomara el Espíritu, pero nuestro orientador, sereno como siempre, exclamó, compadecido:

–La difteria está perfectamente caracterizada. La deficiencia congénita de la glotis favoreció la implantación de los bacilos. Es imprescindible el socorro urgente.

El instructor empezó a movilizar recursos asistenciales de mayor alcance, cuando el ferroviario, desolado, entró en el aposento.

Hablando con la mujer, intentaba animarla, cuando el pediatra, conducido por su colega, hizo su entrada en la humilde morada.

Ambos médicos sometieron al pequeño a prolongado examen, cambiando impresiones en voz baja.

El especialista, aprensivo, después de manifestar sus sospechas de difteria laríngea, recomendó el análisis de laboratorio, decidiendo transportar consigo mismo el material necesario para la inspección.

Al salir, prometió opinar, dentro de algunas horas. Informó al padre angustiado que todo le hacía creer que se trataba de difteria. Sin embargo, se reservaba el diagnóstico definitivo para después. Si la hipótesis se confirmaba, enviaría a un enfermero de confianza para la aplicación del suero adecuado.

Manteniendo su vigilancia junto al enfermo, el Ministro nos recomendó, a Hilario y a mí, que acompañáramos al pediatra, para prestarle la colaboración posible a nuestro alcance.

Le seguimos sin titubear.

El crepúsculo, encharcado de una llovizna fina, caía rápido.

En pocos minutos, atravesamos el pórtico de un gran hospital, en el que nuestro amigo se dirigió a la sala en que ciertamente se retiraba para los trabajos que le correspondían.

Llegados al estrecho recinto, fuimos deparados por una sorpresa que nos imponía verdadero estupor.

Mario Silva, en su traje blanco, charlaba con doña Antonina que sostenía en su regazo a la pequeña Lisbela, pálida y sofocada.

La joven señora, que no volviéramos a ver, esperaba al especialista, llevando la hijita a la consulta.

Amparadas por Silva, francamente atraído por la simpática visitante, ambas tuvieron acceso al gabinete particular, donde el facultativo diagnosticó una pulmonía.

Antonina fue aconsejada a regresar, de inmediato, al ambiente doméstico, para la medicación de la hija.

La penicilina debería ser administrada sin ningún retraso.

Mario, demostrando inmenso cariño por la chiquilla, se apresuró para asistirla...

Traería un automóvil y atendería el caso personalmente.

El jefe paseó la mirada por la esfera del reloj y accedió, resaltando:

–Bien, puedes cooperar con nuestras pacientes, pero necesito de tu presencia en un barrio distante, a las diez de la noche.

El muchacho asumió el compromiso de regresar a tiempo y un taxi recogió al trío, partiendo en dirección a la casita que visitáramos, cierta vez.

Ante lo inesperado de aquel encuentro, sentimos la necesidad de un entendimiento seguro con nuestro orientador...

Regresando a la habitación, donde el pequeño Julio seguía empeorando, le hicimos un breve relato de lo sucedido.

Clarencio escuchó con interés y ponderó, preocupado:

–No podemos perder tiempo. Dirijámonos a la casa de Antonina. La ley está aproximando a nuestros amigos unos a otros y Mario necesita fortalecerse para ejercitar el perdón. Los rayos de odio de su parte pueden acelerar aquí el servicio inevitable de la muerte.

Corrimos al domicilio de la valerosa mujer.

En efecto, después de haber iniciado el tratamiento asistencial de la niña, ahora acostada, Silva miraba a la dueña de la casa, preguntándose donde viera aquél torturado perfil de madona... Tenía la impresión de haber conocido a Antonina en algún lugar...

Agradablemente sorprendido, se sentía allí como en su propia casa.

Y la simpatía no se expresaba tan sólo en su corazón. La señora y los hijos le rodeaban de atenciones.

Íntimamente deslumbrado, el enfermero declaraba de viva voz estar experimentando una paz que hacía mucho no conocía, con lo que Antonina se regocijaba, sonriendo.

Notando que Haroldo y Enrique se mostraban apasionados por las competiciones deportivas, dio curso a animada conversación sobre el fútbol, conquistándoles el cariño.

La madre, preparando el café, intervenía en la alegre charla, de cuando en cuando, con el fin de podar el entusiasmo de los niños, cuando sus palabras se hacían poco constructivas.

Sólo en el transcurso de la afectuosa charla, vinimos a saber que nuestra amiga era viuda. Su esposo, según noticias recibidas de una lejana ciudad, había fallecido en un accidente, víctima de su propia imprudencia.

Leímos en la mirada de Silva la alegría con que recibía tal noticia. Empezaba a sentir irresistible interés por la vida en aquel nido acogedor que se figuraba pertenecerle.

A las ocho en punto, Antonina, sin afectación, invitó con sencillez:

–Sr. Silva, hoy tenemos nuestro culto evangélico. ¿Quiere tener la bondad de participar en él con nosotros?

Incomprensiblemente feliz, el muchacho aceptó, de pronto.

La reunión, esa noche, fue efectuada en torno al lecho de Lisbela, que no deseaba perder el beneficio de las oraciones.

Un vaso de agua fue colocado junto a la cabecera de la pequeña.

Y, con el Nuevo Testamento en la mano, una vez acomodados los compañeros, Antonina recomendó a Enrique que hiciese el ruego inicial.

El niño recitó el "Padre Nuestro" y, a continuación pidió a Jesús por la salud de la hermanita enferma, con enternecedora súplica.

Vimos nuestro orientador acercarse al recipiente de agua cristalina, magnetizándola, en favor de la enferma que parecía expresivamente confortada, ante la oración escuchada, y, después se acercó a Silva, que le recibió las irradiaciones.

–¿Quién abrirá hoy el libro? –preguntó Haroldo, con graciosa malicia, mirando al inesperado huésped.

–Ciertamente nuestro amigo nos hará ese honor –dijo la madre, indicando al enfermero.

Mario, ignorando como expresar la felicidad que le fluía del corazón, recibió el pe-

queño libro, bajo la atención de Clarencio que le tocaba el busto y las manos, influenciándole para el descubrimiento del texto adecuado.

El muchacho, algo tembloroso por la participación en un servicio espiritual completamente nuevo para él, sin sentir el amparo que le envolvía, abrió en determinada página, como si actuase al azar, pasando el libro a Antonina, que leyó con voz pausada el versículo veinticinco del capítulo cinco de las anotaciones del Apóstol Mateo: –"Reconcíliate con tu adversario, mientras vas con él por el camino, para que no suceda que tu adversario te entregue al juez y el juez te entregue al oficial para que seas encerrado en prisión",

La dirigente del culto, que, aquella noche, se mostraba más retraída pidió la Interpretación de los niños que, de forma ingenua, se reportaron a las experiencias de la escuela, afirmando que siempre adquirían la paz, buscando disculpar las faltas de los compañeros. Haroldo aseguraba que la profesora siempre sonreía contenta, cuando veía su buena voluntad y Enrique resaltó haber aprendido en el culto del Evangelio en el hogar que era mucho más agradable el esfuerzo de vivir en armonía con todos.

La charla parecía amenazada de decaer, pero nuestro orientador se acercó a Antonina y, pasando la diestra sobre su frente, la animaba al comentario justo.

–Hilario –preguntó la madre, con los ojos brillantes–, ¿cómo debemos interpretar a un enemigo en nuestra vida?

El chico respondió, sin pestañear:

–Mamá, tú nos enseñaste que conservar un enemigo en nuestro camino es lo mismo que mantener una herida peligrosa en nuestro cuerpo.

–La definición fue bien sugerida –dijo la viuda con espontaneidad encantadora–; sin la comprensión fraternal que nos permite el culto de la gentileza, sin el perdón que olvida todo mal, la existencia en la Tierra sería una aventura intolerable. Además, cuando Jesús nos dictó la lección que recordamos hoy, incuestionablemente consideraba que la razón nunca vive entera a nuestro lado. Si fuimos ofendidos, en verdad también ofendimos por nuestra parte. Necesitamos perdonar a los demás para que los demás nos perdonen. Cuando abrazamos el ideal del bien, nos incumbe intentar, por todos los medios, a nuestro alcance, la justa reconciliación con todos los que se encuentren en desarmonía con nosotros, prestándoles servicio para que renueven su concepto sobre nosotros. Más vale para nosotros el acuerdo pacífico que la reclamación más preciada, porque la vida no termina en este mundo y es posible que, buscando la justicia en favor nuestro, estemos endureciendo la ceguera del egoísmo en nuestro corazón, caminando hacia la muerte con aflictivos problemas. Corazón que conserva rencor es corazón enfermo. Alimentar odio o despecho es extender innumerables padecimientos en el espíritu.

Silva estaba pálido.

Aquellas conclusiones le herían, profundamente, la forma de ser. Tan desajustado se mostró escuchando aquellos apuntes que Antonina, notando su extrañeza, ponderó, sonriendo:

–Usted ciertamente nunca tuvo enemigos... Un enfermero diligente será sin lugar a dudas, el hermano de todos...

–Sí... sí, no tengo adversarios... –tartamudeó el muchacho. Pero, en el cuadro mental, sin que él pudiese controlar la eclosión de sus propias reminiscencias, aparecieron Amaro y Zulmira, como los enemigos que él, en la intimidad del espíritu, no conseguía disculpar.

Les odiaba, sí, les odiaba –pensó para sí–, jamás soportaría un acuerdo con semejantes adversarios. Sin embargo, la sinceridad de su interlocutora le encantaba. Aquella viuda joven, rodeada de tres hijos, superando quizás obstáculos de los más inquietantes para vivir, constituía un ejemplo de cuanto podía edificar el espíritu de sacrificio. En ningún ambiente encontrara antes aquel calor de fe pura, necesario para las grandes construcciones de orden moral. Además, lazos de vigorosa afinidad le impulsaban hacia aquella mujer, con quien simpatizara a primera vista. Por más que profundizase en sus recuerdos, no conseguía recordar dónde, cómo y cuándo la conociera. Pero, sentía que su palabra le imponía un indefinible bienestar.

Mirándola, con ternura, preguntó:

–¿Usted considera que debemos buscar la reconciliación con cualquier clase de enemigos?

–Sí –respondió la interpelada sin titubear.

–¿Y cuando los adversarios son de tal modo inconvenientes que su simple aproximación nos causa angustia?

Antonina comprendió que algo doloroso salía a flote de aquella conciencia que escuchara su disertación, ocultándose, y consideró:

–Entiendo que hay sufrimientos morales casi insoportables, sin embargo, la oración es el remedio eficaz para nuestras molestias íntimas. Si tenemos la infelicidad de poseer enemigos, cuya presencia nos perturba, es importante recurrir a la oración, rogando a Dios nos conceda fuerzas para que el desequilibrio desaparezca porque, entonces, un camino de reajuste surgirá para nuestra alma. Todos necesitamos de la tolerancia ajena en determinados aspectos de nuestra vida.

Los ojos de Mario brillaron.

–¿Y cuando el odio nos avasalla, incluso cuando no lo deseamos? –preguntó, preocupado.

–No hay odio que resista a los disolventes de la comprensión y de la buena voluntad. Quien procura conocerse a sí mismo, perdona fácilmente…

Silva estaba pálido.

Antonina comprendió que el tema le fustigaba el corazón y, amparada por nuestro instructor que la abrazaba, paternal, terminó considerando:

–Un hombre, con la tarea suya, es un misionero del amor fraterno. Quien socorre a los enfermos, penetra la naturaleza humana y entra en posesión de gran compasión. Las manos que curan no pueden herir…

A continuación, el primogénito de la casa hizo la oración de cierre.

La viuda sirvió el café reconfortante, acompañado de un humilde pastel.

La conversación proseguía animada, cuando el huésped consultó el reloj y comprobó que el tiempo exigía su retirada.

Dio instrucciones a Antonina, referentes a la medicación de la enfermita, y pidió permiso, respetuoso, para volver al día siguiente, no sólo para ver a Lisbela, sino también para charlar con los amigos.

La señora y los niños lo concedieron, felices, afirmando que sería siempre bienvenido, y Mario, con un sentimiento nuevo brillando en sus ojos, siguió en la noche, como quien caminara tocado por bendita esperanza, al encuentro de nuevo destino.

XXXII

RECAPITULACIÓN

De regreso al hospital, el enfermero no encontró al jefe, que se ausentara, obligado por servicio urgente, pero recibió de las manos de la anciana auxiliar la ficha con instrucciones.

El joven leyó la ficha atentamente.

Un niño perfectamente descrito en las indicaciones, atacado de difteria, requería auxilio inmediato.

En posesión de la dirección y tomando el material imprescindible para el tratamiento, Silva tomó un autobús hacia la casa de Amaro.

Recibido cortésmente por el dueño de la casa, no ocultó el asombro que le poseyó, de súbito.

Reconocido por el ferroviario que le manifestaba gentileza y alegría en el saludo, tartamudeaba algún monosílabo, desconcertado, asustado…

Se le notaba la decepción en la extremada palidez del rostro. Entonces –reflexionaba, abatido– ¿era aquella la casa que le incumbía atender?

Si lo hubiese sabido de antemano, habría solicitado un sustituto. No pretendía reaproximarse a los enemigos de los que se había distanciado… Abominaba al hombre que le robara la novia y no podía acordarse de Zulmira sin sentirse tocado de insólita aversión… Muchas veces, rememorando el pasado, calculaba sobre el mejor medio de aniquilarle la existencia… ¿Por qué le correspondía volver a verla? ¿Por qué salvarle el hijo, si experimentaba deseos de incendiarle la casa?

Sin embargo, algo interfería en sus reflexiones. Antonina y los pequeños, en el culto del Evangelio, le tomaban el pensamiento. Le parecía escuchar, de nuevo, la palabra dulce y sincera de aquella mujer valiente, repitiéndole al corazón:

"Las manos que curan no pueden herir…"

"Un enfermero diligente será, sin duda, el hermano de todos…" "La vida no termina en este mundo"…

"Tenemos que perdonar a los demás para que los demás nos perdonen"…

Notándole el titubeo y proponiéndose hacerle sentirse cómodo, Amaro solicitó con voz suplicante:

–¡Entra Mario! Me conforta reconocer que recibiremos la ayuda de un amigo…

E, indicando la habitación cercana, añadió:

–Zulmira está allí con nuestro hijito. Ya hablé por teléfono con el doctor y sé que la difteria fue confirmada.

El enfermero impasible, obedeció maquinalmente. Atravesó la habitación, perturbado, lívido.

Cuando vio a la mujer que amara apasionadamente, sosteniendo al pequeño entre sus brazos, sintió repentino vértigo de rebeldía.

Incapaz de controlarse, sintió que extraña aflicción le oprimía el pecho.

El placer de la venganza le cegaba…

Zulmira le pagaría caro, el abandono –pensaba con la mirada fija en la madre sufridora que allí se exteriorizaba en mortificante padecimiento.

Contempló al pequeño agitado por la enfermedad, y dio curso a incontenida

animosidad. Tenía la impresión de odiarle, de mucho tiempo. Él mismo se sorprendía, sobresaltado… ¿Cómo podía detestar, así, a un inocente con tanta vehemencia? Pero, creyendo justificar la terrible disposición de espíritu con la circunstancia de encontrarse, allí el fruto de una unión que le era insoportable, no procuró analizarse.

La idea de que Amaro y la esposa sufrirían irreparablemente, con la muerte del pequeño, le animó el duro propósito de venganza. La felicidad de aquel templo doméstico dependía, en aquel momento, de su actuación. ¿Y si colaborase con la muerte, ayudando a aquel retoño enfermizo a desaparecer? La criminal pregunta le traspasó el pensamiento como un estilete de tiniebla.

Sin embargo, el recuerdo del culto de oración, en el hogar de Antonina, le volvía a la cabeza.

Las consoladoras afirmaciones de la madre de Lisbela regresaban a sus oídos:

"Más vale siempre el acuerdo pacífico…"

"No debemos alimentar ninguna especie de aversión..." "Quien ayuda es ayudado..."

"Nadie se eleva a los más altos niveles de la vida con el endurecimiento espiritual..."

"Nunca sabemos realmente hasta que punto somos ofendidos u ofensores..."

"El perdón es victoria de la luz..."

Los pedazos de la charla edificante le parecían riendas intangibles reteniendo la expansión de los malignos deseos.

Los conflictos sentimentales se desarrollaron en su conciencia en breve tiempo...

Casi tambaleándose, se acercó a su ex-novia torturada, que le reconoció de pronto, intentando saludarle.

Correspondió al saludo, ceremonioso, disponiéndose al servicio. –¡Mario! –imploró la pobre señora, angustiada– ¡compadécete de nosotros! ¡Ayúdanos! Esperé a mi hijito, soportando los mayores sacrificios... ¿Será posible que deba ahora verle morir?

Lágrimas copiosas acompañaban a los sollozos que le enmudecían la garganta.

En otros tiempos, cualquier petición de aquella boca le imponía inquietud, pero en aquél instante soberana indiferencia le endurecía el espíritu. ¿Qué le importaba el dolor de la mujer que le abandonara? Zulmira se burlara de él, años antes... ¿No le tocaba a él reírse ahora?

Con el semblante rudo, recomendó fuese el niño restituido al lecho y, a continuación, le tomó el pulso.

Con el pensamiento golpeado por las ideas recibidas en el estudio evangélico de la noche y retenido por el suave recuerdo de Antonina, trataba de rehacerse.

Aun así, como si tuviese un genio infernal en su mente, percibió las criminales sugerencias que le traspasaban el cerebro enfebrecido.

La administración de medicina inadecuada, ciertamente, favorecería la rápida muerte del enfermo. Julio se encontraba al borde de la sepultura... apenas le ayudaría a precipitarse en ella sin más demora...

Sin embargo, el semblante de Antonina le dominaba la memoria, exaltando el perdón.

Si hubiera venido a aquella casa en la víspera –pensó para sí mismo– habría exterminado al pequeño sin piedad... Recurriría a la eutanasia para justificarse íntimamente.

En aquel momento, sin embargo, los principios evangélicos de la fraternidad y de la reconciliación, como pensamientos intrusos, le atenazaban la conciencia.

Esperó, silencioso, la reacción del niño jadeante y a pesar de notar graves complicaciones que, ciertamente, deberían inducirle a comunicarse con el médico

responsable, aplicó el suero anti-diftérico, deseoso, con todo, de verlo transformarse en veneno destructivo.

Notamos que las manos de Mario expelían oscuras sustancias, pero Clarencio, poniendo la mano derecha sobre el pequeño, le mantenía aislado de semejantes fuerzas.

Ante el asombro con que contemplábamos la exteriorización de aquél fluido ennegrecido, nuestro instructor explicó:

–Son fluidos destructivos del odio con que Silva, inconscientemente, procura envolver a la infeliz criatura, sin embargo, nuestras defensas están funcionando.

Odila, que llamara a Blandina y Mariana junto a nosotros, acompañaba la medicación, ansiosa.

–Abnegado amigo –se dirigió, inquieta, a nuestro orientador–, ¿Cree que Julio podrá recuperarse?

Clarencio, que estableciera extensa franja magnética alrededor del enfermo, protegiéndole contra la influencia del visitante, movió la cabeza y dijo, paternalmente:

–Odila, es tiempo de que conozcas la verdad. El niño abandonará el cuerpo quizás en breves horas. Su futuro exige la frustración del presente. Ten fuerzas... La Voluntad Divina, se expresa en la Ley que nos rige, y hace siempre lo mejor.

Y quizás porque nuestra hermana decepcionada iniciase nueva pregunta, el devoto conductor le pidió, sereno:

–No preguntes ahora. Lo sabrás más tarde. Julio reclama asistencia, vigilancia, cariño.

La interlocutora recompuso la expresión fisonómica, denunciando humildad y disciplina.

El enfermero miraba al pequeño, como si estuviese hipnotizándole para la muerte, observándole las contracciones faciales.

Los padres miraban igualmente al niño, en tremenda expectativa. En cierto momento, Julio se estremeció, palideciendo.

Se le descontrolara el corazón.

Examinándole el pulso, Silva, ahora aterrorizado, buscó la mirada de Amaro, preocupado, y solicitó con voz menos dura:

–Conviene la presencia inmediata de nuestro facultativo. Me temo una reacción de fatales consecuencias.

Zulmira dejó escapar un grito ronco, siendo socorrida por la cariñosa Evelina, mientras que el ferroviario salía disparado por la puerta en busca del pediatra.

Largos minutos de espera fueron vividos en la estrecha habitación.

Una hora pasó, lenta y terrible…

Preocupado, el médico auscultó al niño y, a continuación, invitó al desolado padre a un entendimiento más íntimo, anunciando:

–¡Surgió el colapso irremediable! Desgraciadamente es el fin. Si usted tiene fe religiosa, confiemos el caso a Dios. Ahora, sólo la concesión divina...

Amaro, consternado, bajó la cabeza y nada contestó.

El pediatra cambió impresiones con Silva, que se pusiera muy pálido, y le dio instrucciones, recomendándole, al despedirse, permaneciese junto al pequeño, por algunas horas más.

Un sedante administrado a Zulmira le facilitó el descanso. Julio, en coma, respiraba difícilmente.

Mientras tanto, la noche avanzaba... La madrugada, ahora lavada por ligero viento, permitía ver el cielo poblado de brillantes constelaciones.

Viendo que la mujer y la hija descansaban, Amaro se dirigió hacia la cercana

ventana, como quien buscase consuelo, en el seno acogedor de la noche, y comenzó a llorar en silencio.

Al lado del niño agonizante, el enfermero observaba su actitud sufridora y humilde, reconociéndose tocado en el fondo del alma.

¿Por qué luchar contra semejante enemigo? –pensaba, ensimismado. Amaro se parecía a una estatua de martirio silencioso. Estaba allí, cabizbajo y vencido, en el hogar modesto en que era un hombre de bien, dedicado a la rectitud. Seguramente, ya había sufrido mucho. El rostro, surcado de arrugas precoces, que le detenían el llanto, hablaba de la cruz de experiencias difíciles que le pesaban en los hombros. ¿Cuántos problemas inquietantes habría afrontado en el mundo aquel hombre doblado por el rigor de la suerte? ¿Cómo pudiera él, Mario Silva, ser allí tan cruel? Rememoró los pasajes de la hora de estudio y oración entendiendo, al fin, que el Evangelio se apoyaba en las mejores razones. Más valía reconciliarse aprisa con el adversario que enterrar una espina de remordimiento en el pecho, y él notaba, triste, que el remordimiento como puñal acerado le dilaceraba el corazón... Amaro y la esposa, indiscutiblemente, podrían haber manifestado desconfianza al volver a verle, rechazándole el auxilio, sin embargo, le acogieron, fraternalmente, con los brazos abiertos... ¿Si le habían herido en otro tiempo, no se encontraba ahora bajo el guante de terrible flagelo? Rendía gracias a Dios por no haber inyectado sustancias tóxicas en el enfermito, ahora moribundo. Pero ¿no habría, acaso, concurrido para abreviarle la muerte? Sentía el deseo de acercarse al desdichado padre, intentando reconfortarle, pero sentía vergüenza de sí mismo...

Durante casi dos horas permanecieron allí, los dos, callados e impasibles.

La aurora comenzaba a reflejarse en el firmamento en largas rayas rojas, cuando el ferroviario abandonó la meditación, acercándose al hijito casi muerto.

En un gesto conmovedor de fe, retiró de la pared un viejo crucifijo de madera y lo colocó a la cabecera del agonizante. En seguida, se sentó en el lecho y acomodó el niño en su regazo con especial ternura. Amparado espiritualmente por Odila, que le envolvía, descansó la mirada sobre la imagen del Cristo Crucificado y rezó en voz alta:

–¡Jesús Divino, compadécete de nuestras debilidades!... ¡Tengo mi Espíritu débil para luchar con la muerte! ¡Danos fuerzas y comprensión!... ¡Nuestros hijos Te pertenecen, pero cómo nos duele restituirlos, cuando Tu voluntad nos reclama!...

El llanto le embargaba la voz, pero el padre sufridor, demostrando su imperiosa necesidad de oración, continuó:

–¡Si es tu designio que nuestro hijito parta, Señor, recíbelo en tus brazos de amor y de luz! ¡Concédenos, sin embargo, el coraje necesario para soportar, valerosamente, nuestra cruz de recuerdo y dolor...

¡Danos resignación, fe, esperanza!... ¡Ayúdanos a entenderte los propósitos y que tu voluntad se cumpla hoy y siempre!...

Chorros de zafirina claridad le salían del pecho, envolviendo al niño, que poco a poco, adormeció.

Julio se apartó del cuerpo de carne, abrigándose en los brazos de Odila, como huérfano que busca tibio nido de caricias.

Tocado en las fibras más recónditas del ser y notando que la muerte allí extendiera sus grandes alas, Silva, experimentó que una violenta conmoción le apretaba el alma.

Convulsivo llanto le agitó el pecho, mientras una voz inarticulada, que parecía nacer del fondo de sí mismo, le gritaba en la conciencia:

–¡Asesino! ¡Asesino!...

Desorientado e inseguro el joven corrió a la vía pública, encontrándose, atormentado, en el seno de la sombra fría, sollozando…

XXXIII

APRENDIZAJE

Amaro y la familia, ayudados por algunos vecinos, amortajaban el cuerpo del niño, cuando emprendimos el camino de regreso al Hogar de la Bendición.

Noté que Julio, asilado entre los brazos de Odila, se mostraba aliviado y tranquilo, como nunca le viera hasta entonces.

Mientras nuestras hermanas cambiaban ideas, con respecto al futuro, pregunté al orientador, sobre la serenidad que felicitaba ahora al pequeño.

Clarencio informó, atento:

–Julio se reajustó para la continuación regular de la lucha evolutiva que le incumbe. El malogrado renacer no tuvo para él tan sólo un sentido expiatorio, necesario al Espíritu que deserta del aprendizaje, sino también el efecto de un remedio curativo. La estancia en el estado físico actuó como recurso de eliminación de la herida que tenía en los delicados tejidos del alma. La carne, en muchos casos, es como un filtro que retiene las impurezas del cuerpo periespiritual, liberándolo de ciertos males en ella adquiridos.

–Eso quiere decir...

El Ministro, entretanto, me cortó la palabra, acentuando:

–Eso quiere decir que Julio, de ahora en adelante, podrá exteriorizarse en un cuerpo sano, conquistando méritos para obtener una reencarnación debidamente planeada, con elevados objetivos de servicio. Tendrá, durante algunos meses con nosotros, un desarrollo natural, regresando a la Tierra, en elogiables condiciones de armonía consigo mismo.

–¿Pero volverá, así, en tan poco tiempo? –pregunté, admirado.

–Esperamos que así sea. Debe atender al crecimiento de cualidades nobles para la vida eterna que solamente el retorno a la escuela de la carne podrá facilitar. Además, necesita convivir con Amaro, Zulmira y Silva, para confraternizarse realmente con ellos, de acuerdo con el amor puro que Cristo nos enseñó.

–Estas aclaraciones –consideré– lanzan nueva claridad en nuestro estudio de la vida. Comprendemos, así, que las molestias complicadas y largas tienen función específica. Los tullidos de nacimiento, el mongolismo, la parálisis...

–Sí –confirmó el orientador–, a veces es tan grande la incursión del alma en las regiones de desequilibrio, que más extenso se hace para ella el viaje de regreso a la normalidad.

Sonriendo, añadió:

–El tiempo de infierno reparador corresponde al tiempo de culpa deliberada. En muchas fases de nuestra evolución, somos imantados a las redes de la carne, que siempre nos refleja la individualidad intrínseca, así como la arcilla es conducida al calor de la cerámica o como el metal impuro es arrojado al crisol hirviente. La depuración exige esfuerzo, sacrificio, paciencia…

Ante nuestra mirada deslumbrada, el horizonte se teñía de colores variados, anunciando al Sol que parecía nacer en un mar de luz y oro.

Muy lejos, se apagaban las estrellas, y, cerca de nosotros, ligeras nubes caminaban presurosas, arrastradas por el viento.

Contemplando la inmensidad, Clarencio consideró:

–Cuando nuestro Espíritu aprende algún retazo de la gloria universal, despierta para las más sublimes esperanzas. Sueña con el acceso a las esferas divinas, suspira por el reencuentro con amores santificados que le esperan en vanguardias distantes, aceptando, entonces, duros trabajos de reajuste. ¿Qué representan, en realidad, para nosotros, algunos decenios de renuncia en la Tierra, aliado de la excelsitud de los siglos de felicidad en mundos de sabiduría y trabajo enaltecedor?

¡Ah! ¡Si los hombres percibiesen!... –consideré, recordando la rebeldía que tantas veces nos perjudica en el mundo.

–Lo entenderán algún día –objetó Clarencio, optimista–; todos los seres progresan y avanzan hacia Dios. El hombre terrestre crecerá para el gran entendimiento y bendecirá, feliz, el concurso del dolor. El embrión del jequitibá, con los años, se convierte en tronco vetusto, rico en belleza y utilidad, y el Espíritu, con los milenios, se transforma en genio soberano, coronado de amor y sabiduría.

Después de un minuto de silenciosa adoración a la Naturaleza, el instructor continuó:

–Volviendo al caso de Julio, no podemos olvidar que millares de inteligencias, entre la cuna y la tumba, están buscando su propia recuperación. A medida que se nos aclara la conciencia y se nos engrandece la noción de responsabilidad, reconocemos que nuestra dignificación espiritual es misión intransferible. Debemos a nosotros mismos cuanto nos sucede en materia de bien o de mal.

–Es importante observar –dijo Hilario, pensativo– como la vida reclama, en la recuperación de la paz, la reunión de aquellos que entraron en guerra unos con los otros... En el pasado, Julio se arrojó al precipicio del suicidio bajo la influencia de Amaro y Zulmira, después de enemistarse con Silva...

–Y, ahora –completó Clarencio–, se rehabilita con el auxilio de Zulmira y de Amaro, para rearmonizarse con el enfermero. Es natural que así sea.

–Pero, Julio, antes de volver al mundo, a través de nuestro amigo ferroviario –indagué– ¿dónde estaba?

–Después de haber eliminado su propio cuerpo, satisfaciendo a un simple capricho personal, sufrió durante muchos años las tristes consecuencias del acto deliberado, amargando en los círculos vecinos a la Tierra las torturas del envenenamiento repitiéndose en su campo mental. La muerte prematura, cuando expresa indisciplina ante las leyes infinitamente compasivas que nos gobiernan, obliga al Espíritu que la provoca a dilatada purgación en el paraje espiritual. No podemos traicionar al tiempo, y la existencia planificada se subordina a determinada cuota de tiempo, que nos toca agotar en trabajo justo. Cuando esos recursos no son suficientemente aprovechados, cargamos con tremendos desequilibrios en la organización que nos pertenece.

–¿Sufriría, con todo, a solas?

–No siempre –informó el instructor–; cuando no se hallaba en martirizada soledad, se veía, como es lógico, donde tenía prisionero el pensamiento.

Ante nuestra curiosidad indagadora, añadió:

–Sus pensamientos se alimentaban en la atmósfera psíquica de Zulmira, Amaro y Silva, que le servían de puntos básicos al odio. Enseñaba Jesús que el hombre tendrá su tesoro donde guarde el corazón y, efectivamente, todos nos imantamos, en espíritu, a las personas, lugares y objetos, a los que se liguen nuestros sentimientos.

–¿Pero Julio estaba en contacto con ellos en las esferas espirituales o en las experiencias del mundo físico?

–Les compartía la vida simplemente, y la vida, en cualquier sector de lucha, es

invariable. Sin embargo, por detestar a Amaro más profundamente, pesaba con más intensidad sobre él. El ferroviario, en su existencia en el Espacio, le conoció la persecución acérrima, escuchando sus acusaciones y, quejas, en las regiones purgatorias y al reencarnarse, en su actual condición, fue seguido de cerca por Julio, que le torturaba la mente, exigiéndole la ayuda necesaria para la formación de su nuevo cuerpo. Por causa de la liviandad de Amaro, cuando en la personalidad de Armando, caminara hacia el suicidio. Por eso mismo, la Ley le permitía la unión con el amigo transformado en adversario, compañero ese al que reclamaba la renovación de la oportunidad perdida.

Clarencio nos miró, de forma especial, y explicó:

–Entre el acreedor y el deudor existe siempre el hilo espiritual del compromiso.

–Amaro habrá tenido, de ese modo, una juventud algo perturbada. –consideré con objetivo de estudio.

–Sí, como sucede a la mayoría de los jóvenes de ambos sexos, en la lucha vulgar, muy pronto despertó al ideal de la paternidad. En sueños fuera del cuerpo denso, se encontraba con el adversario que lo pedía el regreso al mundo y, ansioso de reconciliación, pensaba en el matrimonio con extremo desasosiego, deseoso de saldar la cuenta que reconocía deber. Muy joven aún, encontró a Odila que le esperaba, de acuerdo con el pacto por ambos, realizado, en la vida espiritual; sin embargo, las vibraciones de Julio eran efectivamente tan incomodas que la primera esposa de nuestro amigo no consiguió acogerle, de inmediato, recibiendo a Evelina, en primer lugar, dado que los lazos de la pareja con ella se basan en dulces afinidades. Solamente después de la primogénita fue que se alimentó para la incorporación del suicida en sufrimiento...

–Este punto de nuestra conversación –recordé, respetuoso me hace recordar los conflictos interiores de muchos muchachos y muchachas en la Tierra. A veces se arrojan al matrimonio con absoluta ineptitud para las grandes responsabilidades, como si estuviesen impulsados por muelles invisibles, sin ninguna consideración para con los mandatos de la prudencia. Como si fuesen atacados por repentina locura, desatienden todos los consejos del hogar o de los amigos, para despertar, después, con problemas de enorme gravedad, cuando no despiertan bajo la niebla de inmensas desilusiones. Ahora comprendo... En la base de los sueños juveniles, casi siempre existen deudas angustiosas de las que no se puede huir...

–Sí –confirmó el Ministro–, gran número de pasiones afectivas en el mundo corresponde a auténticas obsesiones o psicosis, que sólo la realidad consigue tratar con éxito. En muchas ocasiones por detrás del deseo de unión conyugal, vibra el pasado, a través de requerimientos de los amigos o enemigos desencarnados, a los que debemos colaboración efectiva para la reconquista del vehículo carnal. La inquietud afectiva puede expresar oscuros laberintos de la retaguardia...

Reflexionando en las luchas del alma, lanzada a las experiencias de la vida con tantos enigmas a resolver, me acudió al recuerdo una antigua cuestión que habitualmente me venía a la cabeza.

–¿Y los ángeles de la guarda? –pregunté.

Ante la sorpresa que asomó en el semblante de nuestro orientador, resalté, reverente:

–Perdóname, pero aún soy estudiante incipiente de la vida espiritual. ¿Los ángeles de la guarda están en nuestra esfera?

Clarencio me miró, admirado, y sentenció:

–Los Espíritus tutelares se encuentran en todas las esferas, entretanto, es indispen-

sable hacer algunas matizaciones sobre el tema.

Los ángeles de la sublime vigilancia, analizados en su excelsitud divina, nos siguen la larga senda evolutiva. Se desvelan por nosotros, dentro de las Leyes que nos rigen, sin embargo, no podemos olvidar que nos movemos todos en círculos multidimensionales. La cadena de ascensión del Espíritu va de la intimidad del abismo a la suprema gloria celeste.

Una ligera pausa puso paternal sonrisa en los labios del instructor, que prosiguió:

–Será justo recordar que estamos plasmando nuestra individualidad imperecedera en el espacio y en el tiempo, al precio de continuas y difíciles experiencias. La idea de un ser divinizado y perfecto, invariablemente a nuestro lado, a disposición de nuestros caprichos o al sabor de nuestras deudas, no concuerda con la justicia. ¿Qué gobierno terrestre destinaría a uno de sus ministros más sabios y especializados en la garantía del bien de todos, a unirse indefinidamente, al destino de un sólo hombre, casi siempre pertinaz partidario de complicados enigmas y necesitado, por eso mismo, de las más severas lecciones de la vida? ¿Por qué tendría que obligarse un arcángel a descender de la Luz Eterna para seguir, paso a paso, a un hombre deliberadamente egoísta o perezoso? Todo exige lógica, buen sentido.

–¿Con semejantes aclaraciones quiere decir que los ángeles de la guarda no viven con nosotros?

–No digo eso –respondió el bienhechor.

Y con simpatía, añadió:

–El Sol está con el gusano, amparándolo en su cueva, a millones y millones de kilómetros, sin que el gusano esté con el Sol.

Las hermanas que seguían con nosotros, lado a lado, deslumbradas en la contemplación del Cielo, comentaban cariñosamente el porvenir de Julio, psíquicamente distanciadas de nuestra conversación.

El razonamiento de nuestro orientador nos imponía graves reflexiones y, quizás por ese motivo, el silencio intentó posesionarse del grupo, pero Clarencio, reconociendo que el tema requería explicación más amplia, continuó:

–Ángel, según su acepción justa, quiere decir mensajero. Ahora bien, hay mensajeros de todas las condiciones y de todas las procedencias y, por eso, la antigüedad siempre admitió la existencia de ángeles buenos y ángeles malos. !Ángel de la guarda, desde los conceptos religiosos más antiguos, es una expresión que define al Espíritu celeste que vigila a la criatura en nombre de Dios o persona que se consagra infinitamente a otra, ayudándola y defendiéndola. En cualquier región, conviven con nosotros los Espíritus familiares de nuestra vida y de nuestra lucha. De los seres más embrutecidos a los más sublimes, tenemos la cadena de amor, cuyos eslabones podemos simbolizar en las almas que se quieren o que son afines unas con otras, dentro de la infinita graduación del progreso. La familia espiritual es una constelación de Inteligencias, cuyos miembros están en la Tierra y en los Cielos. Aquel que ya puede ver un poco más, ayuda la vista de aquel que aún se encuentra en lucha por desprenderse de su propia ceguera. Todos nosotros, por más bajo que nos revelemos en la escala de la evolución, tenemos, no lejos de nosotros, a alguien que nos ama empujándonos hacia la elevación. Eso podemos verificarlo en los círculos de la materia más densa. Tenemos constantemente corazones que nos dedican estima y se consagran a nuestro bien. De todos los afectos terrestres, resaltamos, como ejemplo, la devoción de las madres. El espíritu materno es una especie de ángel o mensajero, a pesar de que muchas veces esté circunscrito a la cárcel del férreo egoísmo, en la custodia de los hijos. Además de las

madres, cuyo amor padece muchas deficiencias, cuando es enfrentado con los principios esenciales de la fraternidad y de la justicia, tenemos afectos y simpatías de los más envolventes, capaces de los más altos sacrificios por nosotros, no obstante condicionados a objetivos a veces egoístas. No podemos olvidar, todavía, que el admirable altruismo de mañana, empieza en el afecto estrecho de hoy, como el árbol parte del embrión. Todas las criaturas individualmente, cuentan con bendita devoción de entidades afines que les tienen afecto. La orfandad real no existe. En nombre del Amor, todas las almas reciben asistencia donde quiera que se encuentren. Hermanos más viejos ayudan a los más jóvenes. Maestros inspiran a los discípulos. Padres auxilian a los hijos. Amigos se ligan a amigos. Compañeros ayudan a compañeros. Eso ocurre en todos los planos de la Naturaleza y, fatalmente, en la Tierra, entre los que aún viven en la carne y los que ya atravesaron el oscuro pasadizo de la muerte. Los griegos ya lo sabían y recurrían a sus genios invisibles. Los romanos comprendían esa verdad y rendían culto a las divinidades domésticas. El genio guardián será siempre un Espíritu benefactor para el protegido, pero es imperativo señalar que los lazos afectivos, alrededor de nosotros, aún se encuentran en marcha ascendente hacia más elevados niveles de la vida. Con toda la veneración que les debemos, importa reconocer, en los Espíritus familiares que nos protegen, a grandes y respetables héroes del bien, pero todavía singularmente distantes de la angelitud eterna. Naturalmente, avanzan en líneas ennoblecidas, en planos elevados, pero, aún sienten inclinaciones y pasiones particulares, en el camino de la universalización de sentimientos. Por ese motivo, con mucha propiedad, en las diversas escuelas religiosas, escuchamos la intuición popular afirmando:

"Nuestros ángeles de la guarda no se entienden entre sí" aún, "Hagamos una oración a los ángeles de la guarda", reconociéndose instintivamente, que los genios familiares de nuestra intimidad aún se encuentran en el campo de afinidades específicas, y necesitan, a veces, de llamadas a la naturaleza superior para atender a este o aquel tipo de servicio.

Llegábamos al Hogar de La Bendición y las aclaraciones del instructor se conservaban en nuestra alma, como inolvidable enseñanza, induciéndonos a gran silencio.

En eso, Blandina, vino hasta nosotros y preguntó al orientador, sensibilizada:

–Generoso amigo. ¿Podemos estar realmente seguros que Julio debía desencarnar, ahora?

–Totalmente. La Ley funcionó, exacta. No hay motivo para la menor duda.

–¿Y aquellos chorros de pensamientos oscuros que partieron del enfermero, como envenenando a nuestro enfermito?

–Si no estuviésemos junto a él –dijo el Ministro–, habrían efectivamente adelantado la muerte del niño y, aun así, la Ley se habría cumplido; sin embargo, aquellos pensamientos oscuros de Mario se volvieron contra sí mismo. Los emitió, con el propósito evidente de matar y, por ese motivo, sufre el remordimiento de un auténtico asesino.

La graciosa residencia de Blandina, hacia donde nos encaminábamos, estaba ahora a la vista.

Clarencio la acarició, bondadoso, y concluyó:

–Permanezcamos convencidos, hija mía, de que, en cualquier lugar y en cualquier tiempo, recibiremos de la vida, según nuestras propias obras.

XXXIV

EN MISIÓN DE AUXILIO

En la noche siguiente, fuimos inesperadamente visitados por Odila, que nos pedía ayuda.

La preocupada amiga, ahora conocedora del drama oscuro que se desarrollara en el pasado cercano, para mejor entender las inquietudes del presente, comprendía las necesidades de Amaro y de Julio, a los que amaba como esposo e hijo del corazón, y solicitaba asistencia para Zulmira, nuevamente en cama.

Atendiendo a los llamados de Evelina, regresara al ambiente familiar para levantar el ánimo a aquella que la sucediera en la dirección del hogar, y volviera, preocupada.

Se abandonara Zulmira a profundo abatimiento. Rechazaba medicinas y alimentos. Adelgazaba de una forma preocupante.

Sabía ahora que la permanencia de Zulmira en el mundo y en la carne se revestía de excepcional importancia para su grupo familiar y, atenta a eso, continuaba interce-diendo.

La rápida información de la mensajera impresionaba y conmovía por el tono de amorosa aflicción en que era proferida.

No nos demoramos en la respuesta.

Era más de media noche, en la ciudad, cuando atravesamos la puerta acogedora de la casa del ferroviario que, desde hacía mucho, constituía para nosotros valioso punto de acción.

La dueña de la casa, con el pensamiento fijo en las últimas escenas de la muerte del pequeño, yacía en el lecho en postración deplorable.

Adelgazara de forma alarmante.

Profundas ojeras oscuras contrastaban con la acentuada palidez del rostro desfi-gurado.

Recayera en la introversión en que la conocimos. Rememoraba la muerte del pequeño hijastro y, lejos de saber que lo sostuviera en los brazos como hijo bendito de su ternura, se sentía en la situación de infortunada rea en el banco de la justicia.

Ciertamente –pensaba angustiada–, sufriera el castigo divino.

La muerte del pequeño, cuando todo hacía creer que él crecería para la ventura del hogar, correspondiendo a sus esperanzas, era dolorosa pena impuesta a su maternal corazón. ¡Ah! debía haber sido pronunciada ante los jueces de la Sabiduría Celeste. En el mundo, nadie conocía su remordimiento de guardiana descuidada y cruel, pero había sido, sin duda, identificada por los tribunales de mil ojos del Derecho Incorruptible. No cuidara convenientemente del hijo de Odila, relegándole a intencional abandono... Ahora, perdía inexplicablemente el retoño que definía su esperanza en el gran futuro. ¿Valdría la pena erguirse y disputar aquello que para ella representaba .el dolor de vivir? Se sentía aplastada. El complejo de culpa le tomara el cerebro y le enfermara el corazón.

Notamos que varias medicinas se alineaban en la cabecera, pero nuestro instructor las examinó, auscultó a la enferma e informó:

–El remedio de Zulmira es de esos que la farmacia no posee.

Vendría de ella misma. Necesitamos devolverle la esperanza y el placer de vivir. Se

le descontroló, de nuevo, la mente. Se desinteresó de la lucha y la abstención de alimentos le ocasiona la inanición progresiva.

–¿Y el reencuentro con el hijito –preguntó Hilario– no sería la mejor manera de restaurarle el Animo?

–Es lo que esperamos –concordó el Ministro–, sin embargo, Julio, en la fase que atraviesa, requiere, por lo menos, una semana de reposo absoluto y, hasta entonces, es indispensable mantenerla con fuerzas.

A continuación, Clarencio entró en acción, aplicándole recursos magnéticos, con nuestra humilde colaboración.

La tensión nerviosa de Zulmira, alcanzara su apogeo y apenas conseguimos tranquilizarla, de cierto modo, sin conducirla al sueño reparador que sería lo deseado.

Odila, fortalecida, la tomaba a sus cuidados, cuando fuimos sorprendidos por imprevisto fenómeno.

Mario Silva, desligado del cuerpo denso, con la rapidez de un relámpago, penetró en la habitación, con los ojos extraviados, como los de un loco, contempló a la enferma durante unos momentos y se alejó.

Volvimos nuestra indagadora atención hacia el Ministro, que aclaró, sin demora.

–Es sabido que el criminal siempre vuelve al lugar del crimen.

El remordimiento es una fuerza que nos encadena a la retaguardia.

Y como nos inclinásemos en busca del inesperado visitante, el instructor nos tranquilizó, recomendando:

–Esperemos, Mario volverá.

En efecto, Silva, pasados unos minutos, regresó al aposento.

Con la misma expresión de demente, miró a la pobre enferma y, esa vez, se postró de rodillas, exclamando:

–¡Perdón! ¡Perdón!... ¡soy un asesino! ¡un asesino!...

Nos levantamos, instintivamente, con la intención de ayudarle, pero, tocado de lejos por nuestra influencia magnética, como si fuera alcanzado por un rayo, el enfermero se lanzó hacia fuera.

–¡Infortunado amigo! –dijo el Ministro, entristecido– Sufre mucho. Ayudémosle a recuperarse.

En un instante, alcanzamos el domicilio de Mario, encontrándole en aflictiva pesadilla, mantenido en el lecho a fuerza de poderosos anestésicos.

Con sorpresa para nosotros, una monja desencarnada rezaba, junto a él.

Interrumpió las oraciones, a fin de saludarnos, recibiéndonos con simpatía.

–Estaba segura –dijo delicada y confiante– que Nuestro Señor nos enviaría el socorro justo. Desde hace algunas horas, ocupo aquí el servicio de vigilancia. La situación de nuestro amigo –e indicó a Mario, tumbado en la cama– es francamente anormal y temo la intromisión de Espíritus diabólicos.

Clarencio asumió el aspecto de simple visitante, vulgarizándose a los ojos de la religiosa, que se sentía evidentemente fortalecida con nuestra presencia.

–¿Es enfermera? –preguntó nuestro instructor, cortés.

–No soy exactamente del servicio de sanidad –respondió la interpelada–, pero colaboro en el hospital en que Silva trabaja.

Miró al muchacho medio dormido y alegó, piadosa:

–Es un cooperador consagrado a los niños enfermos y a cuya asiduidad y cariño mucho debemos.

Y, en un lenguaje genuinamente católico romano, resaltó:

–Muchas almas benditas han descendido del Cielo para atestiguarle agradecimiento. Eso ha sucedido tantas veces que, junto con algunos médicos y asistentes, se hizo acreedor de las mejores atenciones de nuestra Hermandad.

Utilizando el tacto que le era característico, nuestro orientador preguntó:

–¿Cómo supo, hermana, que nuestro amigo se encontraba así, tan perturbado?

–No recibimos ninguna notificación directa, sin embargo, él no compareció hoy a las tareas habituales y eso fue suficiente para indicarnos que algo grave estaba ocurriendo. Nuestra superiora me designó para comprobar lo que sucedía. Desde entonces, estoy prisionera, dado que no suponía la existencia de tantos Espíritus de las tinieblas en las proximidades.

Las palabras de la monja estaban saturadas de tanta bondad espontánea y evidenciaba una fe pura tan encantadoramente ingenua, que la curiosidad me picó. La tentación de investigar el fascinante problema de aquel caritativo esfuerzo asistencial me obligaba a intervenir en el tema, pero una mirada de Clarencio bastó para que Hilario y yo permaneciésemos en respetuoso silencio.

–Es conmovedor pensar en lo sublime de su misión, después de ausentarse del cuerpo terrestre –dijo el Ministro, bondadoso, quizás provocando alguna aclaración directa, capaz de satisfacemos.

–Sí, trabajamos bajo la dirección de la Madre Paula –informó la interlocutora, sincera–, que nos explica que la atención a los enfermos en las casas públicas de tratamiento es una forma de purgatorio benigno, hasta que podamos merecer nuevas bendiciones de Dios.

–Pero, hermana, se ve enseguida que su corazón está en comunión con la paz del Señor.

Ella bajó humildemente los ojos y respondió:

–No lo pienso así. Soy una pobre religiosa, en trabajo para rescatar sus propios pecados.

En el lecho, Mario gemía inquieto.

El Ministro pareció despreocuparse de la charla de tipo personal y empezó a acariciar la frente del enfermo, dándonos la idea de que solo él debía atraer nuestro interés.

La monja se acercó respetuosamente a nuestro instructor y dijo serena:

–Hermano, la Madre Paula suele decimos que los ardas de Dios viven en el corazón de las grandes almas. Estoy segura de que escuchasteis mis ruegos. Os tengo por emisarios de la Corte Celeste. Creo que de ese modo, me cabe la obligación de confiaros nuestro enfermo.

Clarencio agradeció el cariño que se desprendía de aquellas palabras y explicó que nuestro paso por allí era rápido, lo suficiente para administrar el socorro necesario.

La interlocutora indicó la necesidad de comunicarse con el hospital, en lo referente al colaborador en agitada postración y, prometiendo volver en breves minutos, se ausentó deprisa.

A solas con nosotros, el orientador, con la atención puesta en el enfermero, explicó, atento:

–Nuestra hermana pertenece a la organización espiritual de servidores católicos, dedicados a la caridad evangélica. Tenemos diversas instituciones de esa índole, en cuyos cuadros de servicio innumerables entidades se preparan gradualmente para el conocimiento superior.

–¿Bajo la dirección de autoridades aún ligadas a la Iglesia Católica? –preguntó Hilario, admirado.

–¿Y por qué no? Todas las escuelas religiosas disponen de grandes valores en la

vida espiritual. Como sucede a la personalidad humana, las creencias poseen una región clara y luminosa y otra aún oscura. En nuestra alma, la zona lúcida vive alimentada por nuestros mejores sentimientos, mientras que, en el mundo sombrío de nuestras experiencias inferiores, residen las inclinaciones y los impulsos que aún nos encadenan a la animalidad. En las religiones, el campo de la sublimación está poblado por los espíritus generosos y liberales, conscientes de nuestro supremo destino hacia el bien, en cambio, en las líneas oscuras de la ignorancia, aún pululan las almas pesadas de odio y egoísmo...

Y, sonriendo, el Ministro resaltó:

–Nos hallamos en evolución y cada uno de nosotros respira en el escalón en que se situó.

–Habrá penetrado ella en la verdad con que fuimos sorprendidos, después de la muerte? –pregunté, intrigado.

–Cada inteligencia –respondió el orientador, enigmático– sólo recibe de la verdad la parte que puede retener.

Silva, en el lecho, daba inequívocas señales de enorme angustia.

No ignoraba que mi deber de auxiliarle era trabajo inaplazable, sin embargo, el encanto espiritual de la religiosa singularmente arraigada a los hábitos terrestres, me excitaba de tal manera la curiosidad que no pude contener la pregunta espontánea.

–Pero, esa monja sabe que dejó el mundo, sabe que desencarnó y prosigue, aún así, como se veía antes?

–Sí –confirmó el instructor imperturbable.

–¿Y estará informada de que la vida se extiende a otras esferas, a otros dominios y a otros mundos? ¿Percibirá que el cielo o el infierno comienzan en nosotros mismos?

El orientador movió la cabeza, en señal negativa y añadió:

–Eso no. Ella no ofrece la sensación de quien se liberó del círculo de sus propias ideas para caminar al encuentro de las sorpresas de que el Universo está lleno. Mentalmente, se revela apegada a los conceptos que eligió en La Tierra, como si fuesen los más convenientes a su propia felicidad.

–¿Y nadie la molesta aquí por vivir tan distante del conocimiento real del camino?

El orientador asumió un aspecto cariñosamente paternal conmigo y añadió:

–Ante todo, debe nuestra hermana merecemos la mayor veneración por el bien que practica y, en cuanto al modo de interpretar la vida, no podemos olvidar que Dios es Nuestro Padre. Con la misma tolerancia, dentro de la que Él ha esperado por nuestra más elevada comprensión, aguardará un mejor entendimiento de nuestra amiga. Cada Espíritu tiene un sendero diferente a recorrer, así como cada mundo tiene la órbita que le es peculiar.

Y, mirándome con particular atención, observó:

–La mayor lección aquí, André, es la del semillero que produce; inevitablemente Mario Silva, en la condición de enfermero, no obstante la ruinosa impulsividad que le caracteriza, ha sido servicial y humano, tornándose acreedor del cariño ajeno. Según vemos, no es un hombre devoto de las tareas religiosas. Es irritable y agresivo. De ayer a hoy, llega a sentirse criminal... Sin embargo, es correcto cumplidor de los deberes que abrazó en la vida y sabe ser paciente y caritativo, en el desempeño de sus propias obligaciones. Con eso, se ganó la simpatía de muchos y le encontramos fraternalmente guardado por una monja reconocida...

La enseñanza era efectivamente conmovedora.

Nos disponíamos a proseguir los comentarios, sin embargo, Silva comenzó a gemir

y el Ministro, inclinándose sobre él, pasó largo tiempo auscultándole.

A continuación, Clarencio se levantó y dijo:

–¡Pobre amigo! permanece impresionado con la muerte de Julio, conservando aflictivo complejo de culpa. Tiene el pensamiento ligado al pequeño muerto, como una imagen fijada en la placa fotográfica. Pasó el día en cama, bajo gran perturbación. Observo que no fue a casa de Antonina como tenía previsto. Se sintió vencido, avergonzado... Sin embargo, solamente nuestra hermana tiene para él el remedio indispensable...

Después de ligera pausa, indagamos si no nos sería posible ayudarle, de forma más positiva, por medio de pases, a lo que Clarencio respondió, seguro de sí:

–El auxilio de esa naturaleza le ampara las fuerzas, pero no resuelve el problema. Silva debe ser alcanzado en la mente, a fin de mejorarse. Requiere ideas renovadoras y, por el momento, Antonina, es la única persona capaz de levantarle con más seguridad.

Recordé instintivamente el drama que se desarrollara en los tiempos de la guerra del Paraguay, pareciéndome oír, de nuevo, la narración del viejo Leonardo Pires.

Recibiéndome el pensamiento, el Ministro ponderó:

–Todo en la vida tiene su razón de ser. En otra época, Silva, en el personaje de Estévez, se alió a Antonina, por entonces en la experiencia de Lola Ibarruri, para embriagarse en el placer pecaminoso con el olvido de las mejores obligaciones de la vida. Actualmente estarán reunidos para la recuperación justa. Los que se asocian en la liviandad, al margen de la Ley, acaban contrayendo enormes compromisos para el reajuste necesario. Nadie confunde a los principios que rigen la existencia.

Me decidía a hacer nuevas indagaciones, pero Clarencio, posando afectuosamente el índice sobre mis labios, recomendó:

–¡Cesa con tu curiosidad, André! Cuando empezamos a discurrir sobre la Ley, nuestra conversación adquiere el sabor de eternidad, y la necesidad de servicios nos condiciona al minuto que pasa.

Y, señalando al enfermero excitado, anunció:

–Mañana por la tarde, volveremos para conducirle a la morada de nuestra hermana. Por intermedio de Antonina, se habilitará para la indispensable recuperación. Por ahora, no podemos hacer nada más.

Pasados algunos instantes, la monja regresó a nuestro encuentro, acompañada por otra hermana, que nos saludó con atenta reserva.

Ambas habían sido designadas para la tarea de auxilio al colaborador enfermo. La congregación se encargaría de todos los trabajos de vigilancia y asistencia espiritual, mientras Silva permaneciese así.

Después de breve diálogo, las saludamos con respetuosa cordialidad y nos retiramos, con la promesa de volver al día siguiente.

XXXV

RECUPERACIÓN MORAL

Según el programa establecido, volvimos al día siguiente, pasando en primer lugar por el hogar de Zulmira, cuya situación orgánica era más aflictiva.

La pobre señora se mostraba más pálida, más abatida.

El médico la rodeara de medicinas valiosas, sin embargo, la infortunada criatura se mantenía en profundo agotamiento.

Amaro y Evelina se desvivían, preocupados, pero, la torturada madre se dejaba morir.

Ante nuestro temor manifiesto, el Ministro apenas afirmó:

–Esperemos. En un grupo, casi siempre la mejoría de un compañero puede ayudar a la mejoría de otro. La recuperación de Silva, me parece, influenciará a nuestra amiga, en la defensa contra la muerte.

No se demoró por mucho tiempo en la intervención magnética. Sin detenernos, alcanzamos el domicilio del enfermero, encontrándole excitado como en la víspera, pero abnegadamente asistido por las monjas que persistían, dedicadas, en la oración.

Las religiosas desencarnadas nos recibieron con cariño, comunicándonos que el enfermo seguía desesperado.

Clarencio, les aseguró, optimista, que Mario pasearía con nosotros y, después de distraerse, volvería mejor.

A continuación, se acercó al enfermo y, tocándole la frente con la mano derecha, rezó sin alardes.

Como si recibiese preciosa transfusión de fuerzas fluídicas, Silva se tranquilizó como por encanto.

Se mostró más sosegado, no obstante, entristecido.

La expresión facial que denunciaba su sublevación interior se le transformó en el semblante, en dolorosa serenidad.

Nuestro orientador efectuó algunos pases de auxilio y notificó:

–Silva siente enorme necesidad de oír la palabra de Antonina, pero, está indeciso. Se siente avergonzado. Se cree responsable por la muerte del niño y teme el contacto con la nobleza espiritual de nuestra hermana, a pesar de sentirse arrastrado hacia ella. Procuremos ayudarles el acercamiento.

Acarició la frente del joven atormentado y añadió:

–El desahogo le descarga la atmósfera mental, favoreciéndole el alivio y la recepción de elementos renovadores.

A continuación, el instructor le abrazó, envolviéndole en amorosa solicitud. Aquel abrazo afectuoso y prolongado se nos figuró una llamada a las energías escondidas del joven que, de pronto, se levantó y se vistió.

Ignorando como explicarse la súbita resolución que le impulsaba, bajó a la calle, seguido de cerca por nuestros cuidados, y tomó el vehículo que le transportaría hasta el domicilio de la simpática familia que le recibiera cariñosamente dos días atrás.

Antonina y los hijos le abrieron los brazos alegremente.

La pequeña Lisbela, encantada, se le colgó del cuello, después de un beso conmovedor.

Se encontraba todavía en la cama, pero recuperada y feliz. Como si conviviese con

Mario, desde mucho tiempo, la dueña de la casa le miró, aprensiva.

Preocupada, le notó el abatimiento, mientras que el huésped parecía suplicarle, en silencio, ayuda y comprensión.

Notándole la angustia oculta, la joven viuda le llevó a la conversación particular, en sencillo rincón de la sala, donde atendía con los hijos al culto de la oración.

El enfermero le pidió disculpas por tratar de asuntos personales y, empezando por justificar su incomparecencia en la víspera, frase a frase, fue entrando en la dolorosa zona de su corazón, desahogándose...

Recordó que allí, junto a ella, recibiera enseñanzas de la más alta significación para él y, por ese motivo, no vacilaba en abrirle el espíritu desolado, suplicando compasión y socorro.

Intentando reconfortarle, la interlocutora escuchó su narración hasta el final.

Mario se remontó a su juventud, comentó los problemas psíquicos de que se veía rodeado, desde su infancia, le descubrió el amor que sintiera por la muchacha que le abandonara en plenos sueños, relató las pruebas que le habían castigado el pundonor de juventud, resaltó el esfuerzo que realizara para recuperarse y, por fin, extremadamente alterado, descubrió su reencuentro con la ex-novia y con el ex-rival, junto al pequeño agonizante... Se refirió al odio inexplicable que sintiera por el angelito moribundo, encareció los beneficios del culto evangélico en su alma incendiada de rebeldía y amargura, exponiéndole su convicción de haber contribuido a la muerte de la criaturita que detestara, a primera vista...

Conservaba la sensación de haber bajado a tormentoso infierno moral.

Antonina sintió por él la piedad amorosa con que las madres se disponen al levantamiento espiritual de los hijos sufridores y le rogó serenidad.

Silva, entretanto, en llanto convulsivo, era un enfermo que requería más amplia intervención.

Atraída irresistiblemente hacia él, la noble amiga dejó de dirigirse a él con la palabra "señor" y, haciéndose más íntima, consideró, cariñosa:

–Mario, cuando caemos es necesario que nos levantemos, a fin de que el carro de la vida, en su movimiento incesante, no nos aplaste. Nos conocemos hace dos días, y sin embargo, siento que profundos lazos de amistad nos unen. No creo que estemos aquí juntos, obedeciendo a simple casualidad. Ciertamente, las fuerzas que nos dirigen la existencia nos impulsan a los testimonios afectivos de este momento. Seca tus lágrimas para que podamos ver el camino... Comprendo tu drama de hombre duramente probado en la forja de la vida, no obstante, si puedo pedirte algo, te pediría ánimo.

Mirándole con más dulzura en los ojos, continuó, después de breve pausa:

–También yo he luchado mucho. Luchado y sufrido. Me casé por amor y me vi defraudada en mis mejores esperanzas. Mi marido, antes de encontrar la muerte, nos relegó a dolorosa penuria. Cuando más intensa era nuestra agonía doméstica, vi a un hijo morir víctima de las aflictivas pruebas que nos castigaban la casa... Gracias a Dios, entretanto, reconozco que seríamos tan sólo ignorancia y miseria sin el auxilio del dolor. El sufrimiento es una especie de fuego invisible, plasmándonos el carácter. No te dejes abatir, así. Tú eres joven y tus realizaciones en el mundo pueden ser de las más elevadas...

–¡Pero estoy seguro de ser un asesino!... –sollozó el muchacho, descorazonado.

–¿Quién podría confirmarlo? –exclamó Antonina, con más ternura en la voz.– Es indispensable recordar que, atento a la profesión, atendiste a un niño completamente entregado al dominio de la difteria. El pequeño Julio, a tu llegada, ya estaría jadeante,

bajo las alas de la muerte.

–¿Pero, y la sensación? ¿Y el remordimiento? Me siento derrotado... Tengo miedo de mí mismo...

La noble señora miró al huésped con la admirable seguridad que le era peculiar y dijo, firme:

–Mario, ¿Tú crees en la reencarnación del alma?

Y como el interlocutor la contemplase, con extrañeza, continuó sin esperar su respuesta

–Todos somos viajeros en el gran camino de la eternidad. El cuerpo de carne es un taller en que nuestra alma trabaja, tejiendo los hilos de su propio destino. Estamos llegando de lejos, reviviendo de los siglos muertos, como las plantas que renacen del suelo profundo... Naturalmente, Amaro, Zulmira, Julio y tú están recapitulando alguna tragedia que quedó distanciada en el espacio y en el tiempo, pero viva en los corazones. Y; mediante el cariño de tu confesión espontáneo, no dudo de mi participación en algún lance de la lucha que motivó los acontecimientos de la actualidad. Amor y odio no se improvisan. Resultan de nuestras construcciones espirituales durante milenios. Probablemente, alguna responsabilidad me incumbe en los servicios en cuya ejecución tú te comprometiste. Nuestra confianza inmediata, nuestra asociación en este asunto sin ninguna base previa, esa simpatía fraternal con que tú vienes a mí y el interés con que te escucho la narración me autorizan a admitir que el presente está reflejando el pasado. Y, por ese motivo, me ofrezco para cooperar en tu esfuerzo de algún modo...

–¿Colaborar? –atajó el joven, casi alucinado– es imposible...

El niño está muerto...

Envuelta en las irradiaciones de Clarencio, Antonina alegó con sensatez:

–¿Y quién nos dice que Julio no pueda volver a la Tierra? ¿Quién nos mantendrá incapaces de hacer algo en beneficio de la criaturita que se fue?

–¿Cómo? ¿Cómo? –indagó, atónito, el infeliz.

–Escucha, Mario. El egoísmo no se revela feroz tan sólo en nuestras alegrías. Muchas veces, comparece también, asfixiante y terrible, en nuestros dolores. Eso se verifica, cuando en nuestra pena pensamos solamente en nosotros. Tú te declaras delincuente, amargado, vencido, como si fueses un héroe repentinamente arrojado del altar de la admiración pública al polvo de la desconsideración. Admito que concentrar demasiada atención en culpas imaginarias es simple vanidad encarcelándonos en la angustia vacía. Mientras lamentamos nuestra imperfección, perdemos la oportunidad que sería justo emplear en nuestra mejoría.

Y, modificando la inflexión de la voz, que se hizo algo más firme, añadió:

–¿Ya has meditado en el padecimiento de los padres heridos por la separación? ¿Has reflexionado en los sueños maternos, despedazados? ¿Por qué no extender fraternos brazos a los progenitores en la sombra del infortunio? Creo en la inmortalidad del alma y en la redención de nuestros errores, pienso que la renovación del día es un símbolo de la gracia del Señor repetida en nuestro camino, para que le aprovechemos el tesoro de bendiciones en el crecimiento o en el reajuste... ¿Por qué no visitas el hogar de nuestros desventurados amigos, en esta hora en que naturalmente necesitan de cariño y solidaridad? Es posible que la Divina Bondad esté reservando allí algún servicio para tu propósito de elevación. ¿Quién sabe? El retorno de Julio puede efectuarse. Para ello, todavía, será necesario levantar el ánimo materno...

Pasando de la energía de consejera a la ternura de hermana, señaló, cariñosa:

–¿Dejarás a otro el privilegio de semejante servicio?

–¡No tengo coraje! –se lamentó el joven llorando.

–¡No, Mario! En estas ocasiones, no es el coraje lo que nos falta y sí la humildad. Nuestro orgullo en este mundo, a pesar de inconsecuente y vano, es por demás envolvente y excesivo. No sabemos liberar a la personalidad segregada en el jugo viscoso de nuestro amor propio. En suma, aprisionamos al corazón en la oscura fortaleza de la vanidad y no sabemos ceder...

Aferrándose al socorro moral que le era lanzado, el enfermero suplicó, pesaroso:

–Antonina, creo en tu amistad y en la elevada comprensión que fluye de tus palabras. ¡Ayúdame! no vine aquí sino a rogar auxilio y discernimiento. Expón, tú misma, lo que debo hacer. Dame un plan. Perdóname la intimidad, he sido un hombre sin fe... No tengo autoridades o amigos a quien apelar... Apenas nos conocemos, pero encontré en tu corazón y en tu casa algo nuevo para mi pobre espíritu... ¡Sopórtame y ampárame por el amor de Dios, en cuya providencia crees con tanta sinceridad!...

La joven viuda, sintiéndose verdaderamente su hermana, le acarició las manos como si fuesen viejos conocidos, y ahora, igualmente en lágrimas de emoción y reconocimiento, le invitó para visitar juntos al matrimonio sufridor, a la noche siguiente.

Dejaría a Enrique y Lisbela a los cuidados de un familiar y continuarían hacia la morada de Amaro, en compañía de Haroldo. Deseaba ayudarle, a él, Mario, en su justa recuperación, y, para ese fin, le gustaría acompañarle, para poder ser más útil.

El joven aceptó el ofrecimiento, con alegría.

Estaba convencido que, aliado de Antonina, encontraría una solución.

Una sonrisa de satisfacción le asomó a los labios y fue así que dejamos al atormentado enfermero, bajo la eclosión de nueva y bendita esperanza.

XXXVI

CORAZONES RENOVADOS

Tres días habían transcurrido desde la liberación de Julio. Nuevamente al lado de Zulmira, en las primeras horas de la noche, le notábamos el profundo agotamiento.

El debilitamiento progresivo la situara en peligrosa situación orgánica.

El mismo Clarencio, después de auscultarla, señaló, preocupado:

–Nuestra hermana requiere socorro más seguro. El agotamiento es casi total.

La enferma recibía su asistencia magnética, cuando Mario, Antonina y Haroldo hicieron su entrada en la sala contigua.

Dejamos a nuestro instructor con la enferma y buscamos la habitación en que se efectuaría el encuentro familiar.

El ferroviario y la hija hacían los honores de la casa. Amaro, acogedor, daba muestras de gran alivio.

La sonrisa, a pesar de triste, era larga y espontánea, demostrando la satisfacción interior de quien veía terminar vieja y desagradable desavenencia.

Mario, con todo, parecía constreñido y perturbado, mientras que Antonina irradiaba simpatía y bondad, cautivando, de improviso, la amistad de los anfitriones.

El enfermero presentó a la joven señora y a su hijo como amigos particulares y después, evidentemente instruido por su compañera, inició la conversación, comentando la penosa impresión que le causara el fallecimiento del pequeño y pedía disculpas por no haber reaparecido, como reconocía era su deber.

El suceso le desconcertara.

Cayera en cama, impresionado por el acontecimiento que no podía esperar.

Hablaba realmente conmovido, porque, recordando los últimos minutos del niño, se le llenaban los ojos de lágrimas que no llegaban a caer.

Aquella emotividad manifiesta, unida a la humildad sincera que Silva dejaba transparentar, tocaba el corazón de Amaro, que se abrió más ampliamente.

–Noté –dijo el dueño de la casa– el dolor que te envolvió en el momento justo en que nuestro angelito nos era arrebatado por la muerte. Tu aflicción me conmovió mucho, no sólo por la dedicación del profesional que nos asistía, sino también por el afecto puro del amigo, que hace tanto tiempo, se alejara de nuestros ojos.

La generosidad del ex-rival, a su vez, influenciaba al enfermero de forma decisiva.

Las vibraciones de afabilidad y cariño que se desprendían de las palabras afectuosas le modificaban los sentimientos.

Mario pasó a sentir reconfortalecedor desahogo.

Y, mientras Evelina se retiraba para atender a la madrastra enferma se refirió a la tortura moral que le asaltara, así que vio a Julio inerte, deteniéndose en breve descripción del sentimiento de culpa que le acometiera. ¿Habría seguido con exactitud la indicación del especialista? ¿Se habría equivocado, acaso, en la dosificación del medicamento?

En la breve pausa que surgió, natural, Amaro tomó nuevamente la palabra, añadiendo, bondadoso:

–No había motivos para semejante preocupación. Desde la primera visita médica, comprendí que nuestro hijito estaba condenado. El suero fue el último recurso.

Y con dolorida resignación, resaltó:

–No es la primera vez que atravieso una prueba de este tipo.

Hace tiempo, sufrí la pérdida del benjamín de mi primer matrimonio, extrañamente ahogado en una de nuestras escasas excursiones a la playa. Confieso que sólo me faltó enloquecer. Sin embargo, me aferré a la religión para no sucumbir y hoy comprendo que solamente nos cabe acatar los designios de Dios. No pasamos de ser criaturas necesitadas de socorro divino, en cada instante de nuestra existencia humana.

–Sin duda –intervino Antonina, optimista–, sin apoyo espiritual, no avanzaríamos un paso en el terreno de la verdadera armonía íntima. La muerte del cuerpo no siempre es lo peor que nos pueda suceder. ¿Cuántas veces los padres son obligados a acompañar la muerte moral de los hijos, en el crimen o en el vicio que no consiguen interrumpir? También perdí a uno de los retoños que Dios me confió, pero procuré acomodarme al recuerdo sin rebeldía, porque la Sabiduría del Señor no debe ser menospreciada.

–¡Qué satisfacción el escucharla! –dijo el ferroviario, con discreta alegría– Después de interesarme, con más empeño, por el Catolicismo, en la lectura de San Agustín, noto que bendita renovación se hizo en mí.

Y mirando a la interlocutora, con más atención, preguntó: –¿Usted es también católica?

Antonina sonrió, delicada y respondió:

–No, señor Amaro, en materia de fe, acepto la interpretación evangélica del Espiritismo, sin embargo, eso no impide que estemos buscando al mismo Maestro.

–¡Ah! sí, Jesús es nuestro puerto –señaló el anfitrión, liberal–, y no entiendo a la religión como elemento separatista. Usted, en la condición de espírita, y yo, en la posición de católico, poseemos un sólo idioma en la fe que nos identifica. Creo que la Providencia Divina, como el Sol, brilla para todos.

–Da mucha alegría, sentir su nobleza de alma –comentó Antonina, entusiasmada–; en esencia, deseamos ser cristianos sinceros y su generosidad me permite entrever la belleza del Cristo en las vidas nobles.

Amaro no pudo responder.

Un taxi se paró en la puerta y, de inmediato, el médico de la familia entró para el reconocimiento.

Después de los saludos usuales, pasó a la habitación de la enferma y, como el dueño de la casa se dispusiese a acompañarle, le recomendó que permaneciese en la sala con los visitantes, dado que pretendía someter a la enferma a meticuloso examen, deseando escucharla a solas.

Evelina vino a nuestro encuentro y, acompañando al facultativo con nuestra mirada, le vimos ser cariñosamente recibido por Clarencio y Odila, que se nos mostraron en la puerta.

La conversación pasó a desarrollarse en torno a Zulmira.

El jefe de la familia, preocupado, hablaba de la esposa en cama, resaltando la delicadeza de la situación.

Zulmira que enfermara con la enfermedad del hijito, desde su muerte, no se alimentaba.

No obstante, todos los consejos médicos y todos los llamados afectivos, se mantenía ajena, en el más amplio desinterés por la vida.

Adelgazaba, de forma alarmante.

Como si quisiera dar noticias de su círculo particular al atento enfermero, relató los reajustes psíquicos de la compañera, antes de la llegada del hijo que la muerte les arrebatara.

Zulmira, con la maternidad triunfante, como que se renovara. Se mostrara más alegre, más viva.

Recuperara la salud total.

Con la desencarnación del niño, una nueva crisis de contratiempos le invadiera la casa.

La enfermedad se alojara, allí, de nuevo, entre las cuatros paredes.

Mario, cambiando significativas miradas con Antonina, de cuando en cuando, se situaba entre la perplejidad y el desencanto.

La confesión de Amaro constituía un testimonio de humildad pura.

En muchas ocasiones, se lo imaginara, en su propia mente, como si fuera un pozo de orgullo y arrogancia y, muchas veces, se sorprendiera en acalorados soliloquios, luchando con él en pensamiento.

Ahora, notaba que el antagonista era un hombre común tanto, como él, necesitado de paz y comprensión.

El entendimiento proseguía más afectuoso, cuando el doctor volvió a la sala.

Con el semblante torturado, se dirigió al ferroviario, notificando:

–Amaro, la providencia es casi imposible cuando la precaución no funciona. La situación de Zulmira empeoró muchísimo en las últimas horas. El suero aplicado ayer no ha dado el resultado necesario. El abatimiento es enorme. Considero indispensable una transfusión de sangre esta misma noche, para que mañana no seamos sorprendidos por obstáculos insuperables.

Amaro palideció.

Antonina se volvió en silencio hacia Silva, como diciéndole, de corazón a corazón: –"No lo dudes. Es tu hora de ayudar. Aprovecha la oportunidad".

Mario, con timidez, se levantó maquinalmente y, antes que Amaro hiciese algún comentario sobre el tema, se presentó al médico, explicando:

–Doctor, si mi cooperación es aceptada, sentiré placer en ello.

Soy donante de sangre en el hospital en que trabajo. Una llamada telefónica suya al amigo pediatra, a quien usted recurrió en el caso de Julio, puede confirmarle mis palabras.

Y, levantando los ojos hacia su ex-rival, dijo con voz casi suplicante:

–¡Amaro, permíteme! ¡Quiero ayudar a la enferma de algún modo!... A fin de cuentas, somos, ahora, buenos hermanos.

El jefe de la casa, conmovido, le abrazó reconocido. –¡Gracias, Silva!

Nada más pudo decir.

Con los ojos angustiados, se dirigió hacia el aposento de la mujer, envolviéndola en manifestaciones de cariño.

Antonina, colocando a Haroldo junto a un montón de revistas viejas, se puso a disposición de Evelina para cualquier actividad casera, mientras Mario y el médico partían, veloces, en busca del material necesario.

Transcurrida una hora, la habitación de la enferma se iluminaba con más intensidad para el servicio a realizar.

Zulmira, admirada, reconoció a Mario, sin embargo, era enorme la postración para que pudiese demostrar interés o malestar. Presentada a Antonina, se limitó a dirigirle algunos monosílabos, con una breve sonrisa de agradecimiento.

Asumiendo la dirección de la asistencia, la joven viuda parecía una figura providencial.

Amparó a la enferma con cariño, auxilió al clínico en las tareas del momento y, conquistando la gratitud de los nuevos amigos, colaboró con Evelina para que todas las medidas referentes a la higiene se efectuasen armoniosas.

Realizada la transfusión, la enferma entró en la reacción característica, sin embargo, Silva, fuera porque estuviera por si mismo debilitado o porque la cantidad de sangre hubiera sido demasiada, pasó a acusar profundo cansancio.

En sus ojos, todavía, brillaba una luz diferente.

Le parecía haber perdido las inquietudes que le martirizaban.

Adquiriera la noción de que se rehabilitara, ante su propia conciencia. Trajera a sus ex-adversarios su propio corazón en forma de visita fraternal. Y sus propias fuerzas transferidas al campo orgánico de la mujer que fuera su bien amada, como que le favorecían la ausencia de los viejos pensamientos de dolor que, por tanto tiempo, le habían flagelado la vida íntima.

Notándole la caída de energías, el médico le administró, de inmediato, los recursos aconsejables, permaneciendo Mario, de ese modo, cómodamente instalado en un amplio sillón, junto a los amigos.

Se despidió el facultativo, más animado.

Antonina, sin afectación, ayudó en la preparación del café, que fue saboreado por todos, mientras la conversación era reanudada con alegría.

Fue entonces que la viuda se ofreció para volver.

Trabajaba y, en su condición de madre se responsabilizaba de tres criaturas, pero, podrá disponer de dos días.

Amaro resaltó la dificultad de encontrar una enfermera o gobernanta para momentos difíciles y aceptó el ofrecimiento.

Antonina, contenta, prometió regresar, llevando a Lisbela, en la mañana siguiente. Estaba convencida de que la chiquilla conseguiría distraer a Zulmira, con sus niñerías, mitigándole el corazón nostálgico de madre.

Evelina la abrazó, encantada. Simpatizada con Antonina, como si fuesen dos hermanas.

Algo reanimado y positivamente feliz, Mario dispuso la partida y un taxi fue llamado.

En un ambiente de constructiva cordialidad, se efectuó la reconfortante despedida.

Y Silva, mirando a la compañera de excursión con reconocimiento y cariño, se sintió reconciliado consigo mismo, irradiando la alegría silenciosa de quien regresa a la felicidad.

XXXVII

REAJUSTE

Cuando los amigos se alejaron, Clarencio rodeó a Zulmira de cuidados especiales, aplicándole pases de reconfortamiento.

La inyección de sangre renovadora le hiciera gran bien. Poco a poco, se le acomodaron los centros de energía.

Desde la desencarnación del hijito, la pobre criatura no disfrutaba de tan profundo descanso, como en aquel momento.

Nuestro instructor recomendó a Odila que preparase al pequeño Julio para el reencuentro con su madre.

Zulmira lo vería, buscando nuevas energías.

Y mientras nuestra hermana se alejaba para el cumplimiento de la misión que le fuera encomendada, el orientador dijo, optimista:

–Un sueño reconfortante es una bendición de salud y alegría para nuestros hermanos encarnados.

Íbamos a responder, pero la enferma, a semejanza de las personas en hipnosis profunda, se levantó en Espíritu, contemplándonos, sorprendida.

Su mirada, admirablemente lúcida, nos hablada de su ansiedad maternal.

Clarencio la acarició, como si lo hiciese a una hija, rogándole calma y fe.

Amparada en nuestros brazos, Zulmira voló sin notarlo.

Noté que el espectáculo magnífico de la Naturaleza no le llamaba la atención. Introvertida, solamente la imagen del niño muerto le ocupaba el cuadro mental.

El Hogar de la Bendición se mostraba maravilloso.

Flores de rara belleza coloreaban la ruta y la embalsamaban de suave perfume.

Aquí y allí, dulces melodías vibraban en el aire.

La gloria fulgurante del cielo nos inducía a la oración de reverencia y alabanza al Padre Celestial, pero la pobre mujer que segura con nosotros parecía insensible a la excelsitud del ambiente, en vista de la tortura interior de que se veía poseída, obligándome a reconocer, una vez más, que el paraíso del alma, en verdad, reside donde se le sitúa el amor.

Noté que para la devoción afectuosa de Zulmira no importaba el rumbo. Cualquier indagación, ante aquella ternura atormentada, resultaría inútil.

Creo que, si, en lugar de la brillante luz del Hogar de la Bendición, solamente viésemos tinieblas, para aquél espíritu angustiado de madre el cuadro sería de verdadero paraíso, siempre que pudiese retener en sus brazos al hijito inolvidable.

¿Quién podría definir con exactitud los impenetrables secretos que Dios colocó en los corazones que aman?

Cuando penetramos en el lugar, en que el niño descansaba, bajo la abnegada vigilancia de Odila y Blandina, la sufridora madre intentó arrojarse sobre el pequeño adormecido, siendo delicadamente advertida por nuestro orientador, que la amparó paternalmente, señalando:

–Zulmira, no perturbes al muchacho si lo amas.

–¡Es mi hijo! –exclamó, semidesvariando.

–No ignoramos que Julio se asiló en la Tierra entre tus brazos y, por eso fuimos tus compañeros en este viaje para que amenices tu dolor. Sin embargo, ¡no consientas que el egoísmo te ensombrezca el alma!... Ciertamente, el cariño materno es un tesoro inapreciable, pero no debemos olvidar que todos somos hijos de Dios, ¡nuestro Eterno Padre! ¡Tranquilízate! ¡Pide al Señor los recursos necesarios para que tu devoción sea un auxilio positivo para el pequeño necesitado!...

Tocada por esas palabras, Zulmira se deshizo en llanto. Enlazada afectuosamente por Odila, que intentaba levantarle el ánimo, reconoció a la primera esposa de Amaro y recordó la lucha que habían mantenido, cuando ocurrió la muerte del pequeño hermano de Evelina.

El remordimiento volvió a reflejarse en su mente y, confundida, exclamó:

–¡Odila! ¡Perdóname, perdóname!... Ahora veo el infierno que te impuse, despreocupándome de tu hijo... ¡Hoy pago con lágrimas mi deplorable displicencia! ¡Ayúdame, querida hermana!... ¡Sé para mi Julio la guardiana que no fui para el tuyo!

La interpelada la acarició, compadecida, y dijo:

–¡Ten paciencia! La aflicción es un incendio que nos consume… Paguemos a la vida el tributo de la conformidad en el dolor para que seamos efectivamente dignos del socorro celestial...

Y, besándola en los ojos, señaló:

–Seca las lágrimas que te castigan inútilmente. La serenidad es nuestro camino de reestructuración espiritual. No te reportes al pasado... Vivamos el presente, haciendo lo mejor a nuestro alcance.

–Ahora, entre tanto, que sufro las amarguras de mi prueba –acentuó Zulmira, en tono amargo–, pienso en tu angelito...

Odila, atrayéndola contra su pecho, la condujo más cerca del niño adormecido e. indicándole, aclaró, satisfecha:

–¡Escucha! ¡Mi hijo es también el tuyo. El Julio de hoy es nuestro Julio de ayer. Pesados compromisos con el pasado le obligaron a aceptar las dificultades del momento... En nuestro aprendizaje actual, tuvo la existencia frustrada por dos veces, a fin de valorar, con seguridad, la bendición de la escuela terrestre.

Ante la compañera, perpleja, añadió, convincente:

–El cuerpo de carne es una vestimenta que nuestro Julio utilizó de dos modos diferentes, por nuestro intermedio.

Y sonriendo:

–Como ves, somos dos madres, compartiendo el mismo amor.

Notábamos que Zulmira, admirada, trataba de preguntar algo, pero el choque de la revelación le inmovilizaba la garganta.

En el fondo del alma, ciertamente algo le alteraba el campo emotivo.

Se le secaron las lágrimas, al tiempo que la mirada se le volvía más brillante.

Nos parecía una estatua viva de intraducible expectación.

Sin resistencia, se dejó conducir por los brazos de Odila hasta un lecho cercano, para someterse al necesario descanso.

Ahora sí –pensaba, sorprendida–, empezaba a comprender...

Julio prematuramente expulsado de la experiencia material por la asfixia, volviera al mundo en un nuevo intento que redundara en frustración...

¿Por qué? ¿Por qué?

El pensamiento dolorido intentaba penetrar en los secretos del tiempo, arrastrándola al pasado remoto, pero el cerebro le dolía, dilacerado... Realmente, no le sería posible

en aquellas circunstancias ninguna incursión en el dominio de las reminiscencias, pero percibía, la Bondad Eterna que reúne a las almas en los mismos lazos de trabajo y esperanza del camino redentor... Recordó la animosidad fría que sintiera por Julio, poco después de su matrimonio, y el inmanifiesto celo que nutría, ante las atenciones que Amaro le dispensaba, y reconoció que la Providencia Divina, ligándole a su corazón de madre, le sublimara los sentimientos...

Ahora sentía por él inexpresable cariño e iluminado amor...

Con el espíritu así transformado, veía en Odila no a la rival, sino a la benefactora que, sin duda, le siguiera de cerca la transfiguración.

Se abrazó a ella, en silencioso llanto, como si fuera la hija a ocultarse en los brazos maternales.

La primera esposa de Amaro, inmensamente conmovida, le correspondía las manifestaciones afectivas, acariciándole los cabellos.

–Le conviene el descanso –afirmó Clarencio, amigable–, cualquier recuerdo ahora le agravaría el conflicto mental.

Odila se separó de la compañera, dejándola a solas para el necesario reposo, y nos siguió.

Despidiéndonos, el instructor aconsejó que Zulmira fuese mantenida allí por algunas horas. De ese modo, el cuerpo denso sería más ampliamente beneficiado por el sueño reparador.

Volveríamos para acompañarla al domicilio terrestre, de modo a garantizar, tanto como fuese posible, la mejoría general.

Nos alejamos, entonces, para regresar en breve.

En efecto, transcurrido el tiempo que nuestro instructor juzgó indispensable, volvimos al Hogar de la Bendición para restituir a nuestra amiga al hogar lejano. El reloj señalaba las nueve de la mañana, cuando la enferma, bajo nuestra vigilancia, despertó en el cuerpo físico.

Zulmira, recuperando el sistema cerebral más denso, no consiguió ordenar el recuerdo de la excursión que se le figuró, entonces, maravilloso sueño.

Conservaba la nítida impresión de que volviera a ver al hijito en “alguna parte” y semejante certeza le restaurara la calma y la confianza.

Se sentía más ligera, casi feliz.

Evelina, atendiendo a su llamada, le notó la mejoría, dando gracias a Dios.

La joven, contenta, llevó a Antonina y a Lisbela al dormitorio. La viuda llegara temprano con la hija, con el mejor deseo de cooperar.

La enferma las saludó, satisfecha. Se acordaba, de forma imprecisa, de la noche anterior y agradeció los cuidados de que se veía objeto. Aceptó el café sustancioso que le fue traído y tan reanimada se sentía que, sin ninguna ceremonia, confió a Antonina las sensaciones renovadoras de que se veía dominada.

Permanecía convencida de que viera a Julio y que lo abrazara... ¿Dónde y cómo? No lo sabía decir. Pero la alegría que le dominaba era buena prueba de que recibiera en esa noche beneficios reales.

–¡Felizmente, la transfusión de sangre fue coronada de pleno éxito! exclamó Evelina, encantada.

–Sí –dijo Antonina, concordando–, la medida habrá sido de las más beneficiosas, sin embargo, estoy segura de que Zulmira habrá encontrado al hijito en el plano espiritual, readquiriendo nuevos ánimos para la lucha.

Aquella afirmación fue recibida por la enferma con sincera alegría.

–¿Usted lo juzga entonces posible? –Preguntó la dueña de la casa, con los ojos centelleantes.

–¿Cómo no? –dijo Antonina, confortada– la muerte no existe como la entendemos. Del Más Allá, nuestros amados que partieron nos extienden los brazos. Tengo también un hijo en la Vida Mayor que viene siendo para mí un precioso sostén.

La enferma demostró el máximo interés por la conversación. Hay momentos en la vida en que somos castigados por la falta de fe y Antonina era una fuente irradiante de optimismo y firmeza moral.

Evelina y Lisbela se retiraron hacia el interior de la casa, atentas a la limpieza doméstica y las dos amigas pasaron a más íntimo entendimiento.

La colaboración de Antonina fue realmente providencial, porque, al abandonar el domicilio del ferroviario, notamos que Zulmira, con el alma restaurada, tocada de nuevas esperanzas, mostraba en el rostro la tranquilidad segura de bendita convalecencia.

XXXVIII

BODA FELIZ

La tormenta de sentimientos, en el grupo de almas bajo nuestra observación, amainó, poco a poco...

Julio, en la vida espiritual, aguardaba sin sufrimiento la ocasión oportuna para el regreso al campo físico, y Zulmira, bajo la influencia benéfica de Antonina, recuperó la alegría de vivir.

Mario Silva, transformado por la orientación de la joven viuda, se aficionara a ella profundamente, habituándose a su compañía.

Sólida amistad se fraguó entre los personajes de nuestra historia.

Semanalmente se visitaban, con gran alegría para Evelina, que se convirtió en pupila de Antonina, tan grande era la afinidad que les caracterizaba las predilecciones y tendencias.

El templo doméstico de Amaro se transfigurara.

El optimismo se infiltrara allí, consolidándose en los corazones. Paseos dominicales empezaban a surgir, y Silva, ahora unido a todos, parecía volver a la juventud naciente.

La camaradería social le modificara.

Perdiera la taciturnidad en que se sumergen la mayoría de los solterones.

Lisbela se apegara a él con gran cariño y los hermanos Haroldo y Enrique hicieron de él el confidente de todas las realizaciones infantiles.

Varias veces, Amaro y la esposa acompañaron con amoroso respeto el culto evangélico en el domicilio de Antonina, retirándose, edificados y felices. Aquella joven, viuda y digna, cada vez creía más en su admiración y, dentro de sus limitadas posibilidades, el ferroviario comenzó a hacer por la educación inicial de los niños cuanto le era posible, asociando al enfermero en todos sus emprendimientos en ese sentido.

Cierta mañana de soleado domingo, nos encontrábamos de paso por el domicilio de Amaro, todavía a servicio de la salud de Zulmira, cuando Silva vino al encuentro del amigo para esperar la llegada de Antonina con los niños. Todo el grupo familiar acordara una comida, al aire libre, en un parque cercano.

El Ministro, manifestando una mirada de satisfacción, comentó: –Gracias a Jesús, vemos a nuestro enfermero efectivamente cambiado. Más alegre, accesible, bien dispuesto...

–Se diría que una revolución estalló dentro de él –manifesté, concordando.

–El amor es así –acentuó nuestro instructor, imperturbable–, una fuerza que transforma el destino.

Y quizás porque Hilario iniciase maliciosa sonrisa, el orientador añadió:

–Pude consultar el programa trazado para la reencarnación de Antonina, durante nuestras actividades de auxilio al hermano Leonardo Pires, y sé que ella se comprometió a colaborar, maternalmente, para que él obtenga un nuevo cuerpo en la Tierra. En la condición de Lola Ibarruri, fue la causa del envenenamiento que le exterminó la paz íntima, falta esa que nuestra hermana, en la actualidad, espera resarcir. Acariciará como hijo del corazón a quien fue en otros tiempos compañero de aventuras, encaminándole la educación de orden superior...

El razonamiento nos conmovía. Admirado, Hilario razonó:

–Silva, de ese modo...

Clarencio con todo, le interrumpió la frase, contemplando:

–Silva y Leonardo se enlazaron en complicadas deudas uno con otro. Desde hace mucho tiempo, cultivan las espinas de la aversión recíproca. Inducidos ahora a los lazos consanguíneos, esperemos se reeduquen. De la Ley nadie huye...

Como si la mente del ferroviario nos sorbiese la conversación, ligándose a nosotros por los hilos invisibles del pensamiento, vimos a Amaro golpear, suavemente, el hombro del compañero, diciéndole, consejero:

–Escucha, Mario. No me asiste el derecho de cualquier intromisión en tu vida, sin embargo, considerándote como mi hermano, vengo reflexionando sobre el futuro… ¿No te parece que Antonina sea la mujer digna de tu ideal de hombre de bien?

El interpelado enrojeció, tímido, y como nada respondiese, el amigo prosiguió:

–Desde tu regreso a nuestra amistad, observo con respeto creciente la distinción de esa mujer, cuya aproximación viene siendo una bendición en nuestra casa. Joven aún, puede hacer la felicidad de un hogar que sería un santuario para tus experiencias. Me conmueve notar sus sacrificios de madre joven, cuando, con tu alianza, preservaría su propia salud, indiscutiblemente tan preciosa para tanta gente. Ya me enteré de su situación en la fábrica en la que trabaja. Es querida por todos. Por muchas compañeras, ha sido la enfermera y la hermana abnegada de siempre. Sus jefes veneran su conducta intachable. Eso es admirable en una viuda de sólo treinta y dos años. Además, has notado a sus hijos unidos a tu corazón, como si te perteneciesen. ¿No te duele verla enfrentarse a solas con la batalla en que se consume?

El enfermero, algo recuperado de la estupefacción que le asomara de lo íntimo, contestó, humilde:

–Comprendo... He estudiado esa posibilidad, sin embargo, ya no soy ningún niño...

–Por eso mismo –replicó el amigo, animado–, el momento actual exige método, nuevas fuerzas, protección... Un nido doméstico es decisión de la más valiosa para el futuro.

–Sin embargo, considero que el corazón en mi pecho es semejante a un pájaro entorpecido. Me siento francamente incapaz de una pasión...

–¡Que tontería! –añadió el interlocutor, de buen humor– la felicidad es casi imposible en los afectos impulsivos que estallan de los sentimientos a guisa de ilusorio champán...

Y sonriendo, acentuó:

–El amor de los enamorados, con noventa grados a la sombra, a veces es simple fuego de paja, dejando solamente cenizas. A medida que me aumenta la experiencia en el tiempo, reconozco que el matrimonio, por encima de todo es unión de alma con alma. Hablo con el discernimiento del hombre que se casó dos veces. La pasión, amigo mío, es responsable de todas las casas de muñeca que ofrecen por ahí espectáculos de los más tristes. La amistad pura es la verdadera garantía de la ventura conyugal. Sin los cimientos de la comunión fraterna y del respeto mutuo, el matrimonio pronto se transforma en pesadas cadenas de condenados de la cárcel social.

Mario escuchaba las reflexiones del compañero, entre extasiado y sorprendido.

Sí, pensaba, desde que se aproximara a Antonina, por primera vez, en ella presintiera a la mujer ideal, capaz de entenderle el corazón.

Se consagrara a ella y a los otros pequeños con inmenso cariño e insuperable confianza.

Aquel hogar generoso y sencillo se le incorporara a la existencia.

Si fuese obligado a la separación, por cualquier circunstancia, indudablemente se vería lesionado en sus más apreciadas alegrías...•

Mientras Amaro se confiaba a consideraciones sobre la breve conversación, Silva iba recordando, recordando...

La figura de Antonina le penetraba ahora los rincones del corazón. El valor y la humildad con que la noble señora se enfrentaba a los más difíciles problemas le alcanzaban las fibras más profundas del ser. El sacrificio permanente por los hijos, realizado con sincera alegría, el desprendimiento natural de las futilidades que suelen cegar el sentimiento femenino, la solidaridad humana que sabía poner en las relaciones con el prójimo y, sobre todo, el carácter cristalino de que daba pruebas en todos los lances de la vida común, aparecían, en aquel momento, en su imaginación, de modo diferente...

Absorto, parecía contemplar los rosales allá afuera, indiferente al mundo exterior.

Largo momento pasó, así, reviviendo y meditando el pasado.

A continuación, como si despertase de larga fuga mental, miró al amigo frente a frente y concordó:

–Amaro, tienes razón. No puedo desobedecer al imperativo de la vida.

Sin embargo, no pudieron, continuar.

La viuda y los hijos llegaron, felices, provocando la presencia de Zulmira y Evelina que vinieron a recibirles, alegremente.

Dejamos a nuestros amigos en la dulce alegría de la intimidad doméstica y volvimos a nuestro templo de servicio.

Muchas preguntas nos asaltaban el pensamiento, pero, Clarencio se limitó a decir:

–El tiempo es como la marea. Fluye y refluye. De nuestra siembra habremos de cosechar.

Pasados algunos días, amigos espirituales de Antonina nos trajeron las buenas noticias del compromiso prometedor.

Mario y la joven viuda esperaban contraer matrimonio en breves días.

Visitamos a la futura pareja, varias veces, antes del enlace, que todos nosotros aguardábamos, contentos.

Amaro y Zulmira, reconocidos a las muestras de amistad y cariño que recibían constantemente de los novios, ofrecieron su hogar para la ceremonia que, en el día señalado, se realizó en acto civil, en la más completa sencillez.

Muchos compañeros de nuestro plano acudieron a la residencia del ferroviario, incluyendo las monjas desencarnadas que consagraban al enfermero particular estima.

La casa de Zulmira, adornada de rosas, resplandecía de gente amiga.

La felicidad se reflejaba en todos los semblantes.

Al anochecer, en la casita humilde de Antonina, se reunieron casi todos los invitados, nuevamente.

Los recién casados querían orar, en compañía de los lazos afectivos, agradeciendo al Señor la ventura de aquel día inolvidable.

Quien pudiese ver el pequeño hogar, en toda su expresión de espiritualidad superior, afirmaría estar contemplando un risueño palomar de alegría y de luz.

En la salita pequeña y llena, un anciano tío de la novia se levantó y se dispuso a la oración.

Clarencio se acercó a él y le acarició la cabeza que los años habían encanecido, y sus arrugados labios, en el bendito calor de la inspiración con que nuestro orientador le envolvía el alma, pronunciaron un conmovedor ruego a Jesús, suplicándole que les

auxiliase a todos en la obediencia a sus divinos designios.

Lágrimas serenas empañaban nuestra mirada.

Terminada la oración, Haroldo, Enrique y Lisbela, vestidos de blanco, distribuyeron vino y golosinas.

Emocionados, nos acercamos a los esposos para la despedida. Abrazándoles, vimos junto a ellos que Evelina, en el fulgor de su primavera juvenil, aceptaba la protección cariñosa de un hombre que la miraba, enamorado.

El Ministro sonrió y nos explicó:

–Este es Lucas, hermano de Antonina, actualmente prometedor impresor en la capital de São Paulo, cuya hermosa formación espiritual se unirá, en breve, con la primogénita de Amaro, para la ejecución de las tareas que la esperan en este mundo.

Cortándonos la posibilidad de excesivas preguntas, el instructor añadió:

–Todo es amor en el camino de la vida. Aprendamos a usarlo en la glorificación del bien, con nuestro propio trabajo, y todo serán bendiciones.

Nos retiramos satisfechos.

Y como el deber nos convocaba a distancia, seguimos adelante, intentando asimilar con nuestro abnegado orientador la preciosa conjugación del verbo servir.

XXXIX

PONDERACIONES

Transcurrido un mes desde los esponsales de Silva, cierta noche, a petición de Odila, fuimos en busca de Zulmira y Antonina para una reunión íntima, en el Hogar de la Bendición.

Ambas, alegres, se mostraban encantadas fuera del cuerpo denso.

Abrazadas y felices, contemplaban la Tierra y el Cielo, tocadas por sublime esperanza.

Pequeña asamblea de amigos nos aguardaba en el domicilio de Blandina, en medio de cautivadoras manifestaciones de cariño y de aprecio.

Entre todos los amigos presentes, se destacaba la hermana Clara, que viniera igualmente a nuestro encuentro.

Las dos excursionistas, al contacto con aquel ambiente de auténtica fraternidad, se rendían al éxtasis de la paz y alegría.

Les parecía haber encontrado el paraíso, tan pura se les dibujaba en el semblante la exaltación interior.

En el amplio recinto que Blandina adornara de flores, se cambiaban frases amigas e impresiones consoladoras.

Múltiples notas de belleza enriquecían la conversación, cuando Antonina, más lúcida que su compañera, indagó por la razón del favor con que se veían agraciadas.

El reconocimiento les desbordaba el corazón, a guisa de perfume que se evade del frasco.

Clara la acarició, suavemente, y explicó, maternalmente:

–Hijas, en nuestro peregrinar en la vida, atravesamos épocas de siembra y fases de cosecha. En la misión de la mujer, hasta ahora, vosotras recibisteis del tiempo los choques y los enigmas plantados a distancia. Con la humildad y la fe, con el buen ánimo y el valor moral, vencisteis arduos conflictos que fustigaban vuestras mejores aspiraciones. Fueron días oscuros del pasado reflejados en el presente, sin embargo, ahora, se os allanó el camino. La paciencia a que os consagrasteis evitó la formación de nubes de rebeldía y el cielo se hizo, de nuevo, claro y alentador. Es como si el día renaciese, resplandeciente de luz. El campo de la existencia exige más trabajo y el tiempo de siembra resurge prometedor.

La charla alrededor cesara de repente.

Los asistentes intentaban oír a la benefactora, significando, con el silencio, que en ella se encarnaba, para nosotros, la sabiduría.

Después de breve intervalo, nuestra amiga continuó:

–Ahora, que la oportunidad favorece la renovación, es necesario saber reconstruir el destino. No lo olvidemos. La vida se reduce a triste montón de tinieblas, cuando no se hace plena de trabajo. ¡Huyamos de la vieja feria de la lamentación donde la inercia vende sus frutos amargos! ¡Sin embargo, para levantar, la escalera de nuestra ascensión, es imprescindible bañar el espíritu, cada día, en la fuente viva del amor, del amor que se recompensa a sí mismo con la alegría de dar! El Padre Celestial es omnipresente, a través del amor con que satura el Universo. El sentimiento divino es la cadena

invisible en que se equilibran los mundos y los seres. Del Trono Excelso nace el eterno manantial que sustenta al ángel en la altura y al gusano en el abismo. La mujer es una copa en que el Todo-Sabiduría vierte el agua milagrosa del amor con más intensidad, para que la vida se engrandezca. Hermanas, seamos fieles al mandato recibido. En muchas ocasiones, cuando nos prendemos al barro del egoísmo o al fango del odio, contaminamos el líquido sagrado, transformándolo en veneno destructivo. Tengamos cautela. El precio de la verdadera paz reside en el sacrificio de nuestras existencias. ¡No hay sublimación sin renuncia en el castillo del alma; como no hay purificación en el crisol, sin el concurso del fuego que funde los metales!...

Clara miró a Antonina, de forma particular, y expuso:

–Hija, nuestra Zulmira comprende hoy, sin necesidad de mayor incursión en el pasado, el santo deber de dar asilo al pequeño Julio en el santuario materno…

Notamos que la instructora, registrando el imperativo del descanso mental para la segunda esposa del ferroviario, que salía de largas refriegas por la preservación de su salud, procuraba evitarle ejercicios mnemónicos.

–Nuestra amiga –continuó, indicando a Zulmira con la mirada– es consciente de que la maternidad la espera de nuevo, muy pronto... ¿Y tú?

Con la irradiante bondad que habitualmente le marcaba la expresión fisonómica, acentuó:

–¿Te acuerdas de las experiencias antiguas, y permaneces atenta a la razones que te inspiraron el segundo matrimonio?

Ante la sorpresa que se reflejó en el semblante de la interpelada, la orientadora, en un gesto que nos era conocido, en las operaciones magnéticas de Clarencio, le acarició la frente, suavemente, y repitió:

–¡Recuerda! ¡Recuerda!...

Favorecida por el poder de Hermana Clara, en determinados centros de la memoria, Antonina palideció y exclamó, controlando la emoción:

–¡Sí, soy yo la cantante! ¡Vuelvo a ver, dentro de mí, los cuadros que se fueron!... ¡Los conflictos en el Paraguay!... ¡Una huerta en Luque!... ¡La familia abandonada!... José Estévez, hoy Mario... ¡sí, comprendo el sentido de mis segundas nupcias!...

Denotando aflicción en la mirada, añadió:

–¿Y Leonardo? ¿Dónde está Leonardo, el infeliz?

–No necesitas dilatar reminiscencias –dijo Clara, bondadosa–; no nos encontramos en un gabinete de experimentos sino en una reunión fraternal.

Mirándola significativamente, añadió: –Basta con que tú recuerdes.

A continuación, repartiendo la atención entre las dos, prosiguió: –Pronto, seréis llamadas a nuevo esfuerzo, en el apostolado materno. Zulmira recibirá a nuestro Julio en su corazón y tú Antonina, restituirás a Leonardo Pires, tu abuelo y asociado de destino, el tesoro del cuerpo terrestre. En el santuario doméstico, los afectos desviados, se recomponen, a fin de que podamos demandar el futuro, a la luz de la felicidad. Hijas, nadie avanza sin saldar sus propias cuentas con el pasado. Paguemos, de ese modo, las deudas que nos aprisionan a los círculos inferiores de la vida, aprovechando el tiempo de detención en el rescate, en mayor aprovechamiento para nosotras mismas. ¡Amemos, perfeccionándonos! ¿Identifiquemos en el hogar humano el camino de nuestra regeneración! La familia consanguínea en la Tierra es el microcosmos de obligaciones salvadoras en que nos habilitamos para el servicio a la familia mayor que constituye la Humanidad entera. El familiar necesitado de tolerancia y cariño representa el punto difícil que nos incumbe vencer, valiéndonos de él para mejorarnos en humildad y

comprensión. ¡Un padre incomprensivo, un esposo áspero o un hijo de conducta inquietante, simbolizan líneas de lucha benéfica, en que podemos ejercitar la paciencia, la dulzura y la devoción hasta el sacrificio!... ¡Especialmente en lo tocante a los hijos, no nos olvidemos de que pertenecen a Dios y a la vida por encima de todo!... ¡En la esfera carnal, la Providencia Divina nos marca la memoria, en el favor del renacimiento, envolviéndonos con el soplo renovador de bendecida esperanza! Por eso mismo, no nos cabe olvidar que los hijos son siempre lazos preciosos de la existencia, requiriéndonos equilibrio y discernimiento en todas las decisiones... Para cumplir la gran misión que la maternidad nos impone, es imprescindible entenderles el psiquismo diferente del nuestro, que exige, muchas veces, un tipo de felicidad que no se armoniza con nuestra forma de ser. ¡Sepamos, así, prepararles, sin egoísmo, para el destino que les corresponde! El cariño esclavizante se parece a miel envenenada enredándonos en la sombra. ¡Conservemos nuestro espíritu purificado por la justicia, para que nuestro afecto sea una bendición con la posibilidad de educar a los que nos rodean, en la escuela del trabajo saludable!...

En la pausa que siguió, espontánea, Zulmira indagó con sencillez:

–Abnegada benefactora, ¿cómo actuar para solucionar los problemas con seguridad?

–Vosotras superasteis días alarmantes de crisis espiritual –informó la orientadora– y conquistasteis la oportunidad de reestructuración de vuestro destino. Ahora, repitamos, es tiempo de sembrar. Valoremos la oportunidad de reaproximación. Vosotras sois dos núcleos de fuerza, susceptibles de operar valiosas transformaciones en los grupos domésticos a que os ajustáis. Hagamos de la amistad el entendimiento fraterno que todo comprende y tolera, mueve y ayuda, en la extensión del Sumo Bien. La vecindad y la convivencia, en el fondo, son dones que el Señor nos concede en beneficio de nuestro propio reajuste.

Como Zulmira y Antonina iniciasen nuevas preguntas, Clara resaltó:

–No temáis. La oración es el hilo invisible de nuestra comunión con el Plano Divino y, a luz de la oración, viviremos todos juntos. En todas las dudas, prefiramos para nosotros la renuncia constructiva. Situar la responsabilidad de nuestro lado es facilitar la solución de los problemas.

Sonriendo, terminó:

–No nos olvidemos del privilegio de servir.

Poco después, el pequeño Julio fue traído al recinto por vasto cortejo de alegres niños.

Risas y lágrimas se mezclaron en el agradecimiento a la Bondad Divina.

Después de algunas horas consagradas al reconfortamiento, escoltamos, de nuevo, a las dos madres, reconduciéndolas al campo físico para la sublime labor en el hogar terrestre.

XL

EN ORACIÓN

Un año después de la boda de Antonina, nos dirigimos todos juntos a la residencia del ferroviario, en la que tantas veces nos reuniéramos entre la oración y la expectación.

La vida continuara como siempre...

Julio y Leonardo habrían renacido en paz, casi al mismo tiempo, trayendo al mundo elevados programas de servicio. Recién llegados a la Tierra, sonreían ingenuamente hacia nosotros, resguardados en el regazo materno.

Amaro y Zulmira, Silva y Antonina conscientes de las obligaciones que habían asumido, proseguían juntos, unidos en la misma comprensión fraternal.

El humilde domicilio se mostraba magníficamente florido, lleno de amigos sonrientes.

Lucas y Evelina celebraban su matrimonio.

En los dos planos, entre encarnados y desencarnados, todo era esperanza y alegría, paz y amor.

Los novios se miraban felices y Odila, en función de sacerdotisa del hogar, iba y venía, poniendo y disponiendo en la dirección del acontecimiento.

Atardecía, cuando el juez, con la felicidad de todos, leído el contrato de matrimonio, pronunció el clásico: "os declaro casados en nombre de la Ley".

Se besaron los esposos con gran afecto y vimos asombrados que Odila, en silenciosa oración, se transfiguraba, coronándose de luz. Desveló los ojos que se nos figuraron más lúcidos y contempló a la hija, embelesadamente.

Obedeciendo, con todo, a secreto impulso, en vez de caminar en dirección de Evelina, se dirigió hacia Zulmira, abrazándola en lágrimas.

Había en aquel gesto tanto cariño natural y tanto reconocimiento espontáneo, que intensa emoción nos embargó. Se fundían allí dos corazones maternos, en la misma vibración de paz, aspirada en la victoria interior por el deber bien cumplido.

Envuelta en la faja de ternura en que se veía sumergida, la segunda esposa de Amaro empezó a llorar, poseída de inexpresable alegría, como si inarticulada melodía del Cielo le invadiese por entero el corazón.

Allí mismo, el dueño de la casa, hombre dotado de fe viva rogó a Antonina que pronunciase el agradecimiento a Jesús.

La esposa de Silva no vaciló.

Cerrando los párpados, parecía buscamos en espíritu, como una antena vibrátil, atrayendo la onda sonora.

Clarencio se acercó a ella y, tocándole la frente con la mano derecha, entró en meditación.

Suavemente influenciada por el Ministro, nuestra amiga oró con sentida inflexión de voz:

Amado Jesús, bendice nuestra hora festiva que te ofrecemos en prueba de cariño y gratitud.

Ayuda a *nuestros compañeros que hoy se unen, convirtiéndoles la esperanza en*

dulce realidad.

Enséñanos, Señor, a *recibir en el hogar la cartilla de luz que nos diste en el mundo, generosa escuela de nuestros corazones, para la vida inmortal.*

Haznos comprender, en el campo en que luchamos, el rico Semillero de renovación y fraternidad en que a todos nos toca aprender y servir.

Que podamos, en fin, ser más hermanos unos de otros, en el cultivo de la paz, por el esfuerzo en el bien.

Tú que consagraste la felicidad doméstica en las bodas de Caná, transforma el agua viva de nuestros sentimientos en dones inefables de trabajo y alegría.

Refleja tu amor en la sencillez de nuestra existencia, como el Sol se refleja en el curso de agua humilde.

Guíanos, Maestro, hacia tu corazón que anhelamos eterno y soberano sobre nuestro destino, y que tu bondad comande nuestra vida, es nuestro voto ardiente, ahora y para siempre. Así sea.

Se callara Antonina.

Dulce exaltación emotiva fluía en todos los semblantes.

Odila sensibilizada, reunía a Amaro y Zulmira en sus brazos, como si fuesen hijos de su corazón.

Miré a la esposa de Silva, de quien el Ministro se apartó, y recordé la noche en que visité su hogar por primera vez.

Nunca me olvidé de la excursión en la que fuimos designados para acompañarla en visita al hijo, cuando ignorábamos totalmente la importancia de su participación en el drama que íbamos a vivir.

Me dirigí al instructor y pregunté si él, Clarencio, conocía la posición de nuestra amiga, en el momento de nuestro contacto.

–Sí, sí... –respondió, gentil–, pero no os di a conocer anticipadamente su significado en el romance vivo que estamos siguiendo, porque todos nosotros, amigo mío, necesitamos reconocer que el trabajo es nuestra lección. Movemos la mente en el servicio que nos incumbe y adquirimos la llave de todos los enigmas.

El razonamiento era de lo más expresivo, pero no pude prolongar la conversación, dado que la Hermana Clara, ahora abrazada a Odila, nos convidaba al regreso.

Entre adioses cariñosos, Lucas y Evelina habían tomado el automóvil que los conduciría a experiencias nuevas en la capital de São Paulo.

La fiesta llegara a su fin...

Aliado de nuestro orientador, pregunté, respetuoso:

–¿Nuestra historia terminará, así, con una boda alegre, como una película bien acabada?

Clarencio estampó la sonrisa de su vieja sabiduría y dijo:

–No, André. La historia no terminó. Lo que pasó fue la crisis que nos ofreció motivos para tantas lecciones. Nuestros amigos, por el esfuerzo admirable con que se dedicaron al reajuste, disponen ahora de algunos años de paz relativa, durante los cuales podrán replantar el campo del destino. Sin embargo, más tarde, volverán por aquí el dolor y las pruebas, la enfermedad y la muerte, comparando el aprovechamiento de cada uno. Es la lucha perfeccionando la vida, hasta que nuestra vida se armonice, sin lucha, con los Designios del Señor.

El Ministro no pudo continuar.

Nuestra caravana, formada por decenas de compañeros, iniciara el regreso.

El viaje, ante el firmamento que encendía llameantes fuegos, no podía ser más bello…

Sin embargo, al llegar, al Hogar de la Bendición, notamos que Odila lloraba copiosamente...

Aquel alma heroica de mujer venciera la batalla consigo misma, pero, no parecía satisfecha con su propio triunfo. Clara le consiguiera brillante puesto de trabajo en las esferas más elevadas, a pesar de ello, nuestra heroína se revelaba en penosa consternación.

Penetrando en el santuario de Blandina, donde tantas veces nos reuniéramos para examinar los problemas que nos afligían de cerca, el Ministro la abrazó y recomendó, paternal:

–Odila, mientras celebramos tu victoria di qué cielo buscas.

Ella caminó hacia la Hermana Clara y le besó la diestra, en un gesto mudo de reconocimiento y, después, volviéndose a nuestro instructor, contestó con humildad:

–Dedicado benefactor, mi hogar terrestre es mi paraíso...

–Pero no ignoras que el domicilio del mundo ya no te pertenece.

–Sí –concordó la interlocutora, respetuosa–, lo sé, sin embargo, deseo servirle a él, sin que él sea mío... Amo a mi esposo como inolvidable compañero de la vida eterna, bendiciendo a la admirable mujer a quien él ahora pertenece y que pasé a querer como hija de mi ternura... Amo a mis hijos a pesar de saber que no pueden, en el presente, sentir el calor de mi corazón… Dios sabe que hoy amo sin el propósito de ser amada, que me propongo ofrecerme sin retribución, a fin de aprender con Jesús a dar sin recibir...

La emoción le embargó la voz.

Por nuestra parte teníamos los ojos cubiertos de lágrimas. Visiblemente conmovido, Clarencio le levantó la frente sumisa, le acarició los cabellos y, colocándole una flor de luz sobre el pecho, exclamó:

–Donde permanece nuestro amor, ahí brilla el cielo que soñamos. Mereces el paraíso que buscas. Regresa, Odila, a tu hogar cuando quieras. ¡Sé para tu esposo y para las almas que le siguen, el astro de cada noche y la bendición de cada día! El amor puro te otorga ese derecho. Vuelve y ama... ¡Y, cuando te eleves del valle humano, tu corazón será como franja de sol, trayendo a Cristo los corazones que cuidarás en el campo inmenso de la vida!

Odila se arrodilló y le besó las manos venerables.

En ese instante, profunda nostalgia surgió en mi alma oprimida.

Sentí la extraña sensación del padre que busca inútilmente a los hijos arrebatados a su cariño. Ave distante del paisaje que la viera nacer, me vi atormentado por el deseo de recuperar, de inmediato, mi nido...

Lágrimas ardientes se derramaban de mi corazón por el extremo de los ojos y, temiendo perturbar la armonía reinante, busqué el jardín cercano y, solo, miré al firmamento, repleto de estrellas...

El viento que soplaba veloz, parecía decirme: –"¡Confía!"… El aroma de las flores, pasando por mí, apelaba en silencio: –"¡No te detengas!" Y las constelaciones chispeantes, colgando de la Altura, me daban la impresión de avisos de la luz eterna, incitándome sin palabras: –"¡Lucha y perfecciónate!" ¡La plenitud de tu amor brillará también un día!...

Entonces, en una oración de agradecimiento al Padre Celestial, noté que mi espíritu pacificado sonreía, de nuevo, al toque inefable de sublime esperanza.

Preguntas Frecuentes sobre Espiritismo
Libro **Qué es el Espiritismo**

Si tienes cualquier duda, encuentras algún error en el libro o quieres comunicarnos cualquier otra cuestión puedes escribirnos a:
info@cursoespirita.com